

DEPORTE Y AGRESIÓN

José María Cagigal

Prologo del Doctor
Juan Rof Carballo

Difusión Cultural Planeta
Editorial Planeta Barcelona

Colección dirigida por: J. Ma. Mas Solech

© José María Cagigal. 1976
Editorial Planeta. S. A., Calvet, 61-53, Barcelona (España)
Cubierta: grafismo de Martínez Aránega y
Foto: Zardoya
Procedencia de las Ilustraciones: Alfredo, Deporte 2000,
Graeme Kent (*A Pictorial History of Wrestling*)
Instituto Nacional de Educación Física y Autor

Primera edición: febrero de 1976
Depósito legal: B. 10137- 1976
ISBN 84-320-2409-0

Printed in Spain / impreso en España

Talleres Gráficos. Duplas, S. A., Ciudad de la Asunción. 26-D. Barcelona 16

SUMARIO

Prólogo.
Emplazamiento.
Breve toma de conciencia.
Primer parte / La Tan Agresivamente Polemizada Agresividad.
Las Teorías. La teoría de K. Lorenz, La agresión como aprendizaje Otras vías de interpretación
Suma y sigue.
Preocupaciones, divagaciones y utopía.
Segunda parte / De Cara Al Deporte.
El Deporte-Práctica Ocio activo Higiene-salud, desarrollo biológico Autocontrol Superación Agonismo
Esa «Válvula De Escape»: El Espectáculo Deportivo. Los mecanismos de defensa: ese imprescindible equipaje, ¿Educar a través del espectáculo deportivo?
«Suum Cuique Tribuere».
COROLARIOS.
BIBLIOGRAFÍA.

PRÓLOGO

La bibliografía sobre la agresividad del hombre de nuestro tiempo ha crecido en forma extraordinaria. En La segunda edición de mi libro Violencia y ternura lo señalo, y en una segunda obra sobre Violencia y sociedad, que está en prensa, indico Las razones por qué este problema ha pasado al primer plano de la atención del hombre contemporáneo.

Pero en todo este gran conjunto de tratados, el tema concreto de la relación entre la agresividad y el deporte no había sido estudiado, al menos con La atención y el detenimiento con que se hace en el libro de J. Ma. Cagigal. Con mucha frecuencia, en la clínica, ante una interna agresividad contenida que se descarga en síntomas orgánicos, recurrimos al consejo de la práctica de deportes, incluso violentos, y cuando este consejo es seguido por el paciente, siempre se aprecia una mejoría, naturalmente en conjunción con las demás medidas recomendadas.

EL problema de la agresividad de nuestra época, que he tratado en mis dos libros mencionados, tiene insospechados aspectos, tanto en el plano horizontal, en la aparente superficie, en la capa social, como en el plano profundo, vertical, en las razones escondidas de esta agresividad. Muchas veces el hombre recurre a esa agresividad para ocultar un vacío interior, el miedo o el horror a la vacuidad de la vida. Nuestra sociedad ha construido poco a poco, con diabólica pericia, un tipo de hombre que en la superficie es un admirable realizador, un jefe de empresa, un escalador de los más elevados peldaños de la jerarquía social. Pero ¡cuántos de esos sujetos, de esos admirables hombres de nuestro tiempo —admirables a pesar de todo, por su entusiasmo y buena voluntad— ocultan un «hueco» en sus íntimas estructuras psicológicas, en el corazón de su persona! Pienso —y no me cansaré de repetirlo— que éste es el gran problema de nuestro tiempo. Decir «problema» es poco: ésta es la gran responsabilidad de nuestra generación. Ver con estúpida ceguera cómo en nuestros días estamos creando personalidades con oquedades secretas en su íntima estructura. Una de las formas que el hombre tiene de remediar este «vértigo del íntimo vado» es la agresividad, la violencia. La cual, por lo que acabo de decir, muchas veces se viste de un atildado indumento intelectual, de un razonar impecable, de una competencia técnica admirable, que lleva a estos hombres, agresivos por un vacío interior que desconocen, a los más altos puestos de la administración, de las empresas o de la enseñanza.

Cuando de la mujer se trata, esa agresividad que revela la falla interna ¿no repercute trágicamente en su descendencia? Me parece atendible, pero un poco pueril, la tesis que sostiene que esta violencia o agresividad de nuestra época viene, como la de los ratones metidos en gran número en una jaula, de la manía del hombre actual de encerrarse, en grandes masas, en las modernas cosmópolis. Pero algo hay de cierto en todo ello. La investigación biológica, la sociológica, la realizada por la psicología de las profundidades son tan imprescindibles en nuestro tiempo, para impedir la aniquilación de la raza humana, o la creación de hombres con íntima disociación y por tanto agresivos, como los estudios más alquitarados de la genética o de la biología molecular.

Y sin embargo, nadie atiende a este tremendo aspecto del problema de nuestra responsabilidad, la del hombre de hoy. En el excelente libro sobre Deporte y agresión que el lector tiene en sus manos, su autor, Cagigal, ha querido huir de este reproche tácito, ya que se siente de él responsable, en su campo, y por ello lo trata con cariño y competencia. Sea éste el mejor elogio y la mejor introducción que puede hacerse de este libro.

JUAN ROF CARBALLO

EMPLAZAMIENTO

El deporte en la sociedad contemporánea es el título de un proyecto de trabajo que he comenzado a realizar. Desconozco todavía la extensión que llegará a alcanzar y si se compondrá de seis, ocho o diez partes. Por el momento he realizado las dos primeras, cuyos subtítulos son «Los dos caminos del deporte» y «Deporte y agresión».

En la primera se plantea un intento de captar la realidad del deporte de nuestro tiempo. Y a partir de esa realidad, cuya hermenéutica se apoya en prestigiosos tratadistas del deporte provenientes de diversos campos del conocimiento (sociología, historia, psicología, teoría, filosofía...), se esboza una interpretación teórica con la exposición de los principales elementos que constituyen nuestro deporte en cuanto funciones, objetivos, estructuras, condicionamientos.

Todas estas funciones o entidades que conforman el deporte actual se polarizan en dos direcciones. Por un lado marcha poderoso, con creciente vigor, ensanchando áreas de Influencia y constituyendo estructuras, el *deporte-espectáculo*, cuyos requerimientos y exigencias venidas de la sociedad del desarrollo, del consumo y del exhibicionismo político le asignan un papel llamativo excesivamente trascendentalizado. Por otro lado subsiste lo que denomino el *deporte «praxis»*, es decir, el primer deporte, que, originado en un simple juego competitivo de esfuerzo físico, ha ido alcanzando relevancia higiénica, biológica, educativa, humanística socio-dinámica y que hoy va entrando en las preocupaciones conscientes del hombre como realidad que hay que integrar en los hábitos de vida.

Estos dos grandes deportes, que no son radicalmente distintos pero que cada vez se diversifican más por las distintas demandas sociales que los requieren, cumplen —o pueden cumplir— funciones muy concretas. El análisis de estas funciones, o mejor simples realidades sociales, va a constituir las siguientes partes del estudio englobado bajo el título “El deporte en la sociedad contemporánea. El primero de estos análisis monográficos (por consiguiente la segunda parte del trabajo general) es lo que se ofrece en este libro.

La «agresión humana» no sólo es un tema de enorme actualidad, sino que se halla posiblemente en el centro de la actitud deportiva, del comportamiento que realiza el hombre que participa en el deporte. Bajo formas distintas, muchas veces camuflada, la agresividad se vislumbra en el protagonista del *deporte «praxis»*, donde impera un vocabulario altamente significativo («atacar», «defender», «contener», «marcar», « tiro », «golpe franco»...), y en el suceso del *deporte-espectáculo*, donde tanto en el grito de ánimo como en el insulto y en el gesto conminatorio se manifiestan netos patrones de agresividad social.

Por todo ello escogí como primera cala este sugestivo y apasionante tema de la agresión en el deporte.

Una vez concluido el trabajo, lo primero que compruebo es que, en vez de acabar, cerrar o solucionar el problema de la agresión en el deporte, a lo que puedo haber contribuido es a abrirlo un poco más. Si esto lo hubiera logrado, me daría por satisfecho. La agresión es un tema inmenso, abordado a distintos niveles del conocimiento y desde campos científicos y culturales muy dispares. El deporte, a su vez, es un tema inagotable en cualquier aspecto que se plantee (psicología, sociología, pedagogía, antropología, biología, tecnología, filosofía, etc.). Estudiar las relaciones entre ambos mundos abre un panorama ilimitado. La modesta contribución de un estudio monográfico como este puede concretarse en el planteamiento, en la simple sugerencia de unos procedimientos de aproximación.

Junto al progreso que cada una de las ciencias del hombre van estableciendo en sus respectivos ámbitos suele ser útil establecer visiones interdisciplinarias, aproximaciones globales que puedan ayudar a ciertos replanteamientos. Este tipo de enfoques puede resultar útil, además, para el aficionado en general —aquí el aficionado al deporte, al hombre y a la sociedad—, a quien con ello se le invita a reflexión a la búsqueda de algunos porqués de su propia conducta y al emplazamiento crítico de tópicos y lugares comunes que en este popularísimo y desmadrado ámbito del deporte se emiten y transmiten sin rigor alguno.

José María CAGIGAL
Madrid, 14 de marzo de 1975

BREVE TOMA DE CONCIENCIA

No es necesario ser especialmente aficionado al deporte. Basta abrir los diarios durante una breve temporada para toparse, sin buscarlo excesivamente, con una retahíla de conflictos violentos en los terrenos deportivos. A modo de ejemplo, entre marzo y abril de 1974 se leían, entre otras noticias:

Tras de haber sido agredido en un campo de fútbol, el árbitro Egidio Caruccio fue ingresado en un hospital napolitano, donde los médicos que le atendieron reservaron el pronóstico. El hecho se produjo en el campo Marianella, fuera de la ciudad, donde el árbitro, de 30 años, dirigía el partido entre el Fratesse y el Sanità, de la promoción de aficionados.

Tras de haber expulsado a un jugador del Sanità, éste se negó a abandonar el terreno de juego, lo que motivó que sus compañeros agredieran al colegiado. A la agresión colectiva se sumaron algunos espectadores, uno de los cuales golpeó al árbitro en la cabeza con una botella, por lo que éste tuvo que ser hospitalizado.

Don Jesús Erdozaín arbitró en Pamplona el encuentro entre el Tiebas y el Cordovillo, equipos ambos de Tercera categoría regional. En el minuto 20 del segundo tiempo, un espectador iracundo le arrojó una piedra que, según la noticia, pesaba medio kilo. La consecuencia inmediata es la fractura de la tibia y el peroné, con herida incisa y derrame que precisará intervención quirúrgica. Esta salvajada ha podido ser trágica, ya que nos figuramos que si la piedra llega a parte más sensible del cuerpo, el árbitro hubiera caído muerto en el acto.

En Cartagena, y cuando solamente faltaban dos minutos para el final del encuentro entre los equipos del Gran Peña Cartagenera y el Plus Ultra de Llano de Brujas, el árbitro, don Andrés Serrano Martínez, fue agredido, en principio, por un jugador que le tiró al suelo, siendo allí donde le secundaron varios compañeros del jugador hasta conseguir hacerle una serie de heridas de pronóstico reservado, que han aconsejado su ingreso en el hospital de la Cruz Roja.

En Rosario (Argentina), un linier, Jorge Armas, recibió un botellazo desde las gradas y en la cabeza, produciéndole una herida que los médicos que le han asistido calificaron como grave. Se escucharon disparos de arma de fuego, y la policía tuvo que intervenir lanzando gases lacrimógenos para dispersar al público.

Diez personas han sido denunciadas ante los Tribunales por intento de linchamiento del árbitro y el juez de banda Giovanni Papponetti, de 29 años, y Vincenzo Costa, de 35, en el curso del encuentro que se disputaba en la localidad siciliana de Milazzo entre el equipo local y el Modica.

La policía continúa las investigaciones para identificar a otros responsables de la bárbara agresión a los dos miembros del equipo arbitral de este partido de la Cuarta División, quienes resultaron heridos de consideración.

Más problemática es la situación de los cuatro carabineros que también resultaron heridos durante la invasión del campo por varias decenas de «tifosi» exacerbados por lo que estimaban arbitraje parcial. Los «hinchas» penetraron en el terreno de juego antes de la conclusión del partido, persiguiendo al árbitro y a los guardalíneas, quienes intentaron infructuosamente hallar refugio en los vestuarios y fueron golpeados por la muchedumbre.

Seis heridos, un colapso cardíaco una invasión solitaria al campo de juego y un intento de invasión en los vestuarios son los resultados de los violentos desórdenes registrados ayer durante el partido de fútbol Roma-Lazio, disputado en el Estadio Olímpico de esta capital, que terminó con victoria local por dos goles a uno.

Ya durante el partido, a los cincuenta y tres minutos de juego, poco después de marcado el gol de la victoria blanquiceleste con un penalty transformado por Chinagua, un espectador protagonizó una invasión solitaria del campo de juego, siendo bloqueado por algunos jugadores del Roma y por agentes de policía. El árbitro, por su parte, ha tenido que amonestar a un jugador romanista y a tres laciales por juego incorrecto.

Al término del encuentro, y después que el juego había tenido que ser interrumpido brevemente por el lanzamiento de objetos diversos a la cancha, se produjeron violentos incidentes entre los espectadores, y un

grupo trató de invadir los vestuarios, haciendo necesaria la intervención de la fuerza pública, que lanzó granadas lacrimógenas para dispersar a los más exaltados.

A más de ciento treinta heridos, algunos de mucha gravedad, se eleva el triste balance de la gran batalla campal protagonizada anoche por «hinchas» del Tottenham y el Feyennord durante el encuentro de vuelta de la final de la Copa de la UEFA.

Inesperadamente, sin que los acontecimientos sobre el terreno de juego lo justificaran, violentos incidentes estallaron en las gradas a la media hora de comenzado el partido.

En un instante las dos «hinchadas», que hasta entonces habían rivalizado en simpatía y muestras calurosas de apoyo a sus equipos, se transformaron en masas frenéticas y agresivas, originándose una pelea gigantesca que estuvo a punto de derivar en catástrofe.

Durante 10 minutos se golpearon los contendientes con todo cuanto hallaron a mano: sillas y asientos rotos, botellas, mangos de pancartas, etcétera. Trozos de estas improvisadas armas volaban por los aires y caían sobre las cabezas de los «hinchas» enloquecidos. La intervención de la policía apenas pudo contener tanta violencia. Las cargas de los agentes sólo sirvieron para aumentar la excitación de las masas.

Cuando el entrenador del Tottenham se dirigió a los contendientes por los altavoces para calmar los ánimos y solicitar cordura era demasiado tarde. Habían comenzado a sonar las sirenas de las treinta y dos ambulancias empleadas para trasladar los heridos a los hospitales.

La policía informó que numerosos aficionados, de uno y otro equipo, fueron detenidos. Otro gran número de ellos fue expulsado del estadio y se les impidió regresar para presenciar el segundo tiempo. Los detenidos fueron puestos en libertad después de terminado el encuentro.

La policía informó también de que treinta y nueve hinchas —dieciséis holandeses y veintitrés británicos recibieron asistencia médica especial en los hospitales. Tres aficionados del Tottenham han quedado internados y no han podido regresar a su país.

Unos cuatro mil «hinchas» británicos en su opinión habrían convergido en el sector de los graderíos donde se iniciaron los incidentes tras el primer gol conseguido por el Feyenoord.

Nuevos altercados se registraron en Rotterdam durante la noche. Finalizado el partido la policía tuvo que cargar contra centenares de aficionados de ambos equipos que, borrachos, protagonizaron un gran altercado en el *hall* de la estación ferroviaria central.

Nuevos incidentes se produjeron en el aeropuerto, donde en el curso de la madrugada salieron cinco vuelos especiales con destino a Gran Bretaña. La salida de uno de los aviones se vio retrasada por la presencia de un «hincha» borracho que quedó tendido en la pista de aterrizaje.

La policía ha informado de que antes de comenzar el partido, numerosos aficionados británicos robaron licores, vestidos y otros productos en los comercios de la ciudad. Antes de llegar al estadio, muchos de ellos en estado de embriaguez arrancaron señales de circulación y molestaron a los transeúntes.

Actos violentos de todo tipo se encuentran entre las crónicas semanales de los acontecimientos deportivos. A veces se llega incluso a la violencia casi cómica, inexplicable:

EL ENTRENADOR DEL RAMPLA, AGREDIDO... ¡POR SUS JUGADORES! —Montevideo.—
Un entrenador de fútbol fue agredido por los jugadores de su club al término del último partido correspondiente a la repesca. Los agresores, varios de los futbolistas del primer equipo del Rampla Jurniors, la emprendieron contra el técnico, Gualberto Díaz. Éste, por fortuna, fue protegido por hinchas y amigos.

Naturalmente, semejante enumeración de conflictos violentos en los terrenos deportivos podría llenar muchas páginas más. Pero basta como muestra lo hasta aquí expuesto.

Son los árbitros, representantes efectivos de la autoridad y símbolo a su vez de las demás autoridades, quienes más pagan las consecuencias de la agresividad en el terreno deportivo. Cumplir con su deber no resulta a veces fácil.

Así, en febrero de 1975 se produce simultáneamente en algunas regiones (Santander, Málaga) una huelga de árbitros de fútbol, los cuales se niegan a salir al campo por considerar que las autoridades federativas no los respaldan suficientemente.

Pero el problema no incide solamente en los árbitros. Los episodios centrados en éstos son en definitiva una muestra de la agresividad extendida en el deporte con manifestaciones violentas.

Muchos comentaristas hacen extrapolación y hablan de «violencia creciente», de «aumento de conflictos públicos por causa del deporte».

Resultará útil, y aquí queda la sugerencia para los estudiosos metódicos del tema, analizar estadísticamente si esta agresión violenta es creciente en la década de los 70 con respecto a los anteriores, o no lo es. M. D. Smith, en un reciente trabajo (198), se inclina por la respuesta afirmativa. No nos detenemos aquí en este tema concreto. Existen otros interrogantes dignos también de estudio.

¿Es el deporte un factor excitante de la agresividad? ¿Es simplemente una ocasión de que se manifieste la agresividad latente en nuestra vida? ¿Supone ello algo positivo? Consecuentemente a las respuestas que se diesen: ¿Es recomendable el deporte? ¿Es simplemente tolerable? ¿Debe ser acotado o suprimido? En todas estas aporías cabe la especificación del deporte al que han de referirse las inquisiciones y las consecuencias: el *deporte-espectáculo* o el *deporte «praxis»* (deporte para todos, deporte-diversión).

SUMA Y SIGUE

La agresión acompaña al hombre en la historia. Se han citado como épocas extraordinarias aquellas en que el orbe conocido estaba en paz oficial —sin guerras—. Tal, por ejemplo, la del Imperio de Augusto, al comienzo de la Era Cristiana. Aun entonces, en ese período blanco de la historia oficial, subsistían las rivalidades de grupo a grupo; de hombre a hombre; las intrigas, enfrentamientos, saqueos, robos, asesinatos, incendios provocados...

En nuestra sociedad contemporánea, que deberla ser el producto purificado después de tantos dolores y tragedias voluntariamente provocadas, continúa la agresión. La Humanidad, pese a tantas doctrinas religiosas, filosofías, no ha *aprendido* la no-agresividad. Los sociólogos dicen que ha aumentado. Hace 30 años que terminó la segunda gran guerra. Pero subsisten las guerras locales, las tensiones agresivas entre los grupos humanos (naciones, países, partidos políticos...). Puede decirse que estamos en una época de la historia adjetivada como la del «secuestro», el «comando», la «guerrilla», la «subversión»

En los albores del último cuarto del siglo XX, cualquier mes cogido al azar nos inunda con informaciones nacionales e internacionales marcadas por la agresión violenta de todo tipo. He aquí una pequeña muestra, a modo de impresión recordatoria, sólo referente a reducidas áreas geográficas.

Fin del año 1972:

- REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA. Tiene lugar uno de los atentados político-sociales más llamativos de los últimos tiempos durante la celebración de los Juegos Olímpicos de Munich.
- ESPAÑA. «Atentado contra el consulado francés en Zaragoza, cuyo titular, Roger Turm, gravemente herido, morirá el día 7 de noviembre».
- FILIPINAS. «Imelda Marcos es apuñalada en los brazos por *un* desconocido, al que acribillan los agentes de seguridad. La esposa del presidente Marcos se repone rápidamente».
- TAILANDIA. «Un comando de “Septiembre Negro” toma la embajada israelí en Bangkok, pero, tras unas horas de retener como rehenes a personal y visitantes, los liberan y obtienen vía libre fuera del país».
- ARGENTINA. «Las guerrillas asesinan al contralmirante Berisso».
- ITALIA. «Libertad provisional para Pireto Valpreda, encarcelado tras el atentado cometido contra un banco milanés el 12 de diciembre de 1969, en el que 16 personas resultaron muertas».

Verano de 1973:

- GOLFO PÉRSICO. «Un grupo palestino secuestra un reactor japonés con 143 personas a bordo, que serán liberadas el 24 de julio en el aeropuerto libio de Bengazi, tras lo cual hacen saltar el avión».
- GRECIA. «Dos palestinos dispararon contra los pasajeros en el aeropuerto de Atenas, dando muerte a cuatro personas».
- GRAN BRETAÑA. «Campaña de terror en Londres imputada al IRA y a un grupo anarquista indistintamente. Las alertas y las explosiones durarán semanas.»
- AUSTRIA. «Dos palestinos secuestran a tres judíos y un austriaco de un tren de emigrantes soviéticos a Israel, a los que liberarán después de obtener un avión para volar a un aeropuerto árabe. Viena accede a las peticiones de los secuestradores de negar el derecho de tránsito a los convoyes de judíos procedentes de la URSS».

Primavera de 1974:

- JAPÓN. «Un joven estudiante japonés secuestra un avión “Jumbo” con 425 personas a bordo. Por el número de víctimas es el mayor secuestro aéreo de la historia».
- ARGENTINA. «La empresa “ESSO” entrega 14 200 millones de pesos (más de 17 millones de dólares) por la liberación del directivo de la citada compañía en Buenos Aires, Samuelsson, que había sido secuestrado en el pasado diciembre. Hasta la fecha con esta cifra se superaron todas las indemnizaciones para liberación de secuestrados».

- ITALIA. «Luigi Rossi, de 27 años, hijo del “Rey del vermut”, es puesto en libertad tras cuatro meses de secuestro».
- INGLATERRA. «La princesa Ana y el capitán Mark Philips han salido ilesos de un intento de secuestro. El conductor del automóvil en que viajaban, dos policías y un periodista resultaron heridos».
- IRLANDA. «El senador Billy Fox, del partido irlandés Fine Gael, fue secuestrado y posteriormente asesinado en el poblado de Tircooney.»
- ESTADOS UNIDOS. «Patricia Hearst, hija de un famoso magnate de la prensa americana, es secuestrada por el Ejército Simbiótico de Liberación. La Fundación Hearst deposita 6 millones de dólares en un banco de San Francisco que serán utilizados para la distribución de alimentos a la gente necesitada, tal cual había solicitado el Ejército Simbiótico, con la condición de que sea liberada Patricia. Posteriormente Patricia pasa a formar parte, al parecer voluntariamente, como miembro activo del Ejército Simbiótico.»
- ESPAÑA. «El Gobernador Civil de La Coruña impone una multa de 10 000 pesetas a cinco albañiles que prendieron fuego a un perro perdiguero, una vez que lo hubieron rociado con gasolina.» Meses antes, en diciembre de 1973, el presidente del Gobierno español, Luis Carrero Blanco, había sido asesinado en Madrid.

Verano de 1974:

- ESPAÑA. «Tres individuos armados perpetran un atraco a una entidad de ahorros situada en la calle del doctor Bessols, de Badalona, donde se apoderan de un botín que se estima rebasa las 400 000 pesetas, según estimaciones provisionales. «Los tres hombres penetran en la sucursal y amenazan a los empleados con armas de fuego, una de ellas se cree es una pistola del nueve largo. Para amedrentar al personal llegan a efectuar un disparo, al tiempo que exigen el dinero de la caja.»
- ESTADOS UNIDOS. «Cuatro reclusos de la penitenciaría del Estado de Huntsville, en Tejas, se apoderan de once rehenes, con quienes se encierran en la biblioteca del establecimiento. Uno de los guardianes resulta herido levemente de un disparo. Los rebeldes amenazan con matar a sus prisioneros si no se les entregan armas y chalecos antibalas para huir.»
- LIBANO. «El embajador de Chile en Beirut, Alfredo Canales Marqués, es objeto de un atentado en las calles de la capital del Líbano, donde se le hacen cuatro disparos, de los que resulta gravemente herido. El embajador es llevado inmediatamente al hospital, en el que se encuentra en situación crítica.»
- ARGENTINA. «Es secuestrado Manuel Rodríguez, alto ejecutivo y miembro de la dirección de irnos grandes almacenes de Mar del Plata, confirma una fuente policíaca. El hecho se produce cuando Rodríguez retorna a su domicilio en automóvil. Al dejar el vehículo en el garaje de su tinca aparecen los sujetos armados y le obligan, bajo amenazas de muerte, a ocupar el asiento trasero, junto a uno de los secuestradores, mientras el otro toma el volante.»
- COLOMBIA. «Ciento veintiún pasajeros que se encuentran a bordo de un avión de la empresa comercial Avianca, secuestrado en pleno vuelo, pueden huir de la aeronave, lanzándose por las salidas de urgencia a la pista del aeropuerto Palmaseca, de Cali. Los pasajeros aprovechan que los dos secuestradores del avión —un hombre armado, su esposa y un niño en brazos— se encuentran en la cabina para abrir las puertas y lanzarse a la pista. Los pasajeros revelan que el secuestrador, a quien señalan como drogado, minutos después de que la aeronave iniciara su vuelo, realiza el secuestro y, tomando del pelo a una azafata, se hace introducir en la cabina del piloto para anunciarle su decisión y el deseo de viajar inicialmente a Cali. En esta ciudad la aeronave se reaprovisiona de combustible y se dirige hasta la cabecera de la pista. Allí para, y entonces los 121 pasajeros se lanzan precipitadamente por las puertas de emergencia.»
- REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA. «El exiliado yugoslavo editor de un boletín, Jakob Ljotic, de 79 años de edad, aparece estrangulado en su domicilio de Munich.»
- ESTADOS UNIDOS. «La policía de Baltimore inicia una huelga. A consecuencia de ésta se producen durante dos días numerosos disturbios, saqueos, robos e incendios. Para evitar tales incidentes, los propietarios de muchos comercios organizan por su propia cuenta la defensa de sus locales con fusiles y otras armas».
- FRANCIA. «Se registran sublevaciones en la población de reclusos en varias cárceles de Francia».
- ARGENTINA. «Es asesinado el ministro del Interior, S. Mohr Roy, el cual había desempeñado *un* importante papel en el Gobierno de Lanuse».

- INGLATERRA. «En la Torre de Londres estalla una potente bomba, a consecuencia de la cual 33 turistas resultan gravemente heridos, muchos de ellos mutilados de brazos y piernas, y una mujer muerta».
- ESPAÑA. «Unos individuos desconocidos arrojan durante la noche excrementos contra los escaparates de la librería Tahull, de Barcelona, en los que se exponen libros pertenecientes a la distribuidora Enlace. Por otra parte, la librería recibe llamadas telefónicas anónimas en las que se amenaza a los titulares del establecimiento por exponer libros de la mencionada distribuidora».
- IRLANDA. «Un hombre resulta muerto y otros 6 heridos, a consecuencia de la explosión de una bomba colocada en el barrio católico de Belfast».
- FRANCIA. «Varios muertos y heridos son el balance del enfrentamiento producido entre trabajadores extranjeros (norteafricanos) y militares franceses en el puerto de Tolon. Según la versión oficial, los militares del regimiento de Marina, molestos por las burlas de que fueron objeto por parte de un grupo de trabajadores extranjeros durante un baile de fin de semana en el barrio marítimo, organizan una verdadera expedición de castigo contra el barrio norteafricano de Tolon. Cuando la policía y la gendarmería militar consiguen restablecer la calma, encuentran muerto a un joven militar francés, víctima de una puñalada en pleno corazón, y cuatro heridos».
- ITALIA. «Dentro de un túnel cercano a la localidad de San Benedetto, Val di Sambro, estalla una bomba en un tren que se dirigía desde Italia a Austria y Alemania. Doce muertos y cuarenta heridos es el balance de las víctimas de dicho atentado terrorista. En interpretación de los expertos, parece ser que la explosión, por mecanismo de relojería, estaba prevista para el momento en que el tren se encontrase en la estación de Florencia, donde la catástrofe habría sido inmensamente superior. El retraso de 22 minutos que llevaba el tren impidió que eso sucediese»¹.

El variadísimo capítulo de secuestros, atracos, atentados, podría hacerse interminable. Aparte de ellos subsisten las tensiones bélicas de las cuales de tiempo en tiempo brotan conflictos, unos de larga duración, como los de Irlanda del Norte, Vietnam, Oriente Medio, y otros de más rápido desenlace, como los de Angola, Mozambique, Chipre, etcétera.

Ha surgido una nueva ciencia —la Polemología— alrededor de la cual sociólogos, psicólogos, políticos, etcétera, intentan especializarse en el estudio de esta realidad creciente que perturba la convivencia pacífica de los hombres en la tierra. Se hacen estudios estadísticos como, por ejemplo, el recientemente elaborado por la Sociedad Criminológica Alemana, cuya asamblea, concluida el 31 de julio de 1974, llamó al secuestro el «delito de nuestro decenio». En países no precisamente llamativos por sus actos de violencia se encuentran cifras alarmantes. Así, dicha Sociedad Criminológica ha señalado que en la República Federal se llevan a cabo un promedio de *diez secuestros diarios*. Poco antes del citado Congreso tuvo lugar en Lausana (Suiza) otro de la Sociedad Mundial de Derecho de Seguros, en el cual se estudió con especial intensidad el tema sobre el seguro contra actos de violencia en perjuicio de comunidades que afecte a bienes y personas. Se trataba de delimitar en qué medida los daños provocados por actos de violencia humana, espontánea o premeditada —insurrección, golpes de Estado, atentados con bombas y otros— pueden asimilarse a catástrofes generales y excluirse, como las catástrofes naturales, de los riesgos cubiertos por seguros.

L. Pereña publica en julio de 1974 el resumen de un largo y documentado estudio elaborado por el Instituto Francés de Polemología sobre las formas de violencia mundiales y el posible campo de sus posibles erupciones (164): Se ha llegado a conclusiones espectaculares al analizar la fisonomía de la violencia colectiva en sus tres niveles de guerras exteriores, microconflictos interestatales y pequeños conflictos internos. Se prevén las líneas de evolución y, con ayuda de ordenadores, se han fijado los límites y los frentes de agresividad.

Desde el punto de vista cuantitativo y globalmente, el año 1973. a primera vista, parece marcado por la tendencia a la disminución de la agresividad.²

¹ Como la elaboración de este libro fue concluida en la primavera de 1975 han quedado excluidas de esta enumeración de violencias, como consecuencia de los retrasos en la publicación, sucesos llamativos a lo largo del citado año, entre los que cabe destacar en general el incremento de actividades terroristas de la ETA en España, el aumento de violencias políticas en Argentina y Portugal, el agravamiento de tensiones hasta casi la guerra civil en el Líbano. etc.

² Los indicios, todavía no concretados en estudios rigurosos, parecen señalar a 1974 como un año de nuevo incremento de la violencia publica.

Durante 1973 el mundo ha conocido 508 manifestaciones de violencia colectiva, contra las 541 en 1972, y una media anual de 456 durante el cuatrienio 1968-1971. Contra las ocho guerras de 1968-1970, siete en 1971 y seis en 1972, son cinco las que caracterizan a 1973. Continúan las luchas de la Guinea portuguesa, Angola, Mozambique y Vietnam. Pero se ha relanzado la guerra entre árabes e israelíes, que se ha llamado la guerra del Kippur.

También han disminuido los micro-conflictos interestatales, con 13 en 1973, contra los 17 en 1972, y una media anual de 16 entre 1968 y 1971, que se localizan principalmente en el Oriente Medio y África del Centro y del Sur. Ligeramente aumentan los pequeños conflictos internos con 489, contra la media de 433 del quinquenio anterior. Numéricamente se nota cierta estabilidad, si bien aparece cierta redistribución de focos. Disminuyen los conflictos en Estados Unidos, persisten en América latina e Irlanda del Norte, se mantienen en Francia y aumentan en Inglaterra. Las pérdidas totales de las nueve guerras que han ocupado el último quinquenio ascienden a los 5,600,000 muertos. También la intensidad en muertes y daños ha sido menor el último año. Afectó a 72 estados o territorios distintos, contra la media anual de 79 en el quinquenio anterior. Ha disminuido la influencia del factor racial y estudiantil, pero ha aumentado el terrorismo.

La enseñanza más importante de este año 1973 consiste en la confirmación de que las guerras civiles son más difíciles de acabar que las guerras extranjeras localizadas. Durante 1970 fue restablecida la paz en Nigeria y el Irak. La sangrienta guerra de Pakistán dio origen en 1971 al nuevo Estado de Bengla Desh. A la guerra del Sudán se puso fin en 1972 por un compromiso político. Ya en 1973 se concluyó con la guerra internacional del Vietnam en los acuerdos de París y con la retirada de las tropas extranjeras. Pero se ha transformado en guerra civil y se ha acentuado la guerra civil de Camboya. En el Oriente Medio estalló la guerra del Kippur y se acelera la escalada de la guerra civil en los territorios portugueses de África con la proclamación en septiembre de la República de GuineaBissau y su reconocimiento por las Naciones Unidas. Ya en marzo de 1974 se han agravado las relaciones entre el Kurdistán y el poder central de Bagdad.

La guerra árabe-israelí ha logrado una solución política gracias a las presiones diplomáticas de las superpotencias. Pero en octubre de 1973 el mundo ha conocido una nueva crisis nuclear parecida a la de Cuba en 1962. Siguiendo la expresión de Claude Delmás en Corea y en Indochina, no hubo más que «tentaciones nucleares» y en 1956, sobre Suez, un simple «chantaje nuclear». En 1973 existió una verdadera amenaza atómica, que al final fue dominada por los políticos.

Ha disminuido la intensidad de los conflictos internos e interestatales, mientras su concentración se ha acentuado, así como las motivaciones económicas y sociales. Si se exceptúa la guerra del bacalao entre Islandia e Inglaterra, los conflictos interesantes se sitúan en Asia (5) y África Central (Nigeria-Camerún, Tanzania-Burundi, Zambia-Rhodesia, Libia-U.S.A.). Han disminuido los conflictos en Europa occidental, América del Norte y sudeste asiático. Pero su concentración es mayor en América del Sur, África meridional y el sudeste de Asia.

Durante 1973, ocho Estados, entre los que se cuentan Inglaterra, Francia, Argentina, Italia, España, Chile, Chipre y Rhodesia, que representan el 5 por 100 de los 143 Estados soberanos y el 12 por 100 de la población mundial, han tenido cada uno más de 16 manifestaciones de violencia interna, con un total de 263. Sólo 44 Estados no han conocido ningún microconflicto. Las pérdidas de siete Estados se elevan al 62 por 100 del total. Sólo en Inglaterra se ha elevado a 768 víctimas con el conflicto de Irlanda. Estas pérdidas, debidas a los microconflictos internos en el mundo (4 427), parecen evidentemente muy débiles en comparación con las que han sido provocadas por otras causas.

El factor étnico y el terrorismo siguen siendo los más importantes en el contexto de la violencia colectiva. El impacto de las motivaciones religiosas (6 por 100) y las ideológicas (70 por 100) se mantienen durante 1973, para acelerarse las motivaciones económicas y sociales (83 por 100). La conciencia humana se rebela contra la responsabilidad de los políticos.

3. PREOCUPACIONES, DIVAGACIONES U UTOPIÁS

¿Será posible desterrar alguna vez las guerras de la Humanidad? Y, más allá de la guerra abierta, ¿será posible que desaparezcan las guerrillas, comandos, secuestros?; y, más personal y menos politizados, ¿los crímenes pasionales, las rivalidades profesionales, las emulaciones personales? ¿Será posible alguna vez que el hombre conviva con el hombre sin reyertas ni enfrentamientos? ¿Será posible que el hombre siga estimulándose a descubrir las leyes de la Naturaleza, a penetrar en el secreto de las cosas y del mismo hombre, a inventar, a crear obras de arte sin que al mismo tiempo en que ejercita sus fuerzas de búsqueda, expresión y proyección, choque con un colega, un rival?

La agresividad como tal es, hoy por hoy, un misterio. La agresión es más cognoscible, medible, quizá controlable.

Hay quienes defienden que las guerras, como formas extremas de la agresividad, son incluso necesarias, al modo de descargas incoercibles tras la acumulación de tensiones. La guerra, desde Homero, y *aun* antes, ha tenido sus poetas, sus panegiristas, sus himnos y sonos triunfales. Para prestarse a la defensa frente a una agresión injusta, la familia, el clan, la tribu, habían de estimularse: ritos, danzas, sonos, himnos, llenan la historia cultural de la Humanidad motivada por la guerra. Ésta ha tenido sus eximios panegiristas incluso en el mundo moderno. Así Pareto, Sorel, y en pleno siglo XX Rosenberg, Sartre, etc. Valle-Inclán pone en boca de su *Bradamín*:

¡Qué mítica pujanza tiene el asalto de las trincheras! La guerra tiene una arquitectura ideal que sólo los ojos del iniciado puede alcanzar y está llena de misterio telúrico y de luz. En ninguna creación de los hombres se revela mejor el sentido profundo del paisaje y se religa mejor con los humanos des tinos. Por la guerra es eterna el alma de los pueblos.

Las corrientes intelectuales del siglo XX, en general, son antibelicistas. Igual que los movimientos juveniles más representativos de esta época, como los *hippies*. Pero surge una situación curiosa. Se condena crecientemente la guerra y, paradójicamente, se disculpa cada vez más al agresor individual, al psicópata, incluso al delincuente. Todos condenan la guerra; pero unos justifican plenamente la agresión represiva por parte del orden establecido; otros, la agresión subversiva frente al orden (u «opresión») establecido.

Incluso la psicología social tiende a encontrar lenitivo, liberación de culpa personal a los desmanes delictivos. Al asesino antes se le declaraba *culpable*. Hoy, al asesino, incluso convicto, se tiende a declarar *víctima* de una culpabilidad diluida en la sociedad. ¿Dónde está, pues, el origen de esa culpabilidad, la persona o personas originalmente responsables del delito? Achacarlo a las personas públicas, a los que ejercen el poder, es una comodidad y un pueril desplazamiento proyectivo. Frente a los poderes ostentados en una forma de gobierno se instauraron a lo largo de la historia otros, empleando fórmulas antagónicas; y el problema subsiste. Vienen tentaciones de achacarlo a un hado superior o a una fuerza demoníaca. El hombre arrastra algo, una culpa, una maldición. Anhela la paz, canta la paz, y se hace la guerra. En la subcultura definitoria de esta época, en los valores sustentadores del consumismo, de la competencia comercial, del desarrollo técnico, en campos profesionalmente al margen de la belicidad, se procede a una glorificación de la agresividad: «Publicidad agresiva», «Campaña de ventas agresiva», «Director ejecutivo agresivo», tales son los reclamos de que se valen las empresas contemporáneas para ensalzar valores y encontrar personas idóneas en su trabajo.

Por su parte, los «pacifistas» llevan sus campañas agresivamente, con falta de respeto, no sólo a instituciones y estamentos, sino al vecino concreto, al prójimo, al hombre. Pero ¿es que no hay una agresión mala y otra buena? Maltratar en la calle a un niño indefenso, por puro sadismo, es malo. Pero sujetar y, si es menester, golpear a quien lo maltrata, es bueno. Lo malo en este segundo caso sería cruzarse de brazos, adoptar la postura pacifista.

La agresión como acto humano es explicada por los psicólogos del aprendizaje como respuesta a *frustraciones* (fracasos, conflictos, omisión de gratificaciones) o a una serie de *factores irritantes* (estímulos sensoriales intensos, provocaciones, etc.).

El acto agresivo humano es estudiado, experimentado, clasificado. Se procede a la catalogación de las razones actitudinales, fisiológicas, de conflictos de personalidad, incluso las psicopatías y neurosis derivadas de situaciones permanentemente agresivas. Toda hipótesis de nueva situación relacionada con actos agresivos es sometida a experimentación.

Pero la agresividad como constante en la historia del hombre, su razón de ser, su origen, su posible adaptabilidad, no han podido ser objeto de experimentación en laboratorio. Por eso ciertos psicólogos consideran que no es científico hablar de una agresividad ajena a la mera y concreta constatación agresiva o a la persona o grupo específico constatablemente agresivizado. Hay agresores, grupos agresivos y actos agresivos..., pero «no se sabe» si hay agresividad en la sociedad. «No está demostrado». Éste es el gran pecado de Lorenz, y el de Ardrey, y el de D. Morris, y el de Hacker... intentar elaborar teoría acerca de la profunda conducta humana sin pruebas suficientes, sin hechos rigurosamente contabilizados. Para muchos «funcionarios de la ciencia», refugiados en el invernadero de la cifra, la varianza, la regla y el compás no es digno de tomarse en serio el esfuerzo un tanto filosófico, el riesgo a la intemperie del descubrimiento y la teoría. Sin estos riesgos y sin sus esforzados aventureros poco habría avanzado la ciencia de la Humanidad.

Como ya ha sido recogido anteriormente, el acto agresivo, constatado en la experimentación, es consecuencia de frustración o de factores irritantes. La conducta agresiva habitual de ciertos individuos y ciertos grupos sociales es, consecuentemente, provocada por la repetición de frustraciones, o por un estado habitual de frustración o de situaciones irritantes.

De esto, verdaderamente comprobado, se puede deducir que la agresividad humana, «si la hay», es una conducta aprendida, originada por estados de frustración o situaciones irritantes, o por ambas cosas a la vez. No se puede ir más allá. Todo lo que sea dar un color, una etiqueta —instinto, culpa, esencia...— a esta «hipotética, realidad humana, no es ciencia, no es serio.

¿No tiene el hombre derecho a preguntar? La ignorancia, la duda y la subsiguiente pregunta ha sido el origen del saber humano. Pensar que el hombre de hoy tiene sus características particulares, presentes, y que estas características de su conducta pueden y deben ser constatadas en la observación metódica y el experimento no está reñido con pensar que el hombre de hoy es hijo de una larga filogénesis y que ésta se enraíza en la noche larga de las especies. Aunque los modos de transmisión de patrones de conducta, la herencia de las características genéticas y la dinámica de las evoluciones no hayan podido ser constatadas con métodos rigurosos, es lícito pensar en ciertas constantes repetidas en la cadena genética, sacar deducciones, elaborar hipótesis. El querer prescindir rotundamente de estas interpretaciones a largo alcance sitúan sin querer a ciertos sabios «escolastizados» de hoy en una postura pre-darwiniana, desde la cual parezca lícito creer en un hombre desligado de naturaleza animal, instantáneo, autóctono, repentinamente presente cual «*leus ex machina*», ajeno a lo que le precedió. Bueno es investigar qué sea en concreto este hombre, qué seamos hoy nosotros. Pero nunca encontraremos explicaciones concretas si no acudimos a considerar y reconsiderar los atisbos que nos lleven a entender las conductas de otras fases filogenéticas. La agresividad, por ejemplo, se halla presente en los diversos periodos. Al hombre petulante le puede servir de reflexión, humildad y aplacamiento reconocerse en alguna manera en ese profundo espejo del tiempo filogenético. Dice, por ejemplo, Irenaeus Eibl-Eibesfeldt:

La tesis de que la agresividad constituye un fenómeno biológico básico está apoyada en investigaciones fisiológicas sobre los procesos nerviosos y hormonales subyacentes. De hecho algunos investigadores han provocado comportamientos de lucha en aves y mamíferos estimulando determinadas regiones de su cerebro con corrientes eléctricas. La mente de un animal recién nacido es una tabla rasa sobre la que irá escribiendo la experiencia. La conducta agresiva es un mecanismo de adaptación por el que ciertos miembros de la especie se ven desplazados y se seleccionan los más aptos para la propagación. Si aprendizaje no es requisito necesario para esta clase de conducta, aunque probablemente influye en la intensidad y en la forma concreta de expresarse la agresividad.

Dentro de la especie humana parece que la conducta agresiva se ha desarrollado, igualmente, para servir a las mismas funciones que la caracterizan en el caso de los animales inferiores. No cabe duda de que ella fue útil y sirvió a la adaptación hace miles de años, cuando los hombres vivían en grupos pequeños. Pero con el nacimiento de las supersociedades esta clase de conducta no aprovecha ya para la adaptación. Ha de ser controlada, y el primer paso para conseguir ese control está en reconocer que la

agresividad hunde profundamente sus raíces en la historia de las especies y en la fisiología y en la organización comportamental de cada individuo.

Por otra parte, debemos resaltar que la agresividad no es la única motivación que gobierna la interacción de los miembros de una especie. En los animales gregarios se dan, igualmente, modelos innatos de conducta que inclinan a la ayuda y al apoyo mutuos, y podemos afirmar que las raíces del altruismo no son menos profundas que las de la agresividad. En principio el hombre puede ser tan bueno como malo, pero, antes que nada, será bueno con su familia y sus amigos. Con el correr de la historia ha tenido que aprender que su familia ha aumentado, teniendo que adaptarse primero al clan y luego a la tribu y a la nación. Tal vez algún día adquiera el hombre la sabiduría suficiente para aprender que su familia actual abarca a toda la Humanidad (61).

He ahí una interpretación que podrá ser tachada de arriesgada, pero coherente y optimista acerca de las posibilidades de la evolución agresiva. No está reñida, ni mucho menos, con los pormenores que nos ofrecen las interpretaciones aprendizajejistas.

Si la agresividad es *un aprendizaje cultural* del hombre —siempre estará por ver quién fue el primer maestro— se desprenden dos consecuencias:

1. Que la agresividad es adaptable, controlable; puede ser eliminada.
2. Que el método para erradicar este hábito es la misma cultura. Al igual que culturalmente fue introducida, culturalmente puede ser abolida.

Por consiguiente, es menester crear una conciencia de anti-agresividad, de anti-belicismo. Todos los poderes públicos, entidades responsables de la vida social, asociaciones, educadores, políticos, sociólogos, los medios de comunicación social, los artistas populares, los productores de cine, de casas discográficas, etc., deben participar en una campaña general con ideas favorecedoras de la anti-agresividad (tanto referida a la represión como a la subversión), de la convivencia, etc.

Hace ya muchos lustros que diversas e importantes entidades, asociaciones internacionales, instituciones específicas comenzaron campañas de este tipo, y, en la década de los setenta, la nube de secuestros, violencias, actos de terrorismo..., parece ser creciente.

Hay voces utópicas que vinculan el descenso de la agresividad a un cambio radical de los regímenes de gobierno de los pueblos. Otros grupos —a la cabeza de ellos los *hippies*— preconizan un cambio sustancial en los modos de vida, hacia comunidades naturales, lejos de la civilización del desarrollo, con vida más natural, sin leyes coercitivas, sin fronteras nacionales...

Esta convicción de que la única solución está en la educación de un hombre nuevo anti-agresivo encuentra muchas dificultades prácticas. No se puede fácilmente hacer borrón y cuenta nueva de tradiciones culturales y de multitud de valores arraigados en el hombre durante tantos siglos de «aprendizaje», que, internalizados y absorbidos personalmente, constituyen en gran parte la propia personalidad del hombre, su «yo» y su «súper-yo». Las nuevas estructuras que habrían de crearse ¿serían necesariamente anti-agresivas?, ¿Mejorarían al hombre?

Los experimentos de disminución de la agresividad han dado ciertos resultados concretos: grupos de personas más capaces de aceptar al otro, menos militantes de su propio punto de vista, menos aferradas a sus criterios personales, abiertas al diálogo... Pero puede suceder que muchas de estas formas de aparente no-agresividad sean consecuencia de la canalización de los impulsos agresivos —sin violencia, pero con la fuerza contundente de los hechos— contra una «sociedad anticuada, partidista, hermética y agresiva». Los experimentos de individuos o de grupos no pueden ser extrapolados simplemente a la sociedad general, puesto que esta sociedad general, es decir, la Humanidad, carecería de un entorno, de otra sociedad más amplia y atrasada a la que reprochar su primitivismo y, consecuentemente, en la que desplazar y descargar la agresividad.

¿Pesimismo definitivo? No necesariamente. Poniendo los pies en el suelo, sin grandilocuencias, sigamos dando pasos.

PRIMERA PARTE
LA TAN AGRESIVAMENTE POLEMIZADA AGRESIVIDAD

1. LAS TEORÍAS

El tema de la agresión humana, tratado por las diversas escuelas interpretativas del comportamiento con más o menos preocupación a lo largo del siglo XX, ha adquirido en los últimos diez años actualidad y pasión científica. Un libro, sobre todo, ha vuelto al centro de este recrudecimiento polémico-científico. *Sobre la agresión: el pretendido mal* (133). El nombre de su autor intensifica más aún la actualidad del tema, con la obtención del Premio Nobel de Medicina 1973, principalmente en razón de las investigaciones y hallazgos acerca del «troquelado» o «vinculación», a pesar de que esa actividad e investigaciones específicas no están encasilladas dentro de ninguno de los campos específicos de la Medicina, sino más bien de las ciencias de la conducta animal y humana comparadas (etología, zoología, psicología, antropología...). Se trata de Konrad Lorenz.

La tesis central de Lorenz se concreta en que la agresividad es un instinto que el hombre tiene. Por consiguiente, es de alguna manera necesaria. Este tremendo impulso es una constante filogenética que el hombre puede ser objeto de canalización «sublimación», «ritualización», «reorientación». En esta línea, es una especie de reeducación de la agresividad humana está la única solución posible a los terribles problemas de la violencia histórica.

Para entender con honestidad este pensamiento es menester averiguar, en primer lugar, los conceptos fundamentales que emplea Lorenz, tales como «agresividad» misma e «instinto».

Agresividad es un concepto muy rico que puede recibir varias acepciones. Derivado del latín *agredí* (ir hacia, acercarse, penetrar) puede referirse a un impulso básico del hombre para intentar, obtener, acometer, descubrir, investigar... Esta es la acepción genérica que acepta Lorenz, aun cuando, posteriormente, se refiere a la otra acepción específica que consiste en atacar. La agresión, cuyos efectos suelen equipararse a los del instinto de muerte, es un instinto como cualquier otro y, en condiciones naturales, apto para la conservación de la vida y la especie. En el hombre que ha modificado por sí mismo y con demasiada rapidez sus propias condiciones de vida, el impulso agresivo produce a menudo resultados desastrosos pero otro tanto hacen otros instintos, aunque de forma menos impresionante.

En otras escuelas psicológicas, principalmente entroncadas en la línea del aprendizaje, la agresividad no solamente es considerada en la circunscripción al ataque, sino que incluso no se estudia la agresividad como entidad permanente o energía latente, sino que se estudia y analiza *la agresión* como «un acto en el cual el objetivo de la reacción es lesionar a otro organismo» (Dollard) (57). «Una reacción que descarga estímulos nocivos sobre otro organismo (el término ataque se utilizará como sinónimo)» (A. 11. Buss) (28).

La violencia no es más que una forma concreta de agresividad, especificada sobre todo por el ataque físico (o, en el hombre, el análogo al físico, como el insulto). No toda agresividad es violenta; toda violencia, sin embargo, es agresiva, es originada por la agresividad.

Lorenz, afinando más en una línea muy característica entre los etólogos, concreta más y específica el término instintivo de la agresividad al impulso o acción que pone como objetos a seres de la misma especie —hombre con hombre, lobo con lobo, rata con rata—, es decir, al que se concreta en la agresión llamada *intra-específica*.

Nunca hemos observado que el objetivo de la agresión sea el aniquilamiento de los congéneres, aunque alguna que otra vez se produzca algún accidente desdichado y un cuerno entre por un ojo o un diente corte una arteria. Esto no impide, claro ésta, que en las luchas territoriales o duelos que se desarrollan en circunstancias excepcionales, no naturales ni provistos de los mecanismos de la evolución (por ejemplo en cautividad), el comportamiento agresivo pueda tener consecuencias destructoras. «No son sólo los peces los que se pelean entre congéneres del modo que hemos descrito. La mayoría de los vertebrados hacen otro tanto.»

El origen o sustancia de la agresividad está en tres elementos necesarios para la conservación, el desarrollo y el mejoramiento de una especie (no creo sea necesario recordar que Lorenz es fundamentalmente darwiniano): la *territorialidad*, la *jerarquía*, la *pareja y familia*...

En general el instinto no tiene para Lorenz un valor absolutamente incoercible, fatal, pre-determinista. Es una realidad, una fuerza heredada, primitiva genéticamente; por consiguiente, presente y actuante en todo individuo de una especie concreta, pero es a su vez evolucionable, domesticable, canalizable. Llega y está presente con la vida misma, y, al igual que ella, es una realidad plástica, maleable, enderezable. Los impulsos instintivos están ahí indefectiblemente, actuantes, pero no inasequibles.

Éste es un principio de interpretación necesario para comprender a Lorenz. Gran parte de los ataques que éste ha recibido provienen de la aplicación a sus teorías de la agresión de una acepción del instinto no precisamente lorenziana, sino proveniente de otras teorías, como, por ejemplo, la de McDougall con su instintividad avasalladora, inasequible, incoercible. Confundir la acepción de instintividad lorenziana con la de McDougall es precisamente uno de los frecuentes errores de muchos «aprendizajistas»,» censores de todo lo que suene a instinto sin atender a tan diversificadas acepciones como a él se han dado.

LA TEORÍA DE K. LORENZ

Este autor se decide a fijar en las especies cuatro grandes instintos: alimentación, reproducción, fuga y agresión.

Junto a ellos existen los instintos o actividades *instrumentales*. Son adquisiciones logradas a lo largo de la filogénesis al modo de servidores, mitigadores, compensadores de las grandes fuerzas instintivas. Por ejemplo, el instinto de agresión en su variante intra-específica, tan necesaria para la subsistencia como el ataque depredatorio, habría llevado las especies a la autodestrucción si no hubieran surgido unos mecanismos inhibidores del poder letal de la agresión. Tales mecanismos fueron concretándose en las riquísimas formas de «ritualización», consistente en una «desviación». Y «reorientación» del ataque hacia otros objetos distintos del rival, y a la fijación del movimiento, posturas, actos aparentemente inútiles, consecuencia de otras desviaciones. La ritualización ha creado una variedad de comportamientos que por decantación filogenética se han hecho a su vez instintos; son los llamados instintos o actividades *instrumentales*, diversas en cada especie.

Estos pequeños servidores de la conservación de la especie suelen estar a disposición de *varios* instintos «grandes». Se trata sobre todo de pautas de movimiento aplicadas a la locomoción: correr, volar, nadar, etcétera, y también de otras, como picotear, roer, excavar, etcétera, que pueden servir para la alimentación, la reproducción, la fuga, la agresión, o sea, los instintos que aquí calificamos de «grandes». Sirviendo, pues, en cierto modo de instrumento a los diversos sistemas superiores, y sobre todo a los cuatro «grandes» mencionados, yo los he llamado actividades *instrumentales*. Pero eso de ningún modo significa que esos movimientos estén desprovistos de espontaneidad, ya que sucede todo lo contrario.

Estos instintos, al igual que los grandes, deben tener la posibilidad de ser ejercitados: Los amigos del perro saben bien que, por desgracia, no es posible quitarle a un perro entusiasta cazador las ganas de cazar por bien que se le alimente. Otro tanto sucede con los movimientos instintivos que hace el gato para cobrar una presa, o con el conocido rodeo o acecho del estornino, movimiento que ejecuta casi continuamente el ave, esté o no hambrienta... Cada una de estas coordinaciones hereditarias tiene su propia espontaneidad y es causa de su propio comportamiento de apetencia.

La ritualización instintiva (ya propiamente instinto o conducta instintiva), movimientos, actitudes, acechos, secreciones, coloraciones, etcétera, se convierten, dentro del esotérico entendimiento intra-específico, en «señales» que son captadas y, en su caso, respondidas por los congéneres¹ y, en forma mitigada, confusa e incompleta, por los participantes en la lucha intra-específica.

Naturalmente, los diversos instintos básicos y las actividades instintivas instrumentales (instintos menores) pugnan a veces entre sí debido a motivaciones opuestas, a repulsas interferentes, etcétera, sobre todo en el caso del hombre, por la intervención de «fuentes superiores de motivación» y, en todo caso, también a conductas reflejas originadas por estímulos exógenos. El resultado final de estas motivaciones y contra-motivaciones de los impulsos espontáneos y reactivos, de las realimentaciones o re-impulsiones de los instintos, y —en el hombre— de la entrada también en juego de decisiones superiores, es la conducta del individuo.

Los resultados de pre-valencia de un instinto o de una constelación instintiva sobre los otros en un momento dado de eliminación de obstáculos antagonistas se produce mediante un sistema coordinado de fuerzas y equilibrios, una especie de *gran parlamento de los instintos*, de donde sale la decisión última y la consiguiente ejecución o inhibición.

La tesis verdaderamente original de Lorenz tras este planteamiento general del juego de los instintos es la suma importancia que para la formación de los vínculos de unión, *apareamiento* (llamaríamos amor y sexo) y *confraternización* (llamaríamos amistad y parentesco), tiene precisamente el instinto de agresión.

¹ No hay lógica lingüística en la designación de animales de una misma especie como «congéneres». Pero puede considerarse correcta con licencia literaria.

Estableciendo las comparaciones antagónicas entre las especies multitudinarias carentes de impulso agresivo (sardinas, arenques, fringéfalos, paros carboneros) y carentes igualmente de vínculos individuales personalizantes de atracción y jerarquía, con las especies constituyentes de «sociedades del amor» (lagartos verdes, cigüeñas europeas, nicticorax, etc.), altamente agresivas en sus mutuas rivalidades, saca como consecuencia la trascendencia que para la individualización (apareamiento, jerarquización) tiene el hábito agresivo. No se da vinculación personal (amor, amistad) sin agresividad. Ésta es discriminadora. Es el comienzo mismo de la personalización, de la alteridad, de la nostrificación.

Hay animales que ignoran por completo lo que es agresión intra-específica y durante toda su vida están unidos en compactas muchedumbres. Parece que esos seres deberían estar predestinados a la sólida amistad y la leal confraternidad, pero precisamente en esos pacíficos animales gregarios jamás se advierte tal cosa y su unión es siempre completamente anónima. El vínculo personal, la amistad entre individuos *sólo* aparecen en los animales de agresividad intra-específica muy desarrollada. Y el vínculo es incluso más firme cuanto más agresiva es la especie. Casi no hay peces más agresivos que los cíclidos ni aves más agresivas que los gansos. Y el mamífero de agresividad proverbial, la *Bestia senza pace* de Dante, o sea, el lobo, es el más fiel de los amigos. Y entre los animales que son alternativamente territoriales y agresivos o sociales y no agresivos, según las estaciones, los vínculos personales se limitan a los períodos de agresividad.

El observador que conoce bien el significado del chachareo y el del redoble no puede dejar de advertir que al apasionamiento manifestado por el chachareo de «estar juntos» se suma el fenómeno de contraste que los fisiólogos llaman *rebound effect* (efecto de rebote o repercusión). Descargada ya la agresividad en el vecino enemigo, la ternura por la pareja y los hijos se manifiesta libremente, y viceversa: la proximidad de los seres amados refuerza (la intensidad de la agresión contra el extranjero intruso. La familia a defender obra así en cierto modo como un territorio mueble (...). Y la presencia de extraños desencadenadores de agresión refuerza considerablemente la disposición a chacharear amablemente con la pareja en el ceremonial de triunfo.

La agresiva discriminación de los extranjeros y el lazo que une a los miembros del grupo se refuerzan mutuamente. El contraste entre «nosotros» y «ellos» es capaz de unir de este modo a entidades por lo demás muy diferentes.

Y hace aplicación a las rivalidades humanas entre países.

El mismo fenómeno, que entre paréntesis tiene algunas características de la guerra, puede estudiarse en la ceremonia de «redoble y chachareo» del ganso silvestre. En otoño e invierno llega a suceder que bandas de gansos formados por varias familias vuelven de las colonias de incubación que instalamos a algunos kilómetros de distancia, en los lagos vecinos, cuando el número de aves que pueblan nuestro lago de Ess se ha hecho excesivo. Ante esos gansos totalmente extranjeros para ellas, las familias del lago, hostiles por lo demás entre sí, forman una sola falange de cuellos convergentes y tratan de expulsar a los intrusos. Y éstos, a su vez, forman otra falange, y, si son bastantes, resisten y se quedan.

Todas estas ritualizaciones, derivadas más o menos de la agresividad, tienen que ponerse en juego para no perder vigencia. Una falta de uso debilitará la capacidad para la lucha, y, consecuentemente, para el mantenimiento de importantes lazos de la vida social.

Los ratones tienen que roer, las gallinas que picotear y las ardillitas que saltar de acá para allá. En condiciones normales, han de hacerlo para subsistir. Si esta necesidad *desaparece* en las condiciones de cautividad experimental del laboratorio, de todos modos lo siguen haciendo, y eso se debe a que los movimientos instintivos proceden de una producción interna de estímulos y su desencadenamiento solamente es dirigido por estímulos externos en cuanto a la determinación del lugar y el momento de la ejecución. Por eso el ganso silvestre lanza su grito de triunfo, y cuando no tiene ocasión de satisfacer esa necesidad se convierte en una caricatura patológica de su propio ser. Ni siquiera le queda la posibilidad de abreaccionar la pulsión reprimida en cualquier objeto sustitutivo. El ratón roe cualquier cosa, aunque sea algo imposible de roer. La gallina picotea, siquiera sean las plumas de sus

compañeras de cautividad. La ardilla, en su angosta jaulita, sigue dando saltos y cabriolas estereotipados para liberar su impulsión motriz. Pero el ganso o la oca sin compañero no tienen con quién compartir el grito de triunfo y andan de acá para allá, tristes y deprimidos. Dijo una vez Yerkes, certeramente, que un chimpancé solo no era ningún chimpancé. Otro tanto podría decirse, y con más razón todavía, del ganso silvestre. Incluso en una colonia densamente poblada, el solitario que no tiene con quién celebrar la ceremonia del grito sufre mucho.

Junto a la formación de los ritos instintivos del vínculo existe el deterioro o empobrecimiento de tales conductas, por diversos motivos de inutilidad o adaptación. Refiere el autor diversos ejemplos de estos graves deterioros del rito instintivo por él observados, progresivamente convertidos en autodestrucción o hetero-destrucción, que serían perfectamente clasificables, como dinamismos, entre las regresiones freudianas.

Hasta aquí, en los capítulos de su obra dedicados a la observación de conductas animales, a su estudio comparativo e interpretaciones, Lorenz es ampliamente respetado, no sólo por sus seguidores, generalmente fervientes, sino también por quienes se oponen a sus teorías; aunque no faltan «agresivas» excepciones, como la de M. E. A. Montagu cuando afirma:

Lorenz prefiere entender la agresividad a su manera. En ningún lugar, por ejemplo, se digna considerar cómo otros científicos han investigado la agresividad. Desdeña el discutir la posibilidad de que una buena parte de esa conducta agresiva represente una reacción contra la frustración. Tampoco presta la menor atención al punto de vista según el cual en muchos casos la conducta agresiva es situacional, provocada por situaciones y condicionamientos que no tienen nada que ver con cualquier cosa «programada» «filogenéticamente» o de cualquier otro modo (149).

También el ilustre psicólogo J. P. Scott:

La lucha es un fenómeno complejo que adopta formas diversas y es estimulada y captada por factores diferentes y múltiples. Cualquier explicación basada en un factor «aislado» tal como el del instinto, es necesariamente incompleto. Para valorar justamente a Lorenz podemos decir que probablemente escribiría un libro distinto si hubiera de hacerlo en estas fechas, toda vez que en un volumen más reciente ha empezado a equiparar el fenómeno del aprendizaje a sus teorías de la evolución de la conducta (189).

No hay tal modificación de teoría en los últimos escritos de Lorenz. Es cierto que atiende más al aprendizaje. Pero ello no es nada nuevo para el mundialmente famoso creador de la teoría del «troquelado», hecho que es eminentemente aprendizaje.

No es extraño que las escuelas de psicología del aprendizaje, sobre todo las de corte tradicional marcadamente mecanicistas, behavioristas, ataquen a Lorenz, puesto que su teoría, al aceptar algo innato, es totalmente opuesta al entendimiento reactivo de la conducta, principio que, desde el afán consejero-científico de William James, se fue convirtiendo en axioma en el afán científico natural de Wattson, de sus seguidores y sus derivados. Lorenz es consciente de ello y, por su parte, hace sólidas críticas al afán meramente constataador-experimentalista y a la incapacidad «comprensiva» de la mayor parte de las escuelas del aprendizaje, aceptando la cuantiosa contribución que como método y como arsenal de datos han hecho y siguen haciendo a las ciencias de la conducta humana.

Insensiblemente hemos pasado al hombre. A él dedica explícitamente Lorenz sus últimos y más conflictivos capítulos. Y en esta extrapolación de la conducta animal a la del hombre es donde sufre los más duros ataques. Es consciente del tremendo salto en la evolución; de los misterios de la corticalización, del lenguaje conceptual, de la lógica abstracta. Y lo dice en algunos párrafos. Pero luego no es totalmente consecuente con su cautela y, llevado *un* tanto por el frenesí del hallazgo intuitivo, formula una serie de consecuencias, verdaderas tesis más que hipótesis.

Reafirmandome en mi intento del más conciso resumen, he aquí las líneas generales de su aplicación teórica de la conducta animal al hombre.

Como ser «evolucionado», no escuetamente «descendiente», a escala zoológica, el hombre está sujeto al instinto de la agresión. Como en el animal, es una realidad primaria, un impulso incoercible, que ha adquirido sus peculiaridades, sus ritualizaciones, sus necesidades prácticas imperiosas. El hombre, por un proceso complejísimo, ha evolucionado a una corticalización cerebral y a una capacidad sorprendente de expresión por lenguaje conceptual de relación, de abstracción, de pensamiento lógico. Sin embargo, analizada su conducta —bien a lo largo de su historia, bien en un momento cualquiera de la época actual— no Parece que este elemento superior que llamamos razón mande en su comportamiento.

Es cierto y profusamente citado el párrafo: Supongamos que un observador objetivo de otro planeta, Marte, por ejemplo, estudiara el comportamiento social del hombre con ayuda de un telescopio cuyo aumento fuera insuficiente para alcanzar a reconocer los individuos y seguir su comportamiento individual, pero que sí le permitiera ver grandes acontecimientos, como migraciones de pueblos, batallas, etc. Pues bien, nunca se le ocurrida pensar que el comportamiento humano estaba regido por la razón, ni siquiera por una moral responsable.

Suponiendo que nuestro observador extra-terrestre fuera un ser puramente razonable, que no supiera nada del funcionamiento de los instintos en general y el de agresión en particular, ni de cómo su funcionamiento puede ser erróneo, se vería bien apurado para hallar una explicación a nuestra historia. No puede, en efecto, decirse que los fenómenos históricos, que siempre se repiten, sean explicables por la razón ni el entendimiento humanos. Es un lugar común atribuirlos a lo que suele llamarse «la naturaleza humana». La ilógica e insensata naturaleza humana hace que dos naciones compitan y luchen aun cuando no les obligue a ello ninguna razón de índole económica; y que dos partidos políticos o dos religiones cuyos programas son sorprendentemente parecidos se combatan con terrible encarnizamiento; y que un Alejandro o un Napoleón sacrifiquen a millones de sus súbditos en el intento de unir a todo el mundo bajo su cetro. Es curioso que en la escuela nos enseñen a respetar a algunos personajes de esos que han cometido tamaños absurdos y a honrarlos como a «grandes hombres»...

Todas estas sorprendentes contradicciones tienen una explicación nada difícil y pueden ordenarse y organizarse correctamente en cuanto se llega al conocimiento de que el comportamiento social del hombre, lejos de estar dictado únicamente por la razón y las tradiciones de su cultura, ha de someterse a todas las leyes que rigen el comportamiento instintivo de origen filogenético; y esas leyes las conocemos muy bien por el estudio del comportamiento animal.

Pero supongamos ahora que nuestro observador extra-terrestre fuera un etólogo consumado y que supiera a fondo todo cuanto hemos expuesto brevemente en los capítulos que anteceden. Inevitablemente llegada a la conclusión de que la sociedad humana está constituida de modo muy semejante a la de las ratas, porque de igual el modo son sus componentes sociables y apacibles dentro de su propia tribu, pero se conducen como unos verdaderos demonios con los congéneres que no pertenece a su bando. Si además de eso nuestro marciano advirtiera el explosivo aumento de la población, la creciente peligrosidad de las armas y la división de los humanos en unos pocos campos políticos... no auguraría a la Humanidad un futuro mejor que el previsible para unas cuantas sociedades de ratas en un barco donde casi no quedara nada por devorar.

Al hombre le llegó la razón, y con ella pudo relacionar, inventar instrumentos, armas para su defensa y la puesta en juego más eficiente de su agresividad. Y en ello ha estado el decisivo peligro. Como sus armas naturales agresivas (sus brazos, manos, dientes) no eran tan peligrosos como los del tigre, el oso o el cuervo; no había desarrollado las naturales inhibiciones, los controles instintivos necesarios para no auto-exterminarsen. Lo que la evolución filogenética no le había dado instintivamente lo encontró con su raciocinio y pensamiento: las armas artificiales —desde el hacha hasta los misiles—. Y se encontró carente del instintivo control de estas armas inventadas.

La paloma, símbolo de todo lo que es pacífico, es capaz de torturar a sus hermanas hasta matarlas sin que se lo impida ninguna inhibición.

Uno puede imaginarse como si lo estuviera viendo lo que sucedería si, por un fenómeno natural que nunca se ha dado, la paloma adquiriera de repente el pico de un cuervo. Parecida es la situación del hombre al descubrir que una piedra afilada puede servirle de arma cortante o contundente.

Buena parte de los peligros que le amenazan vienen del hecho de que el hombre es por naturaleza un omnívoro relativamente inofensivo, cuyo cuerpo no posee armas naturales para matar grandes animales y que por ello no tiene tampoco aquellos mecanismos de seguridad creados por la filogénesis que impiden a todos los carnívoros «profesionales» aplicar indebidamente su poder para matar a los grandes animales de su propia especie. Sucede a veces que un león o un lobo mate a algún congénere extranjero que penetra en el territorio de su manada, y que incluso, en un arrebatado de cólera, quite a algún compañero la vida de un zarpazo o un mal mordisco. En cautividad esto se da con harta frecuencia. Pero tales excepciones no deben hacernos olvidar que, como ya dijimos en el capítulo dedicado a las pautas de comportamiento análogas a la moral, en todos los carnívoros fuertemente armados hay mecanismos de inhibición súper-desarrollados, destinados a asegurar la conservación de la especie y a impedir que se destruya a sí misma.

En la prehistoria, el hombre no necesitaba mecanismos muy desarrollados que le impidieran aplicar súbitamente golpes mortales, que de todos modos no estaban en su poder. Sólo podía utilizar para ello los dientes o las uñas de las manos, para ahogar, morder o rasguñar. Pero la presunta víctima tenía tiempo suficiente de aplacar al atacante con ademanes de humildad y gritos de miedo. Siendo el hombre un animal débilmente armado, no había presión selectiva que funcionara y creara las fuertes y seguras inhibiciones que impiden el empleo de las pesadas armas de algunos animales y aseguran la supervivencia de su especie. Pero la invención de armas artificiales abrió nuevas posibilidades de matar de golpe y trastornó gravemente el equilibrio existente entre unas inhibiciones relativamente débiles y la capacidad de matar a sus congéneres. El hombre se hallaba entonces en la situación de la paloma que por un cruel juego de la naturaleza se viera dotada de un pico de cuervo.

Es como para llenar de espanto la idea de que un ser tan irascible como lo son todos los primates prehumanos pudiera presentarse esgrimiendo un hacha de piedra bien afilada. La Humanidad se hubiera efectivamente destruido a sí misma con sus primeros grandes inventos a no haber sido por el hecho estupendo de que la capacidad de inventar y el don de la responsabilidad son consecuencia una y otro de una misma facultad, específicamente humana: la de hacerse preguntas.

Lorenz explica a continuación las posibilidades de solución ante este enorme peligro de autodestrucción, y acude primeramente, como es lógico, a la «moral responsable» y su capacidad de ser educada y refinada. Tiene sus titubeos:

La tarea compensadora que incumbe a la moral responsable se hace más grande a medida que las condiciones ecológicas y sociológicas se apartan de aquellas a las que la filogénesis adaptó el comportamiento instintivo del hombre. Y tal desviación aumenta sin cesar; aumenta incluso a un ritmo que la hace verdaderamente temible.

La suerte de la Humanidad depende de saber si la moral responsable podrá o no con esa carga, que cada vez se hace más pesada. Y no le facilitaremos el problema sobrestimando su poder. Más probabilidades hay de ayudarlo reconociendo humildemente que es «tan sólo» un *mecanismo de compensación* de eficacia muy limitada; y que su fuerza procede, como ya expliqué, de fuentes de motivación de la misma índole que aquellas que está llamada a controlar.

Expone luego una teoría del «cuasi-troquelado»² señalando el período de ruptura y autonomía propias de la adolescencia humana (entre 13-17 años) que sitúa al individuo, desprendido más o menos de su fidelidad a los ritos y normas sociales de la cultura y del legado de sus mayores, a merced de cualquier aceptación personal de una idea consciente, sea ésta la que fuere.

² «Cuasi-troquelado, por la analogía de procesos de aprendizaje y vinculación con el período que Lorenz llamó «troquelado» (o acunamiento, Prägung), los primeros meses después del nacimiento.

La necesidad instintiva de ser miembro de un grupo bien unido y que luche por ideales comunes es tan fuerte que tiene importancia secundaria saber cuáles son esos ideales y cuál su valor intrínseco. Esto explica, creo yo, la formación de pandillas juveniles cuya estructura social es, con toda probabilidad, una reconstrucción bastante semejante a las que se dan en las sociedades primitivas.

Según parece, ese proceso de fijación (por cuasi-troquelado) sólo puede efectuarse debidamente una vez en la vida del individuo. Ya bien establecida la valorización de ciertas normas sociales o la lealtad a una causa no puede borrarse por lo menos lo bastante para dejar lugar a una valorización de igual fuerza. Pasado este período sensible, la capacidad de abrazar nuevos ideales parece muy reducida en el hombre. Todo esto nos ayuda a comprender la verdad nada nueva de que los seres humanos atraviesan por un período bastante peligroso durante la pubertad e inmediatamente después. La trágica paradoja es que el peligro resulta mayor para quienes son por naturaleza más capaces de servir a la noble causa de la Humanidad.

El proceso de fijación a un objeto (por cuasi-troquelado) tiene consecuencias cuya importancia sería difícil exagerar. Determina nada menos que aquello por lo que un hombre vivirá, (luchará y, en ciertos casos, guerraré) ciegamente, así como la situación estimulante condicionada que desencadena ese comportamiento de evolución filogenética que he propuesto denominar *entusiasmo militante*... Hay una esperanza razonable de que nuestra responsabilidad moral llegue a dominar la pulsión primitiva, mas para ello es necesario reconocer humildemente el hecho de que el entusiasmo militante es una reacción instintiva, con un mecanismo de desencadenamiento determinado filogenéticamente, y que el único punto donde puede ejercer su control la vigilancia inteligente y responsable es en el condicionamiento de dicha reacción a un objeto cuyo genuino valor haya revelado la interrogación categórica... Tal reacción puede ponerse al servicio de objetos muy distintos, desde el club deportivo hasta la nación, desde las particularidades y las ceremonias más anticuadas hasta el ideal de la verdad científica o la incorruptibilidad de la justicia. Los demagogos pueden y saben muy bien crear simulacros de situaciones amenazantes para el grupo social, fabricando enemigos o exagerando su disposición inamistosa y su peligro.

Y señala con enorme dureza las semejanzas posturales de las exaltaciones de los «entusiasmos militantes» con las producidas por cualquier otro entusiasmo más bastardo, incluso los de los antepasados del hombre:

El tono de todos los músculos estriados se eleva, el cuerpo se pone tenso, los brazos se apartan un poco del cuerpo, lateralmente, y giran algo hacia el interior, de modo que los codos apuntan hacia fuera. La cabeza se alza orgullosamente, la barbilla hacia delante, y los músculos faciales efectúan la mímica de poner «cara de héroe», esa cara que todos conocemos por el cine. En la espalda y la parte exterior de los brazos se erizan los vellos; y esto es incluso lo que objetivamente se puede observar del «estremecimiento sagrado».

En cuanto al carácter sagrado de ese estremecimiento y lo espiritual de ese entusiasmo, cualquiera que haya visto la pauta de comportamiento correspondiente en el chimpancé macho cuando se lanza con bizarría sin igual a defender su horda o su familia lo pondrá en duda. Porque el chimpancé también adelanta la barbilla, tensa el cuerpo y alza los codos; también a él se le erizan los pelos del cuerpo, cosa que hace parecer más grande éste visto por delante, con un imponente efecto de intimidación. Toda esta combinación de actitud del cuerpo y erizamiento de los pelos es, como el enarcamiento del lomo en el gato, un *bluff* para que el animal parezca más grande y peligroso de lo que en realidad es. En cuanto a nuestro «estremecimiento sagrado», no es otra cosa que el erizarse de la piel natural que ya sólo nos queda en forma de vellosidad.

No sabemos qué sentirá el mono en su reacción social de defensa, pero nos consta que es tan abnegado y heroico como el hombre inflamado por un ardor que lo llena de entusiasmo, y lo mismo se juega la vida. No cabe dudar de la homología puramente filogenética en la reacción de dolor de la borda en el chimpancé.

Los amplios estudios de la fisiología de las emociones, desde los experimentos de Cannon hasta las manipulaciones de Rodríguez Delgado, coinciden absolutamente en la analogía de procesos neuro-químicos y

eléctricos en las emociones, sobre todo de las que llevan el carácter de agresividad, entre una especie animal y otra, y entre ésta y el hombre.

A mí no me parece decepcionante —concluye Lorenz— sino una seria advertencia para que nos conozcamos a nosotros mismos el que nuestra valiente defensa de lo que creemos supremo corra por vías nerviosas homólogas a las que transmiten las reacciones sociales de defensa de nuestros antecesores los antropoides. Una persona que no tenga esas reacciones es para mí un lisiado en materia de instintos y no lo quisiera por amigo.

Pero uno que se deje llevar ciegamente por sus reflejos es un peligro para la Humanidad y una víctima fácil para cualquier demagogo de esos que saben desencadenar situaciones estimulantes en los hombres para hacerlos combatir a su antojo con la misma seguridad con que nosotros los etólogos lo hacemos en los animales con que experimentamos.

Finalmente, en su *Confesión de esperanza*, Lorenz señala como el mejor camino para superar la agresión violenta de la Humanidad lo que precisamente equivaldría a una «ritualización» consciente: una reorientación de la agresividad hacia objetos positivos, creativos, vinculantes, socializantes. Considera inútil, por imposible, la contención total de la agresividad. Y esto se desprende de las conductas observadas en las más dispares especies animales y de sus consecuencias.

Otra medida, que considero teóricamente posible pero muy poco aconsejable sería el intento de eliminar por selección eugenética las pulsiones agresivas. Por el capítulo anterior sabemos que en el entusiasmo humano hay agresión intra-específica que, si bien es peligrosa, parece, sin embargo, indispensable para lograr los fines más altos de la Humanidad (...). No sabemos en cuántos y hasta qué punto importantes modos de comportamiento humanos entra la agresión como factor motivante, pero opino que deben de ser muchos. El *aggredi* en su sentido original y lato (el afrontar las situaciones o abordar los problemas, el amor propio o el respeto por sí mismo, sin el cual no haría casi nada, desde la rasurada diaria hasta las más sublimes creaciones científicas o artísticas) y es probable que todo cuanto está relacionado con la ambición, el afán de escalar puestos o subir de categoría y otras muchas actividades indispensables desaparecerían de la vida humana si se suprimieran las pulsiones agresivas.

Debe esperarse el éxito principalmente de aquella catarsis que obra por abreacción de la agresión sobre el objeto sustitutivo... Siempre he visto que personas incluso muy irascibles, de aquellas que encoferizadas pierden al parecer todo control de sus actos, se abstienen en realidad de romper objetos valiosos y prefieren emprenderla con las chucherías. Pero sería un error profundo creer que, intentándolo empeñosamente, podrían abstenerse de romper nada. Ciertamente es que el hecho de comprender a fondo la fisiología de las pulsiones contenidas ayuda bastante a dominar la agresión.

Conceptos freudianos como desplazamiento, proyección, formación reactiva y los que posteriormente incorporó el psicoanálisis de sublimación y compensación —a los cuales volveré en el análisis del deporte-espectáculo— entran de lleno en esta «abreacción» (reorientación), sublimación lorenziana. Son poderosas habilidades de nuestra persona profunda (inconsciente) que están ahí al alcance, liberadoras, purificadoras. Lorenz cree plenamente en las posibilidades canalizadoras de la agresividad que ofrecen estos mecanismos de defensa.

Los griegos de la Antigüedad estaban familiarizados con el concepto de catarsis, o descarga purificante, y los psicoanalistas saben muy bien cuántas acciones perfectamente loables derivan su impulsión y su adicional utilidad de la agresión «sublimada» y aminorada. Pero, naturalmente, no debe confundirse la sublimación con una sencilla reorientación. Hay considerable diferencia entre el hombre que golpea la mesa con el puño en lugar de golpear el rostro del adversario en la conversación y aquel que, irritado por una cólera sin salida ni desahogo, escribe un ardiente panfleto contra sus superiores, animado por nobles ideales que nada tienen que ver con la causa de su cólera.

Lorenz señala no sólo el procedimiento catártico o liberador, sino algunos objetos concretos para la dirección de la agresión eminentemente útiles por su valor positivo, creativo, vinculador: el arte, la ciencia, con sus variaciones y derivados por un lado. La educación debe orientar-se en el sentido de preparar al hombre «para

la apreciación real de éstos y otros valores éticos»... «y que la joven generación pueda identificarse con tales valores». Postula que, también por medio de la educación, se favorezca el mutuo conocimiento y las *amistades internacionales*.

Junto a estos valores, Lorenz cita expresamente como una costumbre o moda llena de valores de desahogo, liberación, y, al mismo tiempo, traspasado de energías integradoras, el *deporte*.

Es el *deporte* una forma de lucha ritualizada especial, producto de la vida cultural humana. Procede de luchas, serias, pero fuertemente ritualizadas. A la manera de los combates codificados, de los «duelos de honor», de origen filogenético, impide los defectos de la agresión perjudiciales para la sociedad y al mismo tiempo mantiene incólumes las funciones conservadoras de la especie. Pero, además, esta forma culturalmente ritualizada de combate cumple la tarea incomparablemente importante del enseñar al hombre a dominar de modo consciente y responsable sus reacciones instintivas en el combate. La caballerosidad o «limpieza» del juego deportivo, que se ha de conservar en los momentos más excitantes y desencadenadores de agresión, es una importante conquista cultural de la Humanidad. Además, el deporte tiene un efecto benéfico porque hace posible la competencia verdaderamente entusiasta entre dos comunidades supra-individuales.

Como se ve, en este punto final termina coincidiendo con toda una pedagogía general del anti-belicismo y de la exaltación de valores universalmente útiles y positivos como el arte, la ciencia, la medicina, etcétera.

La tesis instintiva de la agresividad es aceptada, en general, por etólogos y también por muchos psicólogos principalmente personalistas, sociólogos y antropólogos. Así, entre otros, Tinbergen (205), Hacker (92), Washburn (219), Ardrey (10), Fuchs, Hegg (100), Wiemann, Baldewein, incluso Bugtendijk (29), Bigelow, etcétera. Este último afirma que «una conducta tan compleja como la actividad bélica humana es, a la vez, innata e inteligente». En realidad, eso afirma también Lorenz.

LA AGRESIÓN COMO APRENDIZAJE

La interpretación llamaríamos contraria a la de Lorenz, es decir, contraria a la instintividad de la agresión, se extiende en general entre la mayor parte de las escuelas psicológicas llamadas «del aprendizaje». Consecuentemente con sus líneas de investigación de la conducta humana, consideran que la agresividad es una conducta aprendida.

En general, el reproche más importante que desde estas escuelas suele hacerse a Lorenz es su paso *insuficientemente probado* del animal al hombre.

Edmund Leach, por ejemplo, reflexiona:

Ciertamente la observación de los animales puede servir de moraleja a los seres vivos: «Vete con la hormiga, holgazán. Observa cómo actúa y sé juicioso», pero nos engañaremos si tratamos de menospreciar las diferencias entre el comportamiento de los animales humanos y no humanos. El desarrollo del lenguaje del *homo sapiens* ha cambiado completamente nuestra naturaleza.. Un ganso puede comunicarse con otro ganso por medio de gestos «rituales», pero la clase de mensaje que puede transmitirle es muy limitado: «hostilidad» y «amistad» son las únicas denominaciones que recibe el observador, equivalentes a otras tantas respuestas simples y automáticas. Los seres humanos, por el contrario, pueden decir un número infinito de cosas en un número ilimitado de formas distintas. Las respuestas son intrínsecamente imprevisibles. Los políticos e historiadores son lo que son, precisamente porque ningún hombre puede saber cómo reaccionará su «contrario» (125^{bis})

Pero, comparando las obras de Lorenz y Ardrey, mientras ataca a éste, respeta a Lorenz:

A pesar de la alabanza de Lorenz por parte de Ardrey, las conclusiones de ambos libros son diametralmente opuestas. Lorenz deja margen a un limitado optimismo cristiano-confuciano: la salvación futura se hallará en una capacidad específica, «el amor indiscriminado a todos nuestros hermanos, los hombres. Ardrey nos brinda solamente una descarnada guerra, al estilo de Hobbes, de todos contra todos. «Somos depredadores sin duda, y de vez en cuando saldremos a saquear y robar, provocando una destrucción general.» Ardrey compara categóricamente «la propensión a matar del hombre» a la del lobo. Esto es precisamente lo que Lorenz repudia.

Otros, como T. C. Schneirla, son menos circunspectos en su disconformidad:

Una imagen distinta del hombre, sin embargo, basada en la teoría científica actual y en la metodología, está en desacuerdo con la opinión negativa y anticuada de Lorenz. Los resultados de la investigación sobre el comportamiento del grupo humano hacen resaltar los grandes potenciales de sociabilidad del hombre, que derivan de su plasticidad evolutiva y su versatilidad para el comportamiento constructivo. Al propio tiempo las pruebas sobre los orígenes del comportamiento *asocial* sugieren que las hipótesis en que se ofrece la agresión instintiva para explicar el incremento de las guerras son tangenciales e ingenuas (186).

Y no sólo ataca la aplicación al hombre del comportamiento observado de los animales, sino las interpretaciones dadas sobre los propios animales y hasta los métodos empleados.

Aunque los resultados de estos estudios sobre los peces de los arrecifes de coral son presentados atractivamente y ofrecen pruebas bastante convincentes, el lector no tiene medios para apreciar su veracidad. Los experimentos con estos peces en las vitrinas del laboratorio fueron llevados a cabo con sujetos que no estaban siempre en buenas condiciones y, otro inconveniente igualmente serio, no se habían proyectado para tener en cuenta el exceso de habitantes como factor de influencia en el comportamiento descrito. Las observaciones del autor sobre las reacciones de estos peces en el mar son relatadas con elocuencia; pero, desgraciadamente, no hace mención de las comprobaciones y comparaciones de las observaciones, que son indispensables para apartar los recuerdos de las gratuitas observaciones del área de impresión subjetiva y conducirlos al área de la veracidad. De ahí que las conclusiones que deduce sean discutibles.

Una presentación apropiadamente extensa y sistemática de los hechos del comportamiento hubiera ayudado a comprender a los lectores, por ejemplo, de qué forma tan distinta podían haber respondido los peces según las condiciones (por ejemplo, excesivo número en los acuarios), y también los resultados de las observaciones de animales en cautiverio en comparaciones naturales (186).

Esta conducta agresiva «aprendida» ha sido adquirida por el hombre y concretada en un intenso repertorio de respuestas que han pasado a ser hábitos y tradiciones culturales como consecuencia de una serie de frustraciones, de presiones debidas a mil causas diversas, entre las que destacan la aglomeración por la superpoblación, el confinamiento, la opresión, la inseguridad, etcétera. En esto vienen a coincidir las interpretaciones que sobre la agresividad humana dan las escuelas del aprendizaje.

El principal expositor de una teoría general sobre la agresión como producto del aprendizaje, concretamente como consecuencia de la frustración, es J. Dollard, para el cual «la presencia de comportamiento agresivo siempre presupone la existencia de frustración, y a la inversa: la existencia de frustración siempre conduce a alguna forma de agresión» (57).

De esta enunciación básica de Dollard se derivaron las principales interpretaciones de los que calificamos como «aprendizajistas». Tales, entre otros N. E. Miller, para el cual la frustración indudablemente provocaba agresión, pero también podía provocar reacciones de diferente tipo; A. H. Buss; N. R. F. Mayer; T. Z. Scheneirla; A. H. W. Nissen; F. A. Veatch; etc. todos estos y otros autores van añadiendo progresivamente a la frustración dollardiana otra serie de causas y condicionamientos que desembocan en la reacción agresiva.

Así, Claire y W. M. S. Russell afirman:

La violencia no es el resultado de una progresión innata hacia la agresión, sino una respuesta a la tensión en las sociedades.

Es una consecuencia de las mismas tensiones que producen violencia en los grupos animales. La escasez de comida, la superpoblación, el confinamiento, el desequilibrio del sexo: todas estas situaciones producen tensión y violencia en las comunidades animales. Actualmente sabemos que el famoso estudio de Solly Zuckerman sobre los babuinos del zoológico londinense no debió haberse titulado *The Social Life of Monkeys and Apes* (La vida social de los monos y los simios), sino más bien: «La vida anormal de los babuinos bajo la presión del confinamiento». Además, la matanza que allí describe Zuckerman no sólo era consecuencia del confinamiento, sino de una intensa escasez de hembras (181).

Burton sostiene que:

La agresión es el resultado del temor, la frustración y las privaciones; considera que si se asumiera la verdad de este concepto, en lugar de suponerse que cierta «inevitable tendencia agresiva» motiva a los Estados, se modificaría considerablemente la política internacional (27).

Con estas interpretaciones no es extraño que en las citadas escuelas cayese casi como una bomba el libro de Lorenz y que hayan surgido reacciones intensas, habiendo hecho perder la serenidad científica incluso a personalidades tan prestigiosas como M. F. A. Montagu:

El libro resulta decepcionante, tanto desde el punto de vista científico como práctico. Lorenz explica el comportamiento agresivo tomando como base el instinto, teoría que fue popular a principios de siglo. Su solución del problema, la sublimación, fue presentada con idéntica elocuencia y mayor sentido práctico por William James en su ensayo sobre «The moral equivalent of war» en 1910 (149).

En el texto precedente aparece con toda claridad una incorrecta interpretación del concepto lorenziano de instinto.

Frente a esta «agresiva» reacción contra la instintividad de la agresión han surgido a su vez otras «agresivas» respuestas de personalidades también mundialmente famosas como F. Hækker:

La concepción extrema, según la cual la agresión se produce exclusivamente por la frustración o la amenaza, seduce, conduce a concebir al hombre como marioneta social, como si el hombre hubiese sido «creado en el séptimo día por la sociedad». Los audaces destructores de mitos, que han desenmascarado y destrozado los mitos del instinto, el impulso y la predisposición hereditaria, han hecho un mito de la «sociedad» y amplían la capacidad de recibir influencia y la facultad de aprender, realmente existentes en el hombre, hasta el absurdo conceptual y político de su plena maleabilidad (92).

R. Bigelow, bastante ecléctico, ataca a Montagu acusándole de «creer en el pacifismo de los hombres primitivos con celo propio de un misionero» (21).

También A. Storr:

Montagu acusa a Lorenz y a otros de haber revivido la doctrina religiosa del pecado original; pero pretender que ningún factor innato o instintivo toma parte en el comportamiento humano equivale, sin duda, a resucitar el punto de vista pre-darwiniano en el sentido de que el hombre es una creación especial, no relacionada con los demás animales y por completo diferente de cualquiera de sus primos, los primates. La controversia sobre el carácter parcialmente innato o totalmente aprendido de la agresión humana ha provocado, a su vez, ciertas pasiones agresivas que merecen nuestra atención (202).

Conviviendo con esta polémica se ha desarrollado, sobre todo en los diez últimos años, un repertorio de investigaciones prácticas que, prescindiendo —o intentando prescindir— de posiciones teóricas, buscan resultados concretos, relaciones directas entre la agresión y diversos tipos de motivaciones, estimulaciones, condicionamientos. De estas investigaciones se van sacando consecuencias muy concretas y, por el momento, muy parciales acerca de la realidad de la agresión. En general estos estudios parecen confirmar el carácter reactivo de la agresión. Fundamentalmente, ratificándose el enfoque de Dollard, la agresión de uno u otro tipo es una respuesta de la conducta humana a las frustraciones.

En este campo de trabajo ha hecho acto de presencia la investigación de la agresión deportiva, constituyéndose en una de las áreas que más positivamente contribuyen actualmente a la investigación de la agresión en general.

Así, Neumann, partiendo de la hipótesis tendencial, intenta contestar a la importante cuestión «si la acción lúdica es un medio de descarga inofensiva de las tendencias destructivas adheridas a toda agresión o bien si, al contrario, la actividad lúdica fortalece ese comportamiento destructivo» (160). En un sentido especial se analiza el comportamiento y la expresión de «sujetos no-deportistas», «sujetos que practican el deporte en general» y «deportistas entrenados» en unas situaciones de test determinadas (ibíd.). Neumann obtiene el resultado de que los llamados «deportistas entrenados» muestran el más alto porcentaje (66,7 % y 48 %, respectivamente) en los valores «deseoso de combatir/belicoso» y «buscador de lucha/agresivo». El autor llega a la siguiente conclusión: «La preponderancia del “deportista entrenado” en las citadas escalas de valor contraría la teoría de catarsis según la cual el juego cumpliría, entre otras, la tarea de llevar las altas energías agresivas a una descarga inofensiva y de esta manera, eliminarlas progresivamente» (160). De otra investigación concreta deduce Neumann: «no se puede observar ningún efecto catártico (reducción de la cantidad de energía impulsiva agresiva específica). Al contrario de lo esperado, el número de faltas no disminuye hacia el final de un partido. El sinnúmero de factores distintos causantes de la agresividad de los jugadores no permite hacer ninguna afirmación unívoca del efecto catártico del juego».

Volkamer, en un estudio «sobre la agresividad en sistemas sociales orientados hacia la competencia, cuya metodología se basa en la teoría de la frustración-agresión de Dollard y en la de la «exigencia excesiva» de Mierkes, analiza 1.986 informes de partidos oficiales de fútbol. El resultado principal es que, en los partidos de fútbol, los actos agresivos son fenómenos normales desde el punto de vista sociológico y psicológico. Las agresiones registradas son condicionadas, en gran parte, por la *estructura típica de un sistema social orientado hacia la competencia*, así como por la *posición* que un individuo ocupa dentro del mismo (217).

En la línea directa a la frustración-agresión está la investigación de Naul y Voigt sobre «conducta agresiva de los jugadores de voleibol» (157), en la que, utilizando el «Picture Frustration-Test» de Rosenzweig (P-F-

T) comparan los valores obtenidos en los diecinueve jugadores de la selección nacional de la República Federal Alemana con los correspondientes a la población normal dada en el test. Transfiriendo los resultados del test a situaciones lúdicas, los autores obtuvieron un promedio muy alto de agresiones extra-punitivas (acusaciones) en contra de compañeros de juego y pocas agresiones intra-punitivas (auto-acusaciones).

Miranda Viñuelas (147) ha observado las conductas agresivas en todos los partidos de una competición universitaria de balonmano, en la que detecta que hay un porcentaje mucho mayor de extra-puniciones dirigidas a los compañeros —94— que a los adversarios —19— y al árbitro —33—. Comprueba que la derrota puede considerarse causa influyente, ya que los actos agresivos contabilizados en equipos que pierden suponen un 230 por 100 sobre los de los vencedores.

Todas estas exploraciones y otras semejantes, de alto interés científico, se hallan aún, de cara a una interpretación antropológica general, casi diríamos en fase de tanteo. Han de realizarse en condiciones muy limitadas; con instrumentos imperfectos. Analizan aspectos muy sectoriales de la conducta humana. Así, Selg, en el vigoroso estudio crítico que hace del P-F-T de Rosenzweig en su obra *El diagnóstico de la agresividad* (187), señala la insuficiente validez de este test proyectivo y la imposibilidad de determinación de niveles. «De este modo —afirma el citado autor— es posible interpretar con el apoyo teórico de Rosenzweig cualquier diagnóstico empírico, sea el que fuere».

Por eso, también Schilling, en un riguroso trabajo, *Agresiones en el deporte: resultados de observaciones de campeonatos*, presentado al Congreso de Ciencias del Deporte de Munich (1972), en el que estudia las infracciones graves observadas en treinta partidos de los Campeonatos Mundiales de Hockey sobre Hielo 1971-72, señala la perturbadora presencia —en orden a deducciones afirmativas— de variables como la trascendencia concreta de cada partido, del número de goles, los árbitros, el número de faltas sancionadas, la entrega física, la diferencia de categoría entre los equipos, etc. Concluye taxativamente: «la conducta agresiva en el hockey sobre hielo no parece ser exclusivamente resultado de una reacción frente a una situación de juego (estímulo), sino que se caracteriza además por unos componentes innatos o bien adquiridos relativamente constantes» (185).

Estas conclusiones vagas no son producto de resultados indecisos, sino precisamente de la objetividad de la ciencia, que no puede pronunciarse sin rigurosas pruebas y deducciones. Por eso, el propio Volkamer reconocía: «Puesto que desde el trauma del nacimiento hasta una mala nota conseguida en la escuela, todo lo que el hombre vive de alguna forma como negativo puede interpretarse como frustración, es posible ampliar la hipótesis de la frustración-agresión (...) para explicar cualquier tipo de agresión» (217).

Este escepticismo o, mejor, perplejidad lo comparte Simons después de sus investigaciones: «Mientras se siga la misma metodología que hasta ahora, también los argumentos seguirán siendo los mismos. Realizando un test antes y otro después de la competición los métodos actuales no permiten dar datos exactos acerca del desarrollo de las conductas agresivas, puesto que diversos factores e inhibiciones influyen en las puntuaciones del test, de modo que las interpretaciones resultan forzosamente dudosas.» Para Simons hay diagnósticos que tanto afirman como niegan el efecto catártico.

El enunciado quizá más prudente y ajustado a la actual situación de las investigaciones experimentales y observaciones metódicas sobre conductas agresivas concretas, siguiendo la línea de la frustración-agresión, es el emitido por Dann: «Si es que se da la catarsis, no se ha comprobado de manera convincente hasta el momento actual; sin embargo, todos conocemos ejemplos que indican lo contrario» (53).

Experimentaciones muy concretas y de técnica sencilla van poco a poco demostrando que, prescindiendo de que el acto o la conducta agresiva brote de un impulso instintivo, determinados aprendizajes muy extendidos en la sociedad actual provocan el acto agresivo y posiblemente contribuyen al incremento del hábito agresivo. Existen modas enormemente vigentes en el mundo actual que producen influencia directa en la agresividad. Tales, por ejemplo, las escenas de violencia a través de los medios de difusión. Acerca de este tema existe también un extenso debate, con progresiva convicción, basado en las investigaciones, de que la visión de escenas de violencia en determinados casos y circunstancias incitan a ella. Así lo muestran, por ejemplo, los experimentos realizados por Berkowitz tras la visión de un film de boxeo de enorme violencia, especialmente compuesto para la experimentación. Oigamos al propio experimentador:

Las asociaciones entre la pantalla y el mundo real son importantes. Parece que el espectador se ve afectado emocionalmente por la imagen en la medida en que asocia los acontecimientos que en ella aparecen con el drama de sus propias experiencias vitales. Probablemente la influencia sea menor en el caso de los adultos que en el de los niños, ya que ellos son conscientes de que el filme es sólo verosímil y, por tanto, son capaces de disociarlo de sus propias vidas. De todos modos, por los experimentos que he descrito parece claro que un filme agresivo puede inducir a acciones agresivas en cualquier espectador. En la mayoría de los casos quisiera creer que el efecto es de corta duración: la reacción emocional producida por la violencia de (la imagen probablemente desaparece antes de que el espectador se adentre en nuevas situaciones o reciba nuevos estímulos. Sometido a influencias diferentes, se hace cada vez menos capaz de atacar a otras gentes.

A pesar de todo, la televisión y las películas pueden tener también efectos persistentes. Si un niño ve repetidas veces que los héroes de la pantalla consiguen lo que pretenden a base de actos de agresividad, puede concluir que la agresión es una conducta deseable. Afortunadamente no es éste el mensaje constante de las obras que se ven en la pantalla y, en cualquier caso, el niño está expuesto a otras normas culturales que neutralizan la agresión.

A mi entender, el principal peligro social inherente a la violencia filmada se halla en los efectos transitorios producidos durante un brevísimo periodo de tiempo inmediatamente después de ver el filme. Durante ese período al menos, una persona —adulto o niño— que acaba de ver violencia filmada puede creer que le estaba permitido atacar a personas que recientemente le han producido frustraciones en su propia vida real. Es más: el filme puede activar en ella hábitos agresivos de forma que, durante el periodo a que me estoy refiriendo, se sienta incitada a actuar agresivamente. Y si entonces se encuentra con personas dotadas de las cualidades apropiadas para que le sirvan de estímulo —gentes que le desagraden o que ella relacione psicológicamente con el filme— la predisposición puede convertirse en agresión abierta.

¿Qué habrá que decir, pues, de la catarsis? No vamos a negar su existencia, ni quiero ser yo quien rehúse el razonamiento de que una persona frustrada puede gratificarse de la agresión en su fantasía al ver a unos personajes haciendo cosas que a ella le gustaría hacer (aunque la mayoría de las veces sus inhibiciones se lo impedirán); pero, de todos modos, pienso que una catarsis efectiva sólo se da cuando la persona ofendida ve que el causante de su frustración ha sido injuriado agresivamente. Defiendo, por tanto, que la violencia filmada puede ser peligrosa. Las imágenes de agresión han aumentado las posibilidades de que la persona irritada —y también otras gentes— ataque a otro individuo (18).

Apoyadas altamente por estos y otros experimentos, las teorías del aprendizaje vienen a coincidir en que la agresión suele estar fundamentalmente motivada por la frustración o frustraciones, o bien por diversos «estímulos nocivos» (el ataque, la superpoblación, estímulos intensos sensoriales, etc.), y tales agresiones están caracterizadas por una conducta definida en el hombre, por un cuadro de actitudes y señales y por unas alteraciones fisiológicas. La agresión se estudia y experimenta profusamente tanto en el laboratorio como en las calles, en el tráfico rodado, en boîtes, canchas, estadios. Y se empiezan a probar métodos para controlarla, superarla, inhibirla.

Pero al pasar de la agresión como acto o intento, a la agresividad como condición continuada, permanente en la historia, creciente (al menos en números brutos) en nuestra época, surge la disparidad de interpretaciones, de teorías, en el fondo de concepciones filosóficas.

El sociólogo constataador, el psicólogo experimental, rigurosamente encartados en unos métodos, tienden a pensar que actúan científicamente ajenos a todo prejuicio teórico. Por eso acaban convenciéndose de que, con instrumentos, métodos y concepciones científicas fundamentalmente derivadas de ciencias de la naturaleza o de la matemática, elaboran verdadera ciencia objetiva aplicándola al hombre. Y ahí está uno de los grandes riesgos. Tratar de interpretar la conducta humana queriendo abstraerla de su dimensión filosófica o antropológico-cultural, o prescindiendo de interpretaciones filosóficas y antropológico-culturales, es caer en un apriorismo filosófico, en una metodología que parte de una determinada concepción filosófica: lo que podríamos llamar desfilosofización o des-teorización del hombre.

Cada investigador concreto parte generalmente de un paradigma de conocimientos, de un método riguroso y concreto, de una visión que cree ser objetiva. Pero precisamente en el aislamiento de unas variables precisas, dejando al margen todas las demás, está el riesgo de deshumanización en la investigación. Ésta es válida mientras se limite, en ese caso, a enunciar los resultados concretos. Así contribuye al avance de la ciencia. Pero en cuanto de estos resultados saca una conclusión, una generalización, una mínima teoría, incurre en contradicción. Para elaborar cualquier teoría de la conducta humana o incluso de un aspecto de esta conducta es menester un acercamiento inter-disciplinar. Y en la base de ese acercamiento inter-disciplinar, en la selección y coordinación de métodos, en el acoplamiento y valoración de resultados, tiene que estar presente una concepción teórica o filosófica. Los resultados positivos de las investigaciones servirán para dirigir los planos teóricos, para elaborar con nuevos datos y elementos. Esa es la gran aportación de la ciencia en definitiva. Que sirve para provocar replanteamientos filosóficos. Pero nunca para sustituir a la filosofía.

En general, la interpretación aprendizajista de la agresión contribuye con valiosísimos elementos merced a su amplia gama de estudios y experimentaciones. Ha venido a demostrar que de una serie de conceptos aprendidos, de un cúmulo de transmisiones culturales, de una serie de motivaciones y estímulos (frustraciones de todo tipo, rivalidades tradicionalmente incorporadas, vida insegura, aglomeraciones, etc.), se derivan conductas agresivas. Nada más. Algunos han emitido la tesis de que *sólo* de este aprendizaje cultural se derivan tales conductas. Y éste ha sido un paso contradictorio con la metodología y el calado científico sobre el que se han instalado.

OTRAS VÍAS DE INTERPRETACIÓN

Entre estas dos tendencias, podríamos decir extremas o, en alguna manera —más aparente que real—, antagónicas, oscila una serie de autores con tesis y amagos interpretativos diversos que no constituyen escuelas netamente definidas, pero que podrían ser agrupados en varias tendencias más o menos señaladas. Vamos a dar una sucinta referencia de los más significativos.

Se puede hablar casi de una teoría *reactivo-psicoanalítica* de la agresión. Puede en parte considerarse una variante de la interpretación puramente reactiva en la que se han apoyado los aprendizajistas en general. Pero no desdeña del todo el posible origen pulsional de ella. Frente a frustración-agresión, presenta el esquema «frustración-angustia-agresión». En realidad, este doble esquema básico frustración-angustia es apto, no sólo para la agresión, sino para otros resultados de la conducta humana. Así expone Denker: «A cada acción iniciada por un individuo para conseguir el fin de satisfacción de una necesidad que quede frustrada y sea vivenciada como un trastorno le sigue, en primer lugar, la expresión psíquica de angustia, acentuándose al mismo tiempo la atención y la tensión motriz que produce energías para actuar, sea para eliminar el obstáculo por medio de la agresión, sea para evitarlo huyendo del mismo. Si en una situación determinada el individuo dispone del tiempo suficiente, son posibles actos controlados racionalmente. Por eso, no toda vivencia de angustia producida por una frustración conduce a la agresión. Pero lo que sí es cierto es que cada agresión nace de la angustia» (56).

De una frustración, de cualquier tipo que sea, resulta una situación angustiosa en el individuo. La reacción puede hallar cauces diversos de realización: la agresión directa contra el objeto origen de la angustia; la agresión canalizada; la huida (consciente o neurótica) o el control reaccional «si se dispone de tiempo suficiente». Por otra parte, Sprenger dice referente a esta interpretación de Denker: «La ventaja que esta hipótesis de agresión lleva sobre otros enfoques psicoanalíticos es que Denker, buen conocedor de la literatura en torno a la. agresión, ha tenido en cuenta, en gran parte, el estado actual de la investigación. Ya no se postula un mecanismo de frustración-agresión forzosamente específico de la agresión, sino que se reconoce la influencia del aprendizaje social». (200).

Esta explicación reactivo-psicoanalítica polivalente para multitud de acciones humanas es bastante aclaratoria del hecho desnudo de la agresión.

Pero siempre cabrá preguntar a todo tipo de interpretación reaccional de dónde, de qué origen o energía viene el hecho desnudo de la reacción. ¿Por qué una pelota de goma bota al caer al suelo? Porque hay *una* respuesta física reactiva. Pero ¿a qué se debe esa respuesta precisamente en la pelota de goma? A la elasticidad del material. A la búsqueda de la constitución de esa materia, a la explicación causal de esa elasticidad reaccional se dirigen en última instancia los porqués, los esfuerzos de quienes, no contentos con las enumeraciones y clasificaciones de hechos agresivos, ni siquiera de razones causales inmediatas, se preguntan con perfecta licitud cultural el porqué antropológico de dicha característica reaccional.

En realidad, Denker no se opone totalmente a la posible existencia de un impulso agresivo, pero prescinde de ello. Plack es otro autor que parte de la interpretación reactiva, pero introduce un elemento específico intermedio, «el dolor frustrativo», verdadera entidad pulsional (166).

La interpretación reactivo-psicoanalítica permite hipótesis semejantes a la de Denker, según la escuela psicoanalítica que se profese. En una línea adleriana se puede hablar de frustración-sentimiento de inferioridad compensatorio agresión. O bien, como apunta Sprenger, frustración-voluntad de poder-agresión.

Ierenaens Eibl-Eibesfeldt marca en sus últimas obras una variante de la línea etológica de Lorenz-Tibergen y viene a constituirse en el representante de un nuevo enfoque hacia una etología humana. No se contenta con la etología animal aplicada al hombre como ser evolucionado filogenéticamente. Investiga directamente en las comunidades humanas de diversos grados de primitivismo, con lo que se pueden obtener muestras de comportamientos elementales humanos y realizar, de dato a dato, los estudios comparativos con el «ethos» animal.

Con su tomavistas se introduce en las más significativas culturas primitivas y, utilizando también filmaciones de otros colegas, explora con documentos directos una ancha extensión cultural, desde los lapones a los papúes, pasando por los waikas, pigmeos eturi, harc, etc. Detecta, en lo posible, los momentos en que los nativos, sin saber que son observados, realizan no precisamente danzas, ceremonias sociales importantes, ritos culturales, sino los

actos más simples: de amor, salutación, sometimiento, disfrute espontáneo, etc. No hace propiamente antropología sino que estudia los diversos estadios de evolución humana, hoy todavía vivos, con el método etológico.

Debido a la originalidad de su enfoque científico y al interés de las conclusiones a las que va llegando, este autor es digno de ser comentado como interpretación independiente, o al menos distinta de las escuelas más conocidas de la agresividad.

No le interesan tanto las culturas primitivas, cuanto las conductas humanas primitivas más simples. Ésta es la base de la etología humana.

Su tesis puede resumirse en que todavía no se ha demostrado que la agresividad humana sea aprendida. Asimismo «nadie ha presentado la prueba convincente de que en un grupo humano no haya agresión de ninguna clase»... «la agresión como disposición no *adquirida* es hipótesis mucho más verosímil que la del aprendizaje».

Pero frente a la agresividad, el hombre, al igual que los animales, posee los *mecanismos vinculadores*. El patrón básico de estos mecanismos es el vínculo madre-hijo, para lo cual ambos están filogenéticamente programados. «Sus actividades instintivas (del niño) de asir y adherirse se acomodan a la madre objeto. Esta apetencia innata de contacto es la verdadera raíz del vínculo que une a madre e hijo».

«El rechazo social (agresión) y el atractivo (inclinación) forman en los vertebrados superiores una unidad funcional.»

El comportamiento agresivo y el altruista están programados de antemano por las adaptaciones filogenéticas, lo que hace que haya normas trazadas de antemano para nuestro comportamiento ético. «No todas las normas éticas son de origen cultural. Muchas son constitucionales». «Los impulsos agresivos del hombre están, según mi opinión, compensados por inclinaciones no menos afincadas a la sociabilidad y a la ayuda mutua. No es la educación la que nos programa buenos, sino que lo somos por una disposición constitucional».

«Las potencias del bien son tan biológicamente nuestras como las del auto-aniquilamiento.»

A modo de resumen y consecuencia final expone Eibl: «Nuestra investigación biológica del comportamiento humano, para empezar, nos ha mostrado que el instinto de agresión innato en nosotros tiene sus contrarios naturales, y con ayuda de éstos estamos en condiciones de vincularnos con nuestros semejantes y de no romper el vínculo... Todos los mecanismos de vinculación al grupo son filogenéticamente muy antiguos, y es bastante probable que se desarrollaran mano a mano con los cuidados a la prole» (61).

También en la línea de una etología humana, aunque sin pretender por el momento haberle dado esta etiqueta, ha abierto Santiago Genovés nuevos rumbos al estudio del comportamiento humano centrado en situaciones conflictivas.

Partiendo de la *observación* de conductas humanas más o menos primitivas provocadas por situaciones-límite (secuestro aéreo, expedición «RA-1», «RA-2») (82), concibe el paso a la *experimentación* y organiza y realiza el famoso «Experimento Acali» (81). Introduce a once personas en una balsa y atraviesan el Atlántico y el Caribe en 101 días. Es un primer intento de estudio de diversos parámetros de la conducta humana, liberada, en lo posible, de convencionalismos, rutinas, hábitos sociales. Aislados verdaderamente en medio del océano, sin posibilidad de escape, cinco varones y seis mujeres tienen que hacer frente a las situaciones que se presenten, *conviviendo*.

Genovés estudia especialmente diversas cuestiones: lenguaje no verbal, liderazgo, conducta sexual, relaciones interpersonales en general... pero todo ello en situaciones proclives a la fricción. En el momento de ser redactadas estas líneas, que llegan a tiempo a la imprenta por horas, acaba de salir el libro de divulgación *Acali*. Todavía tardará varios meses en aparecer la publicación de mayor rigor científico con la amplia colaboración de biólogos, fisiólogos, psiquiatras, psicólogos, antropólogos, etc., que han colaborado en el experimento. En espera de estos datos con los que se podrá formar un juicio más objetivo, ya en la citada primera publicación adelanta Genovés algunas conclusiones. Con respecto a la agresividad son dignas de destacarse:

Las fricciones que se producen en Acali poseen siempre un origen humano que se puede retro-llevar a tres causas fundamentales:

- a) Conflictos consigo mismo.
- b) Conflictos interpersonales.
- c) Conflictos con el líder (deseo de poder).

Ello a pesar de haber estado la tripulación dos veces al borde de la muerte, y yo tres más, «por razones marinas».

Aunque alguno de los sociólogos atribuye varios de los conflictos a los diferentes roles que cada uno —y sobre todo el líder— tiene que adoptar a bordo, es evidente que en situaciones de «stress no hay roles». «Se es quien se es.» No se adopta el rol de padre, de hijo, de amante, de hermano, de líder, de marino, etc. Se es padre, hijo, amante, etc.

En la vida en general y en política en particular, debido a la «natural adulación» hacia quien ostenta el poder, si tienen lugar fricciones de acuerdo con los roles que según las circunstancias se estima, equivocadamente o no, que deben representarse. Por otra parte, a veces en política y en situaciones altamente críticas (como en la balsa en medio del mar) no es posible o dable representar un rol, sino que debe vivirse.

La confusión entre estos dos estados, salgan o no a la superficie —roles y no roles—, es un elemento importantísimo en la génesis de fricciones y conflictos. Sucede con más frecuencia en tierra que no salgan a la superficie.

La más bien mala concepción de lo que es la verdadera democracia, esto es: que la opinión de cada uno esté conformada por su real y verdadera capacidad y su trabajo, y no por lo que cada uno piensa que «vale», constituye constante fuente de fricción y conflicto.

Tres días antes del arribo todos los participantes concuerdan que han pasado en Acali los momentos más importantes de su vida. Ello a pesar de haber existido intento de suicidio, pensamientos de asesinato, múltiples y frecuentes llores y varias crisis nerviosas.

Dentro de la verdad total con que nuestras personalidades se revelan en la balsa a la vista de todos se aprecia, no obstante, «la contradicción básica» de todo ser humano, motivada seguramente por el conocimiento —conciente o no— de nuestro indefectible caminar hacia la muerte. Debe tenerse en cuenta en todo momento la existencia de esta contradicción.

A pesar de la constante situación de «stress» y de emergencia, todavía «se miente» en la balsa al contestar cuestionarios en los que existe un alto grado de involucración personal. ¡Si ello es así en Acali, qué no sucederá en tierra!

He dejado para el final las cinco conclusiones que considero más importantes y más conflictivas, las que se refieren a una interpretación general de la agresión y a juicios críticos de otras teorías. Son las siguientes:

Los recientes y valiosísimos espectaculares estudios sobre comportamiento animal (Lorenz, von Frisch, Unbergen, etc.) no poseen prácticamente aplicabilidad en las relaciones humanas interpersonales: somos otra cosa.

Los recientes y valiosos estudios sobre comunicación masiva (Skinner) tampoco pueden aplicarse para una mejor comprensión de las relaciones y motivaciones interpersonales en situaciones vitales.

El valor diagnóstico actual de estas ciencias es bajísimo. Sus criterios de «normalidad» están basados en premisas o datos periclitados, de aplicabilidad dudosa al hombre o la mujer actual.

Las fricciones a bordo no pueden jamás ligarse a instinto agresivo alguno, ni al grupo racial o «stock» biológico de los participantes. Sí al carácter personal y a circunstancias educativas y tradiciones propias de los países de los que provenimos.

En oposición con lo postulado recientemente por varios investigadores (sobre todo Hall), el hacinamiento no acarrea o conduce a situaciones conflictivas cuando nos encontramos en presencia o rodeados por la Naturaleza, lo que es de máxima importancia en problemas de urbanismo (81).

Genovés no se anda en chiquitas. Es tajante. Puede que con esta actitud de afirmar de forma contundente incurra en contradicción con su insistente apología de la liberalidad mental y de la relatividad de los valores y opiniones. En este momento no se puede aún analizar el rigor lógico o la fuerza científico-argumental con que apoya tales afirmaciones. El tema queda en suspenso para cuando aparezca la publicación científica. Por ello mismo no podemos entrar aquí en su valoración.

Sólo unas breves reflexiones aisladas de las dos conclusiones citadas en último lugar: Rechaza radicalmente la existencia de un instinto agresivo. Pero ya en publicaciones anteriores («Is Peace Inevitable?», «El mono inquisitivo») expuso con radical convicción esta postura. Cabe dudar si es en concreto en el conocimiento adquirido en la balsa de donde ha sacado la conclusión, o acaso las interpretaciones a los hallazgos logrados en la Acali estén condicionados por esta convicción mental.

La afirmación de que «el hacinamiento no acarrea o conduce a situaciones conflictivas cuando nos encontramos en presencia o rodeados por la naturaleza supone un nivel de teoría mucho más concreto y cuya comprobación directa le da una fuerza notable. Las observaciones metodológicas y la experimentación sobre hacinamiento humano coinciden hoy día en otorgarle carácter de causa o al menos condicionamiento desencadenante de la agresividad. El aviso de Genovés no debe despreciarse; «rodeados por la Naturaleza», las reacciones humanas pueden ser muy distintas. Quizá el problema de los hacinamientos urbanos deben poner el acento de la alarma en *lo urbano*.

De todas formas esta rotundidad afirmativa para la que Genovés, repito, no «se ha andado en chiquitas», debe ser juzgada con especial comprensión, porque, aparte del probado valor científico de este antropólogo, este último experimento suyo tiene el excepcional valor testimonial de que él fue el primer «cobayo» que se introdujo en el recinto experimental. Para ello tampoco se anduvo en chiquitas.

En el intento de búsqueda de explicaciones y de causas a niveles más profundos de abstracción, que no son otra cosa que niveles más hondos de realidad, debo recoger aquí ciertas tendencias interpretativas acerca de pautas generales de la conducta humana que suponen cierta revisión del concepto de constitución. Esta línea se esboza ya en el ámbito convergente de modernos psicoanalistas, psicólogos en general, antropólogos culturales e incluso filósofos. Es un intento de explicación comprensivo de patrones generales de la conducta a partir de los últimos descubrimientos de biología molecular, de genética, de psicología del desarrollo... junto con los hallazgos etológicos, las constataciones sociológicas. Se trata de una línea en la que se están encontrando científicos pensadores, o mejor pensadores provenientes de diversos campos científicos; no propiamente filósofos de la ciencia o teóricos de la ciencia que teorizan sobre el hecho y la estructura científica, sino *pensadores tras la ciencia*: hombres que, partiendo de uno u otro método, pero convencidos de la urgencia de regresar a una visión interdisciplinaria, piensan, filosofan, construyen teorías antropológicas aprovechando los últimos descubrimientos científicos que atañen más directamente al hombre.

Un notable representante de esta línea interpretativa es Rof Carballo. De unas líneas tomadas de su trabajo *Rebelión y futuro* se pueden hacer algunas deducciones:

Como en la urdimbre de un tejido con lanzadera, en la humana urdimbre se va realizando un movimiento de vaivén. La madre no puede proteger siempre. Al alejarse es para el recién nacido como si se hubiera muerto, lo cual es sentido como la máxima infelicidad, ya que, si se prolongase esta ausencia, la muerte sería inevitable. Su regreso, en cambio, es sentido como la felicidad suprema. La escuela de Melanie Klein nos ha enseñado la importancia de esta *oscilación* en la vida ulterior del hombre. Existe como un maniqueísmo consustancial al niño que le hace vivir esta experiencia protectora de la urdimbre como «madre mala» y «madre buena», como algo exterior a lo que debe la vida o la muerte. Al mismo tiempo, la urdimbre también se va tejiendo entre el mundo interior y el exterior por dos movimientos bien conocidos en psicología

profunda: la internalización o *introyección* de los sucesos, por ejemplo de esa madre que es sustancia vital, y la *proyección* hacia el exterior de los propios impulsos. Éstos son a la vez amorosos y agresivos. En este vaivén de la lanzadera de la urdimbre que teje *el substrato* la urdimbre fundamental de la vida humana, poco a poco se van situando las cosas en su sitio: lo externo, las personas, tutelares o no, *en el mundo*; los sentimientos e impulsos *en la intimidad* del sujeto. Pero al principio ambos *no se pueden diferenciar*. La interna agresión puede «proyectarse» y sentirse como «agresión externa», como *persecución*; la dualidad buena-mala de la urdimbre, como una disociación íntima, como *escisión* (177).

¿Nacería la agresividad humana como necesaria consecuencia del vaivén de tropías madre-niño (adulto-niño)? En las fases en las que se teje esa primera urdimbre rofiana puede acaso darse el secreto del remoto origen de la agresión. El niño termina de hacerse, de constituirse persona tras el trascendental encuentro con otro ser humano (la madre o quien le sustituya) y los otros múltiples encuentros necesarios, providenciales, formadores, que realiza durante su infancia. En estos encuentros termina de hacerse el mal llamado individuo. Para que se logre el niño es menester que se interaccionen de la forma coordinadamente prevista ese «feto social» —en feliz expresión hoy de moda— y esa compleja placenta que es la sociedad, como antes se interaccionaron de forma coordinada feto y placenta intrauterinos.

En otra obra, *El hambre como encuentro* discurre Rof:

La palabra encuentro va cercando, en todas sus modalidades, un hecho sustancial: la necesidad que tenemos de una relación con otra cosa o con otro para que nuestra intimidad se despliegue. A veces es una intimidad iracunda la que se desvela, como sucede en la controversia agresiva. En ocasiones más permanentes y fundamentales en el encuentro se va incubando lo más secreto de la persona humana. El encuentro prototípico es el encuentro primero, el que hace el hombre, al nacer, con los brazos tutelares, con el pecho nutricional, con la ternura que mana, a borbotones, suscitada por la misteriosa realidad de su invalidez, de su desamparo.

Aquí nos encontramos, esto es, hacemos «el encuentro» de una de las cualidades más enigmáticas que el encuentro tiene. Este encuentro primero parece estar cuidadosamente *preparado*, preparado con sabiduría. Todo parece *providencial*. La menesterosidad infantil se acopla a la ternura protectora como una pieza machihembrada a la que la complementa. En tanto, en los momentos que siguen al nacimiento el niño se vuelve, cada minuto que pasa, más inválido, más necesitado de calor, alimento, limpieza, ternura; crece el impulso protector en los que le rodean. Todo se ajusta bastante bien, como en una obra de teatro que se representa a la perfección después de mil ensayos. Después, mucho después, en la vida, van a ocurrir miles de encuentros (176).

Esta especie de programación de los encuentros básicos, primordiales, parece señalar dos entidades complementarias: el código genético en el genoma individual y la presencia de unos seres humanos fundamentales para cuya recepción y aprovechamiento el propio código genético señala unas potencialidades. Si de esos primeros aprendizajes, de esos primitivos encuentros de los que resultan urdimbres primordiales de la persona, los patrones básicos y en alguna manera necesarios de conducta, proviene la tendencia agresiva humana, casi podríamos dar a esta línea interpretativa el carácter de instintiva. Sin embargo, en sentido estricto la reclamarían como propia los aprendizajistas. Pero no importa tanto el calificativo cuanto el alcance de la interpretación. En realidad, este modo de enfocar el problema invita a reconsiderar todo el planteamiento de las interpretaciones extremas. No es que se abogue por un eclecticismo conciliador. Es un planteamiento más avanzado, más progresado, más evolucionado del problema de la agresión y, en *general*, de otro problema básico, del modo como el hombre está en el mundo. Supondría, en definitiva, una *revisión* del clásico concepto de «constitución» esta —como perfectamente se apreciaba desde Kretschmer— era todo lo heredado constituido, es decir, el fenotipo concreto individual en que se han decantado parte de las energías genotípicas. Pero hoy, cuando se ha hecho hincapié en que el hombre nace inacabado, que su cerebro está casi vacío, hueco, y que estas oquedades van a ser llenadas durante su peregrinación inicial por el mundo, no se puede hablar de constitución basta que este cerebro y, en general, esas realidades aún potenciales no terminen fundamentalmente de hacerse, de constituirse. Uno de los «tres grandes errores» en que, de manera empecinada, se ha movido el pensamiento de Occidente —afirma Rof— es *el* de «oponer como cosas distintas a herencia y ambiente, cuando es el ambiente el que ha organizado lo más secreto de la herencia y la herencia lo que selecciona y jerarquiza el ambiente» (176).

La agresión sería un constitutivo humano, mezcla, fusión, síntesis de historia filogenética e historia personal; una de las curiosas plantas surgidas en la floración humana, resultante de la tierra y la lluvia que la fecunda. Quizá ante esta manera de enfocar el tema, la polémica entre instintivistas y aprendizajeistas queda un tanto desfasada.

Al estudio interpretativo pueden aportar alguna *luz* investigaciones orientadas, más que a buscar las causas de la agresión, a su posible control directo. Así plantean el tema neurofisiólogos como Rodríguez Delgado:

Nuestra sociedad industrial sufre un trágico desequilibrio, puesto que dedica la mayoría de sus recursos a la adquisición de poderes destructivos, mientras que invierte un esfuerzo mínimo en el tema que podría proporcionar las mejores armas de autodefensa: el conocimiento de las razones y mecanismos responsables de las reacciones de violencia. Aunque las causas desencadenantes puedan estar en las circunstancias ambientales, los mecanismos esenciales están necesariamente relacionados con procesos intracerebrales de actividad neuronal. La violencia es producto del medio ambiente cultural; una forma extrema de agresión, diferente de los modos de auto-expresión necesarios para la supervivencia y el desarrollo normales.

El medio ambiente sólo es de proveedor de estímulos sensoriales, que su interpretación se realiza en el cerebro y que cualquier tipo de comportamiento es resultado de la actividad intracerebral (174).

En su excelente *Control físico de la mente*, este autor presenta el estado actual de los experimentos e investigaciones sobre la acción física por estimulaciones eléctricas en el comportamiento afectivo, motor, etc., de animales (monos, toros, etc.) y seres humanos. Precisamente en el campo del comportamiento directamente agresivo se han obtenido sugestivos resultados. Por su enorme *interés* reproduzco algunos párrafos:

El apaciguamiento de la agresividad instintiva también se ha demostrado en la especie animal que ha sido cuidada durante generaciones con el fin de aumentar su ferocidad: el toro bravo. Es bien sabido que algunas razas de toros han sido genéticamente seleccionadas para aumentar su comportamiento agresivo, de igual modo que otras lo han sido para mejorar su fuerza o su producción de carne. Los toros bravos son más herniosos y más ágiles que los usados en labores agrícolas, y es lógico suponer que las diferencias en el comportamiento deben apoyarse en diversos mecanismos neurofisiológicos.

La presencia de una persona, que es indiferente para el toro domesticado, desencadena un peligroso ataque en el bravo. Si se detectasen diferencias funcionales en los cerebros de estas dos razas podríamos descubrir algunas claves de las bases neurológicas de la agresión. Esa fue la razón para implantar electrodos en el cerebro de toros. Con el animal completamente despierto y libre en el pequeño ruedo de una ganadería de reses bravas se exploraron diferentes puntos cerebrales mediante radio-estimulación. Los efectos motores obtenidos fueron similares a los observados en gatos y en monos; por ejemplo, giros de cabeza, flexión de una pata y marcha girando en círculos. También se obtuvieron vocalizaciones, y en un experimento para probar la constancia de los resultados se activé un punto cien veces seguidas con un minuto de intervalo entre cada estimulación, provocándose cien mugidos consecutivos.

También se probé repetidamente que la estimulación cerebral inhibía el comportamiento agresivo y que se podría parar bruscamente un toro en plena carrera... El resultado parecía ser una respuesta motora forzando al toro a detenerse y volverse hacia un lado, más una inhibición del instinto agresivo. La estimulación repetida disminuía la fiera natural del toro de lidia, y entonces durante varios minutos toleraba la presencia de investigadores en el ruedo sin embestirles ni mostrar signos de hostilidad.

El propio Rodríguez Delgado relata algunas experiencias en seres humanos que vale la pena reproducir:

En algunos casos, una anomalía neurológica puede ser el factor causal de una violencia irracional e incontrolable. Estos pacientes pueden atacar a personas extrañas e incluso a miembros queridos de su familia. Un ejemplo típico fue el de J. P., una joven de veinte años, encantadora y atractiva, con una historia de encefalitis a la edad de dieciocho meses, seguida de trastornos epilépticos con foco en el lóbulo temporal y de crisis de gran mal a partir de los diez años. Su principal problema social eran los frecuentes e imprevisibles ataques de rabia, que en más de una docena de veces dieron lugar a agresiones, dando una cuchillada a un desconocido o clavando unas tijeras en la cavidad pleural de una enfermera. La joven J. P. tuvo que ser confinada en una sala para criminales perturbados, y para explorar sus posibles anomalías

neurológicas se le implantaron electrodos en la amígdala y en el hipocampo. Como era impulsiva y peligrosa, en vez de llevarla a la sala de registros, se la instrumenté con un «estimoceptor» para estudiar su actividad intracerebral sin restricciones. Los registros tomados por radio mientras la enferma paseaba libremente por la sala mostraron la existencia de anomalías eléctricas, tanto en la amígdala como en el hipocampo. Los períodos de agitación coincidían con un aumento de ondas de alto voltaje.

En otras ocasiones la enferma quedaba callada durante varios minutos, sin poder contestar preguntas, aunque mantenía la conciencia y la comprensión. Esos períodos coincidían con descargas en agujas localizadas en la radiación óptica... Las alteraciones emocionales transitorias se relacionaban con un aumento en el número y duración de descargas de 16 ciclos por segundo. En otros momentos la paciente podía leer periódicos, hablar con otras personas y pasear por la sala sin que se apreciaran modificaciones en su actividad eléctrica cerebral.

En el curso de las exploraciones se observó que la radio-estimulación de la amígdala derecha desencadenaba crisis de conducta agresiva análogas a las que se presentaban espontáneamente. En una ocasión se excitó la amígdala con 1,2 miliamperios mientras la enferma tocaba la guitarra y cantaba melodiosamente; a los siete segundos la paciente interrumpió su canto, arrojó la guitarra y, llena de ira, golpeó la pared. Después empezó a pasear por la sala durante varios minutos, tranquilizándose gradualmente y volviendo a adquirir su alegría habitual. El efecto se repitió de manera parecida en dos días distintos. Los ataques de violencia se producían de modo específico por estimulación de un solo punto localizado en la amígdala, lo que tuvo importancia terapéutica para precisar la zona, que se destruyó posteriormente por coagulación.

De acuerdo con este estudio, otros investigadores han demostrado que la estimulación de la amígdala puede inducir el comportamiento violento. King describe el caso de una mujer que sufría de sentimientos de depresión y de alienación. En las entrevistas hablaba con voz apagada y expresión facial rígida y anodina; sin embargo, al estimular su amígdala con 5 miliamperios, su rostro expresó ira y su voz cambió al mismo tiempo que decía: «¡Siento que quiero levantarme de la silla! ¡Por favor, no me deje hacerlo! ¡No me haga esto! ¡No quiero portarme mal!» Cuando el médico le preguntó si sentía deseos de agredirle, la enferma contestó: «Sí, quiero pegar a algo. Quiero agarrar cualquier cosa y romperla. Tome esto para que no lo haga!» Al decir esto entregó un pañuelo que llevaba en el cuello, y el médico le dio unos papeles. La enferma inmediatamente los hizo pedazos mientras decía: «No me gusta sentirme así.. Cuando se redujo la estimulación a 4 miliamperios, se modificó su actitud y con una amplia sonrisa explicó: «Sé que es una tontería lo que estoy haciendo. Deseaba levantarme de la silla y correr; romper algo, golpear algo. No a usted, sino a cualquier cosa. Según deseaba levantarme y romper algo. Había perdido el dominio de mí misma». Un aumento de la intensidad a 5 miliamperios produjo de nuevo análogas manifestaciones agresivas y ella elevó el brazo como si deseara atacar.

Igualmente ha investigado cambios del comportamiento por estimulación cerebral en las respuestas placenteras, de sociabilidad, angustia, activación de recuerdos, etcétera.

El aspecto más alarmante de la estimulación eléctrica del cerebro es que la aplicación de unos cuantos voltios a una estructura determinada puede modificar la reactividad psicológica individual. Este hecho ha sido interpretado como una terrible amenaza contra la integridad humana. En el pasado, el individuo podía hacer frente a riesgos y presiones de todo orden conservando su propia identidad. A pesar de las torturas físicas, del soborno, de la autoridad, de la propaganda, de la opinión pública y de las circunstancias del medio ambiente, siempre se tenía el privilegio de decidir su propio destino, de morir por un ideal sin cambiar creencias y lealtades. La fidelidad a nuestro pasado emocional e intelectual nos proporciona una sensación de estabilidad trascendental y quizá de inmortalidad que es más preciosa que la vida misma.

La nueva tecnología neurológica, sin embargo, parece tener una eficacia refinada. El individuo carece de defensa contra la manipulación directa de su cerebro porque se le priva de los mecanismos más íntimos de reactividad biológica.

La perspectiva del control físico de la mente provoca numerosas objeciones: teológicas, por afectar a la libre voluntad; morales, por modificar la responsabilidad individual; éticas, por la inmovilización de los mecanismos de autodefensa, y filosóficas, por inmiscuirse en la identidad personal.

Estas objeciones, sin embargo, son discutibles. Prohibir el adelanto científico es ingenuo e irreal, además de que la prohibición no podría imponerse universalmente.

Lo que hay que regular no es el conocimiento, sino su uso inadecuado. El cuchillo en sí no es bueno ni malo y puede ser usado por un cirujano o por un asesino. La ciencia debe ser neutral, pero los científicos tienen que tomar posiciones. La mente no es una entidad estática e innata, poseída por el individuo, ni autosuficiente, sino la organización dinámica de las percepciones sensoriales del mundo exterior, correlacionadas y reconstruidas por medio de la estructura interna anatómica y funcional del cerebro. La personalidad no es una manera de reaccionar intangible e inmutable, sino un proceso flexible y en continua evolución afectada por el medio.

Quizá sea el momento de empezar a preguntar si la concepción del yo intocable es una reminiscencia de la antigua creencia de que el hombre no debía ni podía alterar la omnipotencia de la Naturaleza. Estamos en el comienzo de una nueva revolución ideológica y tecnológica en la que los objetivos no son el poder físico ni el control del medio ambiente, sino la intervención directa en el destino del hombre mismo.

El horizonte que ofrecen estas consideraciones es dilatadísimo para el comportamiento del hombre del futuro y, en concreto, para el control, educación, ordenación de la agresividad. Sin embargo, esta manipulación física del cerebro con sus consecuencias directas en el comportamiento humano y por ello, en la persona tiene sus limitaciones.

Lo más probable es que las manifestaciones cerebrales que dependen de la elaboración de informaciones complejas escapen al control eléctrico. Por ejemplo, leer un libro o escuchar una conversación supone la recepción de muchos mensajes codificados que no pueden ser imitados por estimulación eléctrica. La electricidad no puede organizar o crear ningún patrón de comportamiento que no esté ya en el cerebro. La estimulación eléctrica del cerebro no puede usarse como medio de enseñanza, porque habilidades como la de tocar el piano, hablar un idioma o resolver problemas requieren complejos estímulos sensoriales. El comportamiento organizado hacia un fin, e incluso las respuestas motoras elementales, no se pueden sintetizar mediante la estimulación cerebral, aunque sí podemos provocar fácilmente los fragmentos motores que están almacenados en la zona excitada. La estimulación eléctrica no es portadora de pensamientos ni de información específica y, por lo tanto, no puede usarse como técnica para implantar ideas o dirigir el comportamiento hacia un objetivo específico. Debido a su *falta* de contenido simbólico, la electricidad no puede inducir efectos comparables a los obtenidos mediante hipnosis.

La estimulación eléctrica del cerebro no puede cambiar una personalidad por otra, porque la electricidad no es capaz de duplicar los innumerables factores que integran la identidad individual. En contra de las historias de ciencia-ficción, la estimulación eléctrica del cerebro no puede modificar la ideología política, la historia pasada ni los sentimientos patrióticos. Cambiar la personalidad está más allá de las posibilidades teóricas y prácticas de la estimulación eléctrica del cerebro, y lo único que resulta posible es modificar dentro de ciertos límites un aspecto determinado de las reacciones personales (174).

¿Se llegará en un futuro al pleno control físico de la agresividad humana? Ello irá unido al control de otras capacidades humanas de rendimiento. Es tema tremendamente sugestivo, no precisamente de «ciencia-ficción» sino experimentado ya en el marco de planificación científica. De todas formas, la aplicación generalizada de estos métodos no está a la vuelta de la esquina. Más cerca puede hallarse la acción consecuente de autocontrol que se seguirá a un conocimiento planificado de la realidad de nuestra mente y nuestro cerebro, de su relatividad, de su «manipulabilidad». El propio Rodríguez Delgado cree en la acción cultural sobre la propia conducta como consecuencia de la generalización de estos conocimientos. Es decir, que cree sobre todo, en la eficacia comportamental de una acción educativa cultural.

Existen opiniones acerca de la posible mejora de la Humanidad, es decir, de una nueva generación menos agresiva, por procedimientos *eugenésicos*, más o menos semejantes a los realizados con ratas y otros animales por J. B.

Calhoun, C. S. Hall, W. T. Beron, L. V. Searle, R. C. Tryon, etcétera. Entre un grupo de ciento cincuenta o doscientas ratas, la selección y apareamiento entre las veinte más agresivas por un lado y entre las quince o veinte menos agresivas entre sí por otro, y repetido el hecho en vanas generaciones, han dado como resultado grupos de ratas enormemente diferenciadas en su agresividad. No faltan autores que sugieren la posibilidad de hacer algo semejante con la Humanidad. Este enfoque se cita dentro de la teoría general de la selectividad racial humana desde otros puntos de vista, tales como la salud, la potencia biológica, la eficiencia intelectual, etcétera. No es menester señalar cómo procedimientos de este tipo aplicados al ser humano habrían de suponer unos complicadísimos y siempre conflictivos procesos, éticamente insalvables. Pero ahí queda la sugerencia de que tales procedimientos de selección pueden un día ser aplicados al hombre. No faltan quienes defienden su viabilidad¹.

¹ Estando ya impreso este libro, llega a mis manos una importante obra sobre la agresividad: Erich Fromm, *Anatomía de la destructividad humana*, 1975, *The anatomy of human destructiveness*, 1974. Es un amplio estudio analítico-comprensivo de las distintas teorías sobre la agresividad, en cuyos polos sitúa también a instintivistas y aprendizajeistas. La tesis central que Fromm expone a lo largo de su obra puede resumirse en el enunciado: «La destructividad y la crueldad no son pulsiones instintivas sino pasiones radicadas en la existencia total del hombre. Son uno de los modos de que la vida tenga sentido, y no podrían hallarse en el animal porque por su índole misma radican en la, condición humana». Es luminosa la distinción que hace Fromm entre la «agresión biológicamente adaptativa, favorable a la vida y benigna, y agresión biológicamente no adaptativa y maligna». «En este estudio he tratado de demostrar que el hombre prehistórico, que vivía en bandas cazando y recolectando, se distinguía por un mínimo de destructividad y un máximo de cooperación y compartición, y que sólo al aumentar la productividad y la división del trabajo, formarse un gran excedente y grandes estados con jerarquías y elites, aparecen la destructividad y crueldad en gran escala y crecen en la medida en que crecen la civilización y el papel del poder». «La agresión programada filogenéticamente, tal y como existe en el animal y en el hombre, es una reacción defensiva biológicamente adaptativas (78^{bis}).

1. EL DEPORTE-PRÁCTICA

En primer lugar prefiero referirme, no a los practicantes del deporte requeridos por las altas exigencias campeoniles y espectaculares, es decir, no a los deportistas destacados y famosos, sino a los practicantes de los deportes a cualquiera de los niveles no superiores, estén o no federados, organizados en clubs o simplemente usuarios de una pista particular de tenis o una piscina.

Un regreso rememorativo a los constitutivos esenciales del deporte (juego, competición, ejercicio físico) y a las funciones, valores, realidades registradas como primordiales en el esquema general del deporte de nuestro tiempo (ocio activo, higiene-salud, desarrollo biológico, esparcimiento, educación, pausa en el tecnicismo, relación social, superación) (33) puede ofrecer unas vías de análisis que supongan cierta lógica.

Lejos del afán de obligarnos a un repaso exhaustivo de la lista, las reflexiones se van a concretar sólo en algunos de los ámbitos señalados por estos conceptos, a saber: «ocio activo», «higiene», «desarrollo biológico», «autocontrol» y, finalmente, los dos que parecen más directamente implicados en el ámbito de la agresividad deportiva: «superación» y, sobre todo, «competición».

OCIO ACTIVO

El *ocio activo* representa una de las dos grandes vertientes del ocio. La otra es el ocio pasivo.

En la era del desarrollo tecnológico, como una posibilidad de mantenimiento de la persona con sus valores, se ha hablado de la «civilización del ocio». Es éste uno de los temas que ocupa con carácter primordial el estudio de sociólogos, políticos, pedagogos, psicólogos. El ocio como posibilidad viene a cambiar los tradicionales esquemas del trabajo y el descanso para convertirse en reencuentro del hombre consigo mismo.

El ocio activo, frente al pasivo, es el canal más lleno de posibilidades en esta recuperación. Se refiere al ocio toda actividad que ni es trabajo profesional, ni obligación laboral, ni ocupaciones complementarias con afán de ganancia, ni obligaciones familiares, ni ocupación doméstica ineludible, ni actividad necesaria de conservación (comida, sueño, aseo) ni ceremonial social o familiar establecido (32). Prácticamente todas las actividades humanas entran en el ocio, pero sólo cuando son realizadas con determinada actitud, con un talante o disposición caracterizada por la prestación voluntaria y libre de la persona. En el ocio es necesaria la libre elección de la actividad por parte de la persona. Hoy las modas, las facilidades planificadas, y desde luego las limitaciones económicas, los gregarismos, recortan enormemente esa libre elección personal. Pero tanto más es el carácter ocioso de la actividad cuanto se mantiene ese talante de libre elección.

Según los psicólogos del aprendizaje, la causa principal de la agresión es la frustración. El origen cultural de la agresividad es la complicación de frustraciones y estímulos irritantes que hicieron al hombre aprender ese tipo de respuestas. Quizá la mayor frustración en la historia haya sido la falta de libertad, frustración que subsiste y sigue actuando en el mundo, no sólo como resultado de unos u otros regímenes políticos sino, sobre todo, como consecuencia del agigantamiento de las estructuras burocráticas, del crecimiento de la vida automática —valga esta expresión paradójica—, del condicionamiento propagandístico. La esclavitud sigue existiendo en la Humanidad de nuestro tiempo. La esclavitud física de Egipto o Roma ha sido sustituida por la esclavitud mental de las propagandas y manipulaciones y por la esclavitud comportamental de los tópicos y los mimetismos. Frustraciones crecientes también en nuestro tiempo son el anonimato y, sobre todo, el hacinamiento urbano.

El ocio activo brinda al hombre la posibilidad de sentirse persona en su actividad. Se experimenta a sí mismo como protagonista de algo, por sencillo que sea, una excursión, un set de tenis, cosa de la que se le priva en su mecanizado, clasificado, catalogado y súper-especificado trabajo en la oficina, en la fábrica, en la tienda o en el laboratorio. El deporte como ocio activo es una ocupación, una diversión, un esfuerzo y a la vez un descanso principalmente psíquico. Todas ellas actividades —y, con su repetición, hábitos— frente a la frustración del tedio, de la masificación, del gregarismo, del hacinamiento.

El deporte como ocio activo, según la teoría de la instintividad, es una liberación de energía en cuanto a actividad, y es una reorientación de la agresividad hacia un objeto libremente elegido. Un ejecutivo por

encima de los cincuenta años me contaba una experiencia, que él mismo convirtió posteriormente en experimentación: «A última hora de la semana laboral se me presentaba un problema molesto que, por su complejidad o por su inoportunidad o por injusticia, me ponía nervioso y excitado. El lunes por la mañana, tras la práctica de esquí del fin de semana, me enfrentaba ante el mismo problema aún no resuelto. «¿Es posible que me excitase por esto?» Era mi primera reflexión. Otro talante, *una* mayor capacidad de comprensión, una serenidad, un nuevo sentido del humor contribuían a mi gobierno. Muchas causas pueden confluír en el cambio de temple, en la eliminación de la reactividad agresiva: el descanso, el haber contemplado rostros ajenos al trabajo cotidiano, etcétera. Pero, «junto al cansancio físico con la recuperación del equilibrio debido a la *actividad* deportiva, el factor más influyente era el carácter ocioso de aquellos fines de semana, la diversión sumergida en *una* actividad totalmente elegida por mí —aseveraba el veterano deportista—. En otros fines de semana, con cambio de personas, con descanso, no he experimentado tan gran contraste de humor. He hecho observaciones con cierto método acerca de esta constatación».

El aprendizaje a hacer uso de los tiempos libres en un tipo de actividad deportiva libremente seleccionada, a saber elegir y practicar, sería una hermosa tarea en la orientación pedagógica general de la escuela.

Un peligro se cierne sobre el ocio del futuro: su excesiva planificación. El descubrimiento de la trascendencia humanizadora del ocio ha conducido a muchos responsables sociales, a instituciones y entidades a estudiarlo, a reglamentarlo, a establecer directrices y líneas de acción. Con ello la actividad ociosa, descubierta y seleccionada, corre el peligro de perder su principal valor: la libertad, la auto-decisión. Tal puede ocurrir, y, en alguna manera está ocurriendo, en algunas formas de ocio deportivo que se van generalizando, estandarizando. El ocio activo (que debe respetar el gran principio saludable de la autodeterminación) corre el peligro de ser invadido por el gran mal del cual debe ser profilaxis: la masificación y el gregarismo.

En esta línea se sitúa el ataque de «manipulación» que se hace y reitera al ocio espectacular deportivo, como recientemente lo han hecho Horn (104) y Vinnai (215), creando una teoría bastante de moda, que adjetiva al deporte de nuestro tiempo como alienante.

HIGIENE-SALUD, DESARROLLO BIOLÓGICO

Otros dos grandes valores de la práctica deportiva son los concretados en las expresiones *higiene-salud* y *desarrollo biológico*.

En la exposición general de los elementos para la teoría deportiva han sido ofrecidas unas reflexiones acerca del peligro de convertir nuestro cuerpo en un parásito, generador de conflictos personales, debido al sedentarismo (33). Si uno de los orígenes aprendidos de la agresividad es la frustración, pocos hábitos pueden resultar tan peligrosos en orden a una creciente agresividad como el sedentarismo. Una vida carente de estímulos, de incitaciones, produce una serie de alteraciones orgánicas que sólo pueden ser reducidas mediante el ejercicio físico. El organismo humano está hecho para el movimiento. Uno de los primitivos principios de placer del niño pequeño es la ejercitación de su propio movimiento. La percepción de sí mismo y la exploración y noticia del entorno se realiza a través del movimiento. La falta de ejercitación es un tipo de frustración primitiva elemental. La ejercitación física enriquece las capacidades sensoriales, los complejos hábitos perceptivos. Y bien sabida es la importancia que las relaciones sensoriales tienen para la higiene mental.

Los famosos experimentos descritos por Bexton, Herron y Scott muestran los desalentadores resultados de las privaciones de comunicación sensorial con el mundo exterior. Se trataba de aislar a unos estudiantes de toda comunicación con el exterior. Todo lo que había que hacer era no hacer nada.

Se podía permanecer tendido en una cama; la mirada se orientaba hacia una única dirección determinada mediante unas lentes que la inmovilizaban; las manos, metidas en guantes, se mantenían quietas mediante unas flojas ligaduras. Se podría comer y beber a voluntad, con la frecuencia y en la cantidad deseada. La participación en el experimento, que se podía interrumpir en cualquier momento, según se deseara, era compensada por unos generosos honorarios. Una cura tan cómoda, bien pagada y carente de todo compromiso era algo que la gente deseaba hacía tiempo.

A poco de iniciarse el experimento, casi todos los sujetos sometidos a él se habían dormido. Unas horas después, la mayoría se despertó y empezó a cundir el aburrimiento. Casi todos cantaban, silbaban, hablaban con ellos mismos e intentaban aprovechar al máximo el mínimo de libertad de movimientos que les quedaba. Progresivamente, el tedio se fue haciendo difícilmente soportable; los sujetos de la prueba apenas podían formar ideas coherentes. Después de unas horas, todos estaban muy inquietos y su situación les parecía un tormento. Se sentían extraordinariamente incómodos en su forzada pasividad; muchos interrumpieron el experimento, a pesar de los elevados honorarios. En todos los sujetos de experimentación, al aplicar sencillas pruebas, como problemas aritméticos, anagramas y problemas de bloques, se observó una disminución de la capacidad intelectual y organizadora a medida que aumentaba la duración del experimento. Los más resistentes, que aguantaron más de veinticuatro horas, empezaron a tener sin excepción ideas delirantes. Las percepciones alucinadas, predominantemente visuales, consistían en simples figuras geométricas, que podían llegar a convertirse en escenas complejas de tipo onírico. Al principio, las personas comentaban entre sí sus alucinaciones y las interpretaban como sustitutivo de cambio, echado de menos y ahora deseado, de la percepción habitual del ambiente. Sin embargo, pronto la diversión cedió el paso al terror, y el terror a la apatía; se les quitaron las ganas de interpretar y la facultad de interpretación.

Este experimento fue repetido por Lillie en 1956, añadiendo a la supresión de incitaciones externas el encierro del sujeto de experimentación en una cabina subacuática, lo que dio al experimento una perfección aún mayor; los resultados fueron los mismos.

Las conclusiones son evidentes. Los efectos constantes de la supresión de incitaciones exteriores son el aburrimiento, la inquietud motriz, la sensación de incomodidad, que aumentan hasta lo insoportable y, si continúa esta supresión de incitaciones, tienen como consecuencia la inevitable desorganización de las funciones intelectuales superiores, selectivas y sintetizadoras, con predisposición a las falsas percepciones y alucinaciones ajenas a la realidad.

La monotonía hace que las personas se vuelvan estúpidas, luego enloquecen y siempre son desgraciadas (19^{bis}).

La explicación neurofisiológica de este hallazgo atribuye gran importancia a la formación reticular activadora del cerebro. Este sector cerebral sólo puede activarse mediante el bombardeo ininterrumpido de excitaciones sensoriales para estimular luego otras partes del cerebro. La monotonía ocasionada por la limitación o la repetición de estímulos por parte de un ambiente inalterable provoca un funcionamiento anormal del cerebro que determina por su parte *un* comportamiento anormal. La variación no es la raíz de la vida, sino su sustancia. Lo que se sabía ya mucho antes por los informes de expediciones polares, de ingenieros de radar (que tienen que mirar fijamente a una pantalla) y de camioneros (obligados a conducir su vehículo por monótonas carreteras durante la noche) se confirmaba experimentalmente: la interrupción de procesos mentales regulares, la desazón y las alucinaciones son consecuencias habituales de la supresión de estímulos exteriores. Los estímulos del mundo exterior, que corresponden al estadio evolutivo del individuo a través de la riqueza de variación y la complejidad, son necesarios para garantizar el equilibrio interno y la facultad de pensar. Los estímulos sencillos y uniformes sólo pueden cumplir dicha función por poco tiempo y de un modo incompleto. Si el medio ambiente no suministra los estímulos suficientes es preciso creárselos por cuenta propia en forma de falsas percepciones.

El movimiento, principalmente en la infancia, es condición importantísima para el buen desarrollo, de las capacidades sensoriales, y, consecuentemente, para una comunicación correcta con el mundo exterior y, por tanto, una garantía de equilibrio personal. La falta de uso de las propias capacidades de movimiento, la pérdida de los hábitos motores empobrecen directamente el sistema reticular y suponen una básica frustración; consecuentemente, originan un terreno abonado para el desarrollo de actitudes agresivas.

El hombre sedentario se convierte en *un* hombre «menos estimulado», con todas las nefastas consecuencias de empobrecimiento vital que ello comporta. *La falta de variedad* de estímulos sencillos para la vida, es suplida en la vida mecanizada por el aumento *numérico* de estímulos estandarizados. Hay quizá más cantidad de estímulos, pero en vez de ser enriquecedores de la persona por su variedad, son empobrecedores por su monotonía. El éxito, por ejemplo, de las series monotemáticas de filmes televisados es un indicio de este empobrecimiento personal: lo importante es que no falte el estímulo de la película; si ésta repite, semana tras semana, el esquema, el guión, las peripecias y los desenlaces de todas las de la misma serie, no importa. Hoy

se tiende a buscar la cantidad de estímulos más que la calidad. Estandarización, atrofia de la fantasía creadora, disminución de la riqueza personal son las directas consecuencias. Por ello es altamente educativo introducir al niño a los disfrutes del ocio activo en donde se fomenta esa originalidad personal tan amenazada. El ocio activo deportivo —con las excepciones de excesiva reglamentación en algunas modalidades y de monotonía en otras— ofrece en general la variedad por la interacción entre el estímulo y la respuesta, la libertad de expresión a través de la acción corporal, la riqueza en la diversidad de situaciones y, sobre todo, la *iniciativa*, en la cual el individuo se advierte a sí mismo, se experimenta en medio de la acción como protagonista, como responsable de su propio acto, por simple e intrascendente que éste sea. Aquel gran intuitivo del deporte, como buen pedagogo que era, el barón de Coubertín, ponía en primer lugar, entre las cinco grandes notas que constituyen fundamentalmente el deporte, la «iniciativa» (41).

En el sugestivo libro *El hombre contra sí mismo*, de Karl Menninger (143), se describen las múltiples formas de auto-agresión, unas patentes, otras disimuladas, con las que el hombre, víctima de uno u otro tipo de desequilibrio, —en los cuales prácticamente incurrimos todos los contemporáneos varias veces al día, o alguna vez durante muchos días— se destruye a sí mismo: alcohol, droga, velocidad y otras más sutiles, de todas las cuales el suicidio es el caso supremo. Hay múltiples formas de masoquismo. Todo ello es, en el fondo, producto de un desequilibrio, o de varios y cambiantes desequilibrios que es menester descubrir y combatir. No es fácil. La vida moderna ha traído grandes hallazgos, descubrimientos tecnológicos, progresos; pero el hombre vive más presionado, más azuzado, en el fondo más desequilibrado. Los grandes descubrimientos de la medicina y la cirugía han desviado la exopatogenia hacia la endopatogenia. Se ha dado la gran batalla a las infecciones. Se descubren y combaten bacilos, virus, microorganismos patógenos de todo género. La vida media del hombre con ello se alarga. Pero no vive más equilibrado, sino al contrario. En realidad se ha alargado la vida de un hombre enfermo. La medicina psicosomática adquiere creciente prestigio, pero está en mantillas en comparación con otras ramas tradicionales de la medicina. Ansiedad, angustia, tensión. Una vida muy cercana a la permanente frustración es protagonizada por el hombre que erradica las infecciones, pisa la luna y explora Marte.

No es extraño que este hombre frustrado sea enormemente agresivo. El hombre está cada día más necesitado de medios profilácticos que le re-generen, le re-medien, le re-estructuren, le re-equilibren desde los aprendizajes primordiales; posteriormente, por la coherencia de las valoraciones.

Junto a las trascendencias científicas y a las solemnidades morales no deben despreciarse ciertos posibles hallazgos, por vulgares y secundarios que parezcan, pueden poner a disposición del hombre instrumentos de equilibración. Uno de estos hallazgos —ciertamente vulgar y trivial, al decir de muchos cerebros solemnes— es el deporte. No tenemos necesariamente que pensar, al juzgar el deporte, en muchas de las adherencias sociológicas que ha adquirido en su paseo y desarrollo por la historia, principalmente en el último siglo; no nos dejemos llevar de lo mucho censurable que el deporte como hábito, como institución, como manipulación, arrastra. Recojamos para; nuestra consideración y uso lo que la práctica deportiva es esencialmente. Movimiento físico. Interacción cerebro-aparato locomotor. Uso completo del hombre. Rodaje, puesta en juego de lo que el hombre es: mente-centros cerebrales-músculos. Juego-esfuerzo-ejecución.

Uno de los más curiosos descubrimientos del hombre de nuestro tiempo es el desequilibrio ecológico. Antes era un tema privativo de los geo-botánicos. Hoy está en la prensa, en la noticia, en la crítica habitual de la calle. El hombre ha tomado conciencia de los desequilibrios del mundo en que vive. Pero más grave que los desequilibrios del medio es el desequilibrio interior del propio ser humano. Quizá la resonancia que han tenido esas rupturas ecológicas en el hombre de hoy sea en alguna manera una proyección inconsciente de la propia angustia.

La higiene de nuestro tiempo debe ser ante todo una higiene mental. Las cifras máximas de mortalidad señalan ya un mal típico de la hora actual: las dolencias cardiovasculares. Nadie ignora la significación que en tales patologías tienen los conflictos psíquicos, las tensiones, los *stress*, la ansiedad acumulada, la agresividad no dirigida. Al infarto lo ha llamado la enfermedad funcional del ejecutivo, y el ejecutivo es el prototipo del hombre de nuestra sociedad: acción, agitación, competitividad, tensión, acumulación de cargas afectivas, elevación o multiplicación de las espiraciones. Ausencia de sosiego, reflexión e intimidad.

Nadie duda de que el deporte corrientemente practicado es bueno para la salud orgánica. Todavía no se ha generalizado la idea de que es aún más profunda su acción en beneficio de la salud mental. El «psicodrama», la «terapia ocupacional», etc., son procedimientos hace algún tiempo inventados que se estudian ya a nivel científico. Ambos, con sus características distintas, coinciden en varios puntos fundamentales. Se basan en la terapéutica de la acción. En el primero, a través sobre todo de la posibilidad de expresión personal, con las consecuencias de liberación y de auto-conocimiento. En la segunda, a través de la proyección de la agresión en el trabajo, en la ocupación, siempre que ésta se encuentre dotada de sentido y no sea alienante. El deporte puede convertirse en una terapia muy semejante dotado con las características básicas de ambas e incluso con las específicas de cada una. Al igual que en el psicodrama, en la actividad deportiva —pensemos en un deporte bien estructurado y orientado— se da la posibilidad de expresión, a través de identificaciones y desplazamientos, con sus consecuencias liberadoras, auto-cognoscitivas y autorreguladoras. Como en la terapia ocupacional por el trabajo, en la actividad deportiva se desplaza la angustia en una acción, una tarea (meter goles, ganar, ejecutar correctamente), un objeto (el balón, la jabalina, la distancia). Se podría sugerir a los expertos la instauración de un *psico-deporte*, una terapéutica personal a través de la actividad lúdico-competitiva. También existirían los peligros de una alienación en la rutina de unas reglas estereotipadas. Pero esta rutina será más ampliamente soslayada que en el mismo trabajo. Estaría más cerca de la «ludo-terapia», aunque con sus características específicas de la competición (de enorme descarga agresiva), y, sobre todo, del ejercicio físico.

No es una cosa nueva la posible acción terapéutica del deporte. Ya en 1948, W. Menninger declaraba que los juegos competitivos parecen facilitar el progreso terapéutico de los enfermos mentales. Ya se han realizado algunas interesantes experiencias y formulado hipótesis en esta línea.

Muñoz Soler especifica claramente:

El deporte cuando forma parte del contexto histórico del individuo tiene una implicación evidente en los procesos de formación de estereotipos corticales y, como consecuencia, en la matización de su personalidad. El entramado de estímulos que representa la actividad deportiva para el ser, es decir, la cadencia de situaciones deportivas, modificadoras de su entorno, crea situaciones generadoras de diversos estados emotivos como consecuencia de «la colisión ininterrumpida de aspiraciones, deseos y preferencias» (Paulov) del individuo con las condiciones reales que condicionan dichas vivencias. Mas, *dada la significación lúdica* que para el hombre posee esta situación, los estímulos superintensos no alteran las interrelaciones normales de los procesos corticales fundamentales, así como de su intensidad, conservándose por ello «el equilibrio habitual, movilidad, capacidad de sobrepasar dificultades y unidad interior (disociación de procesos)» (Platonov) característicos de cada ser.

La reiterada proposición de dichas situaciones representa un entrenamiento paulatino y progresivamente complejo de los procesos corticales (sobre los que se basa la función unitaria de la totalidad): función conectora y analizadora (diferenciación y generalización) actividad reproductiva (mnésica), emotividad (sobre todo la de carácter negativo —educación del refrenamiento), estereotipia dinámica cortical (sistematización y formación de actos habituales) y otros.

Por ello, al mejorar la práctica deportiva la cualidad biológica del sujeto (a todos los niveles) según hemos expuesto, el *deporte*, considerado tal como se ha hecho en estas líneas, se evidencia como un excelente medio profiláctico de la perturbación del nivel alto o comportamiento neurótico (155).

AUTOCONTROL

Autocontrol es otra de las consideraciones imprescindibles para una valoración del deporte. Es un tema que está incluso en el centro de las grandes polémicas sobre la educación.

Las teorías educativas derivadas del psicoanálisis llamaron sobre todo la atención acerca del riesgo de conflictos en la personalidad derivados de la rutinaria aceptación de la autoridad (la de fuera y la de dentro de uno mismo), tesis prácticamente intocable en la mayor parte de los sistemas educativos entonces vigentes. Lo que tras la teoría y la ciencia del psicoanálisis fue sometido a importante y a veces exagerada consideración —las delicadísimas e hito-cables energías de la persona profunda— ya había sido anunciado

siglos atrás por intuitivos pedagogos, entre los que destaca Rousseau, para quien el hombre es naturalmente bueno; la sociedad le malea. Freud prescinde de la bondad y maldad. Hay un principio energético-impulsivo de acción que brota del «ello», y una internalización por parte de la persona de la sociedad como parte del mundo exterior: el «yo» por principio de adaptación realista, y el «súper-yo» por asimilación de normas, permisiones-prohibiciones, conducta ética en general. Estas tres instancias, «ello-yo-súperyo», entran en juego y en conflicto. En general son el «yo» y, sobre todo, el «súper-yo» —mejor dicho, los elementos dinámicos y adaptativos que van constituyendo el «yo» y el «súper-yo»— los que en muchas ocasiones se oponen al principio de placer y a la impulsividad instintiva que brota del «ello». Consecuencia de estos dinámismos y antagonismos aparecen los aprendizajes que van a constituir el entramado de hábitos comportamentales de la persona.

A la aceptación de las autoridades externas y los autocontroles personales se le fueron atribuyendo, no sin grandes dosis de razón, el significado de sometimiento, represión. «Contener la agresión es en principio malsano, patógeno (75). He aquí la frase mágica de Freud que, interpretada con extremismo y sin consideración de otros textos y contextos, viene a trastocar toda una vieja tradición pedagógica. Naturalmente, todo ello fue condimentado culturalmente con las grandes doctrinas de revisión del concepto de autoridad política proveniente de los siglos XVIII y XIX. Y así fue, ya entrado el XX, planteada la gran crisis del concepto tradicional educativo. ¿Es patógeno suprimir los impulsos agresivos que vienen desde el «ello»? ¿Es nociva toda represión o auto-represión? El autocontrol ¿no es en el fondo una auto-represión?

El tema es suficientemente importante para que, bien sea aplicado al deporte o a otro ámbito del quehacer humano, sea tratado con amplitud y exigencia. Ello excedería del carácter secundario que aquí, centrados en el problema de la agresividad en el deporte, tiene esta consideración. Por eso dejamos para otra ocasión el apasionante asunto¹. Pero valga la pena, tras la toma de conciencia del problema, un breve apunte.

El deporte de nuestro tiempo está enormemente marcado por la *reglamentación*. No se trata simplemente de la espontánea o implícita regla más o menos natural latente en cualquier actitud lúdica, sino de toda una estructura que ha crecido con el deporte moderno, dando a éste una fisonomía definida. Una de las grandes líneas definitorias en la creación del deporte moderno en el siglo XIX fue la reglamentación y codificación de distintos modos de juego y competencia deportiva. Cada modalidad deportiva tiene un importante y extenso reglamento. Y cada estructura sociológica mono-deportiva (federación regional, nacional, internacional) se apoya sustancialmente para su establecimiento en la aceptación general y el máximo respeto que a ese reglamento presten todos los participantes en el ámbito de esa estructura o federación.

¿Es tan consustancial para el deporte la reglamentación? Debemos partir del supuesto ampliamente defendido por Huizinga (107) en su interpretación cultural del juego; que éste, el juego, de cualquier tipo que sea, no se constituye, no se instaure, no se da, aunque sólo sea fugazmente, sin unas reglas explícitas o implícitas. El deporte como entidad lúdica no puede concebirse sin una regla espontánea o conscientemente aceptada. Volviendo al ejemplo de cualquier forma lúdico-deportiva primitiva (una carrera de velocidad en la calle, una lucha entre dos niños a ver quién pone al otro de espaldas en el suelo) encontramos que, de palabra o en silencio, ambos empiezan a forcejear con acatamiento a ciertas reglas. Si uno, por ejemplo, en medio del forcejeo, da un puñetazo o una patada al otro, en seguida se le responderá: «no vale». ¿Qué significa esta expresión? Simplemente, que han sido transgredidas unas leyes elementales. Automáticamente queda interrumpido el juego, porque se ha quebrantado el convenio lúdico, la regla.

Toda estructura deportiva evolucionada descansa sobre el respeto a estas reglas. Se puede afirmar que no podría existir un verdadero deporte sin aceptación de alguna regla. Habría, sí, una actividad física de carácter higiénico o meramente expresivo; pero nunca auténticamente deporte, al que le es esencial cierto carácter de competitividad convenida, insostenible sin reglas, y un marcado aspecto lúdico, igualmente imposible sin ellas.

La aceptación de reglas supone un autocontrol. No vamos a entrar aquí en el complicado análisis de este concepto, para cuya primera comprensión es menester partir de una acepción sobre el «autos», la identidad personal. Tampoco es del caso lucubrar ahora acerca de los diversos niveles de autocontrol, desde los

¹ «Deporte y autocontrol» pueden ser objeto de una exploración monográfica semejante a ésta de la agresión.

primeros aprendizajes de autocontención inconsciente frente a los peligros físicos circundantes, primera pauta de adaptación a la realidad —cimiento del «yo»— hasta la constitución del «súper-yo» o autocontrol de talante ético y, posteriormente, el sometimiento de las propias apetencias a la reflexión consciente y al código de conducta personal inteligentemente aceptado.

Por este autocontrol perfectamente detectado en el deporte, y, en algunas modalidades, llevado a extremo, han considerado algunos que el deporte de nuestro tiempo, más que educar en el sentido egregio y creador de la expresión, coarta, cohibe, reprime, empequeñece. El jugador de baloncesto ha sido puesto como ejemplo de un tipo de individuo estimulado a la habilidad, a la velocidad de reflejos, destreza, capacidad de resistencia, etc., pero enseñado al sometimiento permanente a una censura. Parones constantes del juego por el pitido del árbitro, faltas personales, sanciones técnicas cuando se amaga *una* protesta, etc. Un patrón de conducta ideal para ser adaptado a una sociedad represiva.

Prescindiendo de que el baloncesto es *una* modalidad muy singular, quizá excesivamente reglada, y de que existen otras actividades deportivas muy alejadas de esta constante ingerencia sancionadora, podemos reflexionar un poco acerca del concepto educativo o anti-educativo del control.

La pedagogía permisiva parte del principio de que la contención de los impulsos, de las propias apetencias, es malsana. Evidentemente, miles de historias clínicas de personalidades estropeadas descubren viejos conflictos infantiles desencadenados por represiones originadas por los tabúes, por los miedos físicos y morales, por mil angustias provocadas por educaciones excesivamente rígidas a unas normas, hábitos, tradiciones, estereotipos. El «inconsciente reprimido» magistralmente señalado por Freud ha sido uno de los grandes hallazgos etiológicos de la moderna psico-patología. Tiene razón Freud —puesto que ha sido profusamente demostrado— cuando afirma que «contener la agresión (se refiere a los impulsos provenientes del «eros») es en principio malsano, patógeno». Pero frente a la dinámica de las fuerzas instintivas provenientes del «ello» con sus riesgos frustrantes al ser detenidos, está la dinámica de adaptación al principio de la realidad —también luminoso hallazgo freudiano—, que es lo que va a constituir el «yo»; a la larga, lo que uno va a ser y manifestarse como persona, el principio de la propia identidad. Los desaguisados cometidos por gran parte de las pedagogías tradicionales en su desprecio de las energías instintivas, que Freud situarla mayormente en el «ello», motivaron nuevas corrientes pedagógicas basadas en el principio de respetar los impulsos naturales de la persona. Uno de los extremos sugestivos de esta línea, que se instauró ampliamente durante el siglo XX y cuyo talante es hoy moda de padres y educadores que se quieren demostrar a sí mismos inteligentes, cultivados y «a la última», ha sido la Institución «Summerhill» creada por O'Neill, en Inglaterra. No hay que contrariar al niño, debido al riesgo de originar en él frustraciones peligrosas. La adaptación a la vida la aprenderá él paulatinamente, recibiendo directamente las enseñanzas empíricas. De estas enseñanzas derivadas de sus propios encuentros con la realidad se irá organizando su autogobierno.

Si a un niño de un año de edad se le ve jugando con un cuchillo punzante ¿qué debe hacer el educador? «Quitárselo de las manos», responderán incluso los máximos partidarios de la permisividad. En esta respuesta no son lógicos con sus principios. Habría que esperar más bien a que adquiriera la propia experiencia del cuchillo. ¿Y el riesgo de que se salte un ojo? Llegados a este punto el pedagogo permisivo tiende a rechazar el ejemplo por encontrarlo extremo, exagerado. Y ahí existe el fundamental error. La vida está llena de cuchillos punzantes, tanto en el orden físico como en el psicológico. Aprendizajes ayudados de reflejos condicionados, de internalización normativa (o «súper-yo») y, posteriormente, de criterios éticos (llámeseles, si se prefiere, cívicos o jurídicos) van a ser instrumentos necesarios para no perecer en la profunda navegación de la vida. El manotazo dado a la mano que maneja el cuchillo, el gesto enérgico o severo que a todo educador amoroso le sale en el momento de quitárselo al niño, surgido del horror de verle tuerto o yugulado, crea un reflejo condicionado que le ayudará a tener cautela primitiva al cuchillo y a otros instrumentos semejantes. Miedo, angustia vinculada a ese instrumento; pero miedo, angustia salvadores.

Intentar crear una personalidad sin choques, sin pequeñas frustraciones es como pretender fomentar un organismo perfectamente equilibrado, puro, pero carente de su propio sistema inmunológico. Planta de invernadero que sucumbirá al primer viento páramelo.

Un niño que no haya aprendido a recibir golpes físicos y sobre todo psicológicos de sus compañeros y que no se haya entrenado a asimilarlos, que no se haya acostumbrado a sujetar muchos de sus impulsos personales

por un simple principio cívico de convivencia será un sujeto radicalmente inadaptado, no a una sociedad represiva e injusto, sino a cualquier grupo humano de convivencia, a cualquier pandilla o círculo de amigos. Será incapaz de la amistad por su radical egoísmo —la amistad es alterótopa, generosa—. La falta de autocontrol le llevará a tener que ser controlado por los demás, por la sociedad. Es la ley del psicópata: como no se controla, le controlan. La carencia de un «yo» maduro, fuerte, con vigorosa capacidad de autocontrol, de auto-canalización de sus energías personales, le incapacita para un diálogo abierto con el mundo que le rodea. No hay que confundir el «yo» fuerte con la personalidad coartada, sea esta coartación por dependencia o por frustración. El primero se constituye en las personas que fueron entrenadas al progresivo enfrentamiento con la vida, que superaron poco a poco y en su medida las mil y una frustraciones que el hecho de vivir y convivir lleva consigo. Pero que, simultáneamente, desde su infancia recibieron el gran digestónico del afecto, imprescindible condimento para el desarrollo de las capacidades personales. El frustrado-coartado es un ser a quien se le enseñó rigurosamente a respetar y temer a la vida sin habersele alimentado simultáneamente con el ingrediente imprescindible del amor. No hubo en su infancia *un* equilibrio amor-rigor; fue víctima de los impulsos atenazantes de este segundo.

El hecho de vivir lleva a un necesario control. No se puede volar como un pájaro, ni se puede ejercer constantemente el disfrute sexual, ni se puede golpear por la calle a una vieja que resulta antipática. La propia limitación humana es la primera circunstancia implacablemente controlable, control que es menester ayudar a aprender. A quien no aprende a aplicar el control desde sí mismo (autocontrol), posteriormente le será impuesto desde fuera (represión).

El deporte es una conducta reglada. Por ello es un hábito al autocontrol. En el niño que lucha con su compañero para llevarle al suelo hay una aceptación inconsciente de ciertas reglas rudimentarias que le impiden golpear con el puño o meter el dedo en el ojo. Él las respeta. Aprende a dialogar con la vida (con otro ser humano) de una manera civilizada o cívica, que quiere decir respetuoso del otro y de sus apetencias, con una aceptación jurídica de unos mismos derechos. El autocontrol es el primer gran principio de la convivencia humana. En el deporte este auto-control se desarrolla en un ambiente eminentemente lúdico, lo cual le priva de la servidumbre ambiental de una opresión rígida, impuesta, implacable.

En el deporte profesional —una de las formas típicas del deporte-espectáculo— estos caracteres de ambiente lúdico, espontaneidad, voluntariedad, se pierden en parte, al participarse del talante general del trabajo contemporáneo. Por ello, este somero análisis debe ser entendido con la relatividad aplicable a cada caso. De todas formas, nos encontramos dentro de las consideraciones enmarcadas en el capítulo del deporte «praxis», y es sobre todo a este ámbito al que se refieren estas sugerencias.

Si la agresividad fuese una «conducta aprendida», es patente la trascendencia que un hábito al diálogo deportivo puede tener en orden a la superación de los hábitos agresivos desmandados. El autocontrol es uno de los principales objetivos presentes en todos los programas que tienden a la superación de la agresividad.

Si ésta fuese un hecho instintivo, tampoco parece que los hábitos de autocontrol resultasen inútiles. La adquisición, primero de unos automatismos o reflejos condicionados, después de un hábito al gobierno consciente de los propios impulsos en general, favorecerían la instauración de una sociedad menos conflictiva. Sin embargo, en la hipótesis de la instintividad agresiva subsistiría toda la problemática de la salubridad o insalubridad de los hábitos de autocontrol. El enunciado freudiano «contener la agresión es en principio malsano, patógeno» sigue ahí lleno de realismo, compensado por la trascendencia del principio de adaptación a la realidad, pero cargado de preocupante verdad. La ley pendular de las modas pedagógicas es un hecho histórico contemporáneo. Pero ¿cuál de los extremos está más cerca del acierto educativo? Todavía nos hallamos lejos de la solución de esta grave aporía.

De todas formas, una indudable ventaja del autocontrol deportivo es el carácter fruitivo del aprendizaje. En el análisis de cada *uno* de estos aspectos más o menos abstraídos de la realidad es conveniente no apartarse del todo de esa misma realidad, sino tenerla constantemente presente en su globalidad. Así el autocontrol que se practica en el deporte es, ante todo, deporte; es esa actividad humana voluntaria, liberal, en la que entran en juego en perfecta interacción mente y organismo, fruitiva, esforzada, con frecuencia absorbente. Es un tipo de autocontrol que no puede abstraerse de todo su contexto, de este rico panorama humano.

SUPERACIÓN

El término *superación* se refiere primariamente al afán de propio perfeccionamiento, al hábito de esfuerzo necesario para realizarse de la manera más cabalmente posible en la vida. Muchos autores lo han entendido en el más noble sentido de propia mejora y auto-perfeccionamiento, un camino hacia toda posible excelencia —«Concern for excelente», de Weiss (220^{bis})—. El barón de Coubertín ya atribuyó al deporte este noble valor o función. Entre las cinco notas que en su *pedagogía deportiva* considera como esenciales para el deporte está la «búsqueda del perfeccionamiento» (*superación*) (41). Pero en una sociedad eminentemente competitiva es muy difícil desgajar estos conceptos de la rivalidad, del enfrentamiento —aunque sea en el terreno lúdico— con los demás. El afán de superación lleva implícito un ánimo de destacarse de los demás, o de alcanzarlos cuando se está a la zaga; sobre todo en una época condicionada por el éxito. Como programa educativo anti-agresividad, el hábito de superación propia referido a logros y eficiencias, aunque sea positivo en otros aspectos, no parece ser precisamente adecuado.

Valdría en una interpretación lorenziana, es decir, instintiva de la agresividad. El hábito de propia superación, con lo que ello tiene de enfrentamiento, rivalidad en un terreno intrascendente, menos conflictivo, como es el juego deportivo, supondría una buena salida, un cauce no belicoso a la necesidad de logro propio, de personal realización, de afirmación en la propia vida que, según Lorenz, es la parte positiva de la agresividad. Podemos calificarlo como una realidad, un valor discutible en su favorecimiento del hábito anti-agresivo.

AGONISMO

La condición *competitiva* o *agonística* del deporte, que, más que como función, valor, aplicación o «rol» del deporte, y anterior a todos ellos, puede considerarse como uno de sus constitutivos esenciales, es, de cara a la agresividad, un tema especialmente problemático.

La relación entre agresividad y competitividad deportiva es interpretada de diversas formas, algunas de ellas opuestas entre sí. Para unos la competición deportiva exagera la agresividad, entrena al individuo a ser agresivo; es un aprendizaje favorecedor de la agresividad. Tal consecuencia parece desprenderse de las investigaciones de Deutsch, Kapp (116), Husman (108), Frets, Neumann (160), Lueschen (136). Otros, entre ellos Stone, afirman, por el contrario, que la competición deportiva evacua la agresividad que el individuo posee (sea innata, sea inducida por una cultura y una sociedad eminentemente agresivótropa) (201).

En un psico-diagnóstico realizado por M. E. Romano con los diez componentes del equipo olímpico español de boxeo que compitió en los Juegos Olímpicos de Méjico, investigación realizada algunas semanas antes de dicha competición, apareció un sorprendente y neto resultado de «falta de agresividad» de todos los componentes, excepto uno. ¿Exceso de competiciones preolímpicas? ¿Falta de la suficiente y metodológica preparación motivacional? Muchas pudieron ser las causas concomitantes, pero puede valer como hipótesis el vaciamiento de la agresividad durante un período de reiteradas competiciones y entrenamientos.

Sin embargo, Husman (108) encontró que los tests de fantasía y agresividad evidenciables con el TAT en un grupo de boxeadores, tras un combate, señalaban signos de tensión más que -de descarga. Esto no se verificaba en los casos en los que el PFT de Rosenzweig, que revelaba un aumento paralelo en la fuerza del súper-yo, imputable con gran probabilidad a la emergencia de un sentimiento de ansiedad o de culpabilidad a causa del mismo combate.

También Stone, en 1950 había *encontrado* signos de culpabilidad y de ansiedad en los jugadores de rugby que había examinado y, en un comentario sintético de tales encuestas, L. Berkowitz (16) avanzaba la explicación de que la disminución de las tendencias agresivas encontradas en ellos se pueden atribuir, tanto como al efecto catártico de la actividad, al aumento de tales sentimientos de carácter censor. Sin ellos, probablemente las tendencias agresivas no habrían resultado disminuidas, sino exaltadas en la competición.

De las numerosas investigaciones realizadas en los últimos años existen ya a disposición del teórico un arsenal de datos y constataciones muy valiosas a la hora de intentar una interpretación. Recordemos, entre otros, los trabajos anteriormente citados de Neumann, Volkamer, Naul, Schilling, etc., a los que por caminos

científicos distintos se pueden añadir los de Prueske (165), White (22P”), Sipes (194), a los que luego nos referiremos. Por más que se intente no se puede por el momento dar coherencia a los resultados. Las interpretaciones prosiguen dispares e incluso aparentemente contradictorias. Frente a la directa y positiva relación entre aumento de la agresividad y hábitos deportivos, interpretación de creciente prestigio, está la tesis de la *canalización* e incluso del *vaciamiento* de las pulsiones agresivas merced al hábito deportivo; o la variante del *aplacamiento*, que ha servido para interpretaciones sociopolíticas como las de Vinnai (215), Boehme (21), Horn (104), quienes insisten en el sentido de «manipulación» a que se presta el deporte, con lo que se suelen desviar naturales reivindicaciones agresivas resultantes de una estructura social injusta y oprimiente. «En este sentido el deporte se considera como una de las organizaciones que priva a la sociedad de su fuerza explosiva social y tiene por objeto canalizarla conforme con el sistema» (215).

Muchas de estas contradicciones están en parte originadas, en primer lugar, por imprecisiones terminológicas, por acepciones variadas de los términos «agresividad», «agonismo», «competición», «deporte» mismo. A este respecto, apunta Rycroft en su *Critical Dictionary of Psychoanalysis*: «La tendencia casi universal entre los analistas equiparar la agresión con el odio, la destructividad y el sadismo contradice no sólo la etimología de la palabra *ad gredior*: voy hacia algo) sino también su tradicional connotación dinámica, auto-afirmadora, expansiva, impulsiva». Pero no vamos a entrar aquí en análisis acerca de cada uno de los conceptos. De esta confusión —o mejor, falta de convención— terminológica se derivan también la variedad de niveles, métodos y objetivos en las investigaciones realizadas. Por eso es muy difícil comparar y clasificar las teorías.

Los resultados de liberación de la emoción o, por el contrario, estimulación de ella, están en parte condicionados a la actitud de cómo sea abordada la participación deportiva, al grado de madurez del «yo», al enfoque o ambiente sociológico en el que se encuentre enmarcada cada acción deportiva.

L. Ancona, en un trabajo presentado al 1 Congreso de Psicología del Deporte (Roma, 1964), aclaraba:

Una parte de los que practican el deporte lo hacen a modo de revancha frente a las contrariedades encontradas en la vida cotidiana, actual o antecedente. Pero por eso mismo hay que decir que la actividad agonística que resulta es entonces de tipo defensivo, caracterizada, por tanto, por todas las limitaciones y la rigidez de los mecanismos de defensa. Entonces lo más importante es el hecho de que esta actividad deportiva no puede dejar de ser narcisista, es decir, no puede liberarse del objetivo de referirse primariamente a los intereses del protagonista. Por lo tanto, se trata de una deportividad *self-centered*, centrada en el individuo que la presta, abierta, por consiguiente, a la rivalidad, eventualmente al abuso y a la expresión de la hostilidad hacia los competidores. Vistos, o mejor sentidos, como los usurpadores de los propios derechos.

No hay que maravillarse si este tipo de dinámica conduce a las consecuencias deteriorantes del comportamiento que ya han sido recordadas.

Pero esto no es lo que la opinión pública piensa del deporte como actividad y del atleta como ejemplar de una mejor humanidad, y de hecho la actividad deportiva puede ser vista de manera muy distinta de aquella defensiva-catártica.

Hay atletas que practican el deporte no porque están empujados primariamente a ello por una necesidad compulsiva, sino de manera libre. La actividad agonística no se incluye para ellos en un módulo de recompensa reactiva, sino que es como una expansión productiva de su propia personalidad, comprometida en una empresa «que salga bien». En este caso el agonismo actúa como un ejercicio de energía dirigida a realizar un standard de excelencia, que puede alcanzarse más fácilmente debido a que un equipo, como un individuo, tiende a realizarlo.

Es evidente que de este modo los «otros» no son considerados como obstáculos sino como índices de referencia de la perfección de la propia ejecución; y cuando uno o más de éstos presta una actividad mejor que aquella personal, el objetivo deseado permanece igualmente alcanzado, porque con la actividad deportiva se mira a la mejor ejecución posible antes que al hecho de ser el mejor de todos.

Este segundo modo de abordar la competición es entonces la condición y fruto de una actitud deportiva eminentemente socializada, socially centered, y como tal abierta a todas las posibilidades de victoria como de derrota sin inducir regresiones en el comportamiento personal o social (4).

El problema, como se ve, es arduo. Por eso resulta pueril decir que el deporte, simplemente, libera o que el deporte engendra ansiedad. Depende de quién haga, qué deporte, en qué sociedad o ambiente deportivo.

De hecho está demostrado experimentalmente hoy en día que cada estímulo emotígeno, como el encontrarse comprometido en una dura competición deportiva o de participar en ella por empatía, se debe considerar como generador de una cadena de reacciones subjetivas, cuya naturaleza y destino se pueden presentar tanto como factores de progreso como al contrario, la causa de una mayor acumulación de tensión emotiva, y así de retroceso.

El tipo de reacción parece depender fundamentalmente de la organización y la fuerza psíquica de la persona sometida al estímulo emotivo.

Cuanto más esté desarrollada la organización del «yo», es decir, cuanto más esté psicológicamente maduro el sujeto, más fácilmente el estímulo emotivo se hace principio de progreso, hasta el punto que situaciones objetiva y generalmente frustrantes pueden ser la causa de un mayor perfeccionamiento.

Lo contrario ocurre cuando el «yo» es débil, el sujeto inmaduro, hasta el punto que aquellas situaciones que generalmente exaltan de una manera positiva, causan una desorganización psíquica.

Traduciendo estas asunciones en términos del problema que nos interesa aquí, la insuficiente fuerza del «yo» tiende a buscar la actividad agonística de modo defensivo de desquite, que es, a su vez, causa de una típica frustración derivada del hecho de desarrollarla en un grupo. Pero la insuficiencia del «yo» es también la condición por la cual las frustraciones se absorben muy poco y tienden a producir, como la respuesta más fácil de todas, la reacción de agresión que ha sido estudiada por Dollard y sus colaboradores de la escuela de Yale, deteriorando así la acción deportiva y bajando el nivel de participación para los espectadores.

Al contrario, cuando la estructura de la personalidad está fuerte y bien organizada, el hecho de estar compitiendo con otro no se transforma en frustración, o por lo menos ésta no alcanza el nivel que induce a la desorganización, ni hay necesidad precedente de obtener una recompensa a través del juego. Si, de forma contraria, actúa una colaboración de grupo, en vista de la mejor posible ejecución propia, independiente de la propia victoria o derrota anticipada, el sujeto presta la actividad agonística como una mayor y más fecunda expansión de sí mismo. A su vez, cada espectador asistente participa sin dificultad en una espiral expansiva vuelta hacia el progreso (4).

Indudablemente, al igual que en el «psicodrama», que en la «ludoterapia», que en la «terapia ocupacional», en el «psico-deporte» (liberación, por el deporte, de la ansiedad y de las acumulaciones agresivas) el resultado estará en el enfoque de la práctica deportiva y en la adaptación de cada modo de práctica a cada caso concreto.

De todas formas, la característica general especificadora del deporte «competitividad» (agonismo) constituye un problema todavía no resuelto en orden a su evaluación con respecto al tema de la agresividad. En general, los instintivistas consideran altamente positivo este carácter competitivo: supone una canalización. Y, dentro de esa canalización, un adiestramiento a la competitividad necesaria para vivir, entendiendo ésta como positiva, constitutiva, creadora.

Entre los defensores del aprendizaje hay división en cuanto al carácter positivo o negativo de la competición deportiva. Para algunos el aprendizaje a la competición deportiva no conlleva una conducta general de mayor hostilidad y violencia, sino al contrario. A otros, los resultados de sus investigaciones los han conducido a opiniones opuestas. Así, por ejemplo, E. O. Prueske, en un trabajo de investigación elaborado entre numeroso grupo de estudiantes de Illinois acerca de las relaciones entre la hostilidad y diversos aspectos de la salud, concluye taxativamente: «La participación en competiciones deportivas, tanto organizadas como no organizadas, tiene una significativa correlación negativa con muchos problemas de salud». Y más en concreto: «Competiciones deportivas no organizadas tienen correlación negativa altamente significativa con la mayor parte de formas de hostilidad» (165). Es decir, entre los participantes espontáneos en competiciones deportivas se dan muchas menos manifestaciones de hostilidad en la vida en general.

Es indudable que la conducta colectiva, las estructuras sociales, las modas, interfieren poderosamente en la forma individual de participación deportiva, en su actitud y, consecuentemente, en los resultados. Cyril M. D. White, tras una investigación realizada según el modelo de la teoría de la conducta colectiva de Smelser, saca, entre otras, estas conclusiones:

- La magnitud de la necesidad de éxito en los deportes está en relación con el grado de inseguridad que se dé en la estructura social de la comunidad en la que se desarrolla el juego.

- Las formas de violencia identificadas en los cuatro episodios como ejemplos de violencia moderna coinciden con el análisis que hoy hace de la moderna violencia colectiva, reconociendo en ella un efecto del impacto de la industrialización, de la aglomeración en urbes, del crecimiento demográfico, de la rápida emigración de las zonas rurales a las urbanas y de asociaciones económicas y políticas permanentes.
- El deporte es una institución social de la sociedad misma y, por consiguiente, recibe y ejerce influencias de y en otras instituciones sociales culturales. Este estudio parece indicar que la estructura social influye en el deporte y en sus seguidores, y se ve, a su vez, influida por éstos.
- Este estudio querría sugerir que la anticipación y el Posible control de explosiones de hostilidad en acontecimientos deportivos constituyen actualmente una posibilidad bien definida (221^{bis}).

R. G. Sipes ha elaborado a nivel de antropología cultural *un* estudio apasionante partiendo de los dos modelos instintivos rivales, el de la *descarga instintiva* («drive discharge model»), según el cual «entre la guerra y los deportes de combate se daría una relación sincrónica inversa: mientras más belicosas sean las sociedades, menos gustaran de estos deportes; y será mayor su afición a los mismos mientras menos belicosos sean» y el de *aprendizaje cultural* («cultural pattern model»), según el cual «entre la guerra y los deportes de combate se daría una relación sincrónica directa: las sociedades más belicosas serán más aficionadas a estos deportes, que gozarán de menor estima entre las sociedades menos belicosas» (194).

Realiza el estudio en veinte sociedades descritas por rigurosa exigencia antropológica. Siguiendo la clasificación de grado bélico establecida por Otterbein (según el atlas etnográfico de Murdock), escoge las diez sociedades más belicosas y las diez menos belicosas. En cada una de ellas rastrea las descripciones de juegos y costumbres populares realizadas por los investigadores específicos más prestigiosos. Se establece un cuadro de correlaciones entre el alto grado de belicosidad y la existencia o no existencia de deportes combativos. Por el enorme interés en relación con nuestro estudio, reproduzco a continuación el **cuadro** resumen de Sipes y los resultados numéricos de la correlación (sin entrar en las cifras específicas de estadística).

Este estudio «cultural muestra que donde encontramos una conducta belicosa hallamos también, de forma típica, deportes de combate, y donde la guerra es relativamente rara, tienden a estar ausentes los deportes de combate. Esto contradice la hipótesis según la cual los deportes de combate serían alternativas de la guerra en cuanto que sirven para descargar la tensión de agresividad acumulada en el marco social de referencia».

Culturalmente, «guerra y deportes de combate están directamente relacionados». Por lo tanto, al contrario de lo que muchas veces se afirma, no actúan como cauces alternativos para la descarga de tensiones agresivas acumulables. Más bien parecen ser componentes de un modelo cultural más amplio (194).

La competitividad (*agonismo*) es una de las características esenciales en el deporte, al cual le confiere un aspecto de relación humana de muy difícil valoración. El estudio de Sipes debe poner en guardia acerca del desarrollo de ciertos deportes llamados de combate y su posible exacerbación de los aprendizajes agresivos. Pero no hay que olvidar que este estudio étnico está realizado en su mayor parte sobre sociedades minoritarias, marginadas, vivientes en el siglo XX, que no son representativas de la sociedad general en la que vivimos, la de la civilización occidentalizada, la de la técnica, la ciencia y el desarrollo a la cual aspiran otras sociedades más primitivas. Sin despreciar a esos grupos minoritarios, estudiamos, investigamos, escribimos, para la gran sociedad protagonista principalísima de la vida en la tierra, de viejísima tradición bélica, de crecientes tensiones conflictivas, de multiplicadas frustraciones. Para esta sociedad agresivizada hasta los tuétanos planteamos las opciones y las hipótesis de trabajo; para esta sociedad en la cual también se desarrollan los deportes de combate. Si de esa sociedad eliminásemos tales deportes, ¿mejoraría, perdería belicosidad, agresividad?

Es digno de tenerse en cuenta cómo el propio Sipes confiesa con honradez científica que se las vio y deseó para encontrar entre las 628 sociedades clasificadas en el atlas etnográfico de Murdock, diez que careciesen de belicosidad intra-social y extra-social.

En un trabajo posterior (193) Sipes se atreve a afirmar que «el modelo operacional, después de ser sometido a más comprobaciones y de conocer un considerable desarrollo, puede ser capaz de predecir ciertos patrones de cultura y de cambios socioculturales».

Metidos ya en estas consideraciones acerca de las relaciones entre la belicosidad guerrera y los deportes combativos, pueden ser útiles las últimas conclusiones, ya enormemente teóricas, a las que llega Sipes:

Tanto los rasgos de cultura y personalidad (especialmente los valores) como los patrones medulares de conducta de una esfera de actividad tienden a generalizarse y transmitirse de la esfera de actividad en la que tienen, o parecen tener, un valor de supervivencia a esferas de actividad en las que, no teniendo valor de supervivencia, tampoco tendrán un elevado valor de anti-supervivencia. (Se llama rasgo o conducta medulares a los que son esenciales para que prosiga la actividad en cuestión.). Por ejemplo, valores y conductas exigidos en la guerra tenderán a aparecer en otras esferas de actividad, tales como los deportes (en este caso, comprobado ya empíricamente por Sipes), el trabajo y el comercio, la vida de familia, el afrontamiento de los propios problemas sociales y de Los problemas sociales de los demás, etcétera.

En igualdad de circunstancias, una sociedad diestra en las artes de la guerra, preparada para la acción bélica y voluntariamente dispuesta a llevarla adelante tiene más posibilidades de supervivencia que otra sociedad en la que no confluyen esas condiciones (afirmación propuesta por Begehot, 1956: Sumner and Keller, 1927, vol. 1: 407.12; y Goldschmidt 1959: 128-9, 131; y comprobada empíricamente por Naroll n. d. a., n. d. b.: 35-36 y por Otterbein, 1970: 93-99). Esto se refiere a la selección socio-cultural de las sociedades belicosas. (Nótese que ésta ni requiere ni entraña ninguna clase de selección genética). Ello explica el hecho observado de que las sociedades belicosas sean la norma, y las no belicosas la excepción.

La condición de una sociedad diestra en las artes de la guerra, preparada para la acción bélica y voluntariamente dispuesta a llevarla adelante presupone la existencia, en esa misma sociedad, de los valores y conductas que se requieren para dicha actividad. En este sentido, los rasgos medulares conceptualmente definibles, aunque no se reducen a los que vamos a señalar, abarcan la disposición a emprender acciones que pueden causar daños físicos a otros hombres, la disposición a afrontar riesgos a costa de la propia integridad, el deseo de vencer a un adversario y la agresividad.

Los deportes encierran una considerable capacidad de difundir valores y conductas propios de la esfera del actividad militar, dado que los deportes entrañan:

- a) La, incertidumbre crítica, relativamente elevada y duradera, propia de la actividad militar;
- b) Una contribución a la supervivencia relativamente baja;
- c) Gran flexibilidad
- d) Falta de exigencias medulares;
- e) Cabal similitud con la guerra, y
- f) Una orientación predominantemente masculina.

Por consiguiente, el hecho de que en todo el mundo prevalezcan los deportes de combate es consecuencia de que la selección opere a favor de las sociedades belicosas y no una manifestación de una agresividad innata.

Muchos de los valores y conductas que nosotros clasificamos como manifestaciones de la agresividad pueden explicarse perfectamente en razón de la selección socio-cultural, incluso en el caso de sociedades no conocidas históricamente que se vieron amenazadas por vecinos belicosos.

Las sociedades belicosas, en cuanto contrapuestas a las que no lo son, tenderán a tener:

- a) Un mayor índice de asesinatos.
- b) Un mayor índice de suicidios.
- c) Un mayor índice de conflictos.
- d) Un mayor índice de ataques físicos entre miembros de la familia.
- e) Un mayor índice de magia malévol.

- f) Mayor severidad en los métodos de formación infantil.
- g) Mayor control punitivo de los que se desvíen.
- h) Mayor facilidad en el divorcio de los hombres que en el de las mujeres.
- i) En caso de divorcio, la prole permanece en el grupo del padre mejor que con la madre.
- j) Poco apoyo social a los individuos heridos por la pobreza o a los que fracasan en actividades referentes a la subsistencia o el comercio.

Naroll supone que «hasta que no se consiga un orden mundial estable, las guerras de conquista continuarán en el futuro por lo menos con la misma frecuencia que en el pasado». Ese orden mundial estable —piensa él— puede lograrse por una de estas tres vías:

- 1. Que un solo Estado conquiste todo el mundo;
- 2. Que una alianza entre Estados Unidos y Rusia² imponga a todas las naciones una congelación de las actuales fronteras y el desarme, o
- 3. Una federación mundial (una ONU reforzada). Hace nuestro autor un cómputo de las probabilidades de que se llegue a una situación entre los años que van del 2125 al 3750, basándose para ello en un estudio histórico de los ciclos de esplendor y ruina de los imperios del pasado.

Si algo me diferencia de Naroll es que soy más pesimista. Él, al menos, da la impresión de creer que el pretendido orden mundial estable podrá ser duradero; no es ésa mi opinión. El tratamiento es demasiado exclusivamente político. Aunque se llegara a secar la fuente originaria de los valores y conductas orientados a la guerra acumulados en cada sociedad, no habría una clara presión imperada por la selección *en contra* directamente de dichos valores y conductas, ni dentro de cada nación ni tampoco internacionalmente, y, por tanto, persistirían; ahora bien, al persistir, más tarde o más temprano —en mi opinión— volverían a manifestarse en acciones militares, destruyendo con ellas el orden mundial.

Haría falta un cambio masivo de la cultura. Sería posible atenuar o incluso eliminar los valores y conductas orientados a la guerra en una sociedad dada:

- 1. Eliminando las organizaciones militares y cuasi-militares;
- 2. Erradicando de los medios de comunicación social toda referencia a guerras, tumultos, alborotos, asesinatos, y ataques o atentados;
- 3. Eliminando los deportes de combate, y
- 4. Minimizando al máximo las condiciones competitivas en los negocios, en la religión, en la gestión política, en los tribunales de justicia y en otras instituciones sociales. Sólo esta vía impuesta, de estrategia múltiple y coordinada, abarcarla toda la tarea necesaria, y *aún* con ella los resultados no podrían obtenerse hasta la segunda o tercera generación. Si esto se hiciera en una sola nación, probablemente quedaría descartada la posibilidad de que dicha nación iniciara la guerra; pero ello, ¡ay!, condenaría a esta nación a ser un cordero en un mundo de lobos, y los lobos raras veces se entretienen en comer hierba cuando tienen por delante un cordero (193).

Las tesis de Sipes son bastante tajantes. Hay belicosidad en la inmensa mayoría de las sociedades y en la llamada gran sociedad civilizada, casi diríamos por principio de selección. Y, como aplicación concreta a nuestro caso del deporte, éste continúa los trazos y características típicas por su agresividad, de la sociedad belicosa. Son tesis evidentemente pesimistas.

De estas reflexiones sale reforzada una opinión ya generalmente admitida, un verdadero lugar común: que el deporte es agresivo y que esta agresividad se manifiesta en su carácter competitivo.

Pero no todos los deportes son igualmente agresivos. No existe todavía un método definitivo para establecer una clasificación útil en cuanto al grado de agresividad (o combatividad o belicosidad) de cada modalidad

² La obra de Naroll está escrita (1967) antes de la plena evidencia del poder de la República Popular China, del plante de los árabes como países fuente de energía, de la tajante credencial de vigor físico presentada por los países de África Negra en las Olimpiadas de México y Munich.

deportiva. En su estudio, Sipes se ve obligado a distinguir «deportes combativos» de «deportes no combativos». El procedimiento que usa para establecer esta clasificación es discutible. Hay una gran distancia entre la agresividad necesaria para el boxeo y la que se exige al practicante de golf. Pero no es posible medir las diferencias ni clasificar las calidades agresivas. Existen formas de agresividad y hostilidad más solapadas que otras. ¿No ha sido tachado de masoquista el atleta corredor de fondo? Pero ¿a quién hace daño el fondista? Sería quizá una búsqueda de placer en el sufrimiento. En el fondo el masoquismo no es más que una concreción de la agresividad autótropa, dirigida contra sí mismo. Hay agresividades exhibicionistas y agresividades disimuladas. Nobles y solapadas. Al boxeo, a la lucha, se les podría adjetivar como agresividad noble, directa, patente. En la anteriormente citada investigación de A. Prueske se señala en la séptima conclusión: «Difieren en el grado y tipo de hostilidad el hombre y la mujer. El análisis de la varianza descubrió diferencias significativas según el «Buss-Durkee Inventory» entre los sexos. Los hombres dieron más alto nivel de escalas de hostilidad física y verbal, mientras que las mujeres manifestaron más altos síntomas de hostilidad indirecta».

El problema en vez de caminar hacia las soluciones, se va complicando. La investigadora venezolana A. López de Gouverneur, en un estudio psicológico-descriptivo hecho con nadadores de «elite» de diversas nacionalidades participantes en el Campeonato Sudamericano de Natación, deduce que se manifiesta «alta agresividad en sus relaciones interpersonales, ansiedad reprimida» (129). Tal deducción no es sino el refrendo de un conjunto de estudios realizados por especialistas norteamericanos en un simposio especializado y cuyos resultados muestran alta agresividad en el nadador. ¿Significaría esto quizá que la monotonía del entrenamiento natatorio, la falta de libre y variada expresión personal engendra frustración y, consecuentemente, agresividad? ¿O que la elección de la natación como práctica deportiva es una solapada e insincera manera de canalizar una fuerte agresividad preexistente? Pudiera suceder que tales deportes no considerados «de combate» poseyesen una más honda capacidad de sublimación ritual de la agresividad. Entonces las tesis de Sipes favorables a la correlación, hostil a los deportes de combate, dejarían de ser tan aclaratorias.

A pesar de estas cavilaciones y perplejidades, ahí están al menos datos que poco a poco van surgiendo desde los niveles parciales de investigación. Todavía son muy sectoriales y poco contrastados para hacer deducciones teóricas definitivamente útiles; y todavía pasarán muchos años, dada la complejidad y evanescencia del tema, para que esto pueda darse. Pero ya es necesario, urgente, pensar acerca de todo ello e ir seleccionando metodológicamente para la investigación y, posteriormente, para la elaboración teórica.

En las conclusiones finales de Sipes hay una idea que coincide con el pensamiento de todos los tratadistas teóricos —de una u otra teoría— de la agresividad: la posibilidad de la acción cultural. La agresividad es culturalizable, o canalizable, o adaptable. Ésta debe ser la más recia convicción que se pueda sacar tras los estudios pertinentes en los actuales niveles de conocimiento. El deporte —sin necesidad de orientar, según los intuitivistas; convenientemente orientado, según los aprendizajistas— se presenta como una de las actividades aptas para esta modelación cultural humana y de los hábitos sociales.

HIGIENE-SALUD, DESARROLLO BIOLÓGICO

Otros dos grandes valores de la práctica deportiva son los concretados en las expresiones *higiene-salud* y *desarrollo biológico*.

En la exposición general de los elementos para la teoría deportiva han sido ofrecidas unas reflexiones acerca del peligro de convertir nuestro cuerpo en un parásito, generador de conflictos personales, debido al sedentarismo (33). Si uno de los orígenes aprendidos de la agresividad es la frustración, pocos hábitos pueden resultar tan peligrosos en orden a una creciente agresividad como el sedentarismo. Una vida carente de estímulos, de incitaciones, produce una serie de alteraciones orgánicas que sólo pueden ser reducidas mediante el ejercicio físico. El organismo humano está hecho para el movimiento. Uno de los primitivos principios de placer del niño pequeño es la ejercitación de su propio movimiento. La percepción de sí mismo y la exploración y noticia del entorno se realiza a través del movimiento. La falta de ejercitación es un tipo de frustración primitiva elemental. La ejercitación física enriquece las capacidades sensoriales, los complejos hábitos perceptivos. Y bien sabida es la importancia que las relaciones sensoriales tienen para la higiene mental.

Los famosos experimentos descritos por Bexton, Herron y Scott muestran los desalentadores resultados de las privaciones de comunicación sensorial con el mundo exterior. Se trataba de aislar a unos estudiantes de toda comunicación con el exterior. Todo lo que había que hacer era no hacer nada.

Se podía permanecer tendido en una cama; la mirada se orientaba hacia una única dirección determinada mediante unas lentes que la inmovilizaban; las manos, metidas en guantes, se mantenían quietas mediante unas flojas ligaduras. Se podría comer y beber a voluntad, con la frecuencia y en la cantidad deseada. La participación en el experimento, que se podía interrumpir en cualquier momento, según se deseara, era compensada por unos generosos honorarios. Una cura tan cómoda, bien pagada y carente de todo compromiso era algo que la gente deseaba hacía tiempo.

A poco de iniciarse el experimento, casi todos los sujetos sometidos a él se habían dormido. Unas horas después, la mayoría se despertó y empezó a cundir el aburrimiento. Casi todos cantaban, silbaban, hablaban con ellos mismos e intentaban aprovechar al máximo el mínimo de libertad de movimientos que les quedaba. Progresivamente, el tedio se fue haciendo difícilmente soportable; los sujetos de la prueba apenas podían formar ideas coherentes. Después de unas horas, todos estaban muy inquietos y su situación les parecía un tormento. Se sentían extraordinariamente incómodos en su forzada pasividad; muchos interrumpieron el experimento, a pesar de los elevados honorarios. En todos los sujetos de experimentación, al aplicar sencillas pruebas, como problemas aritméticos, anagramas y problemas de bloques, se observó una disminución de la capacidad intelectual y organizadora a medida que aumentaba la duración del experimento. Los más resistentes, que aguantaron más de veinticuatro horas, empezaron a tener sin excepción ideas delirantes. Las percepciones alucinadas, predominantemente visuales, consistían en simples figuras geométricas, que podían llegar a convertirse en escenas complejas de tipo onírico. Al principio, las personas comentaban entre sí sus alucinaciones y las interpretaban como sustitutivo de cambio, echado de menos y ahora deseado, de la percepción habitual del ambiente. Sin embargo, pronto la diversión cedió el paso al terror, y el terror a la apatía; se les quitaron las ganas de interpretar y la facultad de interpretación.

Este experimento fue repetido por Lillie en 1956, añadiendo a la supresión de incitaciones externas el encierro del sujeto de experimentación en una cabina subacuática, lo que dio al experimento una perfección aún mayor; los resultados fueron los mismos.

Las conclusiones son evidentes. Los efectos constantes de la supresión de incitaciones exteriores son el aburrimiento, la inquietud motriz, la sensación de incomodidad, que aumentan hasta lo insoportable y, si continúa esta supresión de incitaciones, tienen como consecuencia la inevitable desorganización de las funciones intelectuales superiores, selectivas y sintetizadoras, con predisposición a las falsas percepciones y alucinaciones ajenas a la realidad.

La monotonía hace que las personas se vuelvan estúpidas, luego enloquecen y siempre son desgraciadas (19^{bis}).

La explicación neurofisiológica de este hallazgo atribuye gran importancia a la formación reticular activadora del cerebro. Este sector cerebral sólo puede activarse mediante el bombardeo ininterrumpido de excitaciones sensoriales para estimular luego otras partes del cerebro. La monotonía ocasionada por la limitación o la repetición de estímulos por parte de un ambiente inalterable provoca un funcionamiento anormal del cerebro que determina por su parte *un* comportamiento anormal. La variación no es la raíz de la vida, sino su sustancia. Lo que se sabía ya mucho antes por los informes de expediciones polares, de ingenieros de radar (que tienen que mirar fijamente a una pantalla) y de camioneros (obligados a conducir su vehículo por monótonas carreteras durante la noche) se confirmaba experimentalmente: la interrupción de procesos mentales regulares, la desazón y las alucinaciones son consecuencias habituales de la supresión de estímulos exteriores. Los estímulos del mundo exterior, que corresponden al estadio evolutivo del individuo a través de la riqueza de variación y la complejidad, son necesarios para garantizar el equilibrio interno y la facultad de pensar. Los estímulos sencillos y uniformes sólo pueden cumplir dicha función por poco tiempo y de un modo incompleto. Si el medio ambiente no suministra los estímulos suficientes es preciso creárselos por cuenta propia en forma de falsas percepciones.

El movimiento, principalmente en la infancia, es condición importantísima para el buen desarrollo, de las capacidades sensoriales, y, consecuentemente, para una comunicación correcta con el mundo exterior y, por tanto, una garantía de equilibrio personal. La falta de uso de las propias capacidades de movimiento, la pérdida de los hábitos motores empobrecen directamente el sistema reticular y suponen una básica frustración; consecuentemente, originan un terreno abonado para el desarrollo de actitudes agresivas.

El hombre sedentario se convierte en *un* hombre «menos estimulado», con todas las nefastas consecuencias de empobrecimiento vital que ello comporta. La falta de *variedad* de estímulos sencillos para la vida, es suplida en la vida mecanizada por el aumento *numérico* de estímulos estandarizados. Hay quizá más cantidad de estímulos, pero en vez de ser enriquecedores de la persona por su variedad, son empobrecedores por su monotonía. El éxito, por ejemplo, de las series monotemáticas de filmes televisados es un indicio de este empobrecimiento personal: lo importante es que no falte el estímulo de la película; si ésta repite, semana tras semana, el esquema, el guión, las peripecias y los desenlaces de todas las de la misma serie, no importa. Hoy se tiende a buscar la cantidad de estímulos más que la calidad. Estandarización, atrofia de la fantasía creadora, disminución de la riqueza personal son las directas consecuencias. Por ello es altamente educativo introducir al niño a los disfrutes del ocio activo en donde se fomenta esa originalidad personal tan amenazada. El ocio activo deportivo —con las excepciones de excesiva reglamentación en algunas modalidades y de monotonía en otras— ofrece en general la variedad por la interacción entre el estímulo y la respuesta, la libertad de expresión a través de la acción corporal, la riqueza en la diversidad de situaciones y, sobre todo, la *iniciativa*, en la cual el individuo se advierte a sí mismo, se experimenta en medio de la acción como protagonista, como responsable de su propio acto, por simple e intrascendente que éste sea. Aquel gran intuitivo del deporte, como buen pedagogo que era, el barón de Coubertin, ponía en primer lugar, entre las cinco grandes notas que constituyen fundamentalmente el deporte, la «iniciativa» (41).

En el sugestivo libro *El hombre contra sí mismo*, de Karl Menninger (143), se describen las múltiples formas de autoagresión, unas patentes, otras disimuladas, con las que el hombre, víctima de uno u otro tipo de desequilibrio, —en los cuales prácticamente incurrimos todos los contemporáneos varias veces al día, o alguna vez durante muchos días— se destruye a sí mismo: alcohol, droga, velocidad y otras más sutiles, de todas las cuales el suicidio es el caso supremo. Hay múltiples formas de masoquismo. Todo ello es, en el fondo, producto de un desequilibrio, o de varios y cambiantes desequilibrios que es menester descubrir y combatir. No es fácil. La vida moderna ha traído grandes hallazgos, descubrimientos tecnológicos, progresos; pero el hombre vive más presionado, más azuzado, en el fondo más desequilibrado. Los grandes descubrimientos de la medicina y la cirugía han desviado la exopatogenia hacia la endopatogenia. Se ha dado la gran batalla a las infecciones. Se descubren y combaten bacilos, virus, microorganismos patógenos de todo género. La vida media del hombre con ello se alarga. Pero no vive más equilibrado, sino al contrario. En realidad se ha alargado la vida de un hombre enfermo. La medicina psicosomática adquiere creciente prestigio, pero está en mantillas en comparación con otras ramas tradicionales de la medicina. Ansiedad, angustia, tensión. Una vida muy cercana a la permanente frustración es protagonizada por el hombre que erradica la infecciones, pisa la luna y explora Marte.

No es extraño que este hombre frustrado sea enormemente agresivo. El hombre está cada día más necesitado de medios profilácticos que le re-generen, le re-medien, le re-estructuren, le re-equilibren desde los aprendizajes primordiales; posteriormente, por la coherencia de las valoraciones.

Junto a las trascendencias científicas y a las solemnidades morales no deben despreciarse ciertos posibles hallazgos, por vulgares y secundarios que parezcan, pueden poner a disposición del hombre instrumentos de equilibración. Uno de estos hallazgos —ciertamente vulgar y trivial, al decir de muchos cerebros solemnes— es el deporte. No tenemos necesariamente que pensar, al juzgar el deporte, en muchas de las adherencias sociológicas que ha adquirido en su paseo y desarrollo por la historia, principalmente en el último siglo; no nos dejemos llevar de lo mucho censurable que el deporte como hábito, como institución, como manipulación, arrastra. Recojamos para; nuestra consideración y uso lo que la práctica deportiva es esencialmente. Movimiento físico. Interacción cerebro-aparato locomotor. Uso completo del hombre. Rodaje, puesta en juego de lo que el hombre es: mente-centros cerebrales-músculos. Juego-esfuerzo-ejecución.

Uno de los más curiosos descubrimientos del hombre de nuestro tiempo es el desequilibrio ecológico. Antes era un tema privativo de los geobotánicos. Hoy está en la prensa, en la noticia, en la crítica habitual de la calle. El hombre ha tomado conciencia de los desequilibrios del mundo en que vive. Pero más grave que los desequilibrios del medio es el desequilibrio interior del propio ser humano. Quizá la resonancia que han tenido esas rupturas ecológicas en el hombre de hoy sean en alguna manera una proyección inconsciente de la propia angustia.

La higiene de nuestro tiempo debe ser ante todo una higiene mental. Las cifras máximas de mortalidad señalan ya un mal típico de la hora actual: las dolencias cardiovasculares. Nadie ignora la significación que en tales patologías tienen los conflictos psíquicos, las tensiones, los *stress*, la ansiedad acumulada, la agresividad no dirigida. Al infarto lo ha llamado la enfermedad funcional del ejecutivo, Y el ejecutivo es el prototipo del hombre de nuestra sociedad: acción, agitación, competitividad, tensión, acumulación de cargas afectivas, elevación o multiplicación de las espiraciones. Ausencia de sosiego, reflexión e intimidad.

Nadie duda de que el deporte corrientemente practicado es bueno para la salud orgánica. Todavía no se ha generalizado la idea de que es aún más profunda su acción en beneficio de la salud mental. El «psicodrama», la «terapia ocupacional», etc., son procedimientos hace algún tiempo inventados que se estudian ya a nivel científico. Ambos, con sus características distintas, coinciden en varios puntos fundamentales. Se basan en la terapéutica de la acción. En el primero, a través sobre todo de la posibilidad de expresión personal, con las consecuencias de liberación y de autoconocimiento. En la segunda, a través de la proyección de la agresión en el trabajo, en la ocupación, siempre que ésta se encuentre dotada de sentido y no sea alienante. El deporte puede convertirse en una terapia muy semejante dotado con las características básicas de ambas e incluso con las específicas de cada una. Al igual que en el psicodrama, en la actividad deportiva —pensemos en un deporte bien estructurado y orientado— se da la posibilidad de expresión, a través de identificaciones y desplazamientos, con sus consecuencias liberadoras, autocognoscitivas y autorreguladoras. Como en la terapia ocupacional por el trabajo, en la actividad deportiva se desplaza la angustia en una acción, una tarea (meter goles, ganar, ejecutar correctamente), un objeto (el balón, la jabalina, la distancia). Se podría sugerir a los expertos la instauración de un *psico-deporte*, una terapéutica personal a través de la actividad lúdico-competitiva. También existirían los peligros de una alienación en la rutina de unas reglas estereotipadas. Pero esta rutina será más ampliamente soslayada que en el mismo trabajo. Estaría más cerca de la «ludoterapia», aunque con sus características específicas de la competición (de enorme descarga agresiva), y, sobre todo, del ejercicio físico.

No es una cosa nueva la posible acción terapéutica del deporte. Ya en 1948, W. Menninger declaraba que los juegos competitivos parecen facilitar el progreso terapéutico de los enfermos mentales. Ya se han realizado algunas interesantes experiencias y formulado hipótesis en esta línea.

Muñoz Soler especifica claramente:

El deporte cuando forma parte del contexto histórico del individuo tiene una implicación evidente en los procesos de formación de estereotipos corticales y, como consecuencia, en la matización de su personalidad. El entramado de estímulos que representa la actividad deportiva para el ser, es

decir, la cadencia de situaciones deportivas, modificadoras de su entorno, crea situaciones generadoras de diversos estados emotivos como consecuencia de «la colisión ininterrumpida de aspiraciones, deseos y preferencias» (Paulov) del individuo con las condiciones reales que condicionan dichas vivencias. Mas, *dada la significación lúdica* que para el hombre posee esta situación, los estímulos superintensos no alteran las interrelaciones normales de los procesos corticales fundamentales, así como de su intensidad, conservándose por ello «el equilibrio habitual, movilidad, capacidad de sobrepasar dificultades y unidad interior (disociación de procesos)» (Platonov) característicos de cada ser.

La reiterada proposición de dichas situaciones representa un entrenamiento paulatino y progresivamente complejo de los procesos corticales (sobre los que se basa la función unitaria de la totalidad): función conectora y analizadora (diferenciación y generalización) actividad reproductiva (mnésica), emotividad (sobre todo la de carácter negativo —educación del refrenamiento), estereotipia dinámica cortical (sistematización y formación de actos habituales) y otros.

Por ello, al mejorar la práctica deportiva la cualidad biológica del sujeto (a todos los niveles) según hemos expuesto, el *deporte*, considerado tal como se ha hecho en estas líneas, se evidencia como un excelente medio profiláctico de la perturbación del nivel alto o comportamiento neurótico (155).

SEGUNDA PARTE

DE CARA AL DEPORTE

No vamos a tratar de investigar aquí cuál de las grandes líneas interpretativas de la agresión humana tiene razón. No llegaríamos a saberlo. Probablemente cada una capta parte de la gran verdad.

A estas indagaciones de la agresión nos ha llevado el estudio de un fenómeno muy característico; el deporte. Con esta visión un poco general del actual planteamiento teórico de la agresividad humana, volvamos a él.

La primera constatación es que la alarmante violencia deportiva no es *un* resultado específico de la parcela del deporte, sino una muestra más llamativa, espectacular, de la violencia de nuestro tiempo. Comparando el volumen de la violencia en el deporte con la que se registra en otros ámbitos de la vida social, el resultado es francamente alentador para los deportófilos. Prácticamente todas las semanas tiene lugar un suceso más o menos conflictivo en algún terreno o cancha de juego deportivo. Es anunciado, a veces con tintes de tremendismo, por unos medios de difusión proclives al sensacionalismo. Pero en ese mismo fin de semana en que se verificó la agresión al árbitro o la invasión de campo, en cualquiera de los países han sucedido docenas de miles de encuentros deportivos, con sus resultados, sus alegrías y decepciones de los aficionados, sus movilizaciones de pueblo a pueblo, sus contactos humanos, sus cordiales y amigables rivalidades. Estas docenas de miles de partidos no han pasado a ser noticia — fuera de lo estrictamente deportivo— porque no han supuesto nada anormal.

El deporte, en su vertiente espectacular, no parece incrementar los niveles de agresividad y violencia de la sociedad actual. Es, a lo sumo, un escaparate, un motivo de manifestación de esa violencia, como analizaremos más adelante.

Entre las dos grandes líneas de interpretación de la agresividad humana existe una importante coincidencia: «Hay que buscar *valores humanos positivos conscientes* en la lucha contra la agresión». Los psicólogos del aprendizaje dicen que con posibilidades de erradicación, al enseñar al hombre las nuevas motivaciones superiores.

Los intuitivistas, y a la cabeza de ellos Lorenz, dicen que no se puede erradicar, pero que el objeto de la agresividad puede ver *sustituido* y convertirse ésta en elemento creador y solidarizador. En esta coincidencia, al margen de discusiones de interpretación, puede estar el punto de partida para una acción pedagógica, práctica, para mejorar al hombre con respecto a su comportamiento agresivo.

Lorenz afirma que la solución profunda está en la ritualización, es decir, en la canalización de la agresividad por cauces institucionalizados y en la sublimación al brindarle objetos nobles e integradores. Arte, ciencia, humor y deporte son como cuatro jalones de distinto rango por donde los hombres del futuro pueden canalizar su agresividad convirtiéndola de destructiva, en creadora. Acerca de esta posibilidad creadora del deporte como canalización (desplazamiento, sublimación) se tratará más adelante. Acepta también como refuerzo y complemento, y recomienda insistentemente la acción directa, la asunción de «moral-responsable» en el terreno educativo antiviolencia. Alude a ciertos valores humanamente universales. En esto coincide con otras tendencias interpretativas.

De esta coincidencia puede partir una pedagogía indudablemente acertada. Valores como comprensión social, respeto, solidaridad, espíritu de colaboración, serenidad, autocontrol, humor, autocrítica..., pueden colocarse como base de una formación cívica de cara a una dominación de la violencia. A ellos se podrían después añadir lo que unos y otros autores colocan como razón personal según sus propias interpretaciones de la agresividad: los psicólogos del aprendizaje, la evitación de la frustración, de las sensaciones chocantes, los nuevos comportamientos personales y sociales que facilitan al hombre una vida menos contrariada. Los intuitivistas, los cauces de canalización de la agresividad.

El programa es generoso, noble. Pero quizá demasiado abstracto y elevado en el momento de establecer planificaciones y objetivos. Es menester buscar caminos muy concretos, líneas prácticas de acción, modos fáciles y apetecibles de comportamientos, sin heroicidades —no aptas para la vida cotidiana—, sin solemnidades.

¿Qué puede significar dentro de ello el deporte contemporáneo?

AUTOCONTROL

Autocontrol es otra de las consideraciones imprescindibles para una valoración del deporte. Es un tema que está incluso en el centro de las grandes polémicas sobre la educación.

Las teorías educativas derivadas del psicoanálisis llamaron sobre todo la atención acerca del riesgo de conflictos en la personalidad derivados de la rutinaria aceptación de la autoridad (la de fuera y la de dentro de uno mismo), tesis prácticamente intocable en la mayor parte de los sistemas educativos entonces vigentes. Lo que tras la teoría y la ciencia del psicoanálisis fue sometido a importante y a veces exagerada consideración —las delicadísimas e hito-cables energías de la persona profunda— ya había sido anunciado siglos atrás por intuitivos pedagogos, entre los que destaca Rousseau, para quien el hombre es naturalmente bueno; la sociedad le malea. Freud prescinde de la bondad y maldad. Hay un principio energético-impulsivo de acción que brota del «ello», y una internalización por parte de la persona de la sociedad como parte del mundo exterior: el «yo» por principio de adaptación realista, y el «súper-yo» por asimilación de normas, permisiones-prohibiciones, conducta ética en general. Estas tres instancias, «ello-yo-súperyo», entran en juego y en conflicto. En general son el «yo» y, sobre todo, el «súper-yo» —mejor dicho, los elementos dinámicos y adaptativos que van constituyendo el «yo» y el «súper-yo»— los que en muchas ocasiones se oponen al principio de placer y a la impulsividad instintiva que brota del «ello». Consecuencia de estos dinámismos y antagonismos aparecen los aprendizajes que van a constituir el entramado de hábitos comportamentales de la persona.

A la aceptación de las autoridades externas y los autocontroles personales se le fueron atribuyendo, no sin grandes dosis de razón, el significado de sometimiento, represión. «Contener la agresión es en principio malsano, patógeno (75). He aquí la frase mágica de Freud que, interpretada con extremismo y sin consideración de otros textos y contextos, viene a trastocar toda una vieja tradición pedagógica. Naturalmente, todo ello fue condimentado culturalmente con las grandes doctrinas de revisión del concepto de autoridad política proveniente de los siglos XVIII y XIX. Y así fue, ya entrado el XX, planteada la gran crisis del concepto tradicional educativo. ¿Es patógeno suprimir los impulsos agresivos que vienen desde él «ello»? ¿Es nociva toda represión o autorrepresión? El autocontrol ¿no es en el fondo una autorrepresión?

El tema es suficientemente importante para que, bien sea aplicado al deporte o a otro ámbito del quehacer humano, sea tratado con amplitud y exigencia. Ello excedería del carácter secundario que aquí, centrados en el problema de la agresividad en el deporte, tiene esta consideración. Por eso dejamos para otra ocasión el apasionante asunto¹. Pero valga la pena, tras la toma de conciencia del problema, un breve apunte.

El deporte de nuestro tiempo está enormemente marcado por la *reglamentación*. No se trata simplemente de la espontánea o implícita regla más o menos natural latente en cualquier actitud lúdica, sino de toda una estructura que ha crecido con el deporte moderno, dando a éste una fisonomía definida. Una de las grandes líneas definitivas en la creación del deporte moderno en el siglo XIX fue la reglamentación y codificación de distintos modos de juego y competencia deportiva. Cada modalidad deportiva tiene un importante y extenso reglamento. Y cada estructura sociológica monodeportiva (federación regional, nacional, internacional) se apoya sustancialmente para su establecimiento en la aceptación general y el máximo respeto que a ese reglamento presten todos los participantes en el ámbito de esa estructura o federación.

¿Es tan consustancial para el deporte la reglamentación? Debemos partir del supuesto ampliamente defendido por Huizinga (107) en su interpretación cultural del juego; que éste, el juego, de cualquier tipo que sea, no se constituye, no se instaura, no se da, aunque sólo sea fugazmente, sin unas reglas explícitas o implícitas. El deporte como entidad lúdica no puede concebirse sin una regla espontánea o conscientemente aceptada. Volviendo al ejemplo de cualquier forma lúdico-deportiva primitiva (una carrera de velocidad en la calle, una lucha entre dos niños a ver quién pone al otro de espaldas en el suelo) encontramos que, de palabra o en silencio, ambos empiezan a forcejear con acatamiento a ciertas reglas. Si uno, por ejemplo, en medio del forcejeo, da un puñetazo o una patada al otro, en seguida se le responderá: «no vale». ¿Qué significa esta expresión? Simplemente, que han sido transgredidas unas leyes elementales. Automáticamente queda interrumpido el juego, porque se ha quebrantado el convenio lúdico, la regla.

¹ «Deporte y autocontrol» pueden ser objeto de una exploración monográfica semejante a ésta de la agresión.

Toda estructura deportiva evolucionada descansa sobre el respeto a estas reglas. Se puede afirmar que no podría existir un verdadero deporte sin aceptación de alguna regla. Habría, sí, una actividad física de carácter higiénico o meramente expresivo; pero nunca auténticamente deporte, al que le es esencial cierto carácter de competitividad convenida, insostenible sin reglas, y un marcado aspecto lúdico, igualmente imposible sin ellas.

La aceptación de reglas supone un autocontrol. No vamos a entrar aquí en el complicado análisis de este concepto, para cuya primera comprensión es menester partir de una acepción sobre él «autos», la identidad personal. Tampoco es del caso lucubrar ahora acerca de los diversos niveles de autocontrol, desde los primeros aprendizajes de autocontención inconsciente frente a los peligros físicos circundantes, primera pauta de adaptación a la realidad —cimiento del «yo»— hasta la constitución del «súper-yo» o autocontrol de talante ético y, posteriormente, el sometimiento de las propias apetencias a la reflexión consciente y al código de conducta personal inteligentemente aceptado.

Por este autocontrol perfectamente detectado en el deporte, y, en algunas modalidades, llevado a extremo, han considerado algunos que el deporte de nuestro tiempo, más que educar en el sentido egregio y creador de la expresión, coarta, cohibe, reprime, empequeñece. El jugador de baloncesto ha sido puesto como ejemplo de un tipo de individuo estimulado a la habilidad, a la velocidad de reflejos, destreza, capacidad de resistencia, etc., pero enseñado al sometimiento permanente a una censura. Parones constantes del juego por el pitido del árbitro, faltas personales, sanciones técnicas cuando se amaga *una* protesta, etc. Un patrón de conducta ideal para ser adaptado a una sociedad represiva.

Prescindiendo de que el baloncesto es *una* modalidad muy singular, quizá excesivamente reglada, y de que existen otras actividades deportivas muy alejadas de esta constante ingerencia sancionadora, podemos reflexionar un poco acerca del concepto educativo o antieducativo del control.

La pedagogía permisiva parte del principio de que la contención de los impulsos, de las propias apetencias, es malsana. Evidentemente, miles de historias clínicas de personalidades estropeadas descubren viejos conflictos infantiles desencadenados por represiones originadas por los tabúes, por los miedos físicos y morales, por mil angustias provocadas por educaciones excesivamente rígidas a unas normas, hábitos, tradiciones, estereotipos. El «inconsciente reprimido» magistralmente señalado por Freud ha sido uno de los grandes hallazgos etiológicos de la moderna psicopatología. Tiene razón Freud —puesto que ha sido profusamente demostrado— cuando afirma que «contener la agresión (se refiere a los impulsos provenientes del «eros») es en principio malsano, patógeno». Pero frente a la dinámica de las fuerzas instintivas provenientes del «ello» con sus riesgos frustrantes al ser detenidos, está la dinámica de adaptación al principio de la realidad —también luminoso hallazgo freudiano—, que es lo que va a constituir el «yo»; a la larga, lo que uno va a ser y manifestarse como persona, el principio de la propia identidad. Los desaguizados cometidos por gran parte de las pedagogías tradicionales en su desprecio de las energías instintivas, que Freud situaría mayormente en el «ello», motivaron nuevas corrientes pedagógicas basadas en el principio de respetar los impulsos naturales de la persona. Uno de los extremos sugestivos de esta línea, que se instauró ampliamente durante el siglo xx y cuyo talante es hoy moda de padres y educadores que se quieren demostrar a sí mismos inteligentes, cultivados y «a la última», ha sido la Institución «Summerhull» creada por O'Neill, en Inglaterra. No hay que contrariar al niño, debido al riesgo de originar en él frustraciones peligrosas. La adaptación a la vida la aprenderá él paulatinamente, recibiendo directamente las enseñanzas empíricas. De estas enseñanzas derivadas de sus propios encuentros con la realidad se irá organizando su autogobierno.

Si a un niño de un año de edad se le ve jugando con un cuchillo punzante ¿qué debe hacer el educador? «Quitárselo de las manos», responderán incluso los máximos partidarios de la permisividad. En esta respuesta no son lógicos con sus principios. Habría que esperar más bien a que adquiriera la propia experiencia del cuchillo. ¿Y el riesgo de que se salte un ojo? Llegados a este punto el pedagogo permisivo tiende a rechazar el ejemplo por encontrarlo extremo, exagerado. Y ahí existe el fundamental error. La vida está llena de cuchillos punzantes, tanto en el orden físico como en el psicológico. Aprendizajes ayudados de reflejos condicionados, de internalización normativa (o «súper-yo») y, posteriormente, de criterios éticos (llámeseles, si se prefiere, cívicos o jurídicos) van a ser instrumentos necesarios para no perecer en la profunda navegación de la vida. El manotazo dado a la mano que maneja el cuchillo, el gesto enérgico o severo que a todo educador amoroso le sale en el momento de quitárselo al niño, surgido del horror de verle tuerto o yugulado, crea un reflejo

condicionado que le ayudará a tener cautela primitiva al cuchillo y a otros instrumentos semejantes. Miedo, angustia vinculada a ese instrumento; pero miedo, angustia salvadores.

Intentar crear una personalidad sin choques, sin pequeñas frustraciones es como pretender fomentar un organismo perfectamente equilibrado, puro, pero carente de su propio sistema inmunológico. Planta de invernadero que sucumbirá al primer viento paramero.

Un niño que no haya aprendido a recibir golpes físicos y sobre todo psicológicos de sus compañeros y que no se haya entrenado a asimilarlos, que no se haya acostumbrado a sujetar muchos de sus impulsos personales por un simple principio cívico de convivencia será un sujeto radicalmente inadaptado, no a una sociedad represiva e injusto, sino a cualquier grupo humano de convivencia, a cualquier pandilla o círculo de amigos. Será incapaz de la amistad por su radical egoísmo —la amistad es alterótrofa, generosa—. La falta de autocontrol le llevará a tener que ser controlado por los demás, por la sociedad. Es la ley del psicópata: como no se controla, le controlan. La carencia de un «yo» maduro, fuerte, con vigorosa capacidad de autocontrol, de autocanalización de sus energías personales, le incapacita para un diálogo abierto con el mundo que le rodea. No hay que confundir el «yo» fuerte con la personalidad coartada, sea esta coartación por dependencia o por frustración. El primero se constituye en las personas que fueron entrenadas al progresivo enfrentamiento con la vida, que superaron poco a poco y en su medida las mil y una frustraciones que el hecho de vivir y convivir lleva consigo. Pero que, simultáneamente, desde su infancia recibieron el gran digestónico del afecto, imprescindible condimento para el desarrollo de las capacidades personales. El frustrado-coartado es un ser a quien se le enseñó rigurosamente a respetar y temer a la vida sin haberse alimentado simultáneamente con el ingrediente imprescindible del amor. No hubo en su infancia un equilibrio amor-rigor; fue víctima de los impulsos atrozantes de este segundo.

El hecho de vivir lleva a un necesario control. No se puede volar como un pájaro, ni se puede ejercer constantemente el disfrute sexual, ni se puede golpear por la calle a una vieja que resulta antipática. La propia limitación humana es la primera circunstancia implacablemente controlable, control que es menester ayudar a aprender. A quien no aprende a aplicar el control desde sí mismo (autocontrol), posteriormente le será impuesto desde fuera (represión).

El deporte es una conducta reglada. Por ello es un hábito al autocontrol. En el niño que lucha con su compañero para llevarle al suelo hay una aceptación inconsciente de ciertas reglas rudimentarias que le impiden golpear con el puño o meter el dedo en el ojo. Él las respeta. Aprende a dialogar con la vida (con otro ser humano) de una manera civilizada o cívica, que quiere decir respetuoso del otro y de sus apetencias, con una aceptación jurídica de unos mismos derechos. El autocontrol es el primer gran principio de la convivencia humana. En el deporte este auto-control se desarrolla en un ambiente eminentemente lúdico, lo cual le priva de la servidumbre ambiental de una opresión rígida, impuesta, implacable.

En el deporte profesional —una de las formas típicas del deporte-espectáculo— estos caracteres de ambiente lúdico, espontaneidad, voluntariedad, se pierden en parte, al participarse del talante general del trabajo contemporáneo. Por ello, este somero análisis debe ser entendido con la relatividad aplicable a cada caso. De todas formas, nos encontramos dentro de las consideraciones enmarcadas en el capítulo del deporte «praxis», y es sobre todo a este ámbito al que se refieren estas sugerencias.

Si la agresividad fuese una «conducta aprendida», es patente la trascendencia que un hábito al diálogo deportivo puede tener en orden a la superación de los hábitos agresivos desmandados. El autocontrol es uno de los principales objetivos presentes en todos los programas que tienden a la superación de la agresividad.

Si ésta fuese un hecho instintivo, tampoco parece que los hábitos de autocontrol resultasen inútiles. La adquisición, primero de unos automatismos o reflejos condicionados, después de un hábito al gobierno consciente de los propios impulsos en general, favorecerían la instauración de una sociedad menos conflictiva. Sin embargo, en la hipótesis de la instintividad agresiva subsistiría toda la problemática de la salubridad o insalubridad de los hábitos de autocontrol. El enunciado freudiano «contener la agresión es en principio malsano, patógeno» sigue ahí lleno de realismo, compensado por la trascendencia del principio de adaptación a la realidad, pero cargado de preocupante verdad. La ley pendular de las modas pedagógicas es un

hecho histórico contemporáneo. Pero ¿cuál de los extremos está más cerca del acierto educativo? Todavía nos hallamos lejos de la solución de esta grave aporía.

De todas formas, una indudable ventaja del autocontrol deportivo es el carácter frutivo del aprendizaje. En el análisis de cada *uno* de estos aspectos más o menos abstraídos de la realidad es conveniente no apartarse del todo de esa misma realidad, sino tenerla constantemente presente en su globalidad. Así el autocontrol que se practica en el deporte es, ante todo, deporte; es esa actividad humana voluntaria, liberal, en la que entran en juego en perfecta interacción mente y organismo, frutiva, esforzada, con frecuencia absorbente. Es un tipo de autocontrol que no puede abstraerse de todo su contexto, de este rico panorama humano.

SUPERACIÓN

El término *superación* se refiere primariamente al afán de propio perfeccionamiento, al hábito de esfuerzo necesario para realizarse de la manera más cabalmente posible en la vida. Muchos autores lo han entendido en el más noble sentido de propia mejora y auto-perfeccionamiento, un camino hacia toda posible excelencia —«Concern for excelente», de Weiss (220^{bis})—. El barón de Coubertin ya atribuyó al deporte este noble valor o función. Entre las cinco notas que en su *pedagogía deportiva* considera como esenciales para el deporte está la «búsqueda del perfeccionamiento» (*superación*) (41). Pero en una sociedad eminentemente competitiva es muy difícil desgajar estos conceptos de la rivalidad, del enfrentamiento —aunque sea en el terreno lúdico— con los demás. El afán de superación lleva implícito un ánimo de destacarse de los demás, o de alcanzarlos cuando se está a la zaga; sobre todo en una época condicionada por el éxito. Como programa educativo anti-agresividad, el hábito de superación propia referido a logros y eficiencias, aunque sea positivo en otros aspectos, no parece ser precisamente adecuado.

Valdría en una interpretación lorenziana, es decir, instintiva de la agresividad. El hábito de propia superación, con lo que ello tiene de enfrentamiento, rivalidad en un terreno intrascendente, menos conflictivo, como es el juego deportivo, supondría una buena salida, *un* cauce no belicoso a la necesidad de logro propio, de personal realización, de afirmación en la propia vida que, según Lorenz, es la parte positiva de la agresividad. Podemos calificarlo como una realidad, un valor discutible en su favorecimiento del hábito antiagresivo.

AGONISMO

La condición *competitiva* o *agonística* del deporte, que, más que como función, valor, aplicación o «rol» del deporte, y anterior a todos ellos, puede considerarse como uno de sus constitutivos esenciales, es, de cara a la agresividad, *un* tema especialmente problemático.

La relación entre agresividad y competitividad deportiva es interpretada de diversas formas, algunas de ellas opuestas entre sí. Para unos la competición deportiva exacerba la agresividad, entrena al individuo a ser agresivo; es un aprendizaje favorecedor de la agresividad. Tal consecuencia parece desprenderse de las investigaciones de Deutsch, Kapp (116), Husman (108), Frets, Neumann (160), Lueschen (136). Otros, entre ellos Stone, afirman, por el contrario, que la competición deportiva evacua la agresividad que el individuo posee (sea innata, sea inducida por una cultura y una sociedad eminentemente agresivótropa) (201).

En un psicodiagnóstico realizado por M. E. Romano con los diez componentes del equipo olímpico español de boxeo que compitió en los Juegos Olímpicos de México, investigación realizada algunas semanas antes de dicha competición, apareció un sorprendente y neto resultado de «falta de agresividad» de todos los componentes, excepto uno. ¿Exceso de competiciones preolímpicas? ¿Falta de la suficiente y metodológica preparación motivacional? Muchas pudieron ser las causas concomitantes, pero puede valer como hipótesis el vaciamiento de la agresividad durante *un* período de reiteradas competiciones y entrenamientos.

Sin embargo, Husman (108) encontró que los tests de fantasía y agresividad evidenciables con el TAT en un grupo de boxeadores, tras un combate, señalaban signos de tensión más que -de descarga. Esto no se verificaba en los casos en los que el PFT de Rosenzweig, que revelaba un aumento paralelo en la fuerza del súper-yo, imputable con gran probabilidad a la emergencia de un sentimiento de ansiedad o de culpabilidad a causa del mismo combate.

También Stone, en 1950 había *encontrado* signos de culpabilidad y de ansiedad en los jugadores de rugby que había examinado y, en un comentario sintético de tales encuestas, L. Berkowitz (16) avanzaba la explicación de que la disminución de las tendencias agresivas encontradas en ellos se pueden atribuir, tanto como al efecto catártico de la actividad, al aumento de tales sentimientos de carácter censor. Sin ellos, probablemente las tendencias agresivas no habrían resultado disminuidas, sino exaltadas en la competición.

De las numerosas investigaciones realizadas en los últimos años existen ya a disposición del teórico un arsenal de datos y constataciones muy valiosas a la hora de intentar una interpretación. Recordemos, entre otros, los trabajos anteriormente citados de Neumann, Volkamer, Naul, Schilling, etc., a los que por caminos científicos distintos se pueden añadir los de Prueske (165), White (22P”), Sipes (194), a los que luego nos referiremos. Por más que se intente no se puede por el momento dar coherencia a los resultados. Las interpretaciones prosiguen dispares e incluso aparentemente contradictorias. Frente a la directa y positiva relación entre aumento de la agresividad y hábitos deportivos, interpretación de creciente prestigio, está la tesis de la *canalización* e incluso del *vaciamiento* de las pulsiones agresivas merced al hábito deportivo; o la variante del *aplacamiento*, que ha servido para interpretaciones sociopolíticas como las de Vinnai (215), Boehme (21), Horn (104), quienes insisten en el sentido de «manipulación» a que se presta el deporte, con lo que se suelen desviar naturales reivindicaciones agresivas resultantes de una estructura social injusta y oprimiente. «En este sentido el deporte se considera como una de las organizaciones que priva a la sociedad de su fuerza explosiva social y tiene por objeto canalizarla conforme con el sistema» (215).

Muchas de estas contradicciones están en parte originadas, en primer lugar, por imprecisiones terminológicas, por acepciones variadas de los términos «agresividad», agonismo», «competición», «deporte» mismo. A este respecto, apunta Rycroft en su *Critical Dictionary of Psychoanalysis*: «La tendencia casi universal entre los analistas equiparar la agresión con el odio, la destructividad y el sadismo contradice no sólo la etimología de la palabra *ad gredior*: voy hacia algo) sino también su tradicional connotación dinámica, autoafirmadora, expansiva, impulsiva». Pero no vamos a entrar aquí en análisis acerca de cada uno de los conceptos. De esta confusión —o mejor, falta de convención— terminológica se derivan también la variedad de niveles, métodos y objetivos en las investigaciones realizadas. Por eso es muy difícil comparar y clasificar las teorías.

Los resultados de liberación de la emoción o, por el contrario, estimulación de ella, están en parte condicionados a la actitud de cómo sea abordada la participación deportiva, al grado de madurez del «yo», al enfoque o ambiente sociológico en el que se encuentre enmarcada cada acción deportiva.

L. Ancona, en un trabajo presentado al 1 Congreso de Psicología del Deporte (Roma, 1964), aclaraba:

Una parte de los que practican el deporte lo hacen a modo de revancha frente a las contrariedades encontradas en la vida cotidiana, actual o antecedente. Pero por eso mismo hay que decir que la actividad agonística que resulta es entonces de tipo defensivo, caracterizada, por tanto, por todas las limitaciones y la rigidez de los mecanismos de defensa. Entonces lo más importante es el hecho de que esta actividad deportiva no puede dejar de ser narcisista, es decir, no puede liberarse del objetivo de referirse primariamente a los intereses del protagonista. Por lo tanto, se trata de una deportividad *self-centered*, centrada en el individuo que la presta, abierta, por consiguiente, a la rivalidad, eventualmente al abuso y a la expresión de la hostilidad hacia los competidores Vistos, o mejor sentidos, como los usurpadores de los propios derechos.

No hay que maravillarse si este tipo de dinámica conduce a las consecuencias deteriorantes del comportamiento que ya han sido recordadas.

Pero esto no es lo que la opinión pública piensa del deporte como actividad y del atleta como ejemplar de una mejor humanidad, y de hecho la actividad deportiva puede ser vista de manera muy distinta de aquella defensiva-catártica.

Hay atletas que practican el deporte no porque están empujados primariamente a ello por una necesidad compulsiva, sino de manera libre. La actividad agonística no se incluye para ellos en un módulo de recompensa reactiva, sino que es como una expansión productiva de su propia personalidad, comprometida en una empresa «que salga bien». En este caso el agonismo actúa como un ejercicio de energía dirigida a realizar un standard de excelencia, que puede alcanzarse más fácilmente debido a que un equipo, como un individuo, tiende a realizarlo.

Es evidente que de este modo los «otros» no son considerados como obstáculos sino como índices de referencia de la perfección de la propia ejecución; y cuando uno o más de éstos presta una actividad mejor que aquella personal, el objetivo deseado permanece igualmente alcanzado, porque con la actividad deportiva se mira a la mejor ejecución posible antes que al hecho de ser el mejor de todos.

Este segundo modo de abordar la competición es entonces la condición y fruto de una actitud deportiva eminentemente socializada, socially centered, y como tal abierta a todas las posibilidades de victoria como de derrota sin inducir regresiones en el comportamiento personal o social (4).

El problema, como se ve, es arduo. Por eso resulta pueril decir que el deporte, simplemente, libera o que el deporte engendra ansiedad. Depende de quién haga, qué deporte, en qué sociedad o ambiente deportivo.

De hecho está demostrado experimentalmente hoy en día que cada estímulo emotígeno, como el encontrarse comprometido en una dura competición deportiva o de participar en ella por empatía, se debe considerar como generador de una cadena de reacciones subjetivas, cuya naturaleza y destino se pueden presentar tanto como factores de progreso como al contrario, la causa de una mayor acumulación de tensión emotiva, y así de retroceso.

El tipo de reacción parece depender fundamentalmente de la organización y la fuerza psíquica de la persona sometida al estímulo emotivo.

Cuanto más esté desarrollada la organización del «yo», es decir, cuanto más esté psicológicamente maduro el sujeto, más fácilmente el estímulo emotivo se hace principio de progreso, hasta el punto que situaciones objetiva y generalmente frustrantes pueden ser la causa de un mayor perfeccionamiento.

Lo contrario ocurre cuando el «yo» es débil, el sujeto inmaduro, hasta el punto que aquellas situaciones que generalmente exaltan de una manera positiva, causan una desorganización psíquica.

Traduciendo estas asunciones en términos del problema que nos interesa aquí, la insuficiente fuerza del «yo» tiende a buscar la actividad agonística de modo defensivo de desquite, que es, a su vez, causa de una típica frustración derivada del hecho de desarrollarla en un grupo. Pero la insuficiencia del «yo» es también la condición por la cual las frustraciones se absorben muy poco y tienden a producir, como la respuesta más fácil de todas, la reacción de agresión que ha sido estudiada por Dollard y sus colaboradores de la escuela de Yale, deteriorando así la acción deportiva y bajando el nivel de participación para los espectadores.

Al contrario, cuando la estructura de la personalidad está fuerte y bien organizada, el hecho de estar compitiendo con otro no se transforma en frustración, o por lo menos ésta no alcanza el nivel que induce a la desorganización, ni hay necesidad precedente de obtener una recompensa a través del juego. Si, de forma contraria, actúa una colaboración de grupo, en vista de la mejor posible ejecución propia, independiente de la propia victoria o derrota anticipada, el sujeto presta la actividad agonística como una mayor y más fecunda expansión de sí mismo. A su vez, cada espectador asistente participa sin dificultad en una espiral expansiva vuelta hacia el progreso (4).

Indudablemente, al igual que en el «psicodrama», que en la «ludoterapia», que en la «terapia ocupacional», en el «psicodeporte» (liberación, por el deporte, de la ansiedad y de las acumulaciones agresivas) el resultado estará en el enfoque de la práctica deportiva y en la adaptación de cada modo de práctica a cada caso concreto.

De todas formas, la característica general especificadora del deporte «competitividad» (agonismo) constituye un problema todavía no resuelto en orden a su evaluación con respecto al tema de la agresividad. En general, los instintivistas consideran altamente positivo este carácter competitivo: supone una canalización. Y, dentro de esa canalización, un adiestramiento a la competitividad necesaria para vivir, entendiendo ésta como positiva, constitutiva, creadora.

Entre los defensores del aprendizaje hay división en cuanto al carácter positivo o negativo de la competición deportiva. Para algunos el aprendizaje a la competición deportiva no conlleva una conducta general de mayor hostilidad y violencia, sino al contrario. A otros, los resultados de sus investigaciones los han conducido a opiniones opuestas. Así, por ejemplo, E. O. Prueske, en un trabajo de investigación elaborado entre numeroso grupo de estudiantes de Illinois acerca de las relaciones entre la hostilidad y diversos aspectos de la salud, concluye taxativamente: «La participación en competiciones deportivas, tanto organizadas como no organizadas, tiene una significativa correlación negativa con muchos problemas de salud». Y más en concreto: «Competiciones deportivas no organizadas tienen correlación negativa altamente significativa con la mayor parte de formas de hostilidad» (165). Es decir, entre los participantes espontáneos en competiciones deportivas se dan muchas menos manifestaciones de hostilidad en la vida en general.

Es indudable que la conducta colectiva, las estructuras sociales, las modas, interfieren poderosamente en la forma individual de participación deportiva, en su actitud y, consecuentemente, en los resultados. Cyril M. D. White, tras una investigación realizada según el modelo de la teoría de la conducta colectiva de Smelser, saca, entre otras, estas conclusiones:

- La magnitud de la necesidad de éxito en los deportes está en relación con el grado de inseguridad que se dé en la estructura social de la comunidad en la que se desarrolla el juego.
- Las formas de violencia identificadas en los cuatro episodios como ejemplos de violencia moderna coinciden con el análisis que hoy hace de la moderna violencia colectiva, reconociendo en ella un efecto del impacto de la industrialización, de la aglomeración en urbes, del crecimiento demográfico, de la rápida emigración de las zonas rurales a las urbanas y de asociaciones económicas y políticas permanentes.
- El deporte es una institución social de la sociedad misma y, por consiguiente, recibe y ejerce influencias de y en otras instituciones sociales culturales. Este estudio parece indicar que la estructura social influye en el deporte y en sus seguidores, y se ve, a su vez, influida por éstos.
- Este estudio querría sugerir que la anticipación y el Posible control de explosiones de hostilidad en acontecimientos deportivos constituyen actualmente una posibilidad bien definida (221^{bis}).

R. G. Sipes ha elaborado a nivel de antropología cultural un estudio apasionante partiendo de los dos modelos instintivos rivales, el de la *descarga instintiva* («drive discharge model»), según el cual «entre la guerra y los deportes de combate se daría una relación sincrónica inversa: mientras más belicosas sean las sociedades, menos gustaran de estos deportes; y será mayor su afición a los mismos mientras menos belicosos sean» y el de *aprendizaje cultural* («cultural pattern model»), según el cual «entre la guerra y los deportes de combate se daría una relación sincrónica directa: las sociedades más belicosas serán más aficionadas a estos deportes, que gozarán de menor estima entre las sociedades menos belicosas» (194).

Realiza el estudio en veinte sociedades descritas por rigurosa exigencia antropológica. Siguiendo la clasificación de grado bélico establecida por Otterbein (según el atlas etnográfico de Murdock), escoge las diez sociedades más belicosas y las diez menos belicosas. En cada una de ellas rastrea las descripciones de juegos y costumbres populares realizadas por los investigadores específicos más prestigiosos. Se establece un cuadro de correlaciones entre el alto grado de belicosidad y la existencia o no existencia de deportes combativos. Por el enorme interés en relación con nuestro estudio, reproduzco a continuación el [cuadro-resumen](#) de Sipes y los resultados numéricos de la correlación (sin entrar en las cifras específicas de estadística).

Este estudio «cultural muestra que donde encontramos una conducta belicosa hallamos también, de forma típica, deportes de combate, y donde la guerra es relativamente rara, tienden a estar ausentes los deportes de combate. Esto contradice la hipótesis según la cual los deportes de combate serían alternativas de la guerra en cuanto que sirven para descargar la tensión de agresividad acumulada en el marco social de referencia».

Culturalmente, «guerra y deportes de combate están directamente relacionados». Por lo tanto, al contrario de lo que muchas veces se afirma, no actúan como cauces alternativos para la descarga de tensiones agresivas acumulables. Más bien parecen ser componentes de un modelo cultural más amplio (194).

La competitividad (*agonismo*) es una de las características esenciales en el deporte, al cual le confiere un aspecto de relación humana de muy difícil valoración. El estudio de Sipes debe poner en guardia acerca del desarrollo de ciertos deportes llamados de combate y su posible exacerbación de los aprendizajes agresivos. Pero no hay que olvidar que este estudio étnico está realizado en su mayor parte sobre sociedades minoritarias, marginadas, vivientes en el siglo XX, que no son representativas de la sociedad general en la que vivimos, la de la civilización occidentalizada, la de la técnica, la ciencia y el desarrollo a la cual aspiran otras sociedades más primitivas. Sin despreciar a esos grupos minoritarios, estudiamos, investigamos, escribimos, para la gran sociedad protagonista principalísima de la vida en la tierra, de viejísima tradición bélica, de crecientes tensiones conflictivas, de multiplicadas frustraciones. Para esta sociedad agresivizada hasta los tuétanos planteamos las opciones y las hipótesis de trabajo; para esta sociedad en la cual también se desarrollan los deportes de combate. Si de esa sociedad eliminásemos tales deportes, ¿mejoraría, perdería belicosidad, agresividad?

Es digno de tenerse en cuenta cómo el propio Sipes confiesa con honradez científica que se las vio y deseó para encontrar entre las 628 sociedades clasificadas en el atlas etnográfico de Murdock, diez que careciesen de belicosidad intra-social y extra-social.

En un trabajo posterior (193) Sipes se atreve a afirmar que «el modelo operacional, después de ser sometido a más comprobaciones y de conocer un considerable desarrollo, puede ser capaz de predecir ciertos patrones de cultura y de cambios socioculturales».

Metidos ya en estas consideraciones acerca de las relaciones entre la belicosidad guerrera y los deportes combativos, pueden ser útiles las últimas conclusiones, ya enormemente teóricas, a las que llega Sipes:

Tanto los rasgos de cultura y personalidad (especialmente los valores) como los patrones medulares de conducta de una esfera de actividad tienden a generalizarse y transmitirse de la esfera de actividad en la que tienen, o parecen tener, un valor de supervivencia a esferas de actividad en las que, no teniendo valor de supervivencia, tampoco tendrán un elevado valor de antisupervivencia. (Se llama rasgo o conducta medulares a los que son esenciales para que prosiga la actividad en cuestión.). Por ejemplo, valores y conductas exigidos en la guerra tenderán a aparecer en otras esferas de actividad, tales como los deportes (en este caso, comprobado ya empíricamente por Sipes), el trabajo y el comercio, la vida de familia, el afrontamiento de los propios problemas sociales y de los problemas sociales de los demás, etcétera.

En igualdad de circunstancias, una sociedad diestra en las artes de la guerra, preparada para la acción bélica y voluntariamente dispuesta a llevarla adelante tiene más posibilidades de supervivencia que otra sociedad en la que no confluyen esas condiciones (afirmación propuesta por Begehot, 1956: Sumner and Keller, 1927, vol. 1: 407.12; y Goldschmidt 1959: 128-9, 131; y comprobada empíricamente por Naroll n. d. a., n. d. b.: 35-36 y por Otterbein, 1970: 93-99). Esto se refiere a la selección socio-cultural de las sociedades belicosas. (Nótese

que ésta ni requiere ni entraña ninguna clase de selección genética). Ello explica el hecho observado de que las sociedades belicosas sean la norma, y las no belicosas la excepción.

La condición de una sociedad diestra en las artes de la guerra, preparada para la acción bélica y voluntariamente dispuesta a llevarla adelante presupone la existencia, en esa misma sociedad, de los valores y conductas que se requieren para dicha actividad. En este sentido, los rasgos medulares conceptualmente definibles, aunque no se reducen a los que vamos a señalar, abarcan la disposición a emprender acciones que pueden causar daños físicos a otros hombres, la disposición a afrontar riesgos a costa de la propia integridad, el deseo de vencer a un adversario y la agresividad.

Los deportes encierran una considerable capacidad de difundir valores y conductas propios de la esfera del actividad militar, dado que los deportes entrañan:

- a) la, incertidumbre crítica, relativamente elevada y duradera, propia de la actividad militar;
- b) una contribución a la supervivencia relativamente baja;
- c) gran flexibilidad
- d) falta de exigencias medulares;
- e) cabal similitud con la guerra, y
- f) una orientación predominantemente masculina. Por consiguiente, el hecho de que en todo el mundo prevalezcan los deportes de combate es consecuencia de que la selección opere a favor de las sociedades belicosas y no una manifestación de una agresividad innata.

Muchos de los valores y conductas que nosotros clasificamos como manifestaciones de la agresividad pueden explicarse perfectamente en razón de la selección socio-cultural, incluso en el caso de sociedades no conocidas históricamente que se vieron amenazadas por vecinos belicosos.

Las sociedades belicosas, en cuanto contrapuestas a las que no lo son, tenderán a tener:

- a) Un mayor índice de asesinatos.
- b) Un mayor índice de suicidios.
- c) Un mayor índice de conflictos.
- d) Un mayor índice de ataques físicos entre miembros de la familia.
- e) Un mayor índice de magia malévola.
- f) Mayor severidad en los métodos de formación infantil.
- g) Mayor control punitivo de los que se desvíen.
- h) Mayor facilidad en el divorcio de los hombres que en el de las mujeres.
- i) En caso de divorcio, la prole permanece en el grupo del padre mejor que con la madre.
- j) Poco apoyo social a los individuos heridos por la pobreza o a los que fracasan en actividades referentes a la subsistencia o el comercio.

Naroll supone que «hasta que no se consiga un orden mundial estable, las guerras de conquista continuarán en el futuro por lo menos con la misma frecuencia que en el pasado». Ese orden mundial estable —piensa él— puede lograrse por una de estas tres vías:

1. que un solo Estado conquiste todo el mundo;
2. que una alianza entre Estados Unidos y Rusia¹ imponga a todas las naciones una congelación de las actuales fronteras y el desarme, o
3. una federación mundial (una ONU reforzada). Hace nuestro autor un cómputo de las probabilidades de que se llegue a una situación entre los años que van del 2125 al 3750, basándose para ello en un estudio histórico de los ciclos de esplendor y ruina de los imperios del pasado.

¹ La obra de Naroll está escrita (1967) antes de la plena evidencia del poder de la República Popular China, del plante de los árabes como países fuente de energía, de la tajante credencial de vigor físico presentada por los países de África Negra en las Olimpiadas de México y Munich.

Si algo me diferencia de Naroll es que soy más pesimista. Él, al menos, da la impresión de creer que el pretendido orden mundial estable podrá ser duradero; no es ésta mi opinión. El tratamiento es demasiado exclusivamente político. Aunque se llegara a secar la fuente originaria de los valores y conductas orientados a la guerra acumulados en cada sociedad, no habría una clara presión imperada por la selección *en contra* directamente de dichos valores y conductas, ni dentro de cada nación ni tampoco internacionalmente, y, por tanto, persistirían; ahora bien, al persistir, más tarde o más temprano —en mi opinión— volverían a manifestarse en acciones militares, destruyendo con ellas el orden mundial.

Haría falta un cambio masivo de la cultura. Sería posible atenuar o incluso eliminar los valores y conductas orientados a la guerra en una sociedad dada:

1. eliminando las organizaciones militares y cuasi-militares;
2. erradicando de los medios de comunicación social toda referencia a guerras, tumultos, alborotos, asesinatos, y ataques o atentados;
3. eliminando los deportes de combate, y
4. minimizando al máximo las condiciones competitivas en los negocios, en la religión, en la gestión política, en los tribunales de justicia y en otras instituciones sociales. Sólo esta vía impuesta, de estrategia múltiple y coordinada, abarcarla toda la tarea necesaria, y *aun* con ella los resultados no podrían obtenerse hasta la segunda o tercera generación. Si esto se hiciera en una sola nación, probablemente quedaría descartada la posibilidad de que dicha nación iniciara la guerra; pero ello, ¡ay!, condenaría a esta nación a ser un cordero en un mundo de lobos, y los lobos raras veces se entretienen en comer hierba cuando tienen por delante un cordero (193).

Las tesis de Sipes son bastante tajantes. Hay belicosidad en la inmensa mayoría de las sociedades y en la llamada gran sociedad civilizada, casi diríamos por principio de selección. Y, como aplicación concreta a nuestro caso del deporte, éste continúa los trazos y características típicas por su agresividad, de la sociedad belicosa. Son tesis evidentemente pesimistas.

De estas reflexiones sale reforzada una opinión ya generalmente admitida, un verdadero lugar común: que el deporte es agresivo y que esta agresividad se manifiesta en su carácter competitivo.

Pero no todos los deportes son igualmente agresivos. No existe todavía un método definitivo para establecer una clasificación útil en cuanto al grado de agresividad (o combatividad o belicosidad) de cada modalidad deportiva. En su estudio, Sipes se ve obligado a distinguir «deportes combativos» de «deportes no combativos». El procedimiento que usa para establecer esta clasificación es discutible. Hay una gran distancia entre la agresividad necesaria para el boxeo y la que se exige al practicante de golf. Pero no es posible medir las diferencias ni clasificar las calidades agresivas. Existen formas de agresividad y hostilidad más solapadas que otras. ¿No ha sido tachado de masoquista el atleta corredor de fondo? Pero ¿a quién hace daño el fondista? Sería quizá una búsqueda de placer en el sufrimiento. En el fondo el masoquismo no es más que una concreción de la agresividad autótrofa, dirigida contra sí mismo. Hay agresividades exhibicionistas y agresividades disimuladas. Nobles y solapadas. Al boxeo, a la lucha, se les podría adjetivar como agresividad noble, directa, patente. En la anteriormente citada investigación de A. Prueske se señala en la séptima conclusión: «Difieren en el grado y tipo de hostilidad el hombre y la mujer. El análisis de la varianza descubrió diferencias significativas según el «Buss-Durkee Inventory» entre los sexos. Los hombres dieron más alto nivel de escalas de hostilidad física y verbal, mientras que las mujeres manifestaron más altos síntomas de hostilidad indirecta».

El problema en vez de caminar hacia las soluciones, se va complicando. La investigadora venezolana A. López de Gouverneur, en un estudio psicológico-descriptivo hecho con nadadores de «elite» de diversas nacionalidades participantes en el Campeonato Sudamericano de Natación, deduce que se manifiesta «alta agresividad en sus relaciones interpersonales, ansiedad reprimida» (129). Tal deducción no es sino el refrendo de un conjunto de estudios realizados por especialistas norteamericanos en un simposio especializado y cuyos resultados muestran alta agresividad en el nadador. ¿Significaría esto quizá que la monotonía del entrenamiento natatorio, la falta de libre y variada expresión personal engendra frustración y, consecuentemente, agresividad? ¿O que la elección de la natación como práctica deportiva es una solapada e insincera manera de canalizar una fuerte agresividad preexistente? Pudiera suceder que tales deportes no considerados «de

combate» poseyesen una más honda capacidad de sublimación ritual de la agresividad. Entonces las tesis de Sipes favorables a la correlación, hostil a los deportes de combate, dejarían de ser tan aclaratorias.

A pesar de estas cavilaciones y perplejidades, ahí están al menos datos que poco a poco van surgiendo desde los niveles parciales de investigación. Todavía son muy sectoriales y poco contrastados para hacer deducciones teóricas definitivamente útiles; y todavía pasarán muchos años, dada la complejidad y evanescencia del tema, para que esto pueda darse. Pero ya es necesario, urgente, pensar acerca de todo ello e ir seleccionando metodológicamente para la investigación y, posteriormente, para la elaboración teórica.

En las conclusiones finales de Sipes hay una idea que coincide con el pensamiento de todos los tratadistas teóricos —de una u otra teoría— de la agresividad: la posibilidad de la acción cultural. La agresividad es culturalizable, o canalizable, o adaptable. Ésta debe ser la más recia convicción que se pueda sacar tras los estudios pertinentes en los actuales niveles de conocimiento. El deporte —sin necesidad de orientar, según los instintivistas; convenientemente orientado, según los aprendizajistas— se presenta como una de las actividades aptas para esta modelación cultural humana y de los hábitos sociales.

LOS MECANISMOS DE DEFENSA: ESE IMPRESCINDIBLE EQUIPAJE

Un oficinista tiene un jefe autoritario, exigente, poco delicado. Cada mañana, cuando va camino de la oficina, mantiene decisivos monólogos: «De hoy no pasa. He de cantarle las cuarenta... » Minutos después, cuando el director le llama a su despacho: «Lo que usted diga, señor director. » «Ha tenido usted una gran idea.» «A sus órdenes».

La agresividad contenida ha quedado *dentro*, *autodestructora*, bien en forma de principio neurótico obsesivo - compulsivo o de simple ansiedad, o con reacción conversiva productora de alteraciones digestivas, cardíacas. La acumulación, día tras día, de estas tensiones vulgares, unidas a otros muchos pequeños o grandes conflictos de la vida, pueden producir estragos en la conducta o en la salud. La naturaleza tiende a rechazar espontáneamente, automáticamente, estos perjuicios, estas contrariedades y punitivas de la vida, y busca por dónde darles salida. El individuo se muestra agresivo. Sus amigos y, sobre todo, sus inferiores pagan el pato.

El domingo, en el graderío del fútbol, el oficinista contempla apasionadamente un partido. El árbitro ha tenido un error —o él lo ha visto así— contra su equipo favorito. «¡Es un inepto, inútil, sinvergüenza!, etc. » Importantes gritos liberadores de tensión angustiosa. Ha desplazado hacia ese árbitro la agresividad acumulada contra su jefe. El lunes por la mañana en la oficina disfruta de más tranquilo humor.

Se ha puesto en marcha un simple mecanismo de defensa que Freud llamó «desplazamiento» y que consiste en un comportamiento inconsciente, universalmente aceptado hoy por los psicólogos, que llena nuestra vida cotidiana. Hay muchos esquemas simples de este mecanismo. Por ejemplo, el hombre multado por un guardia de tráfico a quien *no se atreve* a responder porque recibida de *él una* mayor punición. La contrariedad queda dentro. Llega a casa y descarga su mal humor (agresividad contenida) con su mujer o con su hijo. Éste, injustamente castigado, la emprende con un objeto o con el gato. Otro esquema típico es el del niño que, llevado por la envidia hacia su hermanito menor, más mimado y atendido *que él*, un día le golpea. Recibe por ello un castigo de su padre. En la siguiente ocasión, ante el temor de la punición paterna, descarga su agresividad con un *muñeco* o un objeto.

Pero junto a estos esquemas simples existe una red de esquemas o interconexiones complejíssimas. Estímulos generadores de ansiedad, de *tensiones* no liberadas nos rodean sobre todo en la vida moderna. El ruido, el tráfico, la falta de tiempo, los compromisos sociales *artificiosos*, la imposibilidad de quedar bien con las amistades, la vida laboral, monótona y encasillada, la inundación de la burocracia y la impotencia para dialogar con ella... constituyen tensiones que se acumulan y refuerzan muchas veces frustraciones básicas más importantes como los problemas económicos, la imposibilidad de atender suficientemente a la familia, las enfermedades, los fracasos profesionales, etcétera. Todas estas presiones se acumulan sobre la persona, que, por *mucho* control que tenga, se ve desbordado por ellas. «Perdóname, pero no podía más; necesitaba desahogarme» Son frases frecuentísimas que revelan la necesidad de escapes agresivos que nos asaltan *asiduamente*.

El hombre necesita desahogos. La misma inseguridad vital, el hecho conflictivo de existir carga al hombre de angustia fundamental. Al hombre siempre le preocupó la muerte. Las religiones han suprimido en gran parte estas angustias. Diversas filosofías de sesgo estoico han contribuido a crear en la Humanidad un hábito de *superación*, de resignación, de sublimación. Pero la angustia básica, que brota del hecho de vivir, subsiste en nuestro tiempo. El hombre inventa «seguros» «pólizas» y garantías. El éxito de estos llamados «seguros de vida», de «invalides» de «accidente» que inundan las sociedades desarrolladas es la más patente prueba de la angustia que brota de la inseguridad del hombre. Y ya no es solamente la angustia de la muerte, sino la originada al sentirse el hombre zarandeado cada vez más por un creciente complejo de fuerzas incontrolables. A la angustia básica de la muerte, por el hecho de existir, *en* el hombre de hoy se acumulan múltiples angustias, más livianas, menos tremendas, pero activas, permanentes, usadas unas con otras. Ray días en que todo nos cae mal. La actitud agresiva es *una* de las más directas consecuencias de la frustración. Así se genera y se extiende, como nube de contaminación, la agresividad y la violencia incorporada a todos los niveles y esquemas de la vida humana.

Las tensiones angustiosas básicas incrementadas en la vida contemporánea por la aglomeración, las poluciones biológicas y morales, el hacinamiento urbano, etc., son el gran caldo de cultivo para las

manifestaciones de la agresividad en sus formas más violentas. La agresividad trasplantada de los campos de batalla a las calles, aeropuertos, oficinas, carreteras... es la más extendida lacra de nuestro tiempo. Y este ambiente alarmante, recordado diariamente por la prensa y los noticiarios, esta permanente inseguridad, es a su vez origen de nueva angustia. Constituyen un círculo vicioso, un perfecto ciclo de realimentación, ¡Eduquemos al hombre para que «aprenda» a no ser agresivo! Las religiones, muchas teorías filosóficas, lo han hecho desde hace siglos. Y el hombre no ha «aprendido». Ciertos moralistas abogan por el cambio de métodos. «Por lo menos la imagen del hombre nuevo no agresivo, pacífico, altruista, conviviente, culto. Que sea él la imagen que los niños del futuro vean y palpén desde la infancia». Todo ello es hermoso. Ubres de tradiciones y estereotipos, debemos estar dispuestos a colaborar en esta tarea; dispuestos a ceder en muchas convicciones discutibles.

Pero esta tarea enormemente compleja constará de acciones a muy diversos niveles de conducta; desde los grandes principios hasta los menudos aprendizajes. La gran obra de crear principios coincidentes de mutuo respeto ha de ser robustecida con todo tipo de acciones elementales, primitivas, que puedan ayudar al hombre a liberarse de tensiones. Y en esta búsqueda de recursos fáciles al alcance de la mano advertimos que el espectáculo deportivo puede suponer un útil instrumento secundario, si se quiere subalterno, pero de enorme eficacia práctica. Un instrumento de saneamiento ambiental.

Las masas de espectadores de los estadios pueden ser peligrosas. Toda masa puede ser peligrosa¹. En la masa enardecida el individuo incurre en una especie de alienación que libera sus mecanismos primitivos de comportamiento. Desaparece toda inhibición de origen cultural y posiblemente incluso algunas inhibiciones de equilibración instintiva. El individuo en la masa, despersonalizado, anulado por la unidimensionalidad actuante, reforzado por el contagio físico de la acción vecina, es capaz de cualquier cosa. Y cualquier cosa (todo) han sido capaces de hacer en la historia as masas de hombres —que no humanas.

El peligro de una aglomeración deportiva está ahí, en su posible masificación. ¿Conviene que la sociedad esté expuesta periódicamente a tal estado de desmesura masiva?

Parece un problema difícil de resolver. Pero quizá no lo sea del todo. Un control estadístico de los sucesos violentos originados por conductas masivas de este tipo podría dar a los responsables un índice de la inminencia del peligro. Si éste ascendiese en el futuro, habría que plantearse el tema de la abolición de las aglomeraciones espectaculares del deporte.

¿Hacia qué terreno se canalizarían entonces dichas desmesuras masivas? Que no me responda el utópico sociopedagogo que a ninguna parte, que hay que hacerlo desaparecer. En el peor de los casos, mientras no hayan surgido en esta compleja «civitas» compuesta por los hombres de nuestro tiempo otras conducciones patentes, probadas y comprobadas, otros vertederos por donde expulsar la mucha inmundicia psicológica que metabolizamos en nuestro comportamiento individual y social, sería terriblemente peligroso, criminalmente irresponsable, eliminar los que actualmente existen. Sobrevendrían monstruosas retenciones. El organismo de la sociedad podría reventar.

Ahí, relegado al más humilde de los menesteres, con realismo y humildad, el deporte-espectáculo demuestra que es capaz por lo menos de cumplir funciones trascendentales para la subsistencia del organismo social. Con peligro de desmesuras, con sucesos, a veces nada edificantes, con alborotos y violencias, pero salvador, higiénico, liberador, el espectáculo deportivo es hoy un sólido canal por donde y se avientan poderosos secretos y vergonzantes metabolitos que no se sabe dónde podrían ocultarse de no tener estas oxigenadoras aberturas.

Pero, además, el espectáculo deportivo es susceptible de acción educativa. El comportamiento de la masa tiene en realidad mecanismos más simples que el comportamiento individual. Una colectividad presente se convierte en masa merced al desencadenante de una o varias consignas elementales que se asientan en una cualquiera de las apetencias más o menos primitivas de cada individuo. «Igualdad de derechos», «igualdad de clases», «abajo el opresor», «salvemos a la patria», «defendamos el pan de nuestros hijos», «justicia»,

¹ Ver en cap. «Psicología de las masas», (J. Ma. CAGIGAL, *Hombres y deporte.*, 1967. pp. 149 y ss.) una comparación entre masa, y público.

«venganza», «fuera el invasor», «libertad»... He ahí, mezcladas, algunas de las muchas consignas —aptas para direcciones políticas opuestas— que convierten fácilmente a una colectividad en masa actuante. Todo ser humano anhela bienestar, tranquilidad, libertad, seguridad, protección de unos mínimos valores personales. Para uno u otro contexto político pueden ser usadas estas tendencias primordiales que se asientan en los primarios instintos de defensa o de conservación. Fuera de la política, en otro orden de valores, se llega también fácilmente al manejo de pulsiones humanas elementales: la afirmación del yo, del propio grupo: «ganar», «vengarse», «prosperar»... Son principios instintivos elementales en la lucha por la existencia, que pueden actuar también en la ritualización de una competición deportiva.

La masa es equivalente en su comportamiento a un yo generalmente infantil, primitivo. Pero se puede librar a una colectividad de caer en la conducta masificada con el mantenimiento de ciertas consignas culturales simples, inteligibles para las mentes sencillas. A una colectividad se la puede modelar en su conducta por el «respeto», la «dignidad», el «civismo», la «democracia», el orden... conceptos todos ellos no tan primarios como los que se asientan en los instintos de defensa, conservación o agresión, pero suficientemente simples para convocar un fácil consenso, supuesta una mínima educación cívica en el comportamiento de la masa, cual puede darse en la escuela primada. Los psicólogos del aprendizaje no hablarán de «temas primitivos que atañen directamente a los instintos» y «temas sencillos culturizados». Para ellos, todos serían «temas culturizados» de mayor o menor primitivismo. En realidad, esta interpretación corrobora la tesis: los slogans primitivos, capaces de mover una multitud en una masificación elemental, pueden ser sustituidos por otros menos arcaicos, más culturizados, con tal que convoquen predisposiciones aceptadas y vivenciadas ya como fundamentales en el comportamiento individual y cívico. El «salvad la vida» puede ser sustituido por el «respetad la vida» en una colectividad poseedora de un mínimo grado de educación cívica. Esta sustitución culturizadora será tanto más fácil de realizarse cuanto el comportamiento de la colectividad esté menos solicitado por las demandas primarias de subsistencia vital.

Es decir, a una multitud agredida con peligro directo de muerte es muy difícil inocular un comportamiento colectivo basado en el «respeto» o la «dignidad». Actuará necesariamente movida a nivel de «sálvese el que pueda» o de «mueran los asesinos». Pero si los peligros amenazantes no se asientan a estos niveles elementales de subsistencia, entonces es posible iniciar una progresión comportamental hacia niveles más elevados.

En diciembre de 1972 se enfrentaron el Atlético de Madrid y el Spartak de Moscú en eliminatoria de la Copa de Europa de campeones de Copa (la llamada «Recopa»), en el estadio Vicente Calderón, de Madrid. Gran expectación en los graderíos; ambiente caldeado pero suficientemente respetuoso. El público sabía que para poner la eliminatoria favorable era necesario vencer en casa por dos tantos, o al menos obtener la victoria.

A poco de comenzar el partido, el Spartak marcó un gol. La cosa se ponía difícil. Los aficionados se velan frustrados, no sólo por el gol, sino porque su equipo (el Atlético) no estaba jugando bien. Esta frustración aumentó la agresividad y aparecieron las manifestaciones hostiles hacia los jugadores soviéticos. Cuando uno de éstos entraba duro o cometía una falta, el público se indignaba y lo manifestaba ruidosamente.

A los 12 minutos de la segunda parte el Spartak marcó el segundo gol. La tensión agresiva aumentó. Pero pocos minutos después tuvo lugar un suceso que puso de manifiesto de manera contundente, instantánea, cómo la agresividad colectiva no hace acepciones de personas ni de objetos. Cuando la agresión tiene que salir, lo hace por donde sea y contra quien sea. La agresividad primitiva es ciega, no discierne. Se deja conducir por un simple mecanismo de adaptación o por cualquier manipulación exterior. En el minuto 74 el Spartak marcó su tercer gol. Cero a tres. La eliminatoria prácticamente quedaba sentenciada. Automáticamente, tras la consecución de este gol, los hinchas comenzaron a abuchear a los jugadores del Atlético y a, aplaudir a los jugadores soviéticos. La pérdida de la esperanza convirtió la agresión contra el rival en una autopenalización, o mejor, en una «nostri-punición». Fue una de las vivencias sociológicas de comportamiento multitudinario más sugestivas con que me he encontrado en mi vida.

En honor a la verdad, el comportamiento agresivo en ambas fases no pasó de la desazón, el grito, el ruido. No hubo ninguna agresión física ni objeto arrojado al terreno de juego. Fue un comportamiento modélico (no de modelo utópico, sino de modelo-muestra, típico de una colectividad apasionada en el deporte de nuestro tiempo), antológico. Cualquier público apasionado por un club famoso de nuestro tiempo con suficiente grado

de madurez para no extraverterse en agresiones físicas, como lo es el del Atlético de Madrid, habría actuado de la misma forma.

Pero este público del Atlético de Madrid va a protagonizar 15 meses después (abril de 1974) un comportamiento de significativa superación cultural en circunstancias de mayor frustración. Recordemos los hechos todavía recientes en el momento de ser redactadas estas líneas.

En las semifinales de la Copa de Europa de campeones de Liga (el más importante torneo europeo de clubs), se enfrentan el Glasgow-Celtic y el Atlético de Madrid. El primer partido se juega en Glasgow el 15 de abril. El suceso y sus consecuencias trascendieron a los aficionados de todos los países, y por ello no es menester detenerse en detalles. El partido fue muy duro. El árbitro turco del encuentro, Babacan, expulsó a tres jugadores del Atlético de Madrid y amonestó con tarjeta a otros tres. Parece ser que la dureza había sido iniciada por algún jugador del Atlético, pero luego participaron en él indistintamente jugadores de ambos bandos.

A pesar de la inferioridad numérica del Atlético, el partido terminó con empate a cero goles, lo cual suponía evidente frustración para el club escocés y sus hinchas. Concluido el encuentro, en el pasillo hacia los vestuarios hubo agresiones, más bien iniciadas por los escoceses que por los madrileños. Incluso fueron golpeados algunos directivos del Atlético de Madrid.

El Comité de Control y Disciplina de la UEFA carga la mano y castiga a seis jugadores del Atlético con la imposibilidad de jugar el partido de vuelta en Madrid. Entre los sancionados figura, por error del árbitro Babacan, al redactar el acta del partido, el defensa central del Atlético, Ovejero, que no había sido amonestado. El Atlético recurre; es desestimado el recurso.

Los aficionados españoles, días después, tienen ocasión de contemplar, por la magia de la televisión retrospectiva y a cámara lenta, cada una de las jugadas motivantes de las expulsiones y amonestaciones. Unas, justísimas, como la del defensa Panadero. Otras, incomprensibles, como la expulsión del delantero Ayala y la amonestación al portero Reina. La frustración, alimentada por la irritante injusticia, crece de día en día en los aficionados atléticos. La UEFA amenaza al Atlético de Madrid con expulsarle de todos los torneos europeos. Leña al fuego. En el partido de vuelta, el Atlético ha de jugar sin seis de sus mejores titulares, cohibido por las amenazas.

Prescindiendo de subjetivismos, fueron varios los errores cometidos por los directivos de la UEFA, los cuales habrían sido culpables directos de desencadenar disturbios graves si no hubiese intervenido espontánea y oportunamente un elemento de trascendental importancia para el comportamiento de las colectividades contemporáneas: los medios de información. La prensa, la radio, la televisión, sin consignas ni sugerencias, por espontánea coincidencia, inician una campaña de serenamiento. Se apela a la conciencia cívica, a la objetividad del pueblo español. Se canaliza la venganza agresiva hacia la idea de «lección» que hay que dar a los británicos. «Mesura», «control», «madurez», «caballerosidad», «civismo». Se actualizan dichos del viejo refranero: «No hay mejor desprecio...»

El 24 de abril, el estadio Vicente Calderón está repleto. Suprema recaudación. Enorme expectación a nivel internacional. Dieciocho países retransmiten el encuentro por televisión: *record* de retransmisión de un partido no final.

En el atardecer templado, el público anima de manera ensordecedora al Atlético de Madrid y abuchea al Celtic. Silba al calvo Johnstone, a quien el público madrileño, tras haberle visto actuar por televisión, considera Un provocador-payaso, en gran parte culpable de los sucesos de Glasgow. Y nada más. La fuerza pública habla sido triplicada. Pero no iba a ser necesaria.

Existía en el público atlético un indudable autocontrol. El árbitro suizo Rudolf Scheurer, de prestigio mundial, declaraba al final del partido: «Un público correcto, que ha animado a su equipo, como debe ser, y que ha silbado a los contrarios, como hacen casi todos los públicos del mundo. Todo ha estado muy bien. Ha sido una lección, y la organización perfecta». No tuvo que sacar una sola vez tarjeta de amonestación.

En el primer tiempo el Atlético jugó mal, cauteloso, coartado. El Celtic dominó el centro del terreno y creó más ocasiones de peligro ante la meta atlética. Ni aun con esta contrariedad del primer tiempo cambió el público su talante. ¿Habría mantenido su corrección si, al final, el Atlético hubiese perdido? Esto será siempre una incógnita que queda entre los futuribles.

Es posible que muchos sensacionalistas, necesitados, por deformación metabólica, de elementos agrios, quedasen defraudados. No faltaron morbosos que se vieron desencantados con el comportamiento maduro de todos los presentes en el estadio Vicente Calderón. Probablemente, entre ellos, algún miembro de la UEFA, que retuvo su frustración para la incalificable sanción posterior (30 de abril) en forma de agresivo ataque al club Atlético con una multa de 100 000 francos suizos. Es curioso cómo la conducta de una extensa colectividad —el público— enormemente frustrada y que, en su subjetiva interpretación, se ha sentido vejada y tratada con injusticia, ha sido de superior madurez a la de algún miembro de organismo internacional, enrabiado en su infantil frustración, agresivizada por la respuesta correcta del público y llevado a la paranoica arbitrariedad a que tan fácilmente conduce el ejercicio del poder sin crítica.

No es aventurada hipótesis afirmar que, si los medios de comunicación no hubiesen actuado de la forma que lo hicieron, si algunos de ellos se hubiesen dejado llevar de partidismos o sensacionalismos, como con frecuencia sucede a niveles locales, el comportamiento del público habría sido muy distinto y, dado el alto grado de tensión existente, los sucesos podrían haber evolucionado hacia resultados lamentables.

Siempre ha sido trascendental para el comportamiento de las colectividades la polarización ideológica, o la física de un jefe, de un líder. Hoy, en gran parte, sin que se excluya la fuerza motivante del líder, puede ser sustituida la acción por el influjo de los medios de información. Muchas de las ideas, de las motivaciones que maneja el individuo inserto en la colectividad como propias, son recibidas del líder, o del periódico, o del locutor de televisión. Coincide con ellos, comulga con ellos; termina haciendo propias sus ideas. El influjo de los medios de difusión es enorme. En realidad, van poco a poco sustituyendo a otras muchas figuras sociales que en otro tiempo han sido decisivas (desde el padre hasta el maestro, la pandilla, el novio, etc.). Incluso los grupos contestatarios, que generalmente se creen más originales por no dejarse llevar de los tópicos imperantes, son igualmente víctimas de los mismos procedimientos usados por otros manipuladores, menos públicos, menos oficiales, aunque generalmente conectados con los oficiales de otros regímenes.

Cuando no está en juego inminente la vida o la salvación de una colectividad, ésta puede responder a estimulaciones de diverso grado cultural. Para que sea eficaz un *slogan* de cierto nivel cultural, lo primero que se inculca a la colectividad es que en aquello que se trae entre manos no se juega la vida, no es trascendental, definitivo. Con respecto al espectáculo deportivo, ésta es la primera acción educativa e informadora que es menester introducir. No es cuestión de vida o muerte. Se gane o se pierda, en realidad no pasa nada. Partiendo de esta convicción, los términos imperantes en la respiración de la masa pueden apartarse de los primitivismos agresivos.

No se sabe si las expresiones comportamentales, más elevadas, más culturalizadas, más cívicas, pueden llegar a ser tan liberadoras como las primitivas. Son realidades que quedan por demostrar. Como anteriormente ha sido expuesto, las distintas interpretaciones de la agresividad coinciden en la vía de la acción cultural como método inflexible para ir logrando el control de las fuerzas agresivas, o su transformación, o su canalización. El gran espectáculo deportivo masificado puede ser objeto de cierta acción cultural. Sus resultados, como en el suceso narrado y en otros semejantes, parecen resultar positivos en orden a eliminar el peligro de la excesiva primitivización de la conducta masiva.

Indudablemente en las descargas de la agresividad no es menester llegar a las manos o a las palabras violentas. Personas controladas, incluso en la inmersión masiva del estadio, salen de él liberadas, descargadas, aun sin haber emitido gritos. La simple participación en la contienda, en su dramatismo y liturgia, es profundamente liberadora.

Los griegos consideraban eminentemente catártica la represión trágica y la hacían patente principalmente en el sereno comentario final que, por ejemplo en el teatro sofocleo, se situaba en la intervención póstuma del como la participación personal, por cierta suerte de introyección en las peripecias del drama y, sobre todo,

recapitulación reflexiva final, constituían una profunda purificación. Pero esto entra más de lleno en el ámbito de otros mecanismos de defensa.

Identificación e introyección llamó Freud a dos modalidades muy parecidas entre los sutiles recursos que el individuo posee para liberarse de su angustia. La primera consiste fundamentalmente en unirse a otras personas (en las primeras tases de la infancia, generalmente el padre), en vincularse a ellas de una forma afectivo-vital, que permita disipar la angustia originada por la propia impotencia en la seguridad y fuerza de la citada persona. Introyección es una pequeña variante de la identificación, según la cual el angustiado impotente —todo ser infantil percibe inconscientemente su radical impotencia— se apropia de una cualidad deseada que posee la otra persona, lo cual le permite «jugar el juego» de que es una cualidad propia.

Ya el niño desde muy pequeño —afirma Freud— en su fase oral tiene identificaciones parentales. «Quisiera ser como su padre y reemplazarle en todo»... «hace de su padre su ideal». Tal vinculación «representa la forma más temprana y primitiva de enlace afectivo» (76). Las cualidades, las ejecuciones, los éxitos de su padre son incorporados inconsciente y rudimentariamente a su propia vivencia y disfrute personal. Tras las peripecias edipianas del período fálico (3 a 5 años), nuevas identificaciones carentes de discriminación sexual —propriadamente regresiones a identificaciones primitivas o reproducciones variantes de ellas— vienen a resolver, al menos en parte, los conflictos anteriores. Mediante esas identificaciones el individuo-niño se va sintiendo liberado de ansiedades de su primitiva niñez y de angustias y conflictos edipianos.

Pero junto a esas identificaciones básicas con los padres, frustradas muchas veces por prematuras decepciones y progresivamente insuficientes por la lejanía «de edad, fuerza, intereses, etc. » van apareciendo otro tipo de pseudoidentificaciones que ayudan a la configuración del yo-ideal. La relación afectiva desexualizada (segunda y tercera infancia) amplía la necesidad de prototipos, de héroes, de seguridades. El niño se identifica con ellos o introyecta sus cualidades. Héroes de leyenda, de cuentos infantiles, posteriormente de la historia. Héroes-estandar provenientes de estereotipados grupos sociales —guardias y ladrones, indios y exploradores—... Todas estas identificaciones suponen cierta repetición o recuerdo —no propiadamente regresión— de las primitivas identificaciones presexuales; en ellas se apoyan, se sustentan, para ampliar con las nuevas adquisiciones presentes su ámbito y trascendencia. Por ello sirven para la liberación de mil secretas ansiedades según los patrones adquiridos para la *liquidación* de vieja angustia básica.

Pero estos nutridores del yo ideal —héroes legendarios, mitos, gestas— resultan demasiado excelentes y también lejanos, inaccesibles. Su progresivo vacío ha de ser sustituido mediante diversos procesos de identificación por otros objetos más cercanos, secundarios, sustitutivos: los héroes típicos de la adolescencia, artistas de cine, cantantes, campeones, amigos brillantes. Todos dios son, si se quiere, sustituciones del profundo yo-ideal infantil que subsiste en el inconsciente, que no deja de actuar, que periódicamente pasa a la inconformidad, se revela y pretende salir —en sueños, en períodos de crisis e inestabilidad, en fiestas y orgías—. De estas identificaciones secundarias está necesitado el yo para liberarse de la ansiedad originada por tantas decepciones personales.

La sociedad está llena de subculturas que constituyen los objetos de esas identificaciones. El período de más intensa actividad en este proceso, ya a nivel constitutivo de cultura o subcultura, se da en la tercera infancia y en la adolescencia (es decir, aproximadamente entre los 8 y 16 años), y la mayor parte de las identificaciones viven ciadas en esta época —muchas veces sustitutivas de otras imposibles— suelen permanecer, con más o menos fuerza, toda la vida. Muchas aficiones, *hobbies*, «manías personales», están originadas en estas identificaciones.

La inseguridad es generadora de angustia. El niño se siente inseguro por su exigua fuerza física. Desea poseer la omnipotente fuerza de su padre. Pero cuando descubre que éste no es tan fuerte como creía, busca un héroe, una figura de tebeo o de *comic*, y, posteriormente, un héroe más real, un boxeador, un luchador, un campeón. Y estas vinculaciones —más que afectivas, vitales— con tal héroe campeón adquieren robustez en el propio yo y muchas veces terminan evolucionando hacia aficiones permanentes. Me apasiona el fútbol, sobre todo desde que vi jugar a Zamora. Era único., dice un hombre de 50 años, que tenía 12 cuando presenció la actuación, del famoso portero. A otro le entusiasma el cine por la introyección del estilo, de la apostura, o por la belleza de un actor o una actriz. La identificación tiene un papel importante en la creación de mitos. El boxeador Urtain, verdadero mito popular en la España de los 60, logró un éxito, pese a sus defectos y

limitaciones, como símbolo del «hombre físicamente fuerte» que todos —al menos los varones— hablamos deseado ser de niños. Su interés, más o menos disimulado, entre las mujeres obedece en parte a razones subconscientes distintas, entre ellas la elevación a objeto sexual arquetípico que libera inconscientemente de otras frustraciones más directamente sexuales. Digamos igualmente del éxito arquetípico sexual de Marilyn Monroe o Raquel Welch con los hombres. Pero volvamos al proceso de identificación ajeno a la directa relación objetual sexual. Artistas de cine, teatro, televisión, cantantes, modelos, campeones deportivos..., cumplen una función psicológica bienhechora superior a la que comúnmente se cree. Son parciales héroes (cada uno en una faceta) introyectables, para calma y aplacamiento de múltiples vacíos angustiosos de que consta nuestra vida. El comercio, la propaganda están seriamente basados en estos procesos de identificación. El éxito de los «pases de modelos», por ejemplo, se apoya en la introyección, en la asimilación personal del cuerpo de la modelo por parte de la señora que lo contempla, que posteriormente deriva al objeto traje o abrigo. Inconscientemente no le gusta tanto el traje que compró como la «facha» de la modelo que lo exhibió. Por eso los movimientos exhibidores de las modelos no son sexualmente excitantes, como puedan serlo los de las coristas. Aquéllas se mueven para gustar a las señoras.

El espectáculo deportivo está lleno de estas pequeñas pero primitivas acciones psicológicas tendentes a la recuperación del equilibrio. El equipo de fútbol favorito, «el figura», constituyen elementos complementarios. Tácheselos de sucedáneos; pero valen cuando fallan las sustancias originales para un perfecto equilibrio, cual sería la ausencia de conflictos personales, la plena satisfacción —aun a niveles inconscientes— con la propia realidad personal, la resolución de las tensiones y enfrentamientos entre el yo real y el yo ideal, el pacto permanente de paz entre el «ello» y el «súper yo». ¿Quién puede levantar la mano y decir que dispone habitualmente de estas profundas comodidades en su propia persona? ¿Quién es el envidiable ser liberado de angustias, de frustraciones, de conflictos interiores? A falta de pan, buenas son tonas. Por eso son tan útiles estos aliviaderos sucedáneos.

No es extraño que un simple aficionado, sumergido en las peripecias de un partido dominguero, sin que grite al árbitro, sin que increpe a los del equipo contrario, sin que se levante de su asiento, tranquilo, atento al juego, asombrado, se vea liberado al término del partido de muchas tensiones, vuelva a su casa sosegado, reemprenda al día siguiente la tarea semanal con nuevas fuerzas. Quieto en su asiento, sin hacer comentarios con nadie, ha participado en la competición, ha vivido la emoción, el rito visible de tan ancho espectáculo; ha tomado parte, co-protagonizado, en un acto de introyección de las virtudes del ganador, en una identificación con los colores triunfantes del club. Lleva el balón con el delantero centro; gana la jugada, por las muchas jugadas de la vida fallidas; mete gol, por las muchas veces que no ha hecho diana en la vida. Es fuerte, rápido, ágil, resistente. Es triunfador; es... casi un campeón. Y es, incluso, capaz de perder en noble y pública contienda, frente a frente, sin tapujos, sin disimulos, sin deformaciones. El espectáculo deportivo es una contienda arriesgada, abiertamente planteada. En ella participa cada tino de los espectadores, los cuales cumplen noblemente un rito caballeresco de lucha abierta, liberados de las secretas angustias almacenadas por las claudicaciones personales en la lucha oculta de la vida, por los consentimientos, complicidades, disimulos, bellaquerías.

Sucede, guardando las distancias, como en el teatro, donde el espectador vive las peripecias, discute, pacta y ríe, sufre y se engrandece con los protagonistas. El recinto, el ambiente, el clima, juegan un papel jurisdiccional dentro del cual valen y vinculan las reglas de la co-participación.

Fuera del sagrado recinto, estas acciones son mucho menos eficaces; de ahí la gran diferencia psicológica entre el teatro directamente participado y el televisado, por ejemplo. Y dígase lo mismo entre el espectáculo deportivo vivido físicamente y el participado por los medios televisivos.

Cada semana hay algún alboroto, alguna violencia en los, estadios. Pero cada semana, millones de seres humanos sencillos, sin pretensiones, no tan necesitados, como algunos pretenden, de permanentes retóricas intelectualizantes, regresan a sus hogares «catartizados», purificados; con menos participación cultural que los espectadores griegos en las tragedias de Esquilo y que los asistentes a un concierto de la Filarmónica de Viena —cierto—, pero básicamente nutridos, repuestos, recuperados, en alguna manera rejuvenecidos. La gente tiene también derecho a esta alimentación, por simple que sea, que purifica su metabolismo. Existen mejores manjares, ¡qué duda cabe!, pero éstos, más burdos, más groseros, son también reconfortantes.

En el afán de criticar las identificaciones «alienantes», se ha tachado a muchos de estos actos espectaculares de «regresiones infantiles». «Las grandes masas de espectadores» —dice Vinnai— mediante una identificación colectiva y autoerótica de tipo regresivo, con los actores, reprimen sus frustraciones diarias alienantes y así se ven llevados, como menores de edad, a su adaptación a las condiciones existentes.. «El deporte —según De Greef— sería para todos un eficaz medio de infantilización». Pero, procediendo con realidad: aunque así fuese ¿qué autor, qué pedagogo, qué filósofo o sociólogo ha logrado demostrar de verdad que junto a los procesos de buena maduración, adaptación del yo, necesarios y absolutamente deseables en la vida, no es necesario también atender y acceder a contentar al yo infantil que subsiste, que reclama y que protesta aun dentro del más fuerte y maduro yo adulto?

En la tarea de afinar el gusto socio-cultural de la gente —tarea de generoso pero dilatado alcance— no podemos olvidar que esta gente tiene que seguir alimentándose; que en su infancia no aprendieron exquisiteces; que, aun de cara a los niños, junto al exquisito caviar y salmón ahumado de los grandes temas políticos, culturales, científicos y sociales, subsisten el pan, la verdura y la patata del recreo simple. La capacidad de extasiarse con una fuga de Bach no está reñida —más bien está equilibrada— con el disfrute de una jugada, la sencilla y primaria emoción de un gol, la llegada de una carrera, aunque se trate de emociones un tanto primitivas.

Es inmensamente fácil hacer críticas a los groseros espectáculos deportivos alienantes. Todavía está por aparecer uno de esos avispados críticos que haya sido capaz, fuera de su crítica, de ofrecer al pueblo —al «sencillo pueblo», dentro del cual sitúo al verdadero intelectual— alimentos sustanciosos que cubran sus necesidades integrales, incluidos los metabolismos primitivos que siguen y seguirán teniendo.

¿EDUCAR A TRAVÉS DEL ESPECTÁCULO DEPORTIVO?

En el espectáculo deportivo intervienen, además, otros elementos primariamente significativos. Incluso en un partido de fútbol, de rugby, de hockey, no especialmente valorados por la armonía de los movimientos, se producen fases de indudable belleza. Si observamos ciertas manifestaciones como el patinaje, la gimnasia deportiva, el salto de esquí, el trampolín, palanca, competencias donde precisamente la belleza de ejecución es uno de los elementos de valoración, la dimensión estética del espectáculo adquiere noble entidad.

Un estadio donde se desarrolla una competición de atletismo es un reparto y condensación de belleza. Cada prueba en sí, independientemente considerada, es una síntesis de dramática y estética. Drama en la lucha manifestada, representada. Estética en las formas, en las perfecciones de los movimientos, sin las cuales no se puede rendir ni, por lo tanto, ganan. La coordinación de movimientos de un corredor de 100 m. lisos, síntesis de elementos independientemente tratados, como biomecánica, miología, fisiología del esfuerzo, técnica, pero aglutinados por la perfecta interacción cerebro-aparato locomotor e integrados en una unidad de orden superior por el espíritu del atleta, su voluntad, su dinamismo individual, y definitivamente recreados por el estilo personal, es, no sólo un gran espectáculo, sino una creación, una obra estética, elaborada y trabajada con el propio material humano y dramatizada en la expresión agonística sobre la arena cenicienta. Más allá — o más acá, más cerca del hombre— de las décimas de segundos, que es lo que perdura en clasificaciones de *rankings*, está la verdadera creación humana, una obra de arte ofrecida al espectador durante 10 segundos e inmediatamente esfumada, porque su exquisitez está reservada para breves, efímeros disfrutes.

En otra esquina del estadio, muy distinta y muy parecida escena. Salto de altura: cristalización de esfuerzos y amplios simbolismos acerca de la aspiración humana a su elevación y a su liberación de la propia masa, de la propia gravidez que entronca con todas las gravideces que el hombre soporta en la vida. ¡Cuántos miles de esfuerzos e incluso sufrimientos para aquilatar, para afinar un poco más la coordinación de movimientos entre todos los elementos del organismo! Es una lucha interior hacia la deseada unidad de la persona, donde no haya discrepancias ni desgobiernos. Algo parecido acaece en la banda opuesta con el salto de pértiga, cuyo éxito como tema fotográfico demuestra los ricos valores estéticos que posee. Y allá, centrados en un estrecho círculo, los afanes de los lanzadores de disco, gentes de importante «recomendación» a la hora de una valoración estética por el tratamiento clásico del tema.

En las clasificaciones, como ya hemos apuntado, se registran sólo metros y centímetros. Pero el ejercicio, el movimiento, la coordinación, consecuencias directas de un nivel de aspiración y una capacidad de integración, se ofrecen como valores espectaculares llenos de posibilidades educativas para el hombre de hoy. Una sociedad preocupada por medir la eficiencia ha convertido estas creaciones estéticas en cifras, comparables entre sí. El hombre de esta sociedad necesita volver a descubrir la belleza que él mismo es capaz de realizar y realiza en los estadios, en las canchas, en los múltiples terrenos competitivos. He ahí una yeta casi inagotable de recursos educativos.

Si del análisis de cada prueba pasamos al conjunto de la competición, a la pista con su sucesión y variedad de pruebas, con el ir y venir de los jueces, con sus vaivenes de tensión en las llegadas a la meta o en los momentos decisivos, con la expectación en las largas carreras, la concentración de los que están a punto de arrancar, la alegría del que acaba de triunfar, la serena resignación de los que han sido vencidos..., hallamos un espectáculo complejissimamente armónico, intensamente humano, siempre abierto a las sorpresas. Es un drama sin palabras, elaborado sólo con esfuerzo, movimientos y sudor, en el que cada cual juega su papel pero puede originar algo nuevo. Una competición de atletismo es uno de los más sorprendentes espectáculos estéticos con que se puede topa el hombre de hoy. Basta con que, al margen de las marcas —las cuales también tienen su emoción y valor—, el espectador sepa ver y admirar. Quizá sea *todavía*, por desgracia, un espectáculo para minorías. Aunque no precisamente para minorías sofisticadas, por muy exquisitas y cultivadas que ellas se autodesignen. El hombre que con su cuerpo es capaz de correr, saltar y lanzar y, mediante ello, es capaz de expresarse a sí mismo en su afán de superación, de control, de aspiración, ha convertido estos actos primitivos, primero en juego creador, después en competición y posteriormente, aunque sin pretenderlo, en espectáculo estético. Ésta es la raíz de cierta superioridad del atletismo como espectáculo sobre algunos deportes artificiales: su permanente naturalidad.

Esta característica se da también en otras modalidades como la lucha, el boxeo, la equitación, el remo, el piragüismo, la vela, el montañismo. En general, éstos y otros parecidos deportes tienen la ventaja de la naturalidad sobre el artificio.

Lejos de toda pretensión de exponer listas y comentarios acerca de estos deportes, no se puede resistir del todo la tentación de alguna expansión admirativa referente a alguno de ellos, precisamente porque en su intrínseco valor estético está su capacidad educativa.

Sobre equitación, por ejemplo, se han escrito muchas y nobles páginas. La compenetración de hombre y caballo, tan usada en la tradición bélica, ha servido también para crear juegos nobles y espectáculo. El hombre gobernante de sí mismo y de otro animal, reinstaurada entre ambos una relación antigua, ejemplar, parece convertir la naturaleza del bruto en prolongación neurológica de sí mismo. Hombre y animal en unidad de acción, con reflejos condicionados fusionados, repiten el viejo uso de la historia, pero no como mero objeto utilitario «para trabajar o para guerrear» sino para ejecutar destrezas y crear asombros. En el juego unísono de hombre y caballo se ofrece una síntesis, una decantación del diálogo entre el hombre y lo más noble y perfeccionado de la Naturaleza, el animal superior. Hay señorío del hombre sobre esta alta naturaleza, pero hay también obsequio del hombre a ella, respetuoso acercamiento; estudio y compenetración afectiva. El deporte del jinete sobre el caballo intentando logros superiores constituye, aparte de todos los valores de autocontrol, esfuerzo, perseverancia, etc., una lección de respeto y arte a la vez. Como el jinete mima y exige al animal, así el hombre científico, la ciencia, debe exigir y penetrar en la Naturaleza, pero respetándola, mimándola. Así debe incluso el hombre comportarse con el hombre, con la sociedad. El juego deportivo jinete-caballo es una bella lección de esforzada, inteligente, exigente, comprensiva y respetuosa humanidad.

Quisiera que la persona que haya leído las páginas anteriores referentes a la cloaca hubiese tenido la benevolencia de llegar hasta aquí. De esta manera no se formará una idea parcial de mi opinión sobre el espectáculo deportivo. Esta valoración estética del deporte-espectáculo está menos estudiada, poco divulgada. Y, sin embargo, es una dimensión real, llena de posibilidades pedagógicas.

El espectáculo deportivo como canalización instintiva cumple una función importante. Pero no se puede ignorar la trascendencia que éste puede adquirir por la vía cultural, en orden a la creación de unos valores positivos, cuyos alcances no están todavía medidos.

El estudio y la consiguiente divulgación de esta manera de entender el espectáculo deportivo está en gran parte en manos de los profesionales de la información. Indudablemente resulta más sensacionalista descubrir violencias, publicarlas, estimular las rivalidades de grupos, locales, regionales, nacionales, valorar exclusivamente los resultados, incitar al triunfo por el triunfo, aunque éste sea conseguido de cualquier manera. La valoración estética del espectáculo deportivo exige, en primer lugar, unos profesionales capacitados ellos mismos para captarlo y entenderla y, en segundo lugar, la decisión de elegir una vía menos fácil y menos ruidosa para realizar la información deportiva. Entrevistar a un futbolista famoso acerca de si le apretaban las botas y si cree que va a ganar en el próximo partido es inmensamente fácil. Enfocar la entrevista quizá con un deportista no tan famoso, pero capaz de pensar y hablar hacia valores humanos, estéticos de su actividad deportiva, no lo es tanto. Azuzar a un público hacia las simples apetencias primitivas del triunfo es una tarea vulgar que no exige relieve profesional; intentar descubrir a ese mismo público los valores humanos, sociales que existen en su afición favorita, pide hombres exigentemente formados y dotados de un sentido de responsabilidad social. El informador deportivo no sólo ha de responder a lo que el pueblo pide —cosa que indudablemente debe respetar— sino que ha de informar al pueblo acerca de valores que están latentes en sus aficiones y que quizá aún no haya descubierto. Ésta es una de las funciones de la «educación permanente», una de cuyas parcelas compete al informador deportivo. Esta educación permanente no tiene por qué estar alejada de un suceso tan extendido y tan constante en el mundo de nuestro tiempo como el espectáculo deportivo.

Volviendo por pasiva la observación hecha unas páginas atrás, no basta con «echar» de comer al sector más ignorante del pueblo las bellotas que él pide espontáneamente —cosa a la que se limitan ciertos informadores—. Hay que enseñarle a saborear otros alimentos, otros manjares que, después de haberlos digerido, terminarán incorporándolos a su dieta habitual y reclamándolos. Hay que al pueblo lo que pide, sí, pero después de haber cumplido la certera obligación de informarle honestamente y educarle. En esta línea de

acción cultural-educativa, coinciden todos los tratadistas de la agresión, tanto los defensores de la teoría instintiva como los del aprendizaje. El hombre de esta sociedad agresiva necesita valores culturales y cívicos para ir superando su agresividad. Es importante descubrir algunos de estos valores en los mismos: hábitos y aficiones que espontáneamente practica y vive. Ésta es una de las grandes y más urgentes tareas en el estudio serio y desestereotipado del deporte.

A través del espectáculo deportivo, junto a los valores estéticos que hemos apuntado, puede el hombre aprender a valorar las realizaciones de otros países —«internacionalismo»—, a respetar las instituciones deportivas —aspecto parcial de un ámbito más general de «institucionalización» social—, a reconocer los valores humanos decantados en un campeón —hombre eminente en una faceta de la vida—, a respetar a unos profesionales que se entregan con pasión y responsabilidad a su trabajo —ejemplaridad en el profesionalismo—, etc. Respeto, buen sentido, reconocimiento, valoración de la belleza... He aquí una serie de posibilidades educativas, de valores robustecedores de la persona superior que pueden ser aprovechadas en una buena planificación del espectáculo deportivo. No se trata de lucubraciones puramente teóricas ni utópicas. Se dan ahí, en ese espectáculo contemplado desde la grada; se derrocha y se repite millares de veces a la semana, y, por desgracia, millares de veces se desperdicia.

Pero, con todo, su realización concreta, su aprovechamiento, no será fácilmente logrado sin pandes esfuerzos. A esta zona intermedia entre la pura lucubración y la acción práctica apuntan generalmente los *slogans* programáticos, las declaraciones, las soflamas que generalmente son emitidos para exhortar a una educación de la persona que vaya superando sus hábitos agresivos.

Es desolador comprobar cómo un hecho social de tan vasta dimensión cual es este espectáculo deportivo de nuestro tiempo, que llena diariamente tanto espacio y tiempo informativo de todos los países del mundo, está todavía tan poco seriamente estudiado en su dimensión cultural. Se ha tratado mucho más —tampoco lo bastante— la dimensión cultural, la capacidad formativa del deporte-«praxis». Pero el espectáculo deportivo conoce fáciles y estereotipadas críticas, pocos trabajos serios y casi ninguna orientación relativa a su posibilidad cultural.

De cara al conflicto de la agresión en el deporte es éste un campo de posibilidades casi vírgenes. Con todos sus riesgos de masificación, de primitivización, ahí está este espectáculo como realidad estética, como procedimiento estructurable de entendimiento por parte de diversas colectividades, como institucionalización coherente y cohesiva, como lugar común de convivencia, como igualación de vivencias, etcétera. El espectáculo deportivo puede ingresar de lleno en la línea de las programaciones cultivadoras que preconizan unos y otros para ir desarraigando del ser humano los comportamientos de primitiva agresividad. En este avasallador hábito de nuestro tiempo, tan «masificador», «primitivo», «infantiizante», «alienante», «ensordecedor», «embrutecedor»..., se albergan enormes posibilidades de cultivo humano superior, de promoción del respeto mutuo, de aprendizaje a la convivencia y al descubrimiento de los otros...

Existe un hecho que con frecuencia olvidan los detractores y que igualmente puede pasar por alto a los panegiristas: el deporte en general, y en concreto el espectáculo deportivo, es producto de una sociedad. Es parte constitutiva de esa sociedad. No puede ser vituperado como agente maleador de la sociedad siendo la sociedad misma; ni se le puede ofrecer ingenuamente como remedio de algo de que él mismo está constituido. El gran deponer de nuestro tiempo es algo constitutivo de nuestro tiempo: malo y bueno con la maldición y la bendición de su propia época. El deporte de hoy es sociedad de hoy. La agresividad en el deporte no puede despojarse de las provocaciones generales de la época. La violencia, y en general todo tipo de manifestación agresiva, está positivamente relacionada con ciertos caracteres sociales, tales como la superpoblación, el desorden social, el agigantamiento urbano, la inseguridad personal y social en general. Así, por ejemplo. C. M. White deduce tras la anteriormente citada investigación:

La necesidad de éxito en el resultado deportivo está relacionada con el grado de inseguridad de la estructura social de la comunidad donde se juega el partido. Las manifestaciones de violencia tipificadas en mis análisis como ejemplos de la violencia «moderna» están de acuerdo con el análisis de Tilly de la violencia colectiva moderna que se engendra bajo el ímpetu de la industrialización, la urbanización, el crecimiento de la población, la migración rápida de las regiones rurales a las urbanas, y las asociaciones económicas y políticas persistentes (221^{bis}).

«Cuando examinamos las incidencias de la violencia destructiva y la lucha en nuestra sociedad —añade por su parte J. P. Scott— hallamos que está asociada a la *desorganización* social de diverso tipo». (190). Y Lüschen: «La agresividad deriva en última instancia de unas realidades estructurales sociales» (136).

La agresivotropía animal desencadenada por el amontonamiento es una convicción comprobada desde los niveles experimentales con las ratas de Calhoun hasta las prospecciones macrosociológicas. Se varía de la lucha abierta al comando secreto, del asalto armado a la amenaza unánime, de la guerra fría al secuestro. Según las circunstancias y hallazgos técnicos, la violencia adopta formas cambiantes, pero actúa tanto más cuanto el hacinamiento es más denso, salvada la observación de Genovés acerca de la naturaleza circundante.

El deporte inmerso en esas grandes aglomeraciones urbanas, parte constituyente de ellas, usado incluso muchas veces como una de sus argamasas sustentadoras, no puede dejar de ser agresivo.

Esta agresividad se ve incrementada por la inseguridad.

No le toca al deporte ni a sus estructuras ni a sus dirigentes resolver los problemas del hacinamiento urbano. Es responsabilidad de urbanistas, sociólogos, políticos... Ni eliminar la angustiosa inseguridad que siente el hombre con la amenaza de una guerra atómica, de una destrucción global. Es asunto de políticos, de estadistas, de diplomáticos, de las grandes organizaciones internacionales.. - Ni eliminar las injusticias que hay en el mundo, máxima fuente de frustración. Es tarea de gobernantes, de sociólogos, de juristas, de los grandes estados...

El deporte-espectáculo convive con todo ello. Es producido por el mismo hombre que a estas alturas de la historia vive inmerso en estas realidades. Un hombre evidentemente angustiado. Por ello, más por su vieja historia litigante, más acaso por su raíz ancestral, es agresivo. El hombre, aparte de que traiga o no agresividad en sus genes, se instala, nada más nacer, en una circunstancia agresiva.

Precisamente las demandas estructurales de esta sociedad contemporánea presionaron en esa actividad humana llamada deporte —primordialmente actividad— para elevarla a la actual categoría de gran espectáculo. Es esta sociedad nuestra, Insegura, amontonada, llena de avides y sensacionalismos, la que ha convertido el deporte-juego, el deporte-actividad en gran deporte-espectáculo sobre el que, a su vez, han caído todas las características agresivas, litigantes de nuestro tiempo.

Si se llegase un día a comprobar que el espectáculo deportivo es pernicioso y, consecuentemente, se le hiciese desaparecer, la sociedad —si sigue tal como es actualmente— se inventaría otro ámbito, otra moda sobre la que volcar estas incoercibles apetencias que hoy descarga en los estadios. Es fácil elaborar programas teóricos. Realizaciones prácticas.. - ya son harina de otro costal. Al verdadero socio-educador no le preocupa tanto deslumbrar con unas teorías acerca de los errores de nuestros «urbanizamientos», cuanto descubrir los medios de tomarlos habitables, menos contaminados, más humanos. Como con las grandes urbes y con los poderosos tinglados industriales hay que hacer con el deporte. Ver cómo puede ser mejorado. Para ello es menester, con toda honestidad, incrementar los esfuerzos de conocimiento, esforzarse por saber qué es, cómo se ha estructurado en su forma actual, qué errores se cometen para intentar disminuirlos y qué valores posee para promoverlos. En esta situación está el deporte-espectáculo; ocupando una gran parcela de la sociedad de nuestro tiempo, arrastrando con automatismo a grandes masas; por ello discutido, vituperado. Pero en el fondo desconocido. El espectáculo deportivo es quizá la criatura más voluminosa y más disputada de nuestro tiempo, la más usada y explotada —dejando a un lado el petróleo y las fuentes de energía— y, al mismo tiempo, la más ignorada. La desconocen sus propios protagonistas y seguidores, y también sus detractores. Es triste que esto suceda a los primeros, pero es además injusto que ello ocurra también a los últimos. Porque si es lamentable que se aprecie una cosa que se desconoce, es intolerable que se la critique.

De todas formas, si del cultivo de la poesía, de la música, de las artes en general, de la ciencia, puede afirmarse, siguiendo la unanimidad de los educadores, que se derivan actitudes y valoraciones *culturales* directa y activamente participantes en un desarraigo del hábito agresivo, no se puede afirmar lo mismo, y mucho menos con unanimidad acerca de los espectáculos deportivos. Existen en ellos valores culturales, se

pueden ejercer mediante ellos acciones elevadoras, pero el espectáculo deportivo es una entidad que se sustenta sobre las situaciones masivas, con todas las características pendulares y primitivas de las masas.

Por consiguiente, sin desdecirme en nada de las páginas que anteceden, no es a nivel de cultura superior como hay que valorar sobre todo al espectáculo deportivo, sino a nivel de conducta primitiva, casi de conducta mecanizada. Por eso es especialmente fascinante la concreta y tremenda realidad de esos mecanismos de defensa (o de adaptación del yo) que el ciudadano medio de nuestro tiempo, la inmensa mayoría de nosotros los hombres, podemos hallar en el espectáculo deportivo. Desplazamiento, proyección, identificación..., y otros que podríamos igualmente describir, son conductas semiautomáticas, sutiles modos de evasión y hallazgo, cargados de concretas soluciones —aunque elementales y vulgares— para el complicado problema de la agresión humana. «Soy consciente —dice F. Fülcker— de que lo que no sea una propuesta de soluciones prácticas y concretas para unos problemas concretos y reales se convierte, si no en una abstracción, en simple retórica y en un sermoneo» (92).

Eso es lo que hay que evitar por encima de todo. Si a alguien le huelen a sermoneo las últimas páginas que preceden, que prescinda de ellas. Teoría, si eso es lo que modestamente se intenta y se seguirá intentando. Pero teoría legitimada en la sinceridad de los planteamientos y en la búsqueda esforzada de los hallazgos y los datos abiertos. No una teoría lucubrate, apriorística y retórica. La verdadera teoría es lo más opuesto a la retórica. Es ésta, la retórica, lo que se vitupera cuando se rechaza a alguien diciendo con tono despectivo: «es un teórico». Nuestra época precisamente se resiente de la falta de teóricos que capten el arsenal de hallazgos científicos y estructuren de nuevo al hombre la visión del cosmos y del hombre mismo. Por eso, por si acaso nos hemos despegado un tanto del palpo de la realidad, cerramos este capítulo del espíritu deportivo en cuanto posible entidad educativa. Sea el más corto por ser el más inconcreto, el menos sujeto a comprobación. Aunque no deje de ser apasionante.

ESA «VÁLVULA DE ESCAPE»: EL ESPECTÁCULO DEPORTIVO

Tras este somero análisis de las posibilidades que la agresividad encuentra como constituyentes, como derivados y como posibles controles en el *deporte-«praxis»*, demos paso al otro campo, mucho más conflictivo, el del *espectáculo deportivo*.

En una reciente publicación en dos espléndidos tomos, editada por «Difusora Nacional», con buen aparato fotográfico y cierto empaque crítico, titulada *100 años de deporte (del esfuerzo individual al espectáculo de masas)*, dice Vázquez Montalbán:

Sociólogos, antropólogos, sicólogos estudiaron el deporte bajo el prisma de la supuesta tendencia agresiva del hombre. Si un antropólogo *best seller* como Morris ha podido llegar a la calificación de «mono desnudo» ha sido gracias a orientaciones posteriores siempre dirigidas en el mismo sentido. Afortunadamente empiezan a apreciarse síntomas de una reacción cultural contra el prejuicio de la agresividad latente en el hombre, línea nueva corriente está empeñada en demostrar precisamente todo lo contrario. La «agresividad animal» está dirigida exclusivamente hacia la supervivencia: el animal sólo mata para poder comer; nunca a los miembros de su propia especie. El hombre se organizó socialmente para sobrevivir y la guerra como forma de exterminio legal de su semejante fue un hecho cultural, no instintivo. De la misma manera que se adquirió esta fórmula cultural puede adquirirse la opuesta de mediar una racionalización en las normas que rigen la convivencia. ¿Cómo explicarse, pues, la agresividad en el deporte? Indudablemente como una válvula de escape, no del instinto agresivo del hombre, sino de las presiones que una determinada organización de la vida le llevan a tener que reprimir una agresividad latente, raras veces auto-clarificada. Esta agresividad aparece clara y abundantemente entre los «fans», entre los «hinchas» (214).

Dejando a un lado ciertas simplificaciones imprecisas, como la de que «el animal sólo mata para comer, nunca a los miembros de su propia especie», quiero resaltar esa consideración acerca de la agresividad en el deporte «como una válvula de escape... de una agresividad latente».

El citado autor, que prefiere apuntarse al significado no instintivo de la agresión, acepta, no obstante, como los especialistas a quienes se anima, que hay una agresividad *latente*. Hay una agresividad, ¡una enorme, tremenda, preocupante agresividad en la Humanidad de nuestro tiempo! Éste es un hecho incuestionable (baste recordar las listas aportadas en páginas anteriores).

En la tarea, que a todos nos toca, de ayudar a la erradicación de las formas violentas de la agresividad, o de la agresividad misma, todos estamos de acuerdo en que es menester mejorar los sistemas de convivencia, mejorar las normas, aquilatar los valores motivantes de la conducta, eliminar miles de prejuicios y estereotipos. Cuando toda esta ingente y nada clarificada labor se haya podido programar sin disconformidad en el mundo (¡!) unas generaciones de niños estarán amasando su yo y su súper-yo, internalizando unas normas de conducta alejadas de las maneras violentas. ¿Cuándo sucederá esto? Con el mayor de los optimismos, ¿dentro de diez, de ocho, de cinco generaciones? Entre tanto, hasta el año 2100 ó 2200 —sigo viendo mucho cándido optimismo— durante estos próximos siglos, la Humanidad seguirá viviendo, conviviendo, rivalizando. Aunque el hombre no sea agresivo constitucionalmente —cosa de la que sigo dudando seriamente— queda agresividad para rato.

Entonces, junto a programas de nobles frontispicios, junto a declaraciones de principios y redacciones de cartas humanísticas, frente a beneméritas campañas de caridad, frente a laicas beaterías acerca de la bondad humana — más cándidas que las clásicas beaterías hoy en curioso desprestigio— hemos de agarrarnos cuanto se pueda a lo que encontremos a mano y sirva para aliviar, para descongestionar, aunque ello, lejos de constituir una bienaventuranza programática, sea una simple y vulgar válvula de escape.

En los organismos vivos, lo mismo que en los artificios mecánicos, todos los elementos son necesarios. Unos son más nobles que otros, más representativos; pero a la hora de vivir, o de funcionar, todos son igualmente importantes. Porque cada uno se apoya en los demás, y todos en cada uno. Cierto: el organismo vivo tiene suplencia ante determinados fallos, sus energías de refresco, de alarma, robadas a otros sectores; pero talesavas supletorias consumen el organismo como tal, lo merman, lo dañan. Tal puede suceder en el súper-macro-organismo de la Sociedad. Para su buena marcha, para su equilibrio y su paz, son necesarios tanto los solemnes Parlamentos y Cortes

legislativas, las asambleas de asociaciones internacionales, las declaraciones de derechos humanos, de respetos populares... llenos de palabras nobles; como los vivideros y solanas comunes, llenos de palabras vulgares; e incluso los lugares de desahogo pasional colectivo, aun con palabras a veces soeces.

La existencia de muchos de estos vaciaderos de excrementos morales (o instintivos) humanos, permiten la corrección y ética en los Parlamentos.

Y lo mismo que a nivel internacional o nacional sucede a niveles locales. Cada ciudad tiene su ilustrísimo Ayuntamiento y sus eficaces cloacas. No Quiero con esto decir que acepte tranquilamente sin mas que al espectáculo deportivo se le llame cloaca. No lo acepto en el sentido peyorativo y de frecuente uso metafórico. Pero no rechazo que se le pueda llamar así en su importante e imprescindible papel de aliviadero, en su función liberadora, purificadora. Esto puede ser el espectáculo deportivo: una purificación no sagrada, necesaria rienda suelta de muchas secretas bestezuelas que llevamos cada uno de los personales componentes del actual macro-organismo social.

Al espectáculo deportivo acuden los malos modos de la sociedad de hoy; los malos modos de barrio, los de pueblo, de ciudad, de país, del mundo. Cada uno tiene sus módulos. Los malos modos exhibidos más estentóreamente a niveles mundiales tuvieron lugar en Munich, en septiembre de 1972. Recordemos:

En el transcurso de una madrugada de septiembre de 1972 un comando palestino logró entrar en la residencia de los atletas de Israel. Algunos de los deportistas israelíes hicieron resistencia, y resultaron muertos un entrenador y un levantador de pesos. Inmediatamente las fuerzas de seguridad de la República Federal Alemana rodearon con toda clase de efectivos militares la residencia israelí. Dentro permanecían los asaltantes con un numeroso grupo de atletas como rehenes. Pronto cundió la noticia por toda la Villa Olímpica. Atletas, entrenadores, periodistas y dirigentes se hallaban consternados. A las pocas horas, la ciudad de Munich y el mundo entero tenían pleno conocimiento del más grave suceso sangriento y político en la historia de los Juegos Olímpicos. Los detalles de las confusas negociaciones, de las propuestas, promesas y aceptaciones por parte de los guerrilleros y de las autoridades alemanas fueron ampliamente comentadas en su día por la prensa y han pasado a ser anécdota histórica de la violencia de los tiempos modernos. El resumen se concreta en la promesa de aceptación por parte de las autoridades de las propuestas hechas por los guerrilleros. Desde la ciudad olímpica partieron en helicóptero hasta un aeropuerto militar los secuestradores, los secuestrados y las fuerzas policiales y autoridades. Cuando se iba a producir la liberación de los rehenes se produjo un total apagón al cual siguió una enorme confusión. Los tiradores especializados de la policía dispararon sobre los secuestradores, pero éstos consiguieron antes hacer volar el helicóptero donde se encontraban los rehenes deportivos.

El desenlace produjo consternación en todo el ambiente olímpico y en el mundo entero. Durante una jornada entera fueron suspendidas las competiciones de los Juegos. El Comité Olímpico Internacional tuvo urgente y prolongada reunión para tomar decisiones. Al fin se aprobó el acuerdo de que los Juegos continuasen. La prensa, los comentaristas especializados, los círculos deportivos y extradeportivos del mundo entero produjeron toda clase de comentarios, entre los cuales predominó la decepción de mucha gente con respecto a la labor pacificadora de los Juegos Olímpicos.

Muchos intelectuales, incluso, se rasgaron las vestiduras frente al deporte. «Es una farsa.» «El olimpismo no tiene nada de pacificador.» Dijese lo que dijese Coubertín, y luego Brundage y Killanin, los Juegos Olímpicos son una exacerbación de las rivalidades nacionales. La *pax olímpica* es una comedia; el *fair play*, una utopía. Y, entre otras consecuencias, como estos graves eventos internacionales están generalmente organizados o, al menos condicionados y aceptados por los poderes públicos de unos u otros países, las agresividades anti-oficiales se despacharon a placer contra gobiernos, estamentos, sistemas. He ahí al olimpismo, al deporte, zarandeado.

¿ Había tenido algo que *ver* directamente el olimpismo con el problema árabe-israelí? Naturalmente que no, aunque los responsables del secuestro en sus declaraciones afirmarán que querían demostrar públicamente la contradicción existente entre el pacifismo olímpico y la angustiada política a que estaban sometidos los pueblos árabes. Lo que resulta indudable es que el conflicto árabe-israelí existía al margen del olimpismo por razones totalmente ajenas a él y, desde luego, de los Juegos de Munich. Pero éstos, los Juegos, iban a ser el suceso popular más abierto y llamativo a nivel mundial del año 1972. Era una ocasión única para manifestarse, para llamar la atención, para dar una lección

al mundo entretenido y confiado y mostrar unas reivindicaciones y una fuerza. Un belicismo existente en el mundo se *manifestaba* en el terreno deportivo.

Hace ya algunos años han comenzado a aparecer algunas agresividades específicamente dirigidas contra el gran deporte-espectáculo. Quienes van contra el *establishment* se ponen en contra de todo lo que discurre sin enfrentamiento con el *establishment*. Por eso atacan en general al deporte, porque éste, con su vigorosa vida popular (el deporte es, en definitiva, vida del pueblo) sirve para sostener la vida presente y, consecuentemente, el *establishment* en un momento dado. También es verdad —y éste es un capítulo muy significativo del deporte de nuestro tiempo— que hoy todos los *establishments* de uno u otro color y sistema tienden a usar el prestigio deportivo como propaganda y justificación¹.

El deporte crece, se extiende. Es objeto de entusiasmo, de preocupación, de polémica. Pero sigue siendo considerado, sobre todo a nivel de la oligarquía del pensamiento ni siquiera como una subcultura, sino como un subproducto. Una actividad humana de rango inferior. Una realidad social con la que hay que convivir y pactar, como se pacta con los tics nerviosos de la propia persona. Sin embargo, los políticos, bien avisados, lo usan y lo manejan; se sirven de él. El deporte en su versión espectacular es un dios menor de nuestro tiempo. Pero, al fin y al cabo, un dios. ¿Podría hoy nuestra sociedad prescindir de golpe del espectáculo deportivo.

LOS MECANISMOS DE DEFENSA: ESE IMPRESCINDIBLE EQUIPAJE

Un oficinista tiene un jefe autoritario, exigente, poco delicado. Cada mañana, cuando va camino de la oficina, mantiene decisivos monólogos: «De hoy no pasa. He de cantarle las cuarenta...» Minutos después, cuando el director le llama a su despacho: «Lo que usted diga, señor director.» «Ha tenido usted una gran idea.» «A sus órdenes».

La agresividad contenida ha quedado *dentro*, *autodestructora*, bien en forma de principio neurótico obsesivo-compulsivo o de simple ansiedad, o con reacción conversiva productora de alteraciones digestivas, cardíacas.

La acumulación, día tras día, de estas tensiones vulgares, unidas a otros muchos pequeños o grandes conflictos de la vida, pueden producir estragos en la conducta o en la salud. La naturaleza tiende a rechazar espontáneamente, automáticamente, estos perjuicios, estas contrariedades y puciones de la vida, y busca por dónde darles salida. El individuo se muestra agresivo. Sus amigos y, sobre todo, sus inferiores pagan el pato.

El domingo, en el graderío del fútbol, el oficinista contempla apasionadamente un partido. El árbitro ha tenido un error —o él lo ha visto así— contra su equipo favorito. «¡Es un inepto, inútil, sinvergüenza!, etc.» Importantes gritos liberadores de tensión angustiosa. Ha desplazado hacia ese árbitro la agresividad acumulada contra su jefe. El lunes por la mañana en la oficina disfruta de más tranquilo humor.

Se ha puesto en marcha un simple mecanismo de defensa que Freud llamó «desplazamiento» y que consiste en un comportamiento inconsciente, universalmente aceptado hoy por los psicólogos, que llena nuestra vida cotidiana. Hay muchos esquemas simples de este mecanismo. Por ejemplo, el hombre multado por un guardia de tráfico a quien *no se atreve* a responder porque recibida de *él una* mayor punición. La contrariedad queda dentro. Llega a casa y descarga su mal humor (agresividad contenida) con su mujer o con su hijo. Éste, injustamente castigado, la emprende con un objeto o con el gato. Otro esquema típico es el del niño que, llevado por la envidia hacia su hermanito menor, más mimado y atendido *que él*, un día le golpea. Recibe por ello un castigo de su padre. En la siguiente ocasión, ante el temor de la punición paterna, descarga su agresividad con un *muñeco* o un objeto.

Pero junto a estos esquemas simples existe una red de esquemas o interconexiones complejísimas. Estímulos generadores de ansiedad, de *tensiones* no liberadas nos rodean sobre todo en la vida moderna. El ruido, el tráfico, la falta de tiempo, los compromisos sociales *artificiosos*, la imposibilidad de quedar bien con las amistades, la vida laboral, monótona y encasillada, la inundación de la burocracia y la impotencia para dialogar con ella... constituyen tensiones que se acumulan y refuerzan muchas veces frustraciones básicas más importantes como los problemas económicos, la imposibilidad de atender suficientemente a la familia, las enfermedades, los fracasos profesionales,

¹ Ver el capítulo Breve notificación histórica, de la obra *El deporte en la sociedad actual*, Cagigal, J. M., Ma., 1975, serie RTV.

etcétera. Todas estas presiones se acumulan sobre la persona, que, por *mucho* control que tenga, se ve desbordado por ellas. «Perdóname, pero no podía más; necesitaba desahogarme» Son frases frecuentísimas que revelan la necesidad de escapes agresivos que nos asaltan *asiduamente*.

El hombre necesita desahogos. La misma inseguridad vital, el hecho conflictivo de existir carga al hombre de angustia fundamental. Al hombre siempre le preocupé la muerte. Las religiones han suprimido en gran parte estas angustias. Diversas filosofías de sesgo estoico han contribuido a crear en la Humanidad un hábito de *superación*, de resignación, de sublimación. Pero la angustia básica, que brota del hecho de vivir, subsiste en nuestro tiempo. El hombre inventa «seguros» «pólizas» y garantías. El éxito de estos llamados «seguros de vida», de «invalidez» de «accidente» que inundan las sociedades desarrolladas es la más patente prueba de la angustia que brota de la seguridad del hombre. Y ya no es solamente la angustia de la muerte, sino la originada al sentirse el hombre zarandeado cada vez más por un creciente complejo de fuerzas incontrolables. A la angustia básica de la muerte, por el hecho de existir, *en* el hombre de hoy se acumulan múltiples angustias, más livianas, menos tremendas, pero activas, permanentes, usadas unas con otras. Hay días en que todo nos cae mal. La actitud agresiva es *una* de las más directas consecuencias de la frustración. Así se genera y se extiende, como nube de contaminación, la agresividad y la violencia incorporada a todos los niveles y esquemas de la vida humana.

Las tensiones angustiosas básicas incrementadas en la vida contemporánea por la aglomeración, las poluciones biológicas y morales, el hacinamiento urbano, etc., son el gran caldo de cultivo para las manifestaciones de la agresividad en sus formas más violentas. La agresividad trasplantada de los campos de batalla a las calles, aeropuertos, oficinas, carreteras... es la más extendida lacra de nuestro tiempo. Y este ambiente alarmante, recordado diariamente por la prensa y los noticiarios, esta permanente inseguridad, es a su vez origen de nueva angustia. Constituyen un círculo vicioso, un perfecto ciclo de realimentación, ¡Eduquemos al hombre para que «aprenda» a no ser agresivo! Las religiones, muchas teorías filosóficas, lo han hecho desde hace siglos. Y el hombre no ha «aprendido». Ciertos moralistas abogan por el cambio de métodos. «Por lo menos la imagen del hombre nuevo no agresivo, pacífico, altruista, conviviente, culto. Que sea él la imagen que los niños del futuro vean y palpen desde la infancia». Todo ello es hermoso. Ubres de tradiciones y estereotipos, debemos estar dispuestos a colaborar en esta tarea; dispuestos a ceder en muchas convicciones discutibles.

Pero esta tarea enormemente compleja constará de acciones a muy diversos niveles de conducta; desde los grandes principios hasta los menudos aprendizajes. La gran obra de crear principios coincidentes de mutuo respeto ha de ser robustecida con todo tipo de acciones elementales, primitivas, que puedan ayudar al hombre a liberarse de tensiones. Y *en* esta búsqueda de recursos fáciles al alcance de la mano advertimos que el espectáculo deportivo puede suponer un útil instrumento secundario, si se quiere subalterno, pero de enorme eficacia práctica. Un instrumento de saneamiento ambiental.

Las masas de espectadores de los estadios pueden ser peligrosas. Toda masa puede ser peligrosa². En la masa enardecida el individuo incurre en una especie de alienación que libera sus mecanismos primitivos de comportamiento. Desaparece toda inhibición de origen cultural y posiblemente incluso algunas inhibiciones de equilibración instintiva. El individuo en la masa, despersonalizado, anulado por la uni-dimensionalidad actuante, reforzado por el contagio físico de la acción vecina, es capaz de cualquier cosa. Y cualquier cosa (todo) han sido capaces de hacer en la historia as masas de hombres —que no humanas.

El peligro de una aglomeración deportiva está ahí, en su posible masificación. ¿Conviene que la sociedad esté expuesta periódicamente a tal estado de desmesura masiva?

Parece un problema difícil de resolver. Pero quizá no lo sea del todo. Un control estadístico de los sucesos violentos originados por conductas masivas de este tipo podría dar a los responsables un índice de la inminencia del peligro. Si éste ascendiese en el futuro, habría que plantearse el tema de la abolición de las aglomeraciones espectaculares del deporte.

¿Hacia qué terreno se canalizarían entonces dichas desmesuras masivas? Que no me responda el utópico socio-pedagogo que a ninguna parte, que hay que hacerlo desaparecer. En el peor de los casos, mientras no hayan surgido

² Ver en cap. «Psicología de las masas», (J. Ma. CAGIGAL, *Hombres y deporte.*, 1967. pp. 149 y ss.) una comparación entre masa, y público.

en esta compleja «civitas» compuesta por los hombres de nuestro tiempo otras conducciones patentes, probadas y comprobadas, otros vertederos por donde expulsar la mucha inmundicia psicológica que metabolizamos en nuestro comportamiento individual y social, sería terriblemente peligroso, criminalmente irresponsable, eliminar los que actualmente existen. Sobrevendrían monstruosas retenciones. El organismo de la sociedad podría reventar.

Aquí, relegado al más humilde de los menesteres, con realismo y humildad, el deporte-espectáculo demuestra que es capaz por lo menos de cumplir funciones trascendentales para la subsistencia del organismo social. Con peligro de desmesuras, con sucesos, a veces nada edificantes, con alborotos y violencias, pero salvador, higiénico, liberador, el espectáculo deportivo es hoy un sólido canal por donde y se avientan poderosos secretos y vergonzantes metabolitos que no se sabe dónde podrían ocultarse de no tener estas oxigenadoras aberturas.

Pero, además, el espectáculo deportivo es susceptible de acción educativa. El comportamiento de la masa tiene en realidad mecanismos más simples que el comportamiento individual. Una colectividad presente se convierte en masa merced al desencadenante de una o varias consignas elementales que se asientan en una cualquiera de las apetencias más o menos primitivas de cada individuo. «Igualdad de derechos», «igualdad de clases», «abajo el opresor», «salvemos a la patria», «defendamos el pan de nuestros hijos», «justicia», «venganza», «fuera el invasor», «libertad»... He ahí, mezcladas, algunas de las muchas consignas —aptas para direcciones políticas opuestas— que convierten fácilmente a una colectividad en masa actuante. Todo ser humano anhela bienestar, tranquilidad, libertad, seguridad, protección de unos mínimos valores personales. Para uno u otro contexto político pueden ser usadas estas tendencias primordiales que se asientan en los primarios instintos de defensa o de conservación. Fuera de la política, en otro orden de valores, se llega también fácilmente al manejo de pulsiones humanas elementales: la afirmación del yo, del propio grupo: «ganar», «vengarse», «prosperar»... Son principios instintivos elementales en la lucha por la existencia, que pueden actuar también en la ritualización de una competición deportiva.

La masa es equivalente en su comportamiento a un yo generalmente infantil, primitivo. Pero se puede librar a una colectividad de caer en la conducta masificada con el mantenimiento de ciertas consignas culturales simples, inteligibles para las mentes sencillas. A una colectividad se la puede modelar en su conducta por el «respeto», la «dignidad», el «civismo», la «democracia», el orden... conceptos todos ellos no tan primarios como los que se asientan en los instintos de defensa, conservación o agresión, pero suficientemente simples para convocar un fácil consenso, supuesta una mínima educación cívica en el comportamiento de la masa, cual puede darse en la escuela primada. Los psicólogos del aprendizaje no hablarán de «temas primitivos que atañen directamente a los instintos» y «temas sencillos culturizados». Para ellos, todos serían «temas culturizados» de mayor o menor primitivismo. En realidad, esta interpretación corrobora la tesis: los slogans primitivos, capaces de mover una multitud en una masificación elemental, pueden ser sustituidos por otros menos arcaicos, más culturizados, con tal que convoquen predisposiciones aceptadas y vivenciadas ya como fundamentales en el comportamiento individual y cívico. El «salvad la vida» puede ser sustituido por el «respetad la vida» en una colectividad poseedora de un mínimo grado de educación cívica. Esta sustitución culturizadora será tanto más fácil de realizarse cuanto el comportamiento de la colectividad esté menos solicitado por las demandas primarias de subsistencia vital.

Es decir, a una multitud agredida con peligro directo de muerte es muy difícil inocular un comportamiento colectivo basado en el «respeto» o la «dignidad». Actuará necesariamente movida a nivel de «sálvese el que pueda» o de «mueran los asesinos». Pero si los peligros amenazantes no se asientan a estos niveles elementales de subsistencia, entonces es posible iniciar una progresión comportamental hacia niveles más elevados.

En diciembre de 1972 se enfrentaron el Atlético de Madrid y el Spartak de Moscú en eliminatoria de la Copa de Europa de campeones de Copa (la llamada «Recopa»), en el estadio Vicente Calderón, de Madrid. Gran expectación en los graderíos; ambiente caldeado pero suficientemente respetuoso. El público sabía que para poner la eliminatoria favorable era necesario vencer en casa por dos tantos, o al menos obtener la victoria.

A poco de comenzar el partido, el Spartak marcó un gol. La cosa se ponía difícil. Los aficionados se velan frustrados, no sólo por el gol, sino porque su equipo (el Atlético) no estaba jugando bien. Esta frustración aumentó la agresividad y aparecieron las manifestaciones hostiles hacia los jugadores soviéticos. Cuando uno de éstos entraba duro o cometía una falta, el público se indignaba y lo manifestaba ruidosamente.

A los 12 minutos de la segunda parte el Spartak marcó el segundo gol. La tensión agresiva aumentó. Pero pocos minutos después tuvo lugar un suceso que puso de manifiesto de manera contundente, instantánea, cómo la agresividad colectiva no hace acepciones de personas ni de objetos. Cuando la agresión tiene que salir, lo hace por donde sea y contra quien sea. La agresividad primitiva es ciega, no discierne. Se deja conducir por un simple mecanismo de adaptación o por cualquier manipulación exterior. En el minuto 74 el Spartak marcó su tercer gol. Cero a tres. La eliminatoria prácticamente quedaba sentenciada. Automáticamente, tras la consecución de este gol, los hinchas comenzaron a abuchear a los jugadores del Atlético y a, aplaudir a los jugadores soviéticos. La pérdida de la esperanza convirtió la agresión contra el rival en una auto-punición, o mejor, en una «nostri-punición». Fue una de las vivencias sociológicas de comportamiento multitudinario más sugestivas con que me he encontrado en mi vida.

En honor a la verdad, el comportamiento agresivo en ambas fases no pasó de la desazón, el grito, el ruido. No hubo ninguna agresión física ni objeto arrojado al terreno de juego. Fue un comportamiento modélico (no de modelo utópico, sino de modelo-muestra, típico de una colectividad apasionada en el deporte de nuestro tiempo), antológico. Cualquier público apasionado por un club famoso de nuestro tiempo con suficiente grado de madurez para no extra-verse en agresiones físicas, como lo es el del Atlético de Madrid, habría actuado de la misma forma.

Pero este público del Atlético de Madrid va a protagonizar 15 meses después (abril de 1974) un comportamiento de significativa superación cultural en circunstancias de mayor frustración. Recordemos los hechos todavía recientes en el momento de ser redactadas estas líneas.

En las semifinales de la Copa de Europa de campeones de Liga (el más importante torneo europeo de clubs), se enfrentan el Glasgow-Celtic y el Atlético de Madrid. El primer partido se juega en Glasgow el 15 de abril. El suceso y sus consecuencias trascendieron a los aficionados de todos los países, y por ello no es menester detenerse en detalles. El partido fue muy duro. El árbitro turco del encuentro, Babacan, expulsó a tres jugadores del Atlético de Madrid y amonestó con tarjeta a otros tres. Parece ser que la dureza había sido iniciada por algún jugador del Atlético, pero luego participaron en él indistintamente jugadores de ambos bandos.

A pesar de la inferioridad numérica del Atlético, el partido terminó con empate a cero goles, lo cual suponía evidente frustración para el club escocés y sus hinchas. Concluido el encuentro, en el pasillo hacia los vestuarios hubo agresiones, más bien iniciadas por los escoceses que por los madrileños. Incluso fueron golpeados algunos directivos del Atlético de Madrid.

El Comité de Control y Disciplina de la UEFA carga la mano y castiga a seis jugadores del Atlético con la imposibilidad de jugar el partido de vuelta en Madrid. Entre los sancionados figura, por error del árbitro Babacan, al redactor del acta del partido, el defensa central del Atlético, Ovejero, que no había sido amonestado. El Atlético recurre; es desestimado el recurso.

Los aficionados españoles, días después, tienen ocasión de contemplar, por la magia de la televisión retrospectiva y a cámara lenta, cada una de las jugadas motivantes de las expulsiones y amonestaciones. Unas, justísimas, como la del defensa Panadero. Otras, incomprensibles, como la expulsión del delantero Ayala y la amonestación al portero Reina. La frustración, alimentada por la irritante injusticia, crece de día en día en los aficionados atléticos. La UEFA amenaza al Atlético de Madrid con expulsarle de todos los torneos europeos. Leña al fuego. En el partido de vuelta, el Atlético ha de jugar sin seis de sus mejores titulares, cohibido por las amenazas.

Prescindiendo de subjetivismos, fueron varios los errores cometidos por los directivos de la UEFA, los cuales habrían sido culpables directos de desencadenar disturbios graves si no hubiese intervenido espontánea y oportunamente un elemento de trascendental importancia para el comportamiento de las colectividades contemporáneas: los medios de información. La prensa, la radio, la televisión, sin consignas ni sugerencias, por espontánea coincidencia, inician una campaña de serenamiento. Se apela a la conciencia cívica, a la objetividad del pueblo español. Se canaliza la venganza agresiva hacia la idea de «lección» que hay que dar a los británicos. «Mesura», «control», «madurez», «caballerosidad», «civismo». Se actualizan dichos del viejo refranero: «No hay mejor desprecio...»

El 24 de abril, el estadio Vicente Calderón está repleto. Suprema recaudación. Enorme expectación a nivel internacional. Dieciocho países retransmiten el encuentro por televisión: *record* de retransmisión de un partido no final.

En el atardecer templado, el público anima de manera ensordecedora al Atlético de Madrid y abuchea al Celtic. Silba al calvo Johnstone, a quien el público madrileño, tras haberle visto actuar por televisión, considera Un provocador-payaso, en gran parte culpable de los sucesos de Glasgow. Y nada más. La fuerza pública habla sido triplicada. Pero no iba a ser necesaria.

Existía en el público atlético un indudable autocontrol. El árbitro suizo Rudolf Scheurer, de prestigio mundial, declaraba al final del partido: «Un público correcto, que ha animado a su equipo, como debe ser, y que ha silbado a los contrarios, como hacen casi todos los públicos del mundo. Todo ha estado muy bien. Ha sido una lección, y la organización perfecta». No tuvo que sacar una sola vez tarjeta de amonestación.

En el primer tiempo el Atlético jugó mal, cauteloso, coartado. El Celtic dominó el centro del terreno y creó más ocasiones de peligro ante la meta atlética. Ni aun con esta contrariedad del primer tiempo cambió el público su talante. ¿Habría mantenido su corrección si, al final, el Atlético hubiese perdido? Esto será siempre una incógnita que queda entre los futuribles.

Es posible que muchos sensacionalistas, necesitados, por deformación metabólica, de elementos agrios, quedasen defraudados. No faltaron morbosos que se vieron desencantados con el comportamiento maduro de todos los presentes en el estadio Vicente Calderón. Probablemente, entre ellos, algún miembro de la UEFA, que retuvo su frustración para la incalificable sanción posterior (30 de abril) en forma de agresivo ataque al club Atlético con una multa de 100,000 francos suizos. Es curioso cómo la conducta de una extensa colectividad —el público— enormemente frustrada y que, en su subjetiva interpretación, se ha sentido vejada y tratada con injusticia, ha sido de superior madurez a la de algún miembro de organismo internacional, enrabiado en su infantil frustración, agresivizada por la respuesta correcta del público y llevado a la paranoica arbitrariedad a que tan fácilmente conduce el ejercicio del poder sin crítica.

No es aventurada hipótesis afirmar que, si los medios de comunicación no hubiesen actuado de la forma que lo hicieron, si algunos de ellos se hubiesen dejado llevar de partidismos o sensacionalismos, como con frecuencia sucede a niveles locales, el comportamiento del público habría sido muy distinto y, dado el alto grado de tensión existente, los sucesos podrían haber evolucionado hacia resultados lamentables.

Siempre ha sido trascendental para el comportamiento de las colectividades la polarización ideológica, o la física de un jefe, de un líder. Hoy, en gran parte, sin que se excluya la fuerza motivante del líder, puede ser sustituida la acción por el influjo de los medios de información. Muchas de las ideas, de las motivaciones que maneja el individuo inserto en la colectividad como propias, son recibidas del líder, o del periódico, o del locutor de televisión. Coincide con ellos, comulga con ellos; termina haciendo propias sus ideas. El influjo de los medios de difusión es enorme. En realidad, van poco a poco sustituyendo a otras muchas figuras sociales que en otro tiempo han sido decisivas (desde el padre hasta el maestro, la pandilla, el novio, etc.). Incluso los grupos contestatarios, que generalmente se creen más originales por no dejarse llevar de los tópicos imperantes, son igualmente víctimas de los mismos procedimientos usados por otros manipuladores, menos públicos, menos oficiales, aunque generalmente conectados con los oficiales de otros regímenes.

Cuando no está en juego inminente la vida o la salvación de una colectividad, ésta puede responder a estimulaciones de diverso grado cultural. Para que sea eficaz un *slogan* de cierto nivel cultural, lo primero que se inculca a la colectividad es que en aquello que se trae entre manos no se juega la vida, no es trascendental, definitivo. Con respecto al espectáculo deportivo, ésta es la primera acción educativa e informadora que es menester introducir. No es cuestión de vida o muerte. Se gane o se pierda, en realidad no pasa nada. Partiendo de esta convicción, los términos imperantes en la respiración de la masa pueden apartarse de los primitivismos agresivos.

No se sabe si las expresiones comportamentales, más elevadas, más culturalizadas, más cívicas, pueden llegar a ser tan liberadoras como las primitivas. Son realidades que quedan por demostrar. Como anteriormente ha sido expuesto, las distintas interpretaciones de la agresividad coinciden en la vía de la acción cultural como método indefectible para ir logrando el control de las fuerzas agresivas, o su transformación, o su canalización. El gran

espectáculo deportivo masificado puede ser objeto de cierta acción cultural. Sus resultados, como en el suceso narrado y en otros semejantes, parecen resultar positivos en orden a eliminar el peligro de la excesiva primitivización de la conducta masiva.

Indudablemente en las descargas de la agresividad no es menester llegar a las manos o a las palabras violentas. Personas controladas, incluso en la inmersión masiva del estadio, salen de él liberadas, descargadas, aun sin haber emitido gritos. La simple participación en la contienda, en su dramatismo y liturgia, es profundamente liberadora.

Los griegos consideraban eminentemente catártica la represión trágica y la hacían patente principalmente en el sereno comentario final que, por ejemplo en el teatro sofocleo, se situaba en la intervención póstuma del como la participación personal, por cierta suerte de introyección en las peripecias del drama y, sobre todo, recapitulación reflexiva final, constituían una profunda purificación. Pero esto entra más de lleno en el ámbito de otros mecanismos de defensa.

Identificación e introyección llamó Freud a dos modalidades muy parecidas entre los sutiles recursos que el individuo posee para liberarse de su angustia. La primera consiste fundamentalmente en unirse a otras personas (en las primeras tases de la infancia, generalmente el padre), en vincularse a ellas de una forma afectivo-vital, que permita disipar la angustia originada por la propia impotencia en la seguridad y fuerza de la citada persona. Introyección es una pequeña variante de la identificación, según la cual el angustiado impotente —todo ser infantil percibe inconscientemente su radical impotencia— se apropia de una cualidad deseada que posee la otra persona, lo cual le permite «jugar el juego» de que es una cualidad propia.

Ya el niño desde muy pequeño —afirma Freud— en su fase oral tiene identificaciones parentales. «Quisiera ser como su padre y reemplazarle en todo»... «hace de su padre su ideal». Tal vinculación «representa la forma más temprana y primitiva de enlace afectivo» (76). Las cualidades, las ejecuciones, los éxitos de su padre son incorporados inconsciente y rudimentariamente a su propia vivencia y disfrute personal. Tras las peripecias edipianas del período fálico (3 a 5 años), nuevas identificaciones carentes de discriminación sexual — propiamente regresiones a identificaciones primitivas o reproducciones variantes de ellas— vienen a resolver, al menos en parte, los conflictos anteriores. Mediante esas identificaciones el individuo-niño se va sintiendo liberado de ansiedades de su primitiva niñez y de angustias y conflictos edipanos.

Pero junto a esas identificaciones básicas con los padres, frustradas muchas veces por prematuras decepciones y progresivamente insuficientes por la lejanía «de edad, fuerza, intereses, etc.» van apareciendo otro tipo de pseudo-identificaciones que ayudan a la configuración del yo-ideal. La relación afectiva desexualizada (segunda y tercera infancia) amplía la necesidad de prototipos, de héroes, de seguridades. El niño se identifica con ellos o introyecta sus cualidades. Héroes de leyenda, de cuentos infantiles, posteriormente de la historia. Héroes-estándar provenientes de estereotipados grupos sociales —guardias y ladrones, indios y exploradores—... Todas estas identificaciones suponen cierta repetición o recuerdo —no propiamente regresión— de las primitivas identificaciones pre-sexuales; en ellas se apoyan, se sustentan, para ampliar con las nuevas adquisiciones presentes su ámbito y trascendencia. Por ello sirven para la liberación de mil secretas ansiedades según los patrones adquiridos para la *liquidación* de vieja angustia básica.

Pero estos nutridores del yo ideal —héroes legendarios, mitos, gestas— resultan demasiado excelentes y también lejanos, inaccesibles. Su progresivo vacío ha de ser sustituido mediante diversos procesos de identificación por otros objetos más cercanos, secundarios, sustitutivos: los héroes típicos de la adolescencia, artistas de cine, cantantes, campeones, amigos brillantes. Todos dios son, si se quiere, sustituciones del profundo yo-ideal infantil que subsiste en el inconsciente, que no deja de actuar, que periódicamente pasa a la inconformidad, se revela y pretende salir —en sueños, en períodos de crisis e inestabilidad, en fiestas y orgías—. De estas identificaciones secundarias está necesitado el yo para liberarse de la ansiedad originada por tantas decepciones personales.

La sociedad está llena de sub-culturas que constituyen los objetos de esas identificaciones. El período de más intensa actividad en este proceso, ya a nivel constitutivo de cultura o subcultura, se da en la tercera infancia y en la adolescencia (es decir, aproximadamente entre los 8 y 16 años), y la mayor parte de las identificaciones viven ciadas en esta época —muchas veces sustitutivas de otras imposibles— suelen permanecer, con más o menos fuerza, toda la vida. Muchas aficiones, *hobbies*, «manías personales», están originadas en estas identificaciones.

La inseguridad es generadora de angustia. El niño se siente inseguro por su exigua fuerza física. Desea poseer la omnipotente fuerza de su padre. Pero cuando descubre que éste no es tan fuerte como creía, busca un héroe, una figura de tebeo o de *comic*, y, posteriormente, un héroe más real, un boxeador, un luchador, un campeón. Y estas vinculaciones —más que afectivas, vitales— con tal héroe campeón adquieren robustez en el propio yo y muchas veces terminan evolucionando hacia aficiones permanentes. Me apasiona el fútbol, sobre todo desde que vi jugar a Zamora. Era único, dice un hombre de 50 años, que tenía 12 cuando presencié la actuación, del famoso portero. A otro le entusiasma el cine por la introyección del estilo, de la apostura, o por la belleza de un actor o una actriz. La identificación tiene un papel importante en la creación de mitos. El boxeador Urtain, verdadero mito popular en la España de los 60, logró un éxito, pese a sus defectos y limitaciones, como símbolo del «hombre físicamente fuerte» que todos —al menos los varones— hablamos deseado ser de niños. Su interés, más o menos disimulado, entre las mujeres obedece en parte a razones subconscientes distintas, entre ellas la elevación a objeto sexual arquetípico que libera inconscientemente de otras frustraciones más directamente sexuales. Digamos igualmente del éxito arquetípico sexual de Marilyn Monroe o Raquel Welch con los hombres. Pero volvamos al proceso de identificación ajeno a la directa relación objetal sexual. Artistas de cine, teatro, televisión, cantantes, modelos, campeones deportivos..., cumplen una función psicológica bienhechora superior a la que comúnmente se cree. Son parciales héroes (cada uno en una faceta) introyectables, para calma y aplacamiento de múltiples vacíos angustiosos de que consta nuestra vida. El comercio, la propaganda están seriamente basados en estos procesos de identificación. El éxito de los «pases de modelos», por ejemplo, se apoya en la introyección, en la asimilación personal del cuerpo de la modelo por parte de la señora que lo contempla, que posteriormente deriva al objeto traje o abrigo. Inconscientemente no le gusta tanto el traje que compró como la «facha» de la modelo que lo exhibió. Por eso los movimientos exhibidores de las modelos no son sexualmente excitantes, como puedan serlo los de las coristas. Aquéllas se mueven para gustar a las señoras.

El espectáculo deportivo está lleno de estas pequeñas pero primitivas acciones psicológicas tendentes a la recuperación del equilibrio. El equipo de fútbol favorito, «el figura», constituyen elementos complementarios. Tácheselos de sucedáneos; pero valen cuando fallan las sustancias originales para un perfecto equilibrio, cual sería la ausencia de conflictos personales, la plena satisfacción —aun a niveles inconscientes— con la propia realidad personal, la resolución de las tensiones y enfrentamientos entre el yo real y el yo ideal, el pacto permanente de paz entre el «ello» y el «super yo». ¿Quién puede levantar la mano y decir que dispone habitualmente de estas profundas comodidades en su propia persona? ¿Quién es el envidiable ser liberado de angustias, de frustraciones, de conflictos interiores? A falta de pan, buenas son tonas. Por eso son tan útiles estos aliviaderos sucedáneos.

No es extraño que un simple aficionado, sumergido en las peripecias de un partido dominguero, sin que grite al árbitro, sin que increpe a los del equipo contrario, sin que se levante de su asiento, tranquilo, atento al juego, asombrado, se vea liberado al término del partido de muchas tensiones, vuelva a su casa sosegado, reemprenda al día siguiente la tarea semanal con nuevas fuerzas. Quieto en su asiento, sin hacer comentarios con nadie, ha participado en la competición, ha vivido la emoción, el rito visible de tan ancho espectáculo; ha tomado parte, co-protagonizado, en un acto de introyección de las virtudes del ganador, en una identificación con los colores triunfantes del club. Lleva el balón con el delantero centro; gana la jugada, por las muchas jugadas de la vida fallidas; mete gol, por las muchas veces que no ha hecho diana en la vida. Es fuerte, rápido, ágil, resistente. Es triunfador; es... casi un campeón. Y es, incluso, capaz de perder en noble y pública contienda, frente a frente, sin tapujos, sin disimulos, sin deformaciones. El espectáculo deportivo es una contienda arriesgada, abiertamente planteada. En ella participa cada tino de los espectadores, los cuales cumplen noblemente un rito caballeresco de lucha abierta, liberados de las secretas angustias almacenadas por las claudicaciones personales en la lucha oculta de la vida, por los consentimientos, complicidades, disimulos, bellaquerías.

Sucede, guardando las distancias, como en el teatro, donde el espectador vive las peripecias, discute, pacta y ríe, sufre y se engrandece con los protagonistas. El recinto, el ambiente, el clima, juegan un papel jurisdiccional dentro del cual valen y vinculan las reglas de la co-participación.

Fuera del sagrado recinto, estas acciones son mucho menos eficaces; de ahí la gran diferencia psicológica entre el teatro directamente participado y el televisado, por ejemplo. Y dígame lo mismo entre el espectáculo deportivo vivido físicamente y el participado por los medios televisivos.

Cada semana hay algún alboroto, alguna violencia en los, estadios. Pero cada semana, millones de seres humanos sencillos, sin pretensiones, no tan necesitados, como algunos pretenden, de permanentes retóricas intelectualizantes,

regresan a sus hogares «catartizados», purificados; con menos participación cultural que los espectadores griegos en las tragedias de Esquilo y que los asistentes a un concierto de la Filarmónica de Viena —cierto—, pero básicamente nutridos, repuestos, recuperados, en alguna manera rejuvenecidos. La gente tiene también derecho a esta alimentación, por simple que sea, que purifica su metabolismo. Existen mejores manjares, ¡qué duda cabe!, pero éstos, más burdos, más groseros, son también reconfortantes.

En el afán de criticar las identificaciones «alienantes», se ha tachado a muchos de estos actos espectaculares de «regresiones infantiles». «Las grandes masas de espectadores» —dice Vinnai— mediante una identificación colectiva y autoerótica de tipo regresivo, con los actores, reprimen sus frustraciones diarias alienantes y así se ven llevados, como menores de edad, a su adaptación a las condiciones existentes. «El deporte —según De Greef— sería para todos un eficaz medio de infantilización». Pero, procediendo con realidad: aunque así fuese ¿qué autor, qué pedagogo, qué filósofo o sociólogo ha logrado demostrar de verdad que junto a los procesos de buena maduración, adaptación del yo, necesarios y absolutamente deseables en la vida, no es necesario también atender y acceder a contentar al yo infantil que subsiste, que reclama y que protesta aun dentro del más fuerte y maduro yo adulto?

En la tarea de afinar el gusto socio-cultural de la gente —tarea de generoso pero dilatado alcance— no podemos olvidar que esta gente tiene que seguir alimentándose; que en su infancia no aprendieron exquisiteces; que, aun de cara a los niños, junto al exquisito caviar y salmón ahumado de los grandes temas políticos, culturales, científicos y sociales, subsisten el pan, la verdura y la patata del recreo simple. La capacidad de extasiarse con una fuga de Bach no está reñida —más bien está equilibrada— con el disfrute de una jugada, la sencilla y primaria emoción de un gol, la llegada de una carrera, aunque se trate de emociones un tanto primitivas.

Es inmensamente fácil hacer críticas a los groseros espectáculos deportivos alienantes. Todavía está por aparecer uno de esos avispados críticos que haya sido capaz, fuera de su crítica, de ofrecer al pueblo —al «sencillo pueblo», dentro del cual sitúo al verdadero intelectual— alimentos sustanciosos que cubran sus necesidades integrales, incluidos los metabolismos primitivos que siguen y seguirán teniendo.

¿EDUCAR A TRAVÉS DEL ESPECTÁCULO DEPORTIVO?

En el espectáculo deportivo intervienen, además, otros elementos primariamente significativos. Incluso en un partido de fútbol, de rugby, de hockey, no especialmente valorados por la armonía de los movimientos, se producen fases de indudable belleza. Si observamos ciertas manifestaciones como el patinaje, la gimnasia deportiva, el salto de esquí, el trampolín, palanca, competiciones donde precisamente la belleza de ejecución es uno de los elementos de valoración, la dimensión estética del espectáculo adquiere noble entidad.

Un estadio donde se desarrolla una competición de atletismo es un reparto y condensación de belleza. Cada prueba en sí, independientemente considerada, es una síntesis de dramática y estética. Drama en la lucha manifestada, representada. Estética en las formas, en las perfecciones de los movimientos, sin las cuales no se puede rendir ni, por lo tanto, ganan la coordinación de movimientos de un corredor de 100 m. lisos, síntesis de elementos independientemente tratados, como biomecánica, miología, fisiología del esfuerzo, técnica, pero aglutinados por la perfecta interacción cerebro-aparato locomotor e integrados en una unidad de orden superior por el espíritu del atleta, su voluntad, su dinamismo individual, y definitivamente recreados por el estilo personal, es, no sólo un gran espectáculo, sino una creación, una obra estética, elaborada y trabajada con el propio material humano y dramatizada en la expresión agonística sobre la arena cenicienta. Más allá —o más acá, más cerca del hombre— de las décimas de segundos, que es lo que perdura en clasificaciones de *rankings*, está la verdadera creación humana, una obra de arte ofrecida al espectador durante 10 segundos e inmediatamente esfumada, porque su exquisitez está reservada para breves, efímeros disfrutes.

En otra esquina del estadio, muy distinta y muy parecida escena. Salto de altura: cristalización de esfuerzos y amplios simbolismos acerca de la aspiración humana a su elevación y a su liberación de la propia masa, de la propia gravedad que entronca con todas las gravedades que el hombre soporta en la vida. ¡Cuántos miles de esfuerzos e incluso sufrimientos para aquilatar, para afinar un poco más la coordinación de movimientos entre todos los elementos del organismo! Es una lucha interior hacia la deseada unidad de la persona, donde no haya discrepancias ni desgobiernos. Algo parecido acaece en la banda opuesta con el salto de pértiga, cuyo éxito como tema fotográfico demuestra los ricos valores estéticos que posee. Y allá, centrados en un estrecho círculo, los afanes de los

lanzadores de disco, gentes de importante «recomendación» a la hora de una valoración estética por el tratamiento clásico del tema.

En las clasificaciones, como ya hemos apuntado, se registran sólo metros y centímetros. Pero el ejercicio, el movimiento, la coordinación, consecuencias directas de un nivel de aspiración y una capacidad de integración, se ofrecen como valores espectaculares llenos de posibilidades educativas para el hombre de hoy. Una sociedad preocupada por medir la eficiencia ha convertido estas creaciones estéticas en cifras, comparables entre sí. El hombre de esta sociedad necesita volver a descubrir la belleza que él mismo es capaz de realizar y realiza en los estadios, en las canchas, en los múltiples terrenos competitivos. He ahí una yeta casi inagotable de recursos educativos.

Si del análisis de cada prueba pasamos al conjunto de la competición, a la pista con su sucesión y variedad de pruebas, con el ir y venir de los jueces, con sus vaivenes de tensión en las llegadas a la meta o en los momentos decisivos, con la expectación en las largas carreras, la concentración de los que están a punto de arrancar, la alegría del que acaba de triunfar, la serena resignación de los que han sido vencidos..., hallamos un espectáculo complejissimamente armónico, intensamente humano, siempre abierto a las sorpresas. Es un drama sin palabras, elaborado sólo con esfuerzo, movimientos y sudor, en el que cada cual juega su papel pero puede originar algo nuevo. Una competición de atletismo es uno de los más sorprendentes espectáculos estéticos con que se puede topar el hombre de hoy. Basta con que, al margen de las marcas —las cuales también tienen su emoción y valor—, el espectador sepa ver y admirar. Quizá sea *todavía*, por desgracia, un espectáculo para minorías. Aunque no precisamente para minorías sofisticadas, por muy exquisitas y cultivadas que ellas se auto-designen. El hombre que con su cuerpo es capaz de correr, saltar y lanzar y, mediante ello, es capaz de expresarse a sí mismo en su afán de superación, de control, de aspiración, ha convertido estos actos primitivos, primero en juego creador, después en competición y posteriormente, aunque sin pretenderlo, en espectáculo estético. Ésta es la raíz de cierta superioridad del atletismo como espectáculo sobre algunos deportes artificiales: su permanente naturalidad.

Esta característica se da también en otras modalidades como la lucha, el boxeo, la equitación, el remo, el piragüismo, la vela, el montañismo. En general, éstos y otros parecidos depones tienen la ventaja de la naturalidad sobre el artificio.

Lejos de toda pretensión de exponer listas y comentarios acerca de estos deportes, no se puede resistir del todo la tentación de alguna expansión admirativa referente a alguno de ellos, precisamente porque en su intrínseco valor estético está su capacidad educativa.

Sobre equitación, por ejemplo, se han escrito muchas y nobles páginas. La compenetración de hombre y caballo, tan usada en la tradición bélica, ha servido también para crear juegos nobles y espectáculo. El hombre gobernante de sí mismo y de otro animal, reinstaurada entre ambos una relación antigua, ejemplar, parece convertir la naturaleza del bruto en prolongación neurológica de sí mismo. Hombre y animal en unidad de acción, con reflejos condicionados fusionados, repiten el viejo uso de la historia, pero no como mero objeto utilitario «para trabajar o para guerrear» sino para ejecutar destrezas y crear asombros. En el juego unísono de hombre y caballo se ofrece una síntesis, una decantación del diálogo entre el hombre y lo más noble y perfeccionado de la Naturaleza, el animal superior. Hay señorío del hombre sobre esta alta naturaleza, pero hay también obsequio del hombre a ella, respetuoso acercamiento; estudio y compenetración afectiva. El deporte del jinete sobre el caballo intentando logros superiores constituye, aparte de todos los valores de autocontrol, esfuerzo, perseverancia, etc., una lección de respeto y arte a la vez. Como el jinete mima y exige al animal, así el hombre científico, la ciencia, debe exigir y penetrar en la Naturaleza, pero respetándola, mimándola. Así debe incluso el hombre comportarse con el hombre, con la sociedad. El juego deportivo jinete-caballo es una bella lección de esforzada, inteligente, exigente, comprensiva y respetuosa humanidad.

Quisiera que la persona que haya leído las páginas anteriores referentes a la cloaca hubiese tenido la benevolencia de llegar hasta aquí. De esta manera no se formará una idea parcial de mi opinión sobre el espectáculo deportivo. Esta valoración estética del deporte-espectáculo está menos estudiada, poco divulgada. Y, sin embargo, es una dimensión real, llena de posibilidades pedagógicas.

El espectáculo deportivo como canalización instintiva cumple una función importante. Pero no se puede ignorar la trascendencia que éste puede adquirir por la vía cultural, en orden a la creación de unos valores positivos, cuyos alcances no están todavía medidos.

El estudio y la consiguiente divulgación de esta manera de entender el espectáculo deportivo está en gran parte en manos de los profesionales de la información. Indudablemente resulta más sensacionalista descubrir violencias, publicarlas, estimular las rivalidades de grupos, locales, regionales, nacionales, valorar exclusivamente los resultados, incitar al triunfo por el triunfo, aunque éste sea conseguido de cualquier manera. La valoración estética del espectáculo deportivo exige, en primer lugar, unos profesionales capacitados ellos mismos para captarlo y entenderla y, en segundo lugar, la decisión de elegir una vía menos fácil y menos ruidosa para realizar la información deportiva. Entrevistar a un futbolista famoso acerca de si le apretaban las botas y si cree que va a ganar en el próximo partido es inmensamente fácil. Enfocar la entrevista quizá con un deportista no tan famoso, pero capaz de pensar y hablar hacia valores humanos, estéticos de su actividad deportiva, no lo es tanto. Azuzar a un público hacia las simples apetencias primitivas del triunfo es una tarea vulgar que no exige relieve profesional; intentar descubrir a ese mismo público los valores humanos, sociales que existen en su afición favorita, pide hombres exigentemente formados y dotados de un sentido de responsabilidad social. El informador deportivo no sólo ha de responder a lo que el pueblo pide —cosa que indudablemente debe respetar— sino que ha de informar al pueblo acerca de valores que están latentes en sus aficiones y que quizá aún no haya descubierto. Ésta es una de las funciones de la «educación permanente», una de cuyas parcelas compete al informador deportivo. Esta educación permanente no tiene por qué estar alejada de un suceso tan extendido y tan constante en el mundo de nuestro tiempo como el espectáculo deportivo.

Volviendo por pasiva la observación hecha unas páginas atrás, no basta con «echar» de comer al sector más ignorante del pueblo las bellotas que él pide espontáneamente —cosa a la que se limitan ciertos informadores—. Hay que enseñarle a saborear otros alimentos, otros manjares que, después de haberlos digerido, terminarán incorporándose a su dieta habitual y reclamándose. Hay que al pueblo lo que pide, sí, pero después de haber cumplido la certera obligación de informarle honestamente y educarle. En esta línea de acción cultural-educativa, coinciden todos los tratadistas de la agresión, tanto los defensores de la teoría instintiva como los del aprendizaje. El hombre de esta sociedad agresiva necesita valores culturales y cívicos para ir superando su agresividad. Es importante descubrir algunos de estos valores en los mismos: hábitos y aficiones que espontáneamente practica y vive. Ésta es una de las grandes y más urgentes tareas en el estudio serio y des-estereotipado del deporte.

A través del espectáculo deportivo, junto a los valores estéticos que hemos apuntado, puede el hombre aprender a valorar las realizaciones de otros países —«internacionalismo»—, a respetar las instituciones deportivas —aspecto parcial de un ámbito más general de «institucionalización» social—, a reconocer los valores humanos decantados en un campeón —hombre eminente en una faceta de la vida—, a respetar a unos profesionales que se entregan con pasión y responsabilidad a su trabajo —ejemplaridad en el profesionalismo—, etc. Respeto, buen sentido, reconocimiento, valoración de la belleza... He aquí una serie de posibilidades educativas, de valores robustecedores de la persona superior que pueden ser aprovechadas en una buena planificación del espectáculo deportivo. No se trata de lucubraciones puramente teóricas ni utópicas. Se dan ahí, en ese espectáculo contemplado desde la grada; se derrocha y se repite millares de veces a la semana, y, por desgracia, millares de veces se desperdicia.

Pero, con todo, su realización concreta, su aprovechamiento, no será fácilmente logrado sin grandes esfuerzos. A esta zona intermedia entre la pura lucubración y la acción práctica apuntan generalmente los *slogans* programáticos, las declaraciones, las soflamas que generalmente son emitidos para exhortar a una educación de la persona que vaya superando sus hábitos agresivos.

Es desolador comprobar cómo un hecho social de tan vasta dimensión cual es este espectáculo deportivo de nuestro tiempo, que llena diariamente tanto espacio y tiempo informativo de todos los países del mundo, está todavía tan poco seriamente estudiado en su dimensión cultural. Se ha tratado mucho más —tampoco lo bastante— la dimensión cultural, la capacidad formativa del deporte-«praxis». Pero el espectáculo deportivo conoce fáciles y estereotipadas críticas, pocos trabajos serios y casi ninguna orientación relativa a su posibilidad cultural.

De cara al conflicto de la agresión en el deporte es éste un campo de posibilidades casi vírgenes. Con todos sus riesgos de masificación, de primitivización, ahí está este espectáculo como realidad estética, como procedimiento estructurable de entendimiento por parte de diversas colectividades, como institucionalización coherente y cohesiva,

como lugar común de convivencia, como igualación de vivencias, etcétera. El espectáculo deportivo puede ingresar de lleno en la línea de las programaciones cultivadoras que preconizan unos y otros para ir desarraigando del ser humano los comportamientos de primitiva agresividad. En este avasallador hábito de nuestro tiempo, tan «masificador», «primitivo», «infantilizante», «alienante», «ensordecedor», «embrutecedor»..., se albergan enormes posibilidades de cultivo humano superior, de promoción del respeto mutuo, de aprendizaje a la convivencia y al descubrimiento de los otros...

Existe un hecho que con frecuencia olvidan los detractores y que igualmente puede pasar por alto a los panegiristas: el deporte en general, y en concreto el espectáculo deportivo, es producto de una sociedad. Es parte constitutiva de esa sociedad. No puede ser vituperado como agente maleador de la sociedad siendo la sociedad misma; ni se le puede ofrecer ingenuamente como remedio de algo de que él mismo está constituido. El gran deponer de nuestro tiempo es algo constitutivo de nuestro tiempo: malo y bueno con la maldición y la bendición de su propia época. El deporte de hoy es sociedad de hoy. La agresividad en el deporte no puede despojarse de las provocaciones generales de la época. La violencia, y en general todo tipo de manifestación agresiva, está positivamente relacionada con ciertos caracteres sociales, tales como la superpoblación, el desorden social, el agigantamiento urbano, la inseguridad personal y social en general. Así, por ejemplo. C. M. White deduce tras la anteriormente citada investigación:

La necesidad de éxito en el resultado deportivo está relacionada con el grado de inseguridad de la estructura social de la comunidad donde se juega el partido. Las manifestaciones de violencia tipificadas en mis análisis como ejemplos de la violencia «moderna» están de acuerdo con el análisis de Tilly de la violencia colectiva moderna que se engendra bajo el ímpetu de la industrialización, la urbanización, el crecimiento de la población, la migración rápida de las regiones rurales a las urbanas, y las asociaciones económicas y políticas persistentes (221^{bis}).

«Cuando examinamos las incidencias de la violencia destructiva y la lucha en nuestra sociedad —añade por su parte J. P. Scott— hallamos que está asociada a la *desorganización* social de diverso tipo». (190). Y Lüschen: «La agresividad deriva en última instancia de unas realidades estructurales sociales» (136).

La agresivotropía animal desencadenada por el amontonamiento es una convicción comprobada desde los niveles experimentales con las ratas de Calhoun hasta las prospecciones macro-sociológicas. Se varía de la lucha abierta al comando secreto, del asalto armado a la amenaza unánime, de la guerra fría al secuestro. Según las circunstancias y hallazgos técnicos, la violencia adopta formas cambiantes, pero actúa tanto más cuanto el hacinamiento es más denso, salvada la observación de Genovés acerca de la naturaleza circundante.

El deporte inmerso en esas grandes aglomeraciones urbanas, parte constituyente de ellas, usado incluso muchas veces como una de sus argamasas sustentadoras, no puede dejar de ser agresivo.

Esta agresividad se ve incrementada por la inseguridad.

No le toca al deporte ni a sus estructuras ni a sus dirigentes resolver los problemas del hacinamiento urbano. Es responsabilidad de urbanistas, sociólogos, políticos... Ni eliminar la angustiosa inseguridad que siente el hombre con la amenaza de una guerra atómica, de una destrucción global. Es asunto de políticos, de estadistas, de diplomáticos, de las grandes organizaciones internacionales.. Ni eliminar las injusticias que hay en el mundo, máxima fuente de frustración. Es tarea de gobernantes, de sociólogos, de juristas, de los grandes estados...

El deporte-espectáculo convive con todo ello. Es producido por el mismo hombre que a estas alturas de la historia vive inmerso en estas realidades. Un hombre evidentemente angustiado. Por ello, más por su vieja historia litigante, más acaso por su raíz ancestral, es agresivo. El hombre, aparte de que traiga o no agresividad en sus genes, se instala, nada más nacer, en una circunstancia agresiva.

Precisamente las demandas estructurales de esta sociedad contemporánea presionaron en esa actividad humana llamada deporte —primordialmente actividad— para elevarla a la actual categoría de gran espectáculo. Es esta sociedad nuestra, Insegura, amontonada, llena de avides y sensacionalismos, la que ha convertido el deporte-juego, el deponer-actividad en gran deporte-espectáculo sobre el que, a su vez, han caído todas las características agresivas, litigantes de nuestro tiempo.

Si se llegase un día a comprobar que el espectáculo deportivo es pernicioso y, consecuentemente, se le hiciese desaparecer, la sociedad —si sigue tal como es actualmente— se inventaría otro ámbito, otra moda sobre la que volcar estas incoercibles apetencias que hoy descarga en los estadios. Es fácil elaborar programas teóricos. Realizaciones prácticas... ya son harina de otro costal. Al verdadero socio-educador no le preocupa tanto deslumbrar con unas teorías acerca de los errores de nuestros «urbanizamientos», cuanto descubrir los medios de tomarlos habitables, menos contaminados, más humanos. Como con las grandes urbes y con los poderosos tinglados industriales hay que hacer con el deporte. Ver cómo puede ser mejorado. Para ello es menester, con toda honestidad, incrementar los esfuerzos de conocimiento, esforzarse por saber qué es, cómo se ha estructurado en su forma actual, qué errores se cometen para intentar disminuirlos y qué valores posee para promoverlos. En esta situación está el deporte-espectáculo; ocupando una gran parcela de la sociedad de nuestro tiempo, arrastrando con automatismo a grandes masas; por ello discutido, vituperado. Pero en el fondo desconocido. El espectáculo deportivo es quizá la criatura más voluminosa y más disputada de nuestro tiempo, la más usada y explotada —dejando a un lado el petróleo y las fuentes de energía— y, al mismo tiempo, la más ignorada. La desconocen sus propios protagonistas y seguidores, y también sus detractores. Es triste que esto suceda a los primeros, pero es además injusto que ello ocurra también a los últimos. Porque si es lamentable que se aprecie una cosa que se desconoce, es intolerable que se la critique.

De todas formas, si del cultivo de la poesía, de la música, de las artes en general, de la ciencia, puede afirmarse, siguiendo la unanimidad de los educadores, que se derivan actitudes y valoraciones *culturales* directa y activamente participantes en un desarraigo del hábito agresivo, no se puede afirmar lo mismo, y mucho menos con unanimidad acerca de los espectáculos deportivos. Existen en ellos valores culturales, se pueden ejercer mediante ellos acciones elevadoras, pero el espectáculo deportivo es una entidad que se sustenta sobre las situaciones masivas, con todas las características pendulares y primitivas de las masas.

Por consiguiente, sin desdecirme en nada de las páginas que anteceden, no es a nivel de cultura superior como hay que valorar sobre todo al espectáculo deportivo, sino a nivel de conducta primitiva, casi de conducta mecanizada. Por eso es especialmente fascinante la concreta y tremenda realidad de esos mecanismos de defensa (o de adaptación del yo) que el ciudadano medio de nuestro tiempo, la inmensa mayoría de nosotros los hombres, podemos hallar en el espectáculo deportivo. Desplazamiento, proyección, identificación..., y otros que podríamos igualmente describir, son conductas semiautomáticas, sutiles modos de evasión y hallazgo, cargados de concretas soluciones —aunque elementales y vulgares— para el complicado problema de la agresión humana. «Soy consciente —dice F. Fülcker— de que lo que no sea una propuesta de soluciones prácticas y concretas para unos problemas concretos y reales se convierte, si no en una abstracción, en simple retórica y en un sermoneo» (92).

Eso es lo que hay que evitar por encima de todo. Si a alguien le huelen a sermoneo las últimas páginas que preceden, que prescinda de ellas. Teoría, si eso es lo que modestamente se intenta y se seguirá intentando. Pero teoría legitimada en la sinceridad de los planteamientos y en la búsqueda esforzada de los hallazgos y los datos abiertos. No una teoría lucubrate, apriorística y retórica. La verdadera teoría es lo más opuesto a la retórica. Es ésta, la retórica, lo que se vitupera cuando se rechaza a alguien diciendo con tono despectivo: «es un teórico». Nuestra época precisamente se resiente de la falta de teóricos que capten el arsenal de hallazgos científicos y estructuren de nuevo al hombre la visión del cosmos y del hombre mismo. Por eso, por si acaso nos hemos despegado un tanto del palpo de la realidad, cerramos este capítulo del espíritu deportivo en cuanto posible entidad educativa. Sea el más corto por ser el más inconcreto, el menos sujeto a comprobación. Aunque no deje de ser apasionante.

3. «SUUM CUIQUE TRIBUERE»

Las complejas realidades que comporta el espectáculo deportivo sólo pueden llegar a integrarse en un conjunto de valores culturizadores en tanto en cuanto sean incorporados a la vida social, a los hábitos del hombre de nuestro tiempo con significación *intrascendente*. ¿Qué quiere decir esto? Me explico.

Hay muy pocas cosas verdaderamente trascendentes en la vida. No es momento de detenerse en una exposición acerca de las jerarquías de valores en la vida, cosa por otra parte tan relativa. Para un creyente, trascendente verdaderamente es salvar el alma. O para él mismo y para un filántropo, dar la vida por salvar la del prójimo. Para un padre de familia, sacar adelante física y espiritualmente a sus hijos, etc.

A mi modesto entender, una de las causas de la indudable crisis de valores por que atraviesa actualmente el mundo occidental ha sido la trascendentalización de lo intrascendente. Ya el mito de la razón, coronada en el siglo XVIII, va a constituirse en uno de los fundamentos falsos que va a dar al traste, en los siglos siguientes, con el voluminoso edificio de valores culturales. El materialismo dialéctico irá a ocupar otro de los pilares. Y posteriormente, causados unos a otros y entroncados todos ellos entre sí, esa serie de pseudo-valores que serían deificados, tales como la omnipotencia de la ciencia, el desarrollo, el bienestar material, el consumo de los bienes, la eficiencia... e incluso la agresividad como símbolo de la moderna eficiencia humana. El hombre medio termina creyendo en aquello que se le presenta reiteradamente como solución; lo convierte en motivación de sus esfuerzos, en objetivo; accede a su disfrute; encuentra su vaciedad; se desmoraliza.

No es extraño que el neo-materialismo de la posguerra haya dado como producto típico una juventud escéptica.

Esta juventud, que se abre a la vida en la segunda mitad del siglo mc, conoce más que las anteriores —sobre todo merced a la vertiginosidad de los medios de difusión— los valores que se le presentan como trascendentales, accede a su disfrute más fácilmente, los consume y se desencanta aun antes de haber llegado a su propia maduración personal. Surge entre todo ello la falta de respeto a lo desconocido, a la Naturaleza, al misterio, la preocupante pérdida de la capacidad de asombro.

Pese a los esfuerzos de algunos pedagogos no sometidos a modas, la doctrina que el mundo occidental posbélico da diariamente a sus niños y adolescentes es una doctrina de tergiversación de valores. Ese mundo elemental de primeras asimilaciones de la realidad, de primeros y sustanciales rudimentos éticos, de esquemas valorativos que podríamos llamar consustanciales, esas vivencias que acceden a la persona mucho antes del uso de la razón, antes de la verdadera conciencia personal, estructuran en el niño de nuestro tiempo una primordial apetencia a la vida cargada de avidez de disfrutes materiales. Desde los 18 a 20 meses el niño, a quien de los largos programas de televisión que están abiertos en su casa apenas le interesa otra cosa que los dibujos animados, queda boquiabierto, quieto, paralizado ante los anuncios¹. Y la filosofía de los anuncios de este medio, que es el principal modelador cultural del niño de hoy en muchos países, se concreta en comodidad, mínimo esfuerzo, disfrute, apariencias físicas. Es una pena que los héroes «identificables» (históricos, legendarios o fantásticos) cargados de generosidad, valor, sacrificio, sean sustituidos por la bienaventuranza de los detergentes biodegradables, las bebidas alcohólicas, «que son cosa de hombres», los electrodomésticos. Y una básica, inconsciente, primordial aspiración vital será el disfrute, el confort, la inutilidad del esfuerzo. Aspiración vital que, precisamente por básica, inconsciente y primordial, será la más profunda. Todo ello se incorporará a los patrones básicos de conducta del futuro ciudadano, sobre todo si ha coincidido con las valoraciones que descubrió el niño en la vida de los mayores.

El güisqui y el coñac sirven para animarse en un rato de agradable conversación. El detergente, para lavar la ropa con facilidad. Los electrodomésticos, para ahorrar tiempo en los quehaceres de la casa y poder emplearlo en tareas más importantes. Y para nada más. El güisqui, el detergente y los electrodomésticos no pueden saciar ninguna aspiración humana profunda. Cuando estas profundas aspiraciones cambian sus originales objetivos hacia tales trivialidades, la vida empieza a carecer de sentido. El consumismo produce una de las filosofías más decepcionantes que puedan concebirse. No cabe otra consecuencia que el escepticismo, el hastío. Y de ahí cualquier solución destructiva: la hostilidad, hacia la delincuencia; o la depresión, hacia la autodestrucción, la droga e incluso el suicidio.

¹ Todavía no se han hecho análisis rigurosos acerca de las predilecciones Infantiles por los anuncios televisivos. ¿Seis por su variedad de imagen y de sonido?, ¿su dinamismo...?

El espectáculo deportivo entra en este juego de hábitos sociales contemporáneos con fuerza, con avasallamiento. Su éxito es creciente. Y en este éxito está su peligro. La importancia del espectáculo deportivo estriba sólo en que, en alguna manera, es necesario a la sociedad. Pero nada más. Es necesario como pasatiempo, como diversión, como entretenimiento; como ocasión de matar el tiempo, o de buscar algún tiempo liberado de obligaciones y angustias, para poder matarlo; o de evasión, con todo lo que ello puede aportar para la liberación de tensiones personales. Todo lo que sea atribuir al espectáculo deportivo más trascendencia que esta función diversiva es sacarlo de sus casillas. De factor constructivo puede derivar en elemento perjudicial.

Por ejemplo, es pernicioso convertir el espectáculo *deportivo* —lo es, insisto, toda competición deportiva que natural o artificialmente cree expectación, aunque sea considerado «deporte *amateur*»— en elemento de prestigio político, cosa que hoy están haciendo ya todos los países del mundo, incluso Finlandia. O inundar diariamente al lector o espectador con informaciones deportivas trascendentalizadas². O elevar las polémicas deportivas al grado de conflicto importante.

Al espectáculo deportivo se le moteja frecuentemente de alienante. Prescindiendo de que en muchas ocasiones los motejadores no saben exactamente lo que dicen —como se deduce de sus contextos—, existen indudables razones para esta adjetivación. Puede ser alienante en dos sentidos: en que aturde a la gente, la polariza, la apasiona y la incapacita en alguna manera para albergar otras preocupaciones sociales, políticas, humanas más importantes. Es decir, la aliena porque la distrae, la lleva fuera de sí misma y de su vida personal responsable, y circunstancialmente de asuntos más trascendentes. Pero puede serlo —y ésta es la acepción psico-política original— porque adquiere las características del trabajo alienante de nuestra época; más aún, lo hace parte integrante del amplio sistema laboral alienante. Así, Rigauer: «El deporte de alta competición integra a su sistema mercantil esquemas de conducta y contenidos mentales conformes con el trabajo que facilitan la adaptación al respectivo sistema socio-mercantil de dominio» (170). El espectáculo deportivo entra en el ámbito de la «manipulación», mediante la cual la energías agresivas de la persona, sometidas ya desde la escuela a dictados del sistema, que deberían surgir contra el *establishment*, quedan sofocadas, aplacadas por el deporte, verdadero medio de canalización y compensación (Hoehme, Vinnai) (21^{bis}, 216).

Es aventurado y simplista achacar concretamente al sistema capitalista el origen de la estructura socio-deportiva alienante. Pero no cabe duda de que cienos elementos constitutivos del consumismo convierten al deporte en actividad embaucadora. La propaganda promotora de ídolos artificiales que es menester consumir (admirar, exigir); la urgencia en vender productos atrayendo público que pague, haya o no haya calidad en el producto; la sensibilización competitiva para que el prestigio de esos productos no decaiga, etc., crean nuevas necesidades al espectador, el cual no puede prescindir de ellas. Todo ello supone un círculo vicioso, un proceso artificial de realimentación que mantiene la trascendencia del deporte-espectáculo a unos niveles realmente superiores a lo que intrínsecamente significa. Por ello se convierte, cuando menos, en hábito infecundo, estéril y, en muchas ocasiones, en deformante.

Pero, más allá de las características socioeconómicas de uno u otro sistema está un hecho que iguala hoy a todos los países en esta carrera de la trascendentalización del espectáculo deportivo: el descubrimiento de su fuerza dialéctica y, consecuentemente, de su oportunidad política. En mi libro *El deporte en la sociedad contemporánea* hago cierto análisis de esta realidad social que constituye probablemente el más fuerte motor en la rápida transformación del deporte contemporáneo. La inteligibilidad del lenguaje deportivo, sin barreras de idioma ni de niveles mentales, unida a la instantaneidad y ubicuidad de la información, ha descubierto a los políticos un medio de prestigio cuyos resultados son de difícil medición, pero de indudable y universal repercusión. Unas cuantas medallas olímpicas tienen más vasto alcance político-propagandístico que largos años de organizada diplomacia. Y esto lo saben hoy todos los estadistas del mundo; y los medios, organización y estructuras para producir estas rentas son puestos en juego con mayor o menor clarividencia y eficacia igualmente por todos, sea o no sea oficialmente

² El deporte, y en concreto el espectáculo deportivo, ha adquirido hoy enorme volumen —cosa que puede considerarse positiva— y, consecuentemente, requiere amplia vertiente Informativa. Hace años propuse en un editorial de la revista *Deporte 2000* (agosto de 1969) la implementación en España de un canal televisivo meramente deportivo. En él se daría satisfacción a la enorme demanda de tiempo deportivo. Pero esta información sería hecha dentro de los cauces y talante específico de la parcela deportiva. Se evitaría el tener que llenar con programa. Deportivos otros espacio, con la consiguiente queja —justísima— de Personas no aficionadas al deporte; y por otro lado la conversión de la información deportiva en algo que por su extensión, parece tener trascendental importancia

confesado. Consecuencia de estas profundas injerencias políticas ha sido una mayor trascendentalización del espectáculo deportivo; y, posteriormente, el peligro de una mayor y más profunda idolización. Las repercusiones populares no serían encasilladas en el ámbito de la alienación en su acepción rigurosa, pero pueden resultar verdadera y trágicamente alienantes.

El deporte-espectáculo no es una actividad humana ni un suceso social de primer orden, por necesario que a nivel de desahogo lo sea. Usar esa necesidad y prestigio primitivo para apologizar y glorificar unos métodos de gestión estatal, un sistema político —sea el que sea—, entra casi en el ámbito del fraude. Hoy asistimos a este generalizado fraude.

También lo es atiborrar a las masas de espectáculo deportivo para distraerlas de otros problemas más urgentes. Es cierto que se abusa mucho de este tópico en cuanto cualquier intelectual que no ha estudiado con seriedad deporte pretende hablar de él. Pero se abusa porque se topa uno con él fácilmente, porque existe, está ahí. Piden *panem et circenses* y hay que dárselo hasta saciar. Es una política muy tentadora; y además, sencilla, sin complicaciones. Los resultados no habrán de ser nada prometedores para un pueblo. Pero —permítaseme la insistencia— tampoco hay que intentar paliar este error con el pseudo-intelectualizante e irresponsable impulso de atacar y erradicar, sin más, el espectáculo deportivo. Este camino conducirla a los errores probablemente más nefastos.

El deporte-espectáculo de nuestro tiempo, aparte de su enorme complejidad y consecuente falta de identidad como realidad social, está sometido a todas estas exigencias, por un lado, y por otro se ve presionado, sostenido en el ámbito no sólo del desarrollo sino en su misma evolución estructural, por una serie de estereotipos recibidos de sus anteriores y ya pasadas instalaciones sociales. Me refiero al influjo que el movimiento olímpico como ideología y la organización Comité Olímpico Internacional, como estructura, ejercen en la autodefinición del deporte en nuestro tiempo.

Precisamente un suceso derivado de ese movimiento olímpico y que es al mismo tiempo organización establecida y regulada por el COI, a saber, los Juegos Olímpicos, constituye el símbolo y la esencia de lo que es el deporte-espectáculo a su máximo nivel. No hay un suceso internacional, ni siquiera una Asamblea General de las Naciones Unidas, que haga desplegar tantos efectivos informativos, que ocupe tantas ediciones, tantas horas de televisión y radio como los Juegos Olímpicos. Tampoco hay organización de ningún tipo en la que se inviertan tantos millones de dólares (si se exceptúan los grandes planes de exploración espacial y alguna obra gigantesca semejante) ni en la que participen tan unánimemente todos los países del mundo.

Pues este suceso, único en nuestra era, en el que se cruzan intereses políticos, financieros, comerciales, profesionales de todo tipo, que es ya, podría decirse, por su medida cuantitativa, el espectáculo de los espectáculos, está Condicionado, controlado por un Comité Olímpico Internacional que asume el papel de moderador y paradigma del deporte mundial sosteniéndose en unos valores espirituales derivados fundamentalmente del *deporte-«praxis»*.

Éste es, por su anacronismo, por su equilibrio mesta por su enorme paradoja, uno de los sucesos más sorprendentes que se pueden contemplar en nuestros días ¿Cuanto tiempo durará? El olimpismo es un hecho del deporte contemporáneo de asombroso relieve que debe ser objeto de un tratamiento sociocultural sistemático³.

El resultado concreto a que me quiero referir aquí es que de una serie de ideas llenas de nobleza, de denso contenido pedagógico, tomadas de la práctica del deporte, se han ido derivando una serie de sucesos que rebasan el ámbito y la significación de la simple actividad humana deportiva y han adquirido trascendencia mundial. Nos encontramos, pues, por un lado, con un gran espectáculo sugestivo, apasionante, internacionalmente acogido, y, por otro, con una filosofía que pretende situar ese espectáculo deportivo en los más altos niveles de exigencia espiritual. Sí somos consecuentes con ambas cosas habrá que deducir que los Juegos Olímpicos son la actividad más trascendental del hombre de nuestro tiempo. Lo cual es una aberración. Son un gran espectáculo, una excelente diversión, una ocasión de viajes, de contactos culturales, de jornadas placenteras, aptas para pronosticar, para gozar y entusiasmarse, para aceptar el desencanto. Absolutamente nada más. Ni se juega allí el prestigio del país, ni constituye el *sancta sanctorum* de los valores espirituales. Las virtudes del amateurismo, el *fair play*, la

³ El olimpismo como uno de los ejes sobre el que ha girado la evolución del deporte en el siglo XX su evolución «o in-evolución», sus valores espirituales y realidades efectiva,, etc., deberá ser objeto de otro estudio monográfico semejante al presente de la agresión.

competencia leal y caballeresca, todas muy hermosas y perfectamente aplicables en muchas de las actividades de la vida, entre ellas en las prácticas deportivas, significan ya muy poco en la realidad de la alta competición olímpica. Allí compiten unas personas, seleccionadas entre las seleccionadas por sus condiciones para el deporte, súper-entrenadas, dedicadas durante varios años y muchas horas diarias a esa actividad, puestas a vencer u obtener el mejor resultado posible⁴. Por su alto grado de rendimiento, y no por otros valores personales, se han convertido en la espectación de todo el mundo. Los Juegos Olímpicos son, con otro ambiente, otros orígenes, otras circunstancias, otra organización, al igual que el trapeceista que se engancha tras un triple mortal, «el mayor espectáculo del mundo. Ésta y sólo ésta es la trascendencia del espectáculo deportivo. Lo cual no le priva de su belleza, de su apasionante atractivo, de su poderosa sugestión, de su acción liberadora a niveles primitivos de personalidad.

Sólo situándolo en su sitio en una filosofía social que parta de una acertada jerarquización de valores, este espectáculo puede resultar positivo, integrador, eminentemente nutritivo y no derivar en objeto de manipulaciones alienantes.

La antinomia que, sin malicia, sino, al contrario, con indudable buena voluntad mantienen los dirigentes del olimpismo a nivel de deporte mundial es aceptada por conveniencia por los dirigentes deportivos nacionales y produce una falsa estimación de la realidad del deporte competitivo, la lenta transformación literaria de la famosa Regla 26 de los estatutos del Comité Olímpico Internacional hacia cierta liberalización en la interpretación del participante amateur ha sido amplísimamente desbordada por la transformación social del deporte.

Al comienzo de la temporada 1971-72 el presidente de la Federación Española de Atletismo, con buen sentido realista, para proceder a la correcta planificación de los entrenamientos y atender con justicia a los principales protagonistas, los deportistas, quiso tener en cuenta también la opinión de ellos y elaboró una encuesta en la que debían responder a diversas cuestiones prácticas. Entre las preguntas figuraban las siguientes:

- «¿Cuánto necesitas al mes para tus necesidades personales (estudios, calzar, vestir, diversiones, etc.), y de tu familia (si la tienes y dependen de ti)?»
- «¿Cuánto crees que debes cobrar, como ayuda mensual, para entrenarte intensamente, según el tiempo que vas a dedicar y tu categoría atlética actual?»
- «¿Cuánto quieres cobrar, suponiendo que realizases la marca que esperas y has dicho, la próxima temporada?»
- «¿Te parece oportuno un sistema de premios por *record* de España, puestos de finalista en campeonatos europeos olimpiadas y título de campeón de España absoluto? »
- «¿Cuánto se debe dar en cada caso, según tú?»

Pues por una cosa tan normal, tan llena de sentido común, se armó la tremolina. Cierta parte de la prensa, la más sensacionalista, que carece de criterio y de visión sociológica, arremetió contra el presidente y su equipo. Lanzaron la especie de que la Federación Española iba a ser descalificada por la IAAF. Que el atletismo español iba; estar ausente de los entonces próximos Juegos de Munich etcétera. Naturalmente, no llegó la sangre al río; no pasó nada.

Era una alarma montada sobre el viejo tópico del amateurismo como centro espiritual del deporte. Es obvio que si ello puede valer para la simple práctica deportiva, ha quedado totalmente desfasado con respecto al espectáculo deportivo de nuestro tiempo. Y nada más que eso son los Juegos Olímpicos.

Esta fuerza de la realidad sociológica con respecto al espectáculo deportivo se ha manifestado en el seno del más intocable de los deportes, el atletismo, después de los Juegos de Munich, a saber, su profesionalización. O'Hara ha creado ya un importante equipo mediante contrato en el que se han integrado algunos de las más famosas figuras del atletismo mundial (Jim Ryun, Kipchoge Keino, Evans, Fisher, Hines, Seagren, etc.). También ha habido escándalo. Pero ahí sigue y prospera ese eminente grupo atlético profesional; al igual que hace 40 años lo hiciera para el tenis Kramer, el cual logró recoger para su «cuadra» a lo más granado del tenis mundial (Pancho Segura, Rod Laver, Ken Rosewall, Pancho González, Gimeno, etc.). Durante un tiempo constituyeron un *apartheid*, no por voluntad propia,

⁴ Próximamente publicaré una investigación sociológica realista de varios miles de deportista españoles de todos los niveles sociales, edad, cultura, modalidad deportiva, etc., cuyo objeto es conocer la opinión que el deportista actual tiene de los llamados «valores olímpicos, tal cual los describe H. Link en su obra *Werte Ziele Wirklichkeit der modernen Olympischen Spiele*, como por ejemplo, el significado de hermandad Internacional, el afán de superación personal, etc.

sino por espíritu segregatorio del tenis oficial. Al fin, la Federación Internacional de Lawn Tennis los aceptó en su seno, creando primero los torneos «Open» y, finalmente, la definitiva aceptación indiscriminada. Ni el tenis se ha corrompido, ni los aficionados a la práctica de este bello deporte han perdido su calidad de verdaderos aficionados, ni los campeones se han convertido en hombres de inferior categoría moral. No es aventurado pronosticar que en el atletismo sucederá algo semejante; con lo cual la práctica de este gran deporte no perderá sus excelencias ni su belleza espectacular, ni caminará hacia la corrupción. Quizá se encuentren más dificultades para una definitiva aceptación del profesionalismo en el seno de la Federación Internacional; el atletismo es el rey de los deportes olímpicos, su cumbre y símbolo; por ello es posible que los brotes profesionales encuentren más resistencias. Pero la realidad socio-deportiva se impondrá.

El atletismo, el olimpismo entero, es un notable espectáculo. La profesionalización es una respuesta normal a estas demandas espectaculares. Cuando la Regla 26 sea definitivamente cambiada, cosa que habrá de suceder antes o después, ya no tendrán que inventar fórmulas extrañas los dirigentes nacionales del deporte; no habrá que mentir como se miente ahora.

La profesionalización en el deporte es una consecuencia natural de su espectacularidad. A grandes niveles espectaculares se exige alta prestación, y ella no es posible sin la entrega plena a la preparación, a los entrenamientos, sin la dedicación, y esta dedicación ha de estar pagada de una u otra manera: por contrato laboral o por protección estatal; bajo la denominación de «sueldo» o de «beca», de «gratificaciones» o de «compensación laboral». Todas estas fórmulas constituyen en el fondo una misma realidad: el profesionalismo.

La falta de ideas claras para aceptar la diversificación que hoy no existe entre *deporte-«praxis»* y *deporte-espectáculo* mantiene esta confusión. Hay temor al profesionalismo deportivo como un mal, como un pecado que atenta contra los excelsos valores del deporte. Se han llenado muchas páginas expresando el horror contra el «mercantilismo» en el deporte. Y hoy, en los deportes de más éxito, los más popularizados por su espectacularidad, existe compensación económica a todos los niveles. En el fútbol español reciben dinero en forma de sueldo o de primas o gratificaciones no sólo los jugadores de las tres Divisiones Nacionales, sino futbolistas de primera y hasta de segunda categoría regional. ¿Hay un pecado colectivo, una corrupción general? Éste es un problema artificial producido por la trascendentalización del espectáculo deportivo. Éste, llegado a unos niveles, deja de ser una ética de superación, de fuerza, como lo es el deporte-«praxis», para concretarse en una simple diversión. Los aficionados al fútbol de un pequeño pueblo van al campo los domingos para divertirse viendo jugar a su equipo de segunda regional. Nada más. No hay nada malo, nada indigno en que los muchachos que juegan reciban unos miles de pesetas en concepto de gratificación o de estímulo; la etiqueta es lo de menos.

Si el atletismo por su belleza y emoción un día llegase a extenderse como el fútbol, y el público de cualquier pueblecito pagase dinero para divertirse viendo correr y saltar a los atletas, no estaría mal que éstos recibiesen alguna compensación. Y elevados los mejores a nivel nacional, que se profesionalizasen.

Los grandes espectáculos deportivos, entre ellos los Juegos Olímpicos, están excesivamente trascendentalizados. Al auge y expectación que han adquirido, debido sobre todo a los medios de comunicación, se une la persistencia de una sacralización, de una retórica todavía no sujeta a revisión que una serie de rutinas han mantenido. La *religio athletae*, esa expresión sentimental de Coubertín, sigue ¡estando vigente y vigilante como espíritu de los estadios, y el atleta que corre o salta cree, sin querer, que pertenece a una secta de purificados que le sitúa muy por encima del futbolista, el baloncestista o el ciclista.

La agresividad que puede desencadenarse sobre los estadios olímpicos en mil formas diversas de rivalidades nacionales, de ostentación de prepotencia, de reivindicaciones raciales, se ve aumentada por la pervivencia de unos valores míticos del mundo olímpico. Unos, los políticos, quieren aprovecharse de los juegos para dejar su sello de eficiencia. Otros, los honrados poetas del olimpismo —o, junto a ellos, los camelistas vividores de una retórica pretenden que no se extinga la llama sobrenatural de Olimpia.

No quiero decir que la comercialización del espectáculo deportivo no signifique peligro para los derroteros que éste vaya a tomar. Precisamente en la disputa de este bocado apetecible —el deporte-espectáculo—, junto a la injerencia política y la sacralización rutinaria, ha terciado *sí* inversionismo económico. Y como el dinero es capaz de cambiarlo todo —o casi todo— en las parcelas del deporte espectacular en las que ha sentado su mano se ha producido, un marcada viraje en los enfoques, procedimientos de organización e incluso estructuras.

Lo de menos es que el comercialismo se haya impuesto a la espiritualidad del deporte. En realidad, nunca sucedió así. La práctica del deporte sigue teniendo las mismas características espirituales, exista o no exista en la sociedad el deporte comercializado. El deporte-espectáculo es una instauración social de nuestra época que nada tiene que ver con esos valores del deporte-práctica. La comercialización del espectáculo deportivo no es peligrosa porque atente contra unos valores espirituales del deporte, sino por otra razón menos solemne: porque convierte al espectáculo deportivo —no al deporte— en producto de venta. Con ello pasa a integrarse en la serie de productos que necesariamente han de ser consumidos. Todos los medios al alcance de esta comercialización son puestos en juego para conseguir el éxito, es decir, su promoción, su auge, su venta. Entra ya de lleno, como antes he indicado, en el juego del consumismo.

Para vender el producto hay que darle importancia. No hay medio propagandístico que no esté de una u otra manera implicado en el tinglado de intereses montado alrededor del espectáculo deportivo. Según las modalidades deportivas, el grado de injerencia va desde la corrupción hasta los simples condicionamientos.

Como ejemplo de la primera se puede señalar, sin descubrir nada nuevo, el mundo del boxeo profesional. Las Federaciones Nacionales con su mejor buena voluntad nada pueden hacer frente al juego turbio de promotores, *managers*, agentes. Las Federaciones de carácter internacional, el World Boxing Council (WBC), la World Boxing Association (WBA) o la European Boxing Union (EBU) tampoco son entidades sedas capaces de imponer una autoridad deportiva frente a los poderosos trusts, aparte de las posibles implicaciones de algunos de sus miembros en el tinglado. Por eso en el boxeo profesional, con justificación en la dureza de los combates y el necesario y largo tiempo de recuperación entre uno y otro, no existen sistemas objetivos para disputar los títulos internacionales (mundiales, europeos, etc.). Son los organismos internacionales quienes designan en cada caso los aspirantes a la disputa de los títulos. Por ello son frecuentísimos los casos de excelentes boxeadores cargados de victorias, méritos profesionales y nos desespera que jamás reciben la oportunidad soñada detrás, prematuramente, casi al principio de su carrera profesional, apoyados por alguna de esas organizaciones empresariales omnipotentes, encuentran el camino abierto a los títulos, cuando no el regalo de una victoria merecida. No es el objetivo de este trabajo entrar en la anécdota, que podría llenar centenares de páginas apasionantes. De lo que cualquier aficionado al boxeo recuerda, bastaría reproducir algún pequeño ejemplo.

En 1971, el italiano Bruno Arcari, excelente boxeador sin duda, pero uno de los campeones más mimadamente protegidos que han existido en los últimos años, debe defender su título de campeón mundial de los superligeros ante al canario Barrera Corpas. El boxeador español, ya veterano profesional, no es considerado por los «planificadores» como enemigo peligroso. Por eso se concierta el combate, con posibilidad de buenas ganancias por el arrase propagandístico de Arcari. Pero Barrera, hombre durísimo y de enorme fortaleza, comienza, después del cuarto salto, a levantar la pelea y dominar en el ring. Arcari, a pesar de sus espectaculares acciones, empieza a pasarlo mal. Los «planificadores» barruntan la catástrofe, que podría dar al traste con muchas de sus «planificaciones». Y cosa sorprendente: en el décimo asalto, un espectador de las primeras filas lanza una gruesa moneda que golpea en la tibia a Barrera Corpas. Éste bajo la mano y, dolido del golpe, ve la moneda en el suelo, va por ella para enseñársela al árbitro y, en el momento en que está cogiendo ligeramente agachado, el árbitro da por finalizado el combate con la victoria de Arcari. Fue una *fórmula* hasta entonces nunca vista. Hubo reclamación oficial. No pasó nada. Arcari continuaba campeón del mundo.

Pocos años después se nombra aspirante a otro español, Tony Ortiz, también un poco pasado de su mejor forma por exceso de combates. Y vuelve a repetirse la historia. Ortiz, célebre por su aguante y crecimiento en los últimos asaltos, ha comenzado a dominar a partir del sexto. El mismo barrunto. En el octavo asalto el árbitro interrumpe el combate y le descalifica por las buenas. Declaraba después del combate Tony Ortiz: «Así este señor seguirá siendo campeón hasta los cien años. »

Y ya entre españoles, a un excelente boxeador, Miguel eláquez, que venció al extraordinario Buchanan quitándole el título de Europa y habiéndole derribado al suelo, nunca se le dio la oportunidad de disputar el título mundial. Buchanan, tras la derrota y pérdida del título europeo conquistó el título mundial de los ligeros en la versión de la WBC y, posteriormente, en la de la WBA. Todo realmente por sus méritos, ya que ha sido uno de los mejores boxeadores del mundo de los últimos 15 años entre todas las categorías. Pero ¿y Velázquez? Era demasiado enemigo, por lo visto, para los campeones protegidos. Sin embargo, a otro excelente boxeador español, con bastante más suerte en cuestión de protectores, se le llevó a la disputa del título del mundo a los 21 años. Y en un combate discutidísimo, en el que probablemente fue vencido por el japonés Furuyama, se le dio la victoria. Si por el

momento le hicieron un favor, habrá que pensar si, a la larga, lo seguirá siendo. Miles de casos pueden ser relatados acerca de victorias amañadas, vetos puestos a determinados boxeadores, arbitrariedades en la designación de aspirantes, etc.

Indudablemente el boxeo profesional puede ser expuesto como muestra del espectáculo deportivo corrompido por los intereses mercantilistas. No todas las modalidades deportivas tienen las mismas características y desmesuras. En otras, la injerencia económica es menos escandalosa, aunque no menos actuante.

Pero no es la corrupción directa, la anulación de la capacidad rectora de los organismos responsables, la más frecuente forma de influir, ni siquiera la más peligrosa. Existen formas indirectas de acción. La propaganda, la hipervaloración, la excitación de pasiones primadas constituyen el gran riesgo del deporte-espectáculo de nuestro tiempo. Sobre todo, por el carácter de excitación de la agresividad que tienen.

¿Estará más presto para arrojar una botella al árbitro el ciudadano que por la mañana ha leído como titular en un periódico «Esta tarde, en el X⁵, el ser o no ser de nuestro club», o quien ha leído «Gane quien gane, hoy presenciaremos un bello espectáculo»? Uno de los hechos que transforman la liberación psicológica característica del espectáculo en exacerbación de la agresividad es esa trascendentalización. «Ve, contempla, diviértete, entusiámate, desencántate. Todo ello contribuirá a nutrir tu espíritu, serenarte, a equilibrarte, o quizá a llenarte de optimismo.

Pero «jornada decisivas», «un contrario contundente cara de perro», «guerra a muerte» (expresiones rigurosamente leídas) son los acentos bélicos, los sonos excitante de un campo de batalla traspasados a los campos de fútbol.

La trascendentalización se realiza no sólo por la sensibilización del público o jugadores hacia la gravedad de *un* encuentro, la importancia decisiva de un gol o de un *sprint*, sino por la omnipresencia y omniaudiencia a que son sometidos los divos del deporte, la resonancia que se provoca alrededor de sus más reducidas acciones, el halo mítico con que se los circunda, no sólo en el campo o en la cancha —donde sí son realmente fueras de serie— sino en cualquier comentario o gesto en la calle o en el restaurante, por vulgar que sea. La expulsión del terreno de juego del gran futbolista Cruyff, durante el encuentro de primera división de liga jugado en Málaga, fue más polemizada. Llenó más páginas y horas informativas durante el mes de febrero de 1975, en España, que el conflicto de Oriente Medio e incluso las vicisitudes de la crisis económica mundial. Cruyff fue entrevistado por televisión y radio en los vestuarios, al subir al avión, al descender del avión, en la calle, en su casa, en los estudios. Llegó a ocupar la gran portada de huecograbado del importante diario de Madrid ABC. No sabemos si una sociedad vaciada de valores épicos los busca donde sea y los inventa; se pretende, como sea que estos campeones del deporte sean héroes de leyenda. Pero la verdad es que muy pocos deportes (el boxeo —si no estuviese tan corrompido por los promotores profesionales—, el montañismo, el automovilismo, y quizá el ciclismo) tienen caracteres épicos. Por ello esa especie de «epopeyización» (*sit venia*) es forzada; el sujeto aureolado no responde en definitiva a la profunda demanda popular; defrauda. El espectáculo deportivo no es una epopeya, es una diversión.

A esta subversión de valores es arrastrado el gran público, que corea ingenuamente las tergiversaciones, las desmesuras. En muchos países el ciudadano, al carecer de cauces fáciles para desahogos políticos y sociales, para un diálogo eficiente con las burocracias administrativas, con las poderosas estructuras socioeconómicas que le transportan, acepta esta hiper-valoración del espectáculo deportivo, entra en las polémicas creyéndose protagonista de algo sustancial. Satisface así la profunda necesidad psicológica de ser partícipe de algo socialmente importante. A este espejismo, por ejemplo, ha contribuido en España, en esta década de los 70, cierto singular estilo informativo, eminentemente sensacionalista, montado sobre la habilidad de airear conflictos, vergüenzas, sacados de cualquier rincón del deporte y lanzados a los cuatro vientos. Decir las verdades, señalar los defectos y los conflictos allí donde los hubiere es en principio una tarea positiva; pero esta moda informativa a que me refiero no es precisamente una técnica que busque la crítica constructiva que diga las verdades por dolorosas que sean, enmarcadas en un contexto con intención de perfección y progreso, sino simplemente apoyada en su mera e irresponsable exposición. En una sociedad demasiado ávida de sensacionalismo y carente de criterios es fácil tener éxito alimentándola con súper-sensacionalismos, excitándola a una exacerbación de impulso conflictivos, contabilizando errores y tirantezas sin sugerir soluciones.

⁵ Aquí figura el nombre del campo de fútbol al que se refería el titular de prensa

Es triste, aunque es obvio, que prospere con tanta facilidad un tipo de información basada fundamentalmente en el incremento de la conflictividad, de la cual ya está bastante cargado de por sí el deporte-espectáculo. Tal estilo se ha puesto de moda precisamente porque ha súper-polemizado el deporte-espectáculo, lo ha hecho más agresivo, buscando en ¿toda la carroña posible —que la tiene, como cualquier otra actividad popular muy extendida—, y se la ha echado a la gente para que la coma. Carroña trascendentalizada.

He aquí un caso típico de este deporte espectacular sacado de sus moldes y funciones que, como buen producto nacido de él, ayuda a realimentar el sistema. La consecuencia es una hiper-sensibilización de la gente, un aumento de la agresividad colectiva que, en su momento, pagará algún árbitro o jugador de turno. Es certera la frase de Adorno cuando, aunque no referida estrictamente al deporte-espectáculo, afirma que «el deporte es bivalente: por una parte puede tener efectos anti-bárbaros y anti-sádicos gracias al *fair play* la caballerosidad, la consideración al débil. Por otra parte puede fomentar, en algunas de sus formas y modos de proceder, la agresión, la brutalidad, el sadismo. (3).

La masa de un espectáculo deportivo, aparte de es constituido por personas, dignas de todo respeto, puede convertirse en un instrumento peligrosísimo, que quizá no, estalle en el momento de ser mal informada ni aun provocada, pero cuya virtualidad agresiva se acumula.

Instrumento político, rutinarismo sacral y manipulación económica; he ahí tres ingredientes que con enorme fuerza influyen en la desmesura del espectáculo deportivo de nuestro tiempo.

Necesitado como está el hombre de desahogos simples, acude al espectáculo deportivo a liberarse un poco, a manifestarse, a equilibrarse. Pero al buen plato que puede nutrir su metabolismo espiritual le han echado picante.

No el espectáculo deportivo en sí, sino *este* espectáculo deportivo al que asistimos, convertido en suceso trascendental, avasallador, que excita a las masas, o que conviene a la gente en masa, debe ser objeto de rigurosa crítica social. En toda utopía social se procura que cada estamento, cada gremio u organización cumpla las funciones que le corresponden. El médico, curar al enfermo; el maestro, enseñar; el arquitecto, construir viviendas. La sociedad utópica a que siempre se debe más o menos aspirar es como la representación de una obra de teatro en la que cada cual debe interpretar su papel. El «protagonista enamorado» no puede cometer la frivolidad de usurpar de repente el texto del «padre intransigente». Se acabaría la obra.

Queda por ver —y éste es el caballo de batalla de los responsables sociales— hasta qué punto se puede asimilar la variable, imprevisible complejísima, a veces anonadante sociedad a una función bien ensayada. Nunca se podría llegar a la perfecta coordinación de los múltiples elementos y a la acabada congruencia de los engranajes de la vida real. Pero una manera de acercarse a ella es conocer bien los papeles que a cada uno corresponden; y llegar al convencimiento de que seda mejor no salirse de ellos.

En cuanto al espectáculo deportivo, llamado a servir de desahogo, liberación, aplacamiento y ancha diversión ¿podría mantenerse en estas funciones en medio de una sociedad exigente, consumista, desequilibrada y sensacionalista? No parece fácil. Pero, por lo menos, no conviene ignorar cuál sea su papel.

GUERRA, DEPORTE Y AGRESIÓN
Cuadro : SOCIEDADES Y CODIFICACIONES

Código OWC	Sociedad	Fuente de codificación belicosa	Deportes combativos	fuentes de codificación deportiva
Pocas o ninguna Guerra				
AN7	Semang 1913-39*	Schebesta 1954: 226	No	Shebesta 1954: 190
AW25	Vhil 1943-54	Bose & ray 1953: 32 Naik 1956: 21	No**	Koppers 1948: 115, 136, 211 Naik 1956: 36, 121, 184
AW60	Toda 1873-1908	Otterbein 1958: 280	No	King 1870: 36 Marchall 1873: 36 Rivers 1906: 696-699 Thurston 1909: 161-162
EK2	Hutteritas 1965	Hostetler & huntington 1957: 2-10	No**	Hostetler & Hontington 1967: 18, 24-27, 60-61, 67-68, 72-73, 78-79, 84
EP4	Lapones aprox 1660	Scheffler 1704: 29, 47, 50, 421	No	Scheffler 1704: 27, 279-282
FL6	Torobas 1926-39	Oterbein, op. cit.	No	Hunting ford 1953: 613 Maguire 1927-256
FX10	Bosquimanes kung 1908-55	Marchall 1962: 235-236	No	Marchall 1965: 249, 264 Kaufmann 1910: 28
ND8	Esquimales Koper 1908-23	Koper oter bein, op. cit	Si**	Thomas 1959-110 Genes 1922: 218-222 Rasmussen 1932: 265-270 Stefansson 1914: 85
NH6	Naskapi montañeses 1849-1932	Lieps 1947: 404	No	Lane 1952: 41 Speck 1935: 92, 103, 196-198, 219
OT11	Tucopia 1913-29	Oterbein, op. cit		Turner 1894: 321-323 Firth 1939: 93, 183, 201 Rivers 1914: 349
Guerras Frecuentes o continuas:				
AJ1	Tibetanos 1879-1949	Oterbein, op. cit.	Si	Bell 1928: 170, 273 Das 1902: 198, 260 Kawaguchi 1909: 4992 Mac Donald 1929: 70, 20 Ma 1947: 165 Rockhill 1895: 724 Schen & lio 1953: 165 Tsybikov 1919: 445
AO1	Thai 1600	Ibíd.	Si	Landon 1939: 208
AR13	Sema naga 1910	Ibíd.	Si	Huntton 1968: 109
FQ6	Ila 1902-14	Ibíd.	Si	Smith & dale 1926: 171-174
NE13	Comox 1880	Ibíd.	Si	Barnett 1955: 262
NU7	Aztecas 1520	Ibid	Si	Sahagun 1950: 17 Sahagun 1951: 19, 31 Sahagun 1954: 29,58, 125
SH5	Tehuhlche 1800	Ibid	Si	Cooper 1946: 156, 157
Si4	Avipon 1800	Ibíd.	Si	Dobrizhoffer 1822: 46, 216-218
SO8	Timbira 1820	Ibíd.	Si	Nimuendsju 1946: 147-13
SZ13	Mundurucu 1952	Ibíd.		Murphy 1954: 32

* Fecha a la que se refieren los datos etnográficos.

** En esos casos fue necesaria la interpretación para la codificación. En el análisis de casos de desviación se discute lo referente a los Bhil y Esquimales Copper.



La lucha puramente griega era demasiado estática para el romano amante del espectáculo. Los etruscos ofrecían un espectáculo mucho más estimulante. Había pocas cosas que no estuvieran permitidas.



Pugilistas. El fin de un combate. Representación de una ánfora panatenaica (de premio). Primera mitad s. V a. J.C. (Berlín. Departamento de antigüedades).



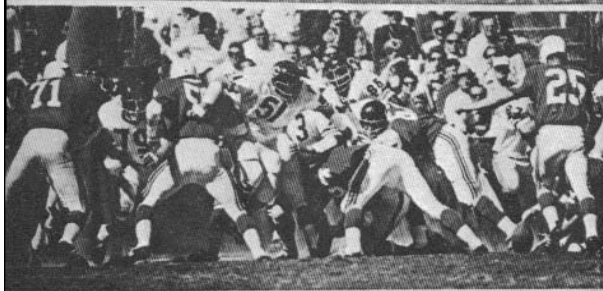
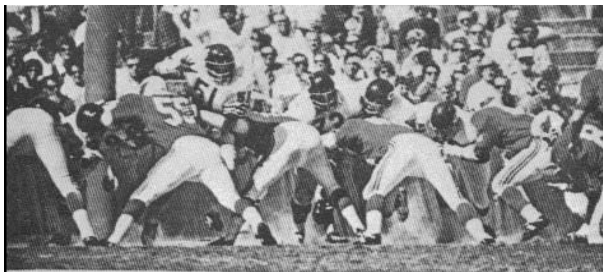
Las formas deportivas directamente agresivas constituyen una constante que atraviesa siglos y culturas. Aquí, una escena del célebre combate Sayer-Heenan (s. XIX en Inglaterra). Cuando Sayer da señales de agotamiento, en el asalto 37, Heenan le lanza contra las cuerdas, apretándole el cuello.



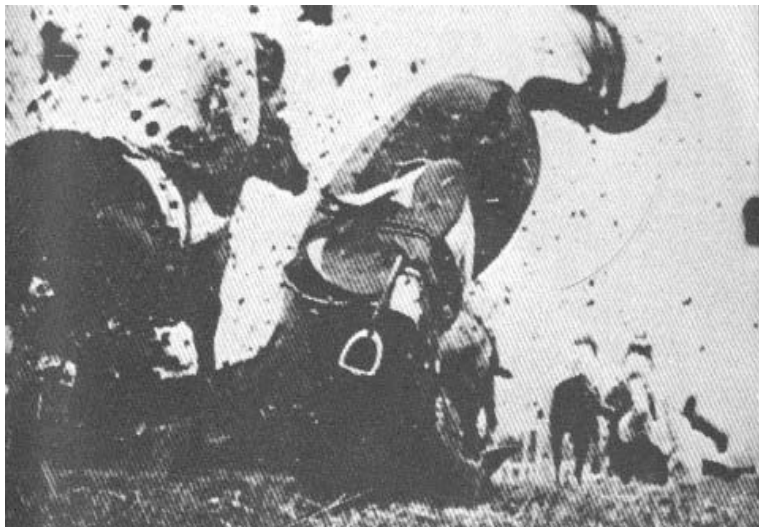
Torneo de lucha en la India, en 1897. Como espectadores, príncipes indios y oficiales británicos.



Rugby = genio, fuerza, hombría, nobleza, contundencia. ¿Acaso también rugby = agresividad?



En el rugby americano el choque de hombre con hombre no solo es permitido, sino buscando por los participantes y exigido por el público.



Caída, derrota, fracaso, lesión, infortunio... Palabras que en el deporte son frecuentes realidad



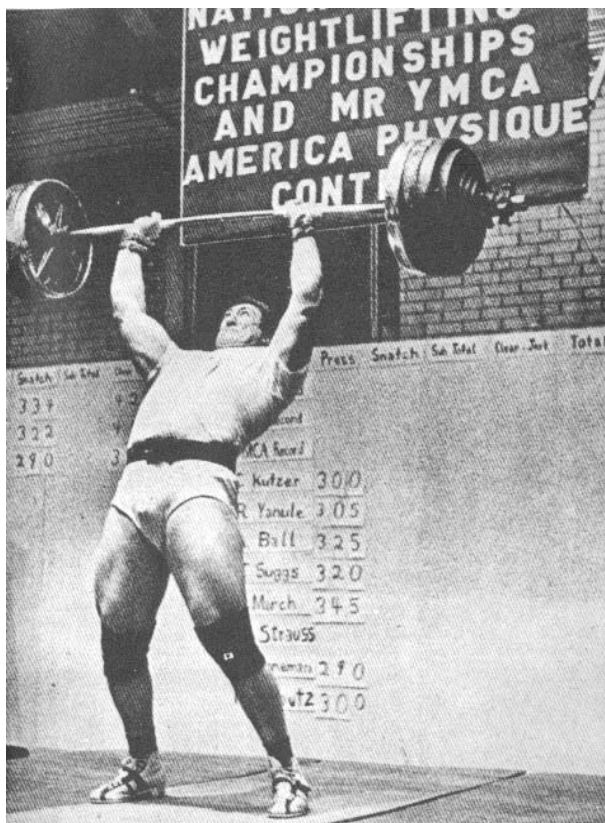
En deporte el hombre no es precisamente un lobo para el hombre. pero el afán de victoria se convierte a veces en una conducta implacable.



Las «mêlées» en el hockey, sobre todo en la modalidad de hielo, exigen un continuo ejercicio del autocontrol para no agredir con un palo en la mano.



Las «mêlées» en el hockey, sobre todo en la modalidad de hielo, exigen un continuo ejercicio del autocontrol para no agredir con un palo en la mano.



Los grandes esfuerzos competitivos no se realizan sin poner en juego dosis de agresividad.



El salto, el vuelo, la acrobacia en medio de la disputa sitúan al hombre que hace deporte en trance excepcional. La comprensión de esta forma de conducta no se requiere con tópicos y lugares comunes, sino exige respetuosa y exigente consideración.



El humo procedente de unas granadas de gases lacrimógenos se eleva en el estadio olímpico de Roma y el Lazio, que terminó en 1-2 a favor de este último. Los espectadores se enfrentaron con la policía que trataba de dispersarlos.



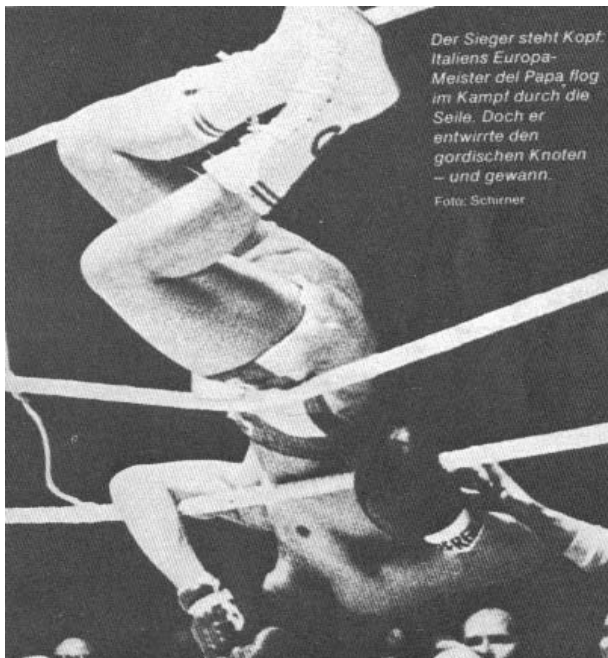
¿Un guerrero? ¿Un enemigo abatido? ¿Una victima del odio?...
Simplemente un «jugador».



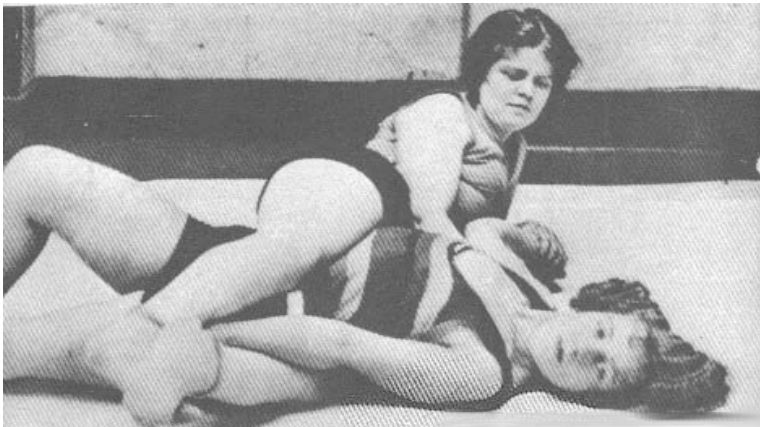
Iribar, símbolo de la honestidad, la mesura y la sensatez, rodeado de vestigios de la ira del público.



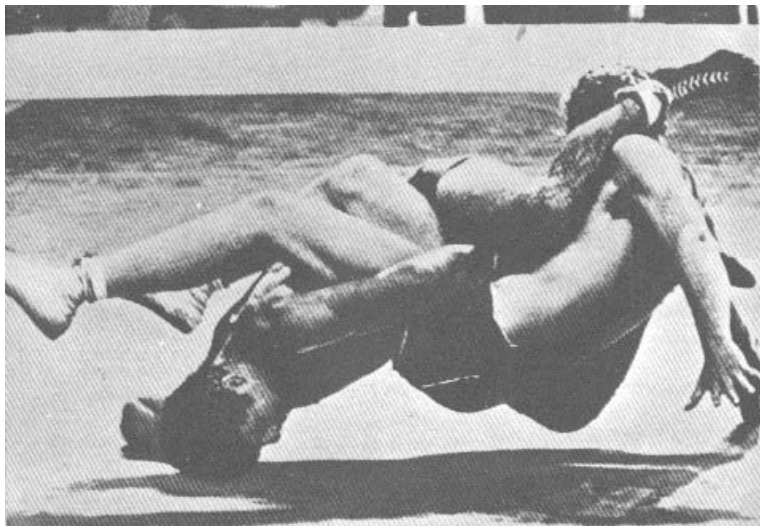
«Fuera de combate...» Pero todavía muy joven.



Los increíbles trances de algunos deportes: este hombre, el italiano M. Del Papa, que ahora esta boca abajo, terminará ganado el combate.



También la mujer, desde hace bastantes años, ha participado en la lucha como deporte-espectáculo. La polémica subsiste: ¿es propio de mujeres? ¿explotación de la condición espectacular femenina?



Hombre contra hombre: un juego. Acaso un símbolo de la increíble rivalidad que el hombre lleva consigo. Acaso un vestigio de culturas barbarizantes a extinguirse.



Un hombre a quien Pedro Carrasco, que fue campeón del mundo, golpeo con su puño.



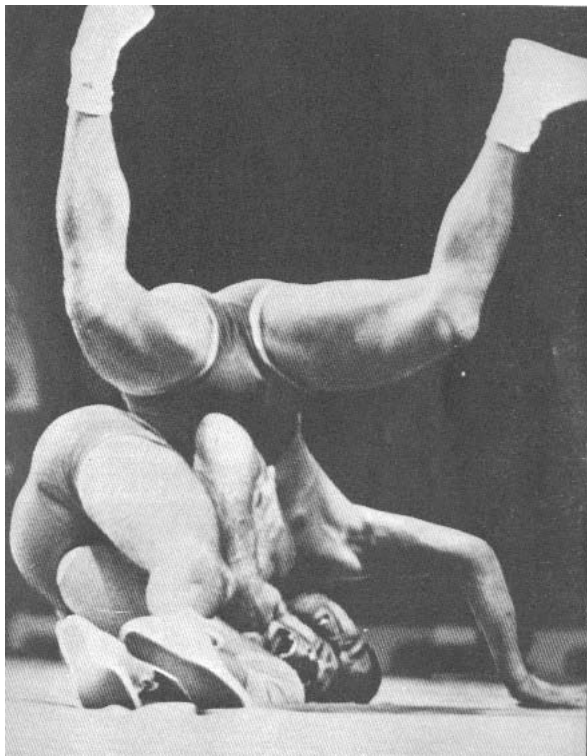
He aquí al hombre. Acaso más tremenda que las holladas de los golpes, la soledad del derrotado y sus tristes presas.



Urtaín, uno de los más discutidos campeones. Tiempos de reflexión.



Los enmascarados, una moda de la lucha-espectáculo. esa cara oculta pertenece al famoso doctor Death.



Forcejeo, empujón, truco, zancadilla, volver al otro del revés...
¿No hemos visto esto, fuera del juego del tapiz, en otros muchos
lugares?



Waterpolo. No se trata de dar de beber al sediento.



Al final del partido todos miran al balón ovalado; lo desean, pero no lo disputan.
Ya no pueden con su alma.

COROLARIOS

Existe una lucha secreta entre pedagogos y empresas de comunicación, principalmente cine y televisión.

«Hay que desterrar tantas escenas de violencia», dicen los primeros. «Estas escenas tienen éxito, son comerciales», entienden los segundos.

El hombre de hoy tiene fascinación por la violencia; ama verla representada. ¿Será porque en el fondo todavía la desea y la busca? ¿O acaso porque de sus entrañas ha empezado a desarraigarse esta vieja herencia incivilizada?

Si frese lo primero podrían tener razón los comerciantes de la información. Puede ser peligroso eliminar esas representaciones aptas para liberar de algún modo al hombre de sus tendencias, canalizadas éstas por vía inocua. Acaso si el hombre no descargara su ira en la acción del justiciero que mata al asesino de la película, intentaría descargarla en el ciudadano vecino y, si a ello no se atreve, en sí mismo: con neurosis, con depresiones, con enfermedades extrañas, con la muerte inconscientemente deseada. El aumento estadístico de las depresiones en los últimos tiempos intenta ser explicado por mil razones que generalmente convergen en ese cajón de sastre que llamamos sociedad industrializada, del desarrollo; en la masificación, en el anonimato de la vida cotidiana, en la alienación, etc. ¿No habrá también razones más profundas, menos sociológicas, más personales, más humanas, siendo el hombre origen de toda sociología?

Pero si fuese más cierta la segunda hipótesis —que el hombre, consciente de lo peligrosísimo de sus hábitos violentos, ha empezado a desarraigarlos—, la reiterada representación de la violencia quizá sea un hábito social anacrónico que urge eliminar.

Es preocupante que muchos investigadores, capacitados como jamás lo ha estado nadie en otro tiempo, con instrumentos y cifras a penetrar la realidad; se olvidan de la realidad es mucho más ancha y profunda que todo aquello que es capaz de ser medido, sobre todo cuando esa realidad es el hombre; que siempre hay algo más allá de lo visto y palpado, más allá de la «*fisis*», algo metafísico, inconcretable y definitivo lo cual nunca debe ser olvidado y mucho menos despreciado.

La agresión humana, desconcertante realidad, va siendo parcialmente conocida como acto> pero cada vez es más enigmática como entidad, como instauración humana.

La polémica interpretativa ha provocado la búsqueda de nuevos datos y métodos. Ahí están, con su objetividad, con su valor real. Sirven para comprender parcialmente algunos actos agresivos; pero no aclaran el problema de la agresividad como permanente realidad del hombre, de quien es vivencia histórica.

Pueden ser elaboradas muchas utopías, acompañadas de muchos anatemas: Huyamos del hacinamiento humano. Retomemos a la naturaleza. Dominemos las desmesuradas apetencias de dominio. Superemos antagonismos humanos estereotipados. Igualemos a los hombres. Busquemos la serenidad y el sosiego. Y, sobre todo, *eliminemos las frustraciones*.

Una de las corrientes más sugestivas en el ámbito de las ciencias de la conducta y de la antropología durante el siglo XX es la de echar en general las culpas de la mayor parte de las frustraciones humanas a la sociedad represiva, bien por formas de sistemas políticos o por tradiciones culturales cargadas de ignorancias acerca del hombre. ¡Ojalá tuviera razón esta hipótesis! Con el cambio de estructuras socio-políticas, con la evolución de los presupuestos culturales, el hombre se iría liberando. De *un* ser menos oprimido por las estructuras y por las propias deformaciones auto-represivas, por consiguiente menos frustrado, surgiría un ser menos conflictivo, menos agresivo. De ahí, a la paz universal, tantas veces aflorada por el hombre en la historia. Pero estas opiniones suenan no sólo a utopías, sino a solemne ingenuidad.

Echar hoy la culpa de cualquier fallo de conducta humana a unas estructuras sociales, o a ideologías tradicionales, o a la sociedad en general, encuentra automáticamente, por vía de proyección freudiana, la aceptación de toda persona frustrada. Y como la frustración más o menos intensa es un estado cuasi permanente de la actual existencia humana quizá de la existencia humana, sin «actual— estas teorías están llamadas a tener inmediato y generalizado éxito, sobre todo en la juventud —instalación temporal humana eminentemente frustrante—. Son teorías tentadoras para

intelectuales ávidos de halagos. Es mucho más arduo el intento de enfrentamiento, por desalentador que sea, con los misterios antropológicos en su más honda esencia posible, partiendo del supuesto de que el hombre histórico es prácticamente idéntico a sí mismo, es decir que el hombre, al menos desde los albores de la historia, no ha cambiado nada. Es el mismo suceso antropológico, con alteraciones periféricas y circunstanciales. Entre el cerebro de Esquilo, el de Cervantes y el de Kazantzaki no hay diferencias, como se colige de sus producciones. Quiere ello decir que, aunque la evolución tiene ritmo acelerado, en los próximos centenares de años el cerebro de los futuros hombres será igual al de Shakespeare. Lo que hay que intentar es que la mayor parte de aquellos cerebros humanos de entonces lleguen a ser cerebros pensantes como Shakespeare. Pero éste no es ya problema del antropólogo, sino más bien del político.

La mayor parte de los investigadores actuales de la agresión van dejando el tema arduo de la agresividad, incluso el de la agresión misma, como acto humano, para ceñirse al estudio de las circunstancias concretas agresivótropas, y a los actos agresivos como simple respuesta reactiva o como desencadenantes de conducta profunda existente antes de la circunstancia y que, con la presencia de ésta, se pone en marcha. De estos datos se pueden sacar muchas consecuencias prácticas para el ordenamiento de la circunstancia, es decir, de la sociedad, de los métodos de convivencia, de las leyes, de la información y propaganda, de las modas... para que el hombre aprenda acciones menos agresivas. Pero el misterio de la agresividad humana continúa. Dentro de 15, 20 años se sabrán muchas más cosas acerca de la agresividad. Se conocerán procedimientos para amortiguarla, paliarla, dirigirla. Pero si se sigue respetando al hombre como ser en alguna manera libre —es decir, si no se destruye al hombre en favor de un autómatas o un ejecutor teledirigido— la agresividad seguirá sorprendiendo, asombrando y contrariando a los investigadores.

Sin embargo, no es ésta una afirmación pesimista. Se va abriendo el campo para muchos procedimientos de tratamiento, control y canalización de la agresividad humana.

El primer campo es que, pese a la persistencia del misterio en el fondo de toda explicación, se va conociendo algo de la naturaleza y de la dinámica del acto agresivo. Y el principio del remedio es el conocimiento.

Por eso hoy ya se pueden aventurar algunas fórmula-clones prácticas acerca de este enorme problema.

Expongo a continuación en forma de enunciados algunas reflexiones finales, en parte consecuencia de todo lo anteriormente expuesto, en parte barruntos un tanto hipotéticos como resultado de las meditaciones obligadas en la elaboración de este estudio. Los primeros párrafos se refieren al problema general de la agresión. Posteriormente son expuestos los enunciados referentes al tema concreto de la agresión en el deporte.

- Tras la exposición de las diversas teorías emitidas acerca de la agresión y la agresividad es frecuente escuchar la consabida pregunta: ¿Quién tiene razón? ¿Quién está más en lo cierto? No ha sido pretensión de este libro haber resuelto esta cuestión. Se han multiplicado los estudios de la agresión desde los más variados campos científicos aplicados a la conducta humana. Los distintos procedimientos de aproximación al tema y los dispares resultados descubren la lejanía de una solución satisfactoria. No se sabe si un día se logrará. En todo caso, estamos aún lejos.
- El hombre es un ser agresivo. Según muy sólidas opiniones, gracias a esa agresividad el hombre ha descubierto los secretos de la Naturaleza, ha hecho ciencia, ha saltado al espacio, ha creado un cosmos de riqueza tecnológica... ¿Podría el hombre haber conseguido todo esto sin su condición agresiva? Volvemos a la cuestión terminológica qué se entienda por agresividad—, que no es un asunto baladí o de simple recreo intelectual, sino definitivamente insoslayable cuando se pretende ir hasta unas últimas razones.
- A la mayor parte de la gente —se dice—, lo que le interesa no es tanto una delimitación acerca de lo que signifique exactamente agresividad, sino la razón o razones concretas por las que el hombre insultar golpea, hiere, mata. Por qué hay guerra y terrorismo; por qué cualquier cosa atractiva, amable, apasionante, como puede ser —ya en nuestro caso— un espectáculo deportivo, puede fácilmente derivar hacia el insulto, la hostilidad, la violencia. Y cómo se puede dar solución a tan tremendo problema. Hay un hombre con su decantación filogenética y su historia personal. Hay una sociedad con sus estructuras, condicionamientos, estímulos. En el juego vital de estas dos entidades —hombre y sociedad— surge la agresividad violenta. Parece ser que hay causas, que se prolongan en profundidad, radicadas en el individuo humano (sean instintivas, constitucionales, amasadas

definitivamente en los primeros aprendizajes, o simplemente aprendidas como pautas de respuesta); y razones periféricas sociales concretadas en estimulaciones frustrantes, excitantes, limitadoras. La violencia en sus mil variadas formas se puede reducir a la interacción de estos dos componentes.

- Existen dos tareas claramente definidas en la posible acción anti-agresividad: el hombre como objeto pedagógico de mejora. La sociedad como proyecto sociológico de cambio y reestructuración. Claro está que ambas tareas se complementan, se condicionan, se interfieren. No se puede actuar con el hombre sino a través de una estructura social, un ambiente, una mentalidad imperante. No se puede, asimismo, mejorar la sociedad sin la mejora del individuo humano. No se sabe qué sea antes, si el huevo o la gallina. Pero lo que es evidente es que se hace necesario poner todos los medios a nuestro alcance —pedagógicos, sociológicos, políticos— para iniciar una campaña consciente y coordinada contra la agresión y la violencia.
- Es difícil diagnosticar si la agresión humana ha aumentado en nuestro tiempo con respecto a épocas precedentes. Ciertamente ha evolucionado. Parece que a las grandes guerras, donde la violencia extrema estaba canalizada más o menos en los campos de batalla, van sustituyendo las guerrillas, comandos, secuestros, atentados. Éste es el distintivo de la máxima agresión humana en nuestro tiempo.
- La agresión en forma violenta se manifiesta también en el deporte. No es fácil tampoco determinar si la agresión violenta en el deporte señala un índice superior a la agresión en el resto de la vida. Parece que no. Algún incremento de ciertas maneras agresivas por parte de los espectadores en los espectáculos deportivos no parece ir más allá de lo manifestado *por* colectividades, principalmente juveniles, en otros ámbitos extradeportivos.
- El deporte-práctica en su calidad de actividad ociosa brinda al hombre la sensación de su propia libertad, de la protagonización de sus propios actos. Como uno de los motivos frustrantes generadores de agresividad es la masificación, la pérdida de personalización por ello la actividad deportiva es un comportamiento probablemente liberador de angustia agresivizante.
- La actividad deportiva suple de una manera voluntaria el desequilibrio creado por la falta de necesidad de movimiento —uso del aparato locomotor— que para vivir tiene el hombre moderno. Este desequilibrio contribuye, al igual que cualquier otro desequilibrio, al hábito generalmente frustrante de la vida moderna. Por ello, como simple comportamiento, el deporte puede considerarse saludable en la adquisición de hábito anti-agresividad.
- Se investiga bastante la relación positiva o negativa que el carácter competitivo de la práctica deportiva puede tener con la agresividad. Hay disparidad de resultados, aunque últimamente predomina la tendencia a considerar la correlación directa entre competitividad deportiva y agresividad. El carácter de exigencia, de intensidad de estímulos a que lleva la competición, con el consiguiente *stress* emotivo, parece favorecer también la agresividad. Sin embargo, el carácter lúdico, intrascendente, que un correcto enfoque de la práctica deportiva retiene, evita los desequilibrios emotivos, las posibles alteraciones de los procesos corticales a que abocan las intensas y desequilibradas exigencias.
- Junto a los hábitos biológicos, todos los tratadistas de la agresividad coinciden en que los aprendizajes culturales están llamados a jugar un importante papel en el futuro aplacamiento de la agresión humana. Así, respecto a las demás personas, capacidad de comprensión de lo ajeno, deseo de convivencia pacífica, superación de enfrentamientos estereotipados, etc., entran de lleno en todos los programas de acción cultural anti-agresividad. Estos programas coinciden casi plenamente con los clásicos valores que han definido el moderno concepto de deporte, tales como *fair play*, caballerosidad, respeto al adversario, aprendizaje a la derrota, contacto humano superador de barreras, etc. La consideración de tales realidades como tópicos no suficientemente probados y su adscripción a una época romántica del deporte no privan a la simple práctica deportiva ajena a uno u otra moda de estas sencillas características de aprendas a competir, tener que saber ganar y perder, respetar unas reglas convenidas, aceptar un terreno común de libre convivencia. El aprender a ser un buen deportista? es un buen entrenamiento cultural hacia el control de la agresividad.
- Por vía antropológica se han encontrado correlaciones positivas entre sociedades belicosas y tradición de juegos deportivos combativos. Tales hallazgos parecen ir en contra de la teoría de la canalización de la agresividad a través de los deportes combativos. Sin embargo, hay estudios, deducciones clínicas, incluso experimentaciones que parecen demostrar lo contrario. La actual disparidad de opiniones proviene, sobre todo, de la disparidad del campo científico en que se investiga y del hecho, hoy por hoy insoslayable, del confucionismo terminológico.

- El deporte en su vertiente espectacular, es decir, el espectáculo deportivo, posee características especiales, nuevos elementos que entran en juego en el tema de la agresión. Uno de los ámbitos en los que de alguna manera palpable se manifiesta la violencia de nuestra sociedad es el espectáculo deportivo. Ello obliga a los responsables a estudiar este tema con especial esmero.
- La supresión de toda protección al espectáculo deportivo con el fin socio-estructural de que éste vaya perdiendo su vigencia, cosa que algunos preconizan para evitar las desmesuras que en él se producen, no dejada de ser una solución ingenua. El espectáculo deportivo de nuestro tiempo cumple importantes funciones psicológicas que es menester tener en cuenta a la hora de programar.
- El hombre inmerso en nuestra sociedad necesita más que nunca desahogos sencillos. Aun supuesta una mejor educación cultural, una elevación general del nivel de intereses socio-culturales, el ser humano sujeto a las estructuras de la sociedad en que le ha tocado vivir sigue necesitado, para recuperar su equilibrio, de objetos elementales sobre los que desplazar sus tensiones personales, de simples diversiones y aficiones a través de las cuales pueda desahogar el yo infantil que, quíerese o no, pervive en todo adulto. Un mejoramiento cultural nunca hace desaparecer del todo cierto núcleo de apetencias primitivas. El espectáculo deportivo es una de estas grandes ocasiones que en la sociedad de hoy se ofrecen al hombre sin el riesgo de otras desmesuras más trágicas.
- Hay ciertas corrientes que insisten en el riesgo de alienación, es decir, de incapacidad para tareas e intereses más nobles y de adaptación convencional a los sistemas laborales represivos que comporta el arraigo a la pasión del espectáculo deportivo. Los responsables deben tener presente esta posible realidad y las implicaciones y contraposiciones con lo expuesto en los párrafos anteriores.
- El mayor riesgo de la posible alienación en el espectáculo deportivo está en su *trascendentalización*. Los responsables a todos los niveles (incluidos preferentemente los de los medios de comunicación) deben esforzarse, no por suprimir el espectáculo deportivo, que cumple importante tarea de equilibración humana, sino por volverle a su condición intrascendente de mera diversión, de gran diversión, si se quiere, pero siempre pura diversión. El riesgo agresivizante del espectáculo deportivo está en su desmesurada transcendentalización y sacralización.
- En general, pensar que la agresión, la violencia que se da en el deporte —y lo que aquí se dice del deporte puede hacerse extensivo a un sinnúmero de actividades humanas más o menos apasionantes— es producida simplemente por la misma situación deportiva, es pensar que el hombre es agresivo, violento en un momento determinado solamente como reacción a tal circunstancia motivante. Es una forma —demasiado generalizada en el enfoque e interpretación de algunas investigaciones— de simplificar la comprensión de un asunto tan complejo y profundo como es la conducta humana agresiva.
- Sin embargo, gracias a esta más tentadora línea de experimentación, se está demostrando la importancia que, al menos como componente de la situación y del hábito agresivo, tiene la circunstancia. Probablemente el acto agresivo violento no es producto exclusivo de una situación frustrante (estructura social, decepción); pero en el acto agresivo, y lo que importa más, en el hábito y tradición agresivos, tal situación frustrante, tal estructura social, tal masificación o hacinamiento influyen mucho.

Las tremendas realidades de la aglomeración urbana, la masificación, la súper-especialización, el anonimato, la despersonalización, son el gran caldo de cultivo para una creciente agresividad. Esto va siendo demostrado experimentalmente. Por consiguiente, urge promocionar todo tipo de conducta humana, de costumbres —y para ello, de estructura social que las propicie— que brinden a este hombre masificado y psicológicamente mutilado ocasión de sentirse libre, persona decisoria, protagonista de algo.

Gran avance del hombre en la historia ha sido el proceso de socialización. Hoy no se entiende ni se define a la persona humana considerada ajena a la sociedad, como se reflejaba en la célebre e individualista definición de Boecio (siglo VI). El hombre ha logrado el gran progreso de la socialización. Pero quizá porque este proceso de socialización no resultó del todo bien realizado, ha pagado una serie de facturas; entre ellas una dolorosa pérdida de su vivencia como persona, de su propia conciencia personal. Por ello, junto al proceso, todavía inacabado y por consiguiente en marcha, de la socialización de la persona, urge iniciar una acción complementaria: la *personalización de la sociedad*. Fraternidad, comprensión, igualdad; pero entre personas; no entre multitudes anónimas o entre cobayos.

El hombre superespecializado del siglo XX no es fiero como el de Neanderthal, ni siquiera iracundo como Aquiles, ni cruel como Calígula, ni bárbaro como Atila. Es mucho más fino. Sin embargo, no es menos agresivo. El hombre del siglo XX mata. Ahora no es —como era entonces por ignorancia cultural, después de tan luminosas filosofías, religiones y civilizaciones. ¿Es acaso porque tenga que seguir haciéndolo, porque sea instintivamente agresivo? Entonces sigamos a Lorenz y a sus diagnósticos de canalización de la agresividad. Lo que sí se sabe con certeza es que este hombre se ha compuesto una sociedad, incómoda, irritante, donde cada vez encuentra menos tiempo y lugar para encontrarse a sí mismo, para sentirse íntimo. La plaga de la sociedad industrial y de la postindustrial es la esclavitud del anonimato; del gregarismo, de la pasividad, en definitiva; de la despersonalización. El hombre, tras de tanta cultura y progreso, es otra vez un esclavo. Y como no se puede lograr que todos sean señores de los demás —cosa, además, no deseable— queda la opción de recuperar para el hombre el sencillo señorío de sí mismo. En este reencuentro simple consigo mismo puede estar la clave contra la agresividad.

Y en este redescubrimiento de sí mismo, al lado de los grandes programas pedagógicos, culturales; urbanísticos, políticos, pueden también entrar en juego —deben entrar en juego— ciertos comportamientos fáciles, al alcance de cualquier fuerza, primitivamente humanos, como el juego y la expansión física. A partir de estas conductas primarias, que son la esencia del deponer, el hombre puede experimentarse a sí mismo como un ser cabal, capaz de pensar y ejercitar lo que piensa, de relacionarse con los demás con menos estereotipos.

BIBLIOGRAFÍA

- 1) ADAM. K., *Leistungssport, Sinn und Unsinn*, Munich, 1975.
- 2) ADAM, K. *Nichtakademische Betrachtungen zu einer Philosophie de Leistung*, en «Philosophie des Sports», shorndorf, 1973.
- 3) ADORNO. Th. W., *Veblen Angriff auf die Kultur*, en Prismen, Kulturkritik und Gesellschaft., Munich, 1963.
- 4) ANCONA, L. *Psicodinamica dell'agonismo*, en «Atti del 1er. Congresso Internazionale di Psicologia dello Sport.. Roma, 1966.
- 5) ANTONELLI, F., *Agression And Sport*, en «J Sports. Mcd. Phys. fit. », 1969(9).
- 6) ANTONILLI. F., *Psicología e Psicopatología dello Sport*.
- 7) ANTONELLI, F., *Psychological problems of top level athletes*. en Inter. J.. Sport PsychoL., 1970 (1) .
- 8) ANTONELLI. F., *Psychologische Aspekte der Nahrung beim Sport*, en «Bericht über den III. EuropiUschen-Kongress für Sportpsychologie., Schorndorf», 1973.
- 9) APISTZSCHE, E., *Pre-start anxiety in competitive swimmers*, en «Trabajos científicos. III Congreso Mundial de la Sociedad Internacional de Psicología del Deporte», Madrid, 1973.
- 10) ARDREY, R., *The territorial imperative. A personal inquiry into the animal origins of property and nations*, Londres, 1967.
- 11) ARNOLD. P., *Education, Physical Education and Personality Developmnet*, Londres, 1972.
- 12) BALL-KOKEACH, S. J., *The legitimation of violence*, en «Colective violence», Chicago, 1972.
- 13) BARISON, F., y GOZZETT, G., *L'agonisnto dal punto di vista della psicologia antropologico-esistenziale*, en «Atti del 1er Congreso Internazionale di Psicologia dello Sport.. Roma, 1966.
- 14) BÄUMLER. G.; RIEDER, H, y SEITZ, W., *Sportpsychologie*. schorf, 1972.
- 15) BEATTY, J. *Rdpliea a Lorenr sobre los Utos*, en MOMTAGU, M. F. A., y otros, Barcelona, 1970.
- 16) BERKOWITZ. L. *Aggressión: A social psychological analysis*, Nueva York, 1962.
- 17) BERKOWITZ, L., *Sport, Competition and Aggression*, en «Phyuical Eduator». (5941), 1973.
- 18) BERKOWITZ. L., *The effects of observing violence*, en «Contemporary Psychology», San Francisco, California, 1971 y en «Scientific American» (3541), 1964.
- 19) BERNARD. J., *The theory of games of strategy as a modent sociology of conflít*, en «A. J.S. » Lix., 1954. 19^{bis}) BEXTON. W. M., HERON, W., y Scorr, 1. M.. *Effects of decreased va*